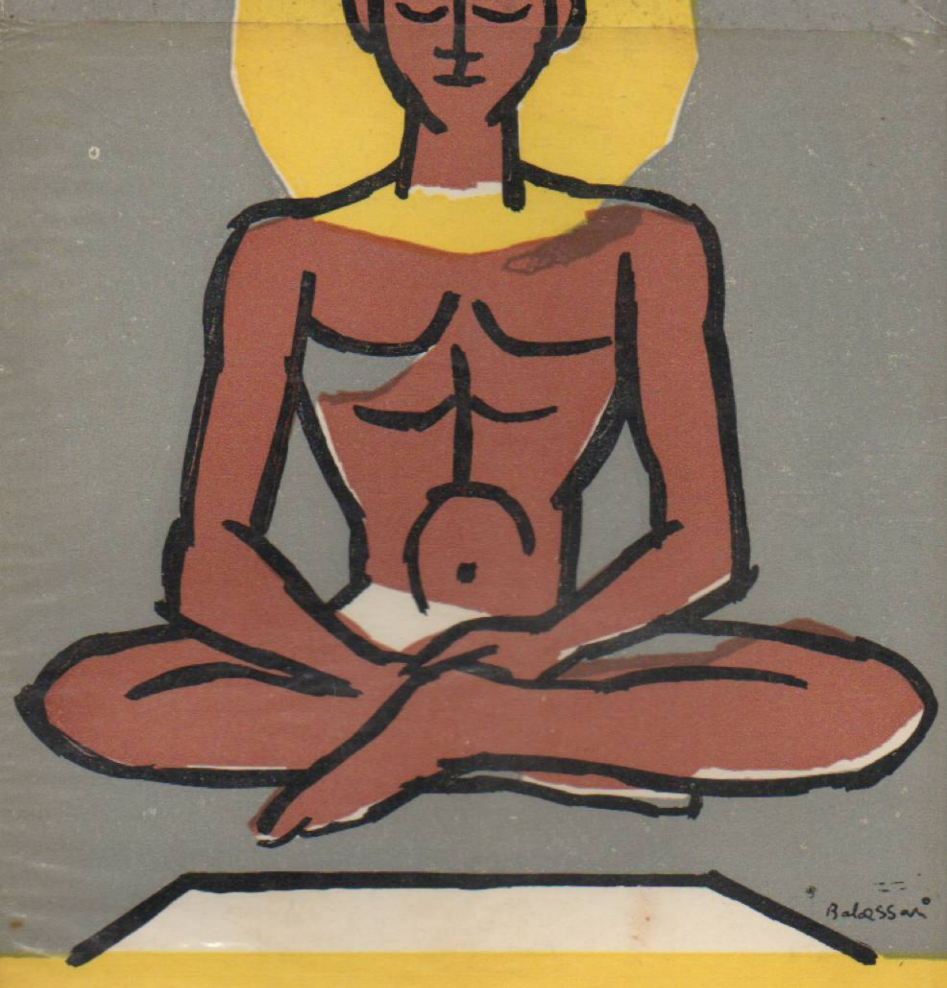


Lobsang Rampa

EL CAMINO DE LA VIDA

TROQUEL

EL CAMINO DE LA VIDA

Obras del autor:

- EL TERCER OJO
- EL MÉDICO DE TIBET
- EL CORDÓN DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURÍA DE LOS ANCIANOS

LOBSANG RAMPA

EL CAMINO DE LA VIDA

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
CHAPTERS OF LIFE

Traducción de:
LUIS ECHAVARRI

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Julio de 1967

SEGUNDA EDICIÓN
Agosto de 1967

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

A Mariechen
una dama de Alemania
una luz en la oscuridad
una amiga a lo largo de los años

MI AGRADECIMIENTO

A la señora Valeria Sorock, purista del lenguaje, por su noble acción al transcribir a máquina copias extras de este manuscrito, sin alterar el inglés imperfecto y la gramática sin gracia.

A "Ma" por haber leído y criticado (siempre bondadosamente) mis primeros pensamientos, y a "Buttercup" por su ardua tarea escribiendo a máquina lo que yo le dictaba.

A las señoritas Tadalinka y Cleopatra Rampa, representantes en la Tierra de la Dama Ku' ei y de la señora Fifí Bigotes Grises, quienes a pesar de no tener más que seis meses de edad, *acariciaban* y a veces desgarraban las páginas antes que estuviesen terminadas.

¡Damas, por cierto! ¡Todas son damas!

¡GRACIAS!

T. LOBSANG RAMPA

Capítulo Primero

GUÍA DE UN MUNDO FUTURO

Las malezas altas y exuberantes en el borde del terreno desaseado y vacío se movieron ligeramente. Las anchas hojas del viejo lampazo rasgado ondularon oblicuamente y los dos ojos verdes no parpadeantes fijaron la vista en la oscuridad de la calle lúgubre. Lentamente, y con mucha cautela, un gato flaco y amarillo apareció en la acera desnivelada. Se detuvo expectante para olfatear en el aire nocturno señales de enemigos. Amigos no los tenía, pues en esta calle los gatos vivían una existencia casi selvática, con las manos de todos los hombres contra ellos.

Convencido por fin de que no había peligro, saltó al centro de la calzada y allí se sentó y comenzó a asearse cuidadosamente. En primer lugar se lavó las orejas, y luego la parte trasera del cuello con una zarpa bien humedecida. Finalmente, con la pata izquierda apuntando al cielo, continuó su acicalamiento cuidadoso. Interrumpiéndose durante un instante para recobrar el aliento, miró a su alrededor y contempló la triste calle.

Sucias casas de ladrillo de otra época. Cortinas andrajosas en ventanas manchadas de hollín, con la pintura que se desprendía de los marcos podridos de las ventanas. De vez en cuando llegaba el sonido estrepitoso de algún aparato

de radio desentonado, que se acallaba rápidamente cuando alguna imprecación chillona atestiguaba la desaprobación de algún otro inquilino.

Centelleos de luz amarillenta llegaban de los faroles que no habían roto los niños de la localidad. Grandes parches de sombra negra se desparramaban por la zona de los faroles rotos. El gato amarillo volvió a acicalarse, indiferente a la basura esparcida por las aceras. De lejos, desde la zona "mejor", llegaba el estruendo en sordina del tránsito y en el firmamento se reflejaba el resplandor de muchos anuncios con luces de neón. Pero allí, en aquella calle, todo era desolación; era la calle de los desesperados.

De pronto el gato amarillo se puso alerta, con las orejas erectas, los ojos fijos en la oscuridad, los músculos listos para la huida instantánea. Algo había llamado su atención. Se levantó de un salto y lanzó un maullido de alarma antes de sumirse en la oscuridad entre dos casas. Durante un momento todo fue normal en la calle: el gemido irritado de un niño enfermo, un hombre y una mujer que disputaban con espeluznantes términos anatómicos, y el chirrido lejano de frenos aplicados de pronto en una calle adyacente.

Por fin se oyó el más tenue de los sonidos no habituales: los pasos lentos y pesados, no de un borracho, pues eso era normal allí, sino los vacilantes de un viejo, los pasos de alguien que estaba cansado de la vida, de alguien unido por el hilo más delgado a una existencia miserable e insegura. Los pasos pesados se fueron acercando, como el lento roce de la arena bajo unos pies calzados con sandalias. El oscuro vacío de la calle sombría, mal remediado por los faroles poco frecuentes, hacía difícil ver. Una sombra vaga se movió débilmente a través de un trecho iluminado y volvió a tragarla la oscuridad.

El sonido de una respiración resollante y asmática hería ásperamente los oídos a medida que se aproximaba la figura desconocida. De pronto los pasos se detuvieron y se

oyó el ruido ronco de una fuerte expectoración, seguida por una aspiración dolorosamente sibilante. Un fuerte suspiro y los pasos vacilantes reanudaron su ritmo cansado.

Una sombra blanquecina surgió vagamente de la semioscuridad de la calle y se detuvo bajo un farol que iluminaba débilmente. Un anciano vestido con una sucia túnica blanca y calzado con sandalias andrajosas examinó con evidente miopía el terreno que tenía delante. Se agachó y buscó a tientas para recoger la colilla de un cigarrillo arrojada en la cuneta. Al inclinarse, la carga que llevaba reflejó la luz; era un cartel sujeto a un palo y en el que estaban impresas toscamente estas palabras: "Arrepiéntete, arrepiéntete, pues el Segundo Advenimiento del Señor está próximo. Arrepiéntete." Se enderezó, avanzó unos pocos pasos más y luego descendió penosamente por unos escalones de piedra a un sótano.

—No sé por qué haces eso, Bert, de verdad no lo sé. Lo único que consigues es que se rían de ti los muchachos. Deja de hacerlo, ¿lo prometes?

—Oh, Maudie, todos tenemos una tarea que cumplir. Supongo que podré plantar una semilla de pensamiento en alguna parte. Seguiré haciéndolo durante algún tiempo más.

—No podrás hacerlo durante mucho tiempo, pues tienes ya ochenta y un años, y digo que ya es hora de que renuncies a eso antes que caigas muerto en la calle.

El viejo portón centelleaba bajo el débil sol de la tarde. El barniz reciente daba nueva vida a la madera centenaria. Más distante a lo largo del sendero, el viejo templo de piedra gris de Santa María mostraba un aspecto tierno y benévolo. Las grandes puertas con tachones de hierro estaban abiertas, esperando a los devotos que acudían al servicio vespertino. Muy en lo alto las campanas hacían oír su mensaje eterno: "Apresuraos, apresuraos, o llegaréis tarde." Mil años de historia estaban encerrados en el viejo cementerio. Grandes

tumbas de piedra de las épocas pasadas con sus inscripciones arcaicas, grandes ángeles de piedra con las alas extendidas. Aquí y allá, columnas de mármol rotas simbolizaban una vida "quebrada" en su albor.

Un vagabundo dardo de luz que surgió inesperadamente de unas nubes separadas de pronto atravesó el viejo templo y dio una vida intensa a las vidrieras de colores, extendiendo la sombra de la torre encastillada a través de las tumbas de los que estaban enterrados hacía tanto tiempo.

La gente acudía en aquel momento a la iglesia desde todas direcciones, conversando animadamente y vestida con sus ropas domingueras. Los niños más pequeños, faltos de naturalidad con sus atavíos y desconcertados por sus caras recién fregadas, avanzaban pisando los talones de sus padres. Un viejo pertiguero apareció brevemente y contempló preocupado el camino antes de retirarse a la oscura frialdad del templo.

Detrás de la pared de piedra se oyó una carcajada y a continuación aparecieron el Rector y un amigo clérigo. Bordeando las viejas tumbas seguían un sendero privado que llevaba a la sacristía. Pronto aparecieron también la esposa y los hijos del Rector que se dirigían a la entrada principal para unirse con la gente que llegaba.

Arriba, en el campanario, continuaba el repique de las campanas, apremiando a los morosos y reprochando a los que no acudían al templo. La gente que llegaba fue disminuyendo hasta que terminó por completo; el pertiguero escrutó una vez más el camino y, como no vio a nadie, cerró la puerta principal.

Dentro reinaba la atmósfera de santidad tan común a todos los viejos templos de cualquier religión. Las grandes paredes de piedra se alzaban hasta la altura de las vigas macizas. La luz del sol brillaba a través de las vidrieras de colores y ponía dibujos variables en los rostros pálidos de los fieles. El órgano hacía oír los acordes arrulladores de

un himno cuya historia se perdía en la bruma de la antigüedad. Un último repiqueteo de las campanas y, mientras sus ecos se desvanecían, todavía crujió débilmente una puerta y los campaneros entraron en la nave para ocupar sus asientos en el fondo.

De pronto cambió la música del órgano. La gente se atiesó con aire de expectación y se sintió una conmoción dominada en la parte trasera del templo. Las pisadas de muchos pies, el susurro de las vestimentas y pronto los primeros niños del coro avanzaron por el pasillo central para ocupar sus puestos en la sillería del coro. Luego se produjeron la agitación y los murmullos tan comunes en esas ocasiones en que la congregación se prepara para el comienzo del oficio religioso.

El Lector comenzó a zumbar leyendo las Lecciones como venía haciendo desde hacía muchos años; leía automáticamente, sin pensar en ello. Detrás de él, un corista aburrido se divertía con un tiragomas y unas bolitas de papel. "¡Ay!", exclamó la primera víctima, involuntariamente. El organista y director del coro giró lentamente en el taburete y dirigió al culpable una mirada tan feroz que el niño dejó caer el tiragomas y restregó los pies inquieto.

El sacerdote invitado, dispuesto a pronunciar el sermón, subió lentamente las escaleras del púlpito. Cuando estuvo arriba se inclinó sobre la barandilla de madera y contempló complaciente a los fieles. Era alto, con el cabello moreno ondulado y unos ojos de ese matiz azulado que tanto atrae a las solteronas. La esposa del Rector, sentada en el primer banco, levantó la vista y se permitió desear que su marido tuviera aquel aspecto. Lentamente, tomándose tiempo, el predicador anunció que iba a hablar del SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL SEÑOR.

Comenzó a hablar en tono monótono y siguió hablando y hablando. En uno de los bancos traseros, un viejo labrador jubilado consideró que aquello era excesivo para él y se fue

durmiendo poco a poco. Sus ronquidos no tardaron en resonar en todo el templo. Apresuradamente se le acercó un monaguillo y lo sacudió para despertarlo antes de sacarlo fuera de la iglesia. Por fin el sacerdote visitante terminó su sermón. Después de dar la bendición se dio vuelta y descendió del púlpito.

Hubo un restregar de pies cuando el organista comenzó a tocar el himno final. Los monaguillos recorrieron las naves con los platillos para la colecta y sacudían la cabeza en gesto de reprobación cuando alguien no daba lo suficiente. No tardaron en formar un grupo de cuatro y avanzaron por la nave central para entregar los platillos al Rector que esperaba. Luego, en la sacristía, el Rector se volvió hacia su invitado y le dijo:

—La recaudación ha sido de diecinueve libras, tres chelines y once peniques y medio, un tael chino, un franco francés y dos botones de pantalón. Me preocupa mucho el pobre hombre que ha perdido los dos botones del pantalón y debemos esperar que llegue a su casa sin que le suceda nada desagradable.

El Rector y su huésped volvieron juntos por el pequeño sendero que pasaba entre las tumbas centenarias; sus sombras se alargaban en dirección al este. Cruzaron silenciosamente el portillo abierto en la pared entre el cementerio y los terrenos de la Rectoría. El Rector rompió el silencio:

—¿No le he mostrado mi macizo de petunias? —preguntó—. Se dan muy bien. Las planté yo mismo. No deberíamos hablar de nuestra profesión, pero declaro que me ha gustado su sermón.

—Me pareció apropiado, con toda esa charla acerca de que Dios ha muerto —replicó el invitado.

—Contemplemos las plantas —observó el Rector—. Tengo que hacer podar algunos de los manzanos. ¿Obtiene usted sus sermones de la misma Agencia que yo? Yo comencé recientemente a trabajar con ellos; ahorra muchas molestias.

—Tiene usted aquí un terreno bastante grande... No, ahora no trato con la Agencia. Me fallaron dos veces y no quiero correr el riesgo de que lo hagan la tercera. ¿Cultiva el jardín usted mismo?

—¡Oh! —dijo la esposa del Rector antes de la cena, mientras bebían un vino de Jerez suave—. ¿Cree usted realmente en un Segundo Advenimiento, como dijo en su sermón?

—¡Vamos, vamos, Margaret! —intervino el Rector—. Esa es una pregunta que sugiere la respuesta. Sabes tan bien como yo que no podemos predicar ni decir todo lo que creemos... o que no creemos. Hemos hecho declaración de fe y debemos predicar de acuerdo con las reglas de la Iglesia y los dictados del obispo de la diócesis.

La esposa del Rector suspiró y dijo:

—¡Si conociéramos la verdad, si tuviéramos a alguien que pudiera decirnos lo que debemos esperar, lo que debemos creer!

—Dígame —preguntó el invitado dirigiéndose al Rector—, ¿utiliza usted abono natural o abonos químicos en sus fresales?

El anciano de ojos grises y estrábicos se acercó insinuantemente al hombre de rostro delgado mal sentado en el destartalado banco del parque y le preguntó ansiosamente, con voz ronca:

—¿A qué hora dan el comistrajo, compañero? Si no lo tengo pronto en mi estómago voy a estirar la pata. ¿Es que antes tienen que terminar de cantar sus himnos?

El hombre del rostro delgado se volvió y bostezó primorosamente mientras examinaba al otro de la cabeza a los pies. Limpiándose con cuidado las uñas con un mondadientes roto, contestó con languidez:

—Tiene usted, viejo, un excelente acento de Oxford. Yo también soy un viejo borstaliano, de la Feltham House. ¿Así que quiere usted comer, eh? Yo también, yo también. ¡Con

frecuencia! Pero eso no es fácil; los *johnnies* nos hacen trabajar para eso, usted sabe. Himnos, plegarias, y luego los montones de piedras o la madera que hay que aserrar o cortar.

Las sombras crepusculares se alargaban mientras avanzaban a hurtadillas por el pequeño parque y prestaban una reserva bien acogida a las parejas jóvenes que vagaban ansiosamente entre los árboles. Unos minutos antes las tiendas habían cerrado sus puertas ante la llegada de la noche, y los grotescos e inverosímiles maniquíes masculinos y femeninos quedaban exhibiendo sus indumentarias como figuras congeladas para siempre en la inmovilidad. Estaban encendidas las luces en la sede del Ejército de Salvación, calle abajo. Desde alguna parte muy distante llegaba el "bun bun bun" de un tambor tocado con más vigor que habilidad. Pronto llegó el sonido de pies en movimiento y el golpeteo del tambor se hizo cada vez más ruidoso.

Dando la vuelta a la esquina apareció un grupo de hombres y mujeres, todos vestidos con ropas de estameña de color azul oscuro, los hombres con gorras de visera y las mujeres con papalinas anticuadas. Ya en la calle principal, la banda, que hasta entonces sólo había sido reflejos brillantes bajo los faroles, entró en acción. El trompetero ensanchó su pecho encanijado y tocó con toda su fuerza la corneta. El tambor golpeó con entusiasmo su instrumento, mientras una de las muchachas del Ejército de Salvación, para que nadie le superara, entrechocaba los platillos como si de ello dependiera su lugar en el Más Allá.

Frente a las puertas del parque se detuvieron y el portador de la bandera clavó en la tierra el extremo del asta, lanzando un suspiro de felicidad. La dama que llevaba el viejo acordeón comenzó a resoplar con él los primeros compases de un himno. "Lah-de-da-da, lah-de-da-da, brum, brum, brum", gorjeó el anciano de ojos grises y estrábicos. El pequeño grupo de hombres y mujeres del Ejército de Salvación

formó círculo; su capitán se ajustó los anteojos y esperó a que se reuniera la gente. A lo largo del borde de la acera obreros voluntarios repartían ejemplares de *El Grito de Guerra,* mientras unas muchachas del Ejército de Salvación se introducían en una posada sacudiendo enérgicamente sus alcancías. Otra vez en el banco del parque, los dos hombres, a los que se había unido un tercero, observaban el espectáculo con interés.

—Hay que confesar los pecados si se quiere una ración doble —dijo el recién llegado.

—¿Los pecados? ¡Yo no he cometido ninguno! —declaró el de los ojos estrábicos.

—¿De veras? —replicó el primero—. Entonces le conviene inventar alguno rápidamente. El borracho reformado sale bien del paso. Pero usted no puede alegar eso porque es mi caso. Será mejor que diga que tiene una mujer a la que le pega.

—¡Pero yo no tengo mujer ni nadie a quien pegar!

—Que Dios lo bendiga, entonces —resopló el otro, fastidiado—. ¿No puede inventar una esposa? Diga que ella se ha fugado porque usted la amenazó con romperle la cabeza a golpes. Pero tiene que decirlo a gritos.

—¿Ustedes, compañeros, creen en Dios? —preguntó el viejo borstaliano, mientras dirigía su mirada perezosa hacia el grupo del Ejército de Salvación.

—¿En Dios? —preguntó a su vez el estrábico—. ¡No creo en Dios! ¡No tengo tiempo para pensar en Dios ni en esas tonterías!

Se volvió y escupió desdeñosamente sobre el respaldo del banco.

—¿Cómo ha llegado usted a interesarse por Dios? —preguntó el recién llegado al viejo borstaliano—. Conocí que era usted un viejo estafador tan pronto como lo vi.

—Uno tiene que creer en algo —replicó amablemente el otro— para no perder el juicio, por pequeño que sea. Pero

ahora mucha gente dice que Dios ha muerto. ¡Ya no sé qué creer!

Un súbito estallido de música los hizo mirar hacia las puertas del parque. El himno había terminado y la banda tocaba con más fuerza para atraer la atención del público hacia el capitán, quien, después de mirar a su alrededor, dio unos pocos pasos para separarse de los otros y dijo con voz fuerte:

—Dios no ha muerto. Preparémonos para el Segundo Advenimiento del Señor. Preparémonos para el Siglo de Oro que está tan cerca de nosotros, pero que será anunciado con trabajos y sufrimientos. Conozcamos la Verdad.

—Eso está bien para él —dijo el hombre de los ojos estrábicos en tono malhumorado—, pero él no sabe lo que es el hambre, no sabe lo que es dormir en los portales y debajo de los bancos y que venga algún polizonte y diga: "Váyase de aquí; vamos, lárguese de aquí".

—Ustedes, compañeros, me aterran —dijo el viejo borsta liano—. Recuerden que estamos representando el papel de sujetos despreciables y tenemos que apelar a tretas para que nos den la comida.

Encogiéndose de hombros y saludando con un movimiento de cabeza a los otros dos, el viejo borstaliano se dirigió bamboleando a las puertas del parque. Pronto se encontró en medio del grupo del Ejército de Salvación, confesando sus pecados en voz alta a un mundo indiferente.

Una anciana gorda que observaba el espectáculo desde la ventana del departamento de un vigilante, movió la cabeza dubitativamente.

—No lo sé, no lo sé —murmuró a su gata moteada—, ésa no parece ser la solución. ¡Yo desearía que alguien nos dijera la verdad de todo ello!

En pequeñas barracas misioneras con techos de hojalata, en las reuniones para ejercicios espirituales realizadas al

aire libre, y en las grandes catedrales, el clero predicaba el Segundo Advenimiento del Señor. Muchos de ellos no tenían la más ligera idea de que aquél no era el Segundo Advenimiento, sino sólo uno de los muchos.

Muy lejos, en una tierra distante situada más allá de las arenas ardientes de un desierto horrendo y árido, donde el Occidente no era todavía el Oriente y donde el Oriente no se había liberado por completo de los grilletes de Occidente, un niño descansaba de espaldas, gorgoteando y chupándose el pulgar. Era un niño que iba a llegar a ser un Gran Discípulo del próximo Guía del Hombre. Pero en otra ciudad donde el Oriente se une con el Occidente y ambos se ensucian con ello, el niño de dos años manoseaba solemnemente las hojas amarillentas de un libro antiguo. Contemplando con los ojos redondos las extrañas escrituras, tal vez inclusive sabía subconscientemente que también él iba a ser uno de los Nuevos Discípulos.

Todavía más lejos, en el Oriente, un pequeño grupo de viejos astrólogos —como los Tres Reyes Magos de la antigüedad— consultaban las estrellas y les admiraba lo que veían.

—Aquí —dijo el más anciano, señalando con el dedo nudoso un plano— el Sol, la Luna y Júpiter se unirán bajo la estrella Pushya, que entonces estará bajo el signo de Cáncer. Eso sucederá en la segunda o tercera Luna nueva.

Se miraron gravemente unos a otros y volvieron a inclinarse para comprobar y volver a comprobar sus horóscopos. Una vez obtenida la esperada confirmación, llamaron a los hombres responsables y a los mensajeros.

Durante toda la historia ha habido informaciones acerca de un Segundo Advenimiento. En realidad, el que vendrá es el décimo en este Ciclo de la Existencia.

En las dilatadas tierras de este mundo, la gente, indiferente, seguía dedicándose a sus ocupaciones mundanas, altercando, disputando, estafando, tratando siempre de "superar" al vecino, sin darse cuenta de que no tan lejos dos

bebés, el primero y el segundo ayudantes del Guía del Destino que pronto iba a llegar, galleaban y canturreaban en sus cunas.

Los sabios del Oriente, que conocían bien el Occidente inmaturo, ordenaron que a los occidentales no se les informara de las fechas y los lugares de esos acontecimientos. Pues, si se difundía la información, hordas enloquecidas de periodistas frenéticos volarían a través del mundo en aviones de propulsión a chorro para burlarse, negar e informar erróneamente. Autores de argumentos para películas y personal indisciplinado de la televisión invadirían los lugares sagrados llevando el desaliento y el daño a dondequiera que fuesen. Pero sólo los que poseen un conocimiento especial saben dónde están esos lugares sagrados. Oportunamente, al cabo de unos pocos años, el mundo se irá enterando de esas cosas y para entonces los Jóvenes estarán adecuadamente protegidos. Oportunamente esos Jóvenes, bajo la dirección de un Guía brillante, mostrarán el camino que lleva al Siglo de Oro y al final de este ciclo de Kali, la Era de la Destrucción.

Muchas personas tienen la idea completamente errónea de que este mundo fue poblado sólo recientemente y que la historia ha terminado. Eso está lejos de ser exacto.

Durante millones de años ha habido diferentes civilizaciones en esta Tierra. Esta Tierra es como una escuela a la que acuden diversas clases. Y como las clases, una civilización puede ser excepcionalmente buena y otra excepcionalmente mala.

Probablemente lo mismo sucede con los vinos, entre los cuales los de cierta "vendimia" son especialmente apreciados. En el caso de la cosecha terrestre, la que consiste, por supuesto, en los seres humanos, se dan ciclos bastante claramente establecidos. Por ejemplo: los hindúes creen que cada período del mundo se divide en cuatro clases, o etapas, o ciclos, cada uno de los cuales dura 864.000 años. El primer

ciclo de 864.000 años es muy bueno y las personas tienen fe las unas en las otras y en la bondad esencial de la humanidad. Tratan de ayudar y no hay guerras, ni siquiera rumores de guerras. Pero una felicidad sin mezcla no es buena porque la gente "se agota". Un ejemplo de ello se puede encontrar en las grandes civilizaciones de la India, China y Egipto, que fueron en verdad grandes civilizaciones, pero a causa de un exceso de poder y de la falta de una oposición y una competencia convenientes, degeneraron. Lo mismo se puede ver en la historia de Roma de hace muchos años.

El segundo ciclo es aquél en el cual la gente, o más bien los gobernantes del mundo, comprenden que tienen que introducir una "serpiente" en el Edén, y, en consecuencia, en el segundo ciclo hay algunas dificultades y controversias para averiguar cuántas personas pueden pensar por sí mismas y dominar la oposición.

Probablemente al final del segundo ciclo las "clasificaciones escolares" de los que han tomado parte en esa clase particular no se consideran muy satisfactorias y, por consiguiente, la tercera clase, o período, de 864.000 años que comienza entonces es un poco más severa. La gente tiene guerras, sale para conquistar a otros, pero aún así, sus guerras particulares no son las acciones sádicas y bárbaras que se dan en este ciclo. La gente no era alevosa en el tercer ciclo, libraba guerras ciertamente, pero lo hacía a la manera de un juego, como dos niños que se golpean con los puños y tratan de desfigurarse mutuamente las facciones, pero sin que deseen matarse, sino solamente realizar unas pocas alteraciones estructurales. Sin embargo, las guerras son infecciosas y se descubrió que asestando unas pocas puñaladas atinadas por la espalda y por medio de una variedad de traiciones, se podía ganar una batalla antes que realmente comenzara.

En el tercer ciclo las cosas van de mal en peor y no se las puede refrenar, tal como el incendio de un bosque no sofocado a tiempo. Si algún deficiente mental arroja un ci-

garrillo encendido y prende fuego a la maleza, una persona que lo observa puede extinguir rápidamente el incendio. Pero si el fuego no es advertido a tiempo se propagará rápidamente, no se podrá dominarlo y se perderán muchas vidas y arruinarán muchas propiedades antes que el incendio pueda ser extinguido. La vida es así: si se permite que el mal crezca y florezca sin contenerlo, se hará cada vez mayor y cada vez más fuerte y, como la cizaña que ahoga la vida de una bella flor cultivada, destruirá los débiles buenos instintos que el hombre tenía originalmente.

Al final del tercer ciclo las condiciones eran incontrolables. Puede decirse que los elementos alborotadores de las aulas que eran los países de la Tierra hacían frente a los maestros, los insultaban y no querían obedecer sus órdenes. Así nació el cuarto ciclo, ese cuarto ciclo al que los hindúes llaman la Era de Kali.

Ahora tenemos toda clase de cosas excitantes, traición de un tipo particularmente vil, campos de concentración, guerras, etcétera. También tenemos la prensa, y cualquier persona reflexiva observará que la prensa es una de las fuerzas más nocivas que existen al presente en esta Tierra.

Un dictador en algún país hace unas pocas observaciones inflamatorias que sólo deben ser oídas por sus súbditos, pero la prensa mundial se apodera de esas observaciones y las deforma un poco para hacerlas todavía peores, y la información —la información errónea sería más exacto— circula por todo el mundo. Y, en consecuencia, el país al que estaban destinadas esas observaciones inflamatorias tiene que hacer algo para no desprestigiarse.

Un ejemplo de esto se puede ver en el caso de Vietnam. Los chinos y los vietnameses desean indudablemente la paz, pero el pueblo americano también desea la paz porque tiene a un tigre asido por la cola y no puede soltarlo por temor a que el tigre se dé vuelta y se encuentre ante el otro extremo de la cola. La prensa, al fomentar las llamas del odio, al

sembrar los recelos en la mente de los hombres, es verdaderamente la única responsable de la difusión de la guerra.

Los periodistas parecen ser subhumanos en cuanto buscan siempre lo peor de las cosas. Si hay un lado malo en alguna parte, los periodistas lo descubren y lo exageran, y si no hay un lado malo tergiversan las cosas para que parezca que existe. En consecuencia, una de las tribulaciones de la Era de Kali es la prensa mendaz y sensacionalista, sin la cual el mundo sería un lugar mucho mejor.

La Era de Kali es aquélla en la cual la gente sufre. Si queréis, podéis considerarla como la Era en que hombres y mujeres son torturados por los fuegos de la guerra para que se purifiquen, para que destruyan la escoria y se preparen para el ciclo siguiente y mejor, pues la vida sigue adelante, la gente mejora en el curso natural de la evolución, adquiere más experiencia, y si no hace afortunada su vida en una etapa de la evolución, vuelve a esa etapa como un colegial que no puede aprobar el examen final y tiene que volver con frecuencia a la misma aula, o al mismo grado, en vez de pasar al siguiente.

Hay un tipo especial de personas que son las que han fracasado en un ciclo y tienen que volver a la misma "aula" para hacer una segunda tentativa. Por falta de una denominación mejor se los llama "judíos". He dicho "por falta de una denominación mejor" deliberadamente, pues en realidad la palabra "judío" no estaba en uso desde hacía mucho tiempo. ¿Os interesan los judíos?

Si preguntasen a alguien quién fue el padre de los judíos os respondería indudablemente: "¡Abraham, por supuesto!" Pero esto no es cierto; Abraham no era judío.

Si estudiáis vuestra historia antigua, ya sea yendo a una biblioteca pública o, más convenientemente, apelando al Registro Akashico, descubriréis que Abraham era en realidad natural de una ciudad llamada Ur de los Caldeos. Muchos lugares tienen dos nombres al presente, por lo que, si eso puede

ayudaros, os diré que Ur se llamaba también Ur Kasdim, y estaba en Babilonia. Eso nos trae al punto interesante de que Abraham, lejos de ser judío, era babilonio y su verdadero nombre no tenía un nombre correspondiente o equivalente en hebreo. El nombre original de Abraham era Abram.

Abraham vivió 2.300 años antes del nacimiento de Cristo, en una época en que ni siquiera se pensaba en la palabra "judío", pero unos 1.800 años después de haber obtenido Abraham su "justa recompensa", la palabra "judío" se refería a personas que vivían en el Reino de Judá, situado en el Sur de Palestina.

Aquellos de vosotros que os sintáis suficientemente interesados por el tema podéis consultar vuestra Biblia, en *Reyes,* 11.16.6. Allí encontraréis palabras escritas 600 años antes de Cristo y veréis que en esa época al judío se lo llamaba *jahudi.*

Volved a vuestra Biblia, esta vez a *Ester,* 11.5. Allí encontraréis que al judío se lo menciona por primera vez, y recordad, también, que el Libro de *Ester* no fue escrito hasta unos 2.400 años después de la muerte de Abraham, es decir, en el siglo I d. de C. En consecuencia, descubrimos que *jahudi* es el que ahora llamamos "judío".

En cada ciclo ha habido doce "Salvadores" o "Mesías" o "Guías del Mundo". Por consiguiente, cuando nos referimos al "Segundo Advenimiento" estamos bastante retrasados. Podemos referirnos a Abraham, Moisés, Buda, Cristo y otros muchos, pero la verdad es que en cada ciclo de la existencia del mundo tiene que haber un guía mundial de un diferente signo zodiacal. Son doce los signos del Zodíaco, y un Guía viene primeramente en un signo, luego en otro, después en otro, hasta que en total ha habido doce guías. En este ciclo particular de Kali nos acercamos al undécimo, y luego habrá uno más antes que la era actual termine y estemos realmente en el Siglo de Oro.

Como es natural, cada Guía del Mundo ha tenido que

contar con partidarios: discípulos, si queréis, o ayudantes, o ministros o como deseéis llamarlos. Pero han tenido que existir esos hombres nacidos especialmente para servir al mundo.

En 1941 nació el primero de los discípulos y otros han nacido desde entonces. El verdadero Salvador nacerá a comienzos de 1985, y entretanto los discípulos prepararán el Camino.

El Salvador o Guía del Mundo —como prefiráis llamarlo— poseerá una educación y una preparación muy especiales, y en el año 2005, cuando tenga 20 años de edad, hará mucho por desconcertar a los ateos que no creen en los dioses, los salvadores, etc.

Además, habrá un caso de transmigración. Si aquellos de vosotros que conocéis la Biblia bien la estudiáis con imparcialidad, veréis que el cuerpo de Jesús fue tomado por "el Espíritu de Dios, el Cristo". Casi del mismo modo, el cuerpo del nuevo Guía del Mundo será tomado por un Personaje ciertamente muy alto y durante los pocos años posteriores se producirán acontecimientos notables y el mundo será conducido por los escalones esenciales que lo prepararán para el comienzo de un nuevo ciclo.

Durante unos dos mil años el mundo progresará siguiendo los preceptos de la Iglesia que fundará el Nuevo Guía, pero al término de esos dos mil años aparecerá otro Guía, el duodécimo del ciclo, que completará la travesía del Zodíaco. Las condiciones mejorarán, y así, poco a poco, en el curso del tiempo, los seres humanos serán conducidos a una Nueva Era en la que poseerán facultades diferentes de las actuales. Habrá clarividencia y telepatía, como existió en otro tiempo la llamada impropiamente Torre de Babel, en la que, por el abuso de poderes especiales, la humanidad perdió por el momento sus facultades telepáticas. Todo esto se relata en la Biblia, pero en forma de fábula. En realidad, el hombre podía comunicarse con los otros hombres y con los

animales, pero a causa de su traición al mundo animal la humanidad fue privada de la comunicación telepática y se produjo la confusión de las personas que trataban de conversar en los dialectos locales, los que con el tiempo llegaron a ser los idiomas del mundo.

A este mundo se lo puede comparar con un tren. El tren ha recorrido diversos paisajes, ha atravesado tierras agradables iluminadas por el sol, que pueden corresponder a la primera etapa, tierras en las que el paisaje era bello y los otros pasajeros amables. Pero cuando llegamos a la segunda etapa, cuando todos los pasajeros cambian y los nuevos no se muestran tan amistosos, el viaje no es ya tan agradable porque hay un trayecto accidentado con muchos matraqueos y se pasa por un terreno deprimentemente lóbrego en el que el humo de diversas fábricas arroja malsanos elementos químicos a la atmósfera. Allí los pasajeros disputan y casi llegan a los golpes, pero todavía queda lo peor. En la tercera etapa los pasajeros cambian otra vez y suben al tren muchos bandidos que tratan de robar a los otros pasajeros, y hay muchas puñaladas y mucha acción sádica. Además, el tren se balancea al borde de angostos barrancos en los que los deslizamientos de tierra hacen el viaje precario. Durante todo el tiempo se oye un ruido discordante y las continuas disputas de los infelices pasajeros.

El tren vuelve a detenerse y recoge nuevos pasajeros. Esta vez la situación es todavía peor, pues éstos se dedican a destruir el tren, dañan las instalaciones, torturan, estafan y realizan todas esas actividades que las personas decentes consideran abominables.

El tren corre por un terreno cada vez más difícil, por rieles mal asentados, con muchos rodeos y obstrucciones. Por fin llega a un túnel largo y tenebroso, entra en él y parecería que no hubiese luces en parte alguna del tren. Los pasajeros se hallan en plena oscuridad como los habitantes del mundo mismo, sin guía. Las tinieblas se hacen más densas y la at-

mósfera más lúgubre, hasta que el tren avanza sacudiéndose en una oscuridad absoluta, la oscuridad que reina cuando se pasa a través del corazón de una montaña. Pero nuestro tren se encuentra ahora en su momento de mayor oscuridad, ya no puede oscurecerse más y por consiguiente tiene que iluminarse.

A medida que el tren va ascendiendo se ilumina cada vez más y, finalmente, al acercarse una Nueva Era el tren sale de la vertiente de la montaña y los pasajeros ven abajo una región próspera y agradable con aguas que centellean y rebaños de ganado vacuno que pacen tranquilamente. El sol resplandece y, a medida que el tren sigue adelante, cambiando constantemente de pasajeros, la situación mejora cada vez más, los hombres respetan los derechos ajenos y ya no hay terrorismo, sadismo ni torturas. Pero todavía hay que hacer mucho, pues antes que llegue el Siglo de Oro habrá muchos más sufrimientos y penalidades en este mundo. De la profecía se trata en otro capítulo de este libro, pero no estará de más decir algo ahora.

Según el arte centenario de la astrología, muchos acontecimientos nefastos van a producirse en esta Tierra. Alrededor del año 1981 habrá un aumento muy grande e inesperado en el calor del mundo, con una reducción de las precipitaciones pluviales y el agostamiento de las cosechas; los árboles frutales y otras plantas se marchitarán antes que se puedan recoger sus frutos. Esta gran ola de calor puede ser la consecuencia de una bomba atómica lanzada por los chinos; los chinos se apresuran a producir una superbomba y al presente son como perros rabiosos que no tienen en cuenta al resto del mundo, porque el resto del mundo los mantiene en un aislamiento virtual y no saben lo que sucede en otras partes y es una triste realidad que se teme siempre a la persona que no se conoce. En consecuencia, los chinos, en su estado de ánimo xenófobo, están dispuestos a atacar todo lo que no comprenden.

También hay que tener en cuenta que la situación era ya bastante mala cuando sólo los Estados Unidos poseían la bomba atómica, pero ahora que la tienen los rusos, los franceses, los chinos y quizá también otros, la situación se ha hecho sumamente precaria.

Hay que realizar mucho trabajo preliminar antes del advenimiento del Nuevo Guía. A ciertas personas hay que informarles acerca de lo que está sucediendo, cuándo y cómo, pero a otras hay que impedirles que obtengan muchos conocimientos.

Además de los discípulos que han nacido ya y que todavía son niños, hay personas mucho mayores con conocimientos especiales que deben escribir acerca de esas cosas para que el conocimiento se difunda y "preparar así el camino".

Estas personas mayores no estarán, por supuesto, en la Tierra en el momento del Nuevo Advenimiento, pero como los que vendrán después, esos precursores habrán realizado su tarea asumiendo el odio y los recelos de que son siempre objeto los innovadores.

La gente teme lo que no comprende y, en consecuencia, si se dice que una persona ha cambiado su cuerpo por el de otra se es automáticamente objeto de mucha persecución. Pero es necesario que haya cambios de cuerpos para que se acostumbren a ellos la conciencia pública, de modo que cuando llegue el Nuevo Guía la gente pueda aceptar la verdad de la transmigración de las almas y el cambio de cuerpos. Así, los que ahora sufren el escarnio, el ridículo y la persecución activa de una prensa mal informada, sabrán cuando llegue el momento que su sufrimiento y su aflicción estaban justificados.

La gente preguntará con frecuencia: "Oh, pero si esas personas poseen tan grandes facultades, ¿por qué viven en la pobreza? Si fuesen verdaderamente lo que dicen que son poseerían todo el dinero que desearen." Esto es completamente ridículo, porque una persona que viene a esta Tierra

en condiciones diferentes es como una astilla en el cuerpo del mundo, y si tenéis una astilla en el dedo os agitáis, inquietáis y no paráis hasta que por fin lográis sacaros la astilla, por la que no sentís simpatía alguna. Del mismo modo las personas que vienen a este mundo, cambian de cuerpo y tratan de preparar un camino para otras son también como una astilla, el mundo las considera extrañas y la gente se siente incómoda en su presencia. En vez de culpar por ello a su propia falta de desarrollo tratan siempre de echar la culpa a esas otras personas.

—¡Oh, es un chiflado! —exclaman—. Me produce una sensación desagradable cuando me toca.

Y así el viejo mundo sigue rodando lleno de aflicciones, pero la hora más oscura es la que precede a la aurora y cuando las cosas están peor es cuando surge la esperanza de algún cambio que pueda ser favorable. Y este mundo y los habitantes de este mundo, después de su hora más siniestra, seguirán hacia la luz y entonces la humanidad se mostrará tolerante con la humanidad, y los pequeños seres del mundo animal serán comprendidos en vez de ser mal entendidos, temidos y atormentados como al presente. En consecuencia, desde el año 2000 habrá placeres en el mundo y comenzará un Siglo de Oro.

Capítulo II

MUCHAS MORADAS

Estaba solo, solo en la vieja casa situada en el centro del páramo. Lejos, al final del largo huerto cultivado, un arroyo ruidoso se volcaba sobre las rocas y silbaba al pasar por los trechos pedregosos. En los días calurosos tenía la costumbre de sentarse a la orilla del arroyo murmurante o de posarse en una de las grandes rocas que dominaban el torrente tumultuoso. Más lejos se hallaba el puentecito de madera con la barandilla tambaleante por el que pasaba cuando iba a la aldehuela en busca del correo y a hacer compras.

Él y su esposa habían vivido allí placenteramente. Juntos habían tratado de hacerse un hogar, de mantener "el cuerpo y el alma unidos" mientras él pintaba y esperaba que lo reconocieran. Pero, como de costumbre, la prensa no había comprendido —ni tratado de comprender— su arte y los críticos lo aprobaban con débiles elogios; el reconocimiento estaba tan lejos como siempre. Y ahora se hallaba en la vieja casa, con la mente y el ánimo tan agitados como el ventarrón que soplaba afuera.

A través de los brezales del páramo el viento ululaba con una furia desenfrenada, azotando el argomón amarillo y haciendo que se inclinase ante las ráfagas potentes. El mar

lejano era una agitada masa blanca de espuma, con grandes olas que iban a romperse con estruendo en la costa de granito, arrastrando de vuelta los guijarros con un chillido que crispaba los nervios. Una gaviota solitaria volaba hacia atrás en lo alto, arrastrada por el viento, impotente en la garra de la tormenta.

La vieja casa se sacudía y estremecía ante el golpeteo incesante de los elementos. Vedijas de nubes, arrastradas hacia abajo, azotaban las ventanas como fantasmas que trataran de entrar. De pronto se oyó un estruendo metálico y una chapa de metal acanalado pasó girando a través del huerto y fue a dar contra el puente y a introducirse entre las viejas tablas. Durante un instante, los extremos rotos vibraron como las cuerdas demasiado tensas de un violín y luego, uno tras otro, se estremecieron y cayeron en el arroyo.

Dentro de la casa, sin hacer caso de la tormenta, el hombre se paseaba de un lado a otro constantemente, recordando una y otra vez el momento en que al volver de la aldea se había encontrado con que su esposa se había ido. Volvía a leer la amarga nota en la que ella le decía que él era un fracasado y ella se iba a otra parte. Con el ceño fruncido, al concebir de pronto una sospecha, se dirigió al viejo escritorio destartalado y abrió el cajón del centro. Registrando el fondo, sacó la caja de cigarros en la que guardaba el dinero para pagar la renta y para los gastos cotidianos. Antes de abrirla tuvo ya la seguridad de que estaba vacía y de que el dinero, su único dinero, había desaparecido. Buscó a tientas una silla, se sentó y ocultó la cabeza entre las manos.

"¡Antes! —murmuró—. ¡Ya me ha sucedido esto antes!" Levantó la cabeza y se quedó mirando sin ver a través de la ventana, azotada por una lluvia torrencial que en corriente incesante se abría paso por las rendijas e iba formando un charco en la alfombra. "¡He vivido todo esto anteriormente! —siguió murmurando—. ¿Acaso he enloquecido? ¿Có-

mo podía haber sabido esto?" En lo alto del alero el viento chilló burlonamente y dio a la vieja casa una nueva sacudida.

Contra la vieja cerca de piedra se amontonaban los caballitos del páramo frente al viento en una aflicción abyecta, tratando de proteger de algún modo sus ojos punzados por las ráfagas. En la sala comenzó a sonar el teléfono, lo que sacó al hombre de su letargo. Lentamente se dirigió al aparato discordante, que dejó de sonar antes que él extendiera la mano para levantar el auricular.

"¡Lo mismo, lo mismo! —murmuró a las paredes indiferentes—. ¡TODO HA SUCEDIDO ANTES!"

El anciano profesor cruzó fatigosamente el patio para dirigirse a la sala de conferencias. Los años habían sido duros, ciertamente. Nacido en circunstancias muy humildes, había sido el "niño inteligente" que tuvo que trabajar como un esclavo y ganarse la vida para poder realizar sus estudios. Y durante casi toda su vida tuvo que abrirse camino contra la oposición de los que se sentían agraviados por su origen humilde. Ahora, en el ocaso de su vida, el peso del tiempo se ponía de manifiesto en su cabello blanco, su rostro arrugado y su paso débil. Mientras avanzaba lentamente, sin tener en cuenta los saludos de los estudiantes, reflexionaba acerca de muchos aspectos oscuros de su especialidad, la historia antigua.

Como era el modelo del profesor distraído, buscó a tientas el tirador de una puerta que estaba ya abierta, y como no lo encontró, se volvió murmurando:

—¡Caramba, caramba! Esto es extraño, muy extraño. Aquí solía haber una puerta. Sin duda me he equivocado de edificio.

Un estudiante comprensivo, que había aprovechado las brillantes conferencias del anciano, lo tomó del brazo y le hizo dar vuelta suavemente.

—Es aquí, señor —le dijo—. Yo le he abierto la puerta. Entre.

El profesor, conmovido, se volvió y le dio las gracias. Cuando entró en la sala de conferencias se transformó en otro hombre; allí estaba su vida, allí explicaba la historia antigua.

Moviéndose como un hombre rejuvenecido, se dirigió a la tribuna y sonrió benévolamente a los alumnos reunidos. Ellos le sonrieron también respetuosamente, pues aunque a veces se burlaban de sus distracciones, todavía sentían un afecto sincero por el profesor que estaba tan dispuesto a ayudarles del mejor modo que podía. Recordando sus propios esfuerzos, se complacía en ayudar a los estudiantes en sus dificultades, en vez de reprobarlos como hacían con tanta frecuencia otros profesores.

Después de mirar a su alrededor para comprobar que su clase estaba completa y todos dispuestos, dijo:

—Vamos a continuar nuestra exposición acerca de uno de los grandes enigmas de la historia, la civilización sumeria. En esa región hubo una importante civilización que parece haber aparecido de la manera más misteriosa y desaparecido de la misma manera. Poseemos fragmentos tentadores de ella, pero no una imagen clara. Sabemos, por ejemplo, que tres mil quinientos años antes de Cristo los sumerios hacían manuscritos bellamente escritos. Tenemos fragmentos de ellos. Siempre fragmentos, nada más. Sabemos también que los sumerios poseían un sistema musical distinto de cualquier otro sistema de anotación musical del Viejo o del Nuevo Mundo. Se ha descubierto una tableta de arcilla que, según se ha averiguado por medio de métodos científicos, corresponde a una época de hace unos tres mil años. Esa tableta tiene grabados símbolos musicales que nos hacen suponer que se trataba de un himno, pero no se ha podido interpretarlos musicalmente.

El anciano hizo una pausa y abrió de par en par los

ojos como si estuviera viendo algo situado más allá de la visión normal del hombre. Durante un minuto permaneció así, contemplando el Infinito, y luego, lanzando un gemido estrangulado, cayó al suelo. El asombro mantuvo a la clase inmóvil durante un instante y luego los estudiantes corrieron hacia él, mientras otros se apresuraban a buscar a un médico.

Los presentes, en un silencio respetuoso, se hicieron a un lado mientras dos camilleros levantaban cuidadosamente al hombre inconsciente, lo colocaban en la camilla y lo llevaban a la ambulancia que esperaba. El director, al que habían llamado, se presentó muy agitado y despidió a los estudiantes hasta la tarde.

En la fría sala del hospital el viejo profesor, que había recobrado el conocimiento, murmuró a su médico:

—¡Es extraño, muy extraño! He tenido la clara impresión de que me había sucedido eso anteriormente, de que conocía el origen de los sumerios. Sin duda he trabajado demasiado. Pero yo conocía la respuesta y ahora ha desaparecido. ¡Es extraño, muy extraño!

El hombre de edad madura se retorcía incómodo en el duro banco de madera y cruzaba primeramente una pierna y luego la otra. De vez en cuando levantaba unos ojos medio asustados para mirar a su alrededor. Del extremo de la habitación llegaba la voz ronca e impersonal de la enfermera que daba sus órdenes monótonas:

—Garland, tiene que ir a ver al doctor Northey. Aquí están sus fichas. Llévelas a esa puerta y espere hasta que el doctor le hable. Rogers, vaya a la sección de terapéutica, pues quieren someterlo a alguna prueba. Aquí tiene sus fichas. Vaya por ese corredor.

Y así continuó la voz como la del locutor aburrido que cita las cotizaciones de la Bolsa.

El hombre de edad madura se estremecía ante las filas y más filas de personas que pasaban delante de él. Enfermos

sin acompañantes, enfermos nuevos acompañados por parientes, y algunos con fornidos sirvientes que esperaban en las cercanías. Pasaban las horas. Aquí y allá un hombre o una mujer gritaba presa de alguna fantasía mental. Más cerca, un hombre gritó: "¡Lo he decidido, y cuando uno decide lo hace!" Se levantó de un salto, atravesó corriendo la sala, dispersando a la gente a derecha e izquierda, apartó de un codazo a un ayudante que quiso asirlo, derribó a un empleado y se arrojó de cabeza por una ventana abierta. Durante la conmoción que se produjo la voz de la enfermera siguió zumbando imperturbablemente.

Afuera, los edificios de ladrillos rojos rielaban bajo el calor creciente. Los vidrios de las numerosas ventanas reflejaban los rayos del sol y destacaban los millares de barrotes que cruzaban las ventanas. Grupos de hombres de mirada vacía se agachaban y arrastraban los pies mientras desmalezaban los senderos de grava en busca de malas hierbas. Los sirvientes haraganeaban alertas en todos los lugares de sombra que encontraban, vigilando a los que trabajaban. Más lejos, donde las lomas herbáceas llegaban al camino principal, hileras de mujeres desaliñadas se dedicaban a la tarea de recoger objetos diseminados y piedras entre la hierba para que los segadores pudieran realizar su trabajo. Bajo un árbol frondoso una mujer flaca se hallaba en actitud majestuosa mientras vigilaba desdeñosamente a las dos sirvientas atentas que se mantenían en una expectativa ansiosa.

En las puertas principales dos sirvientes detenían a los coches que entraban para indicar a sus ocupantes la dirección que debían seguir. Un enfermo, en actitud indiferente, trató de deslizarse por detrás de uno de los sirvientes, pero no tardaron en detenerlo.

—¡Eh, Alfi! —le amonestó el sirviente—. Vuelve aquí. Nada de tretas, estoy muy ocupado.

Más allá de las altas paredes de piedra y de las puertas fuertemente atrancadas los transeúntes atisbaban con curio-

sidad y se conmovían ante el espectáculo prohibido de la vida dentro de las paredes.

En la sala de entradas, el hombre de edad madura se levantó inseguro cuando por fin pronunciaron su nombre. Se dirigió adonde estaba la enfermera sentada a su escritorio y le dijo:

—Se trata de una equivocación. Yo...

—Sí, sí, ya lo sé, usted está todo lo cuerdo que se puede estar —le interrumpió la enfermera—. Todos dicen lo mismo.

Suspiró, tomó una ficha y algunos papeles y llamó a un sirviente. Cuando éste se presentó, le dijo:

—Conviene que lleve a este hombre al doctor Hollis. Dice que todo ha sido una equivocación y que está cuerdo. Cuide de que no se escape.

—Vamos, compañero —dijo el sirviente, asiendo al hombre por el brazo y conduciéndolo a través de una pequeña puerta.

Juntos avanzaron por un corredor a lo largo del cual había varias puertas. Detrás de algunas se oían suspiros, detrás de otras gritos y detrás de otras más se oyó un sospechoso sonido burbujeante que hizo que el sirviente se alarmase y pidiera enérgicamente ayuda para alguien cuya vida se derramaba por una garganta cortada. El hombre de edad madura se estremeció y pareció encogerse.

—¿Se ha asustado, eh? —le preguntó el sirviente—. Usted no ha visto nada todavía. ¡Ya lo verá!

Por fin se detuvieron ante una puerta, el sirviente llamó y una voz lejana respondió: "Adelante." Empujando al hombre delante de él, el sirviente entró y dejó la ficha y los papeles en el escritorio.

—Otro cliente para usted, doctor —dijo, mientras se daba vuelta y se retiraba.

El médico extendió lentamente una mano lánguida, tomó los papeles y los confrontó con la ficha, sin prestar la

menor atención al hombre de edad madura, se acomodó de nuevo en su silla giratoria y comenzó a leer. Hasta que leyó la última palabra y tomó algunas notas no levantó la vista y ordenó lacónicamente:

—¡Siéntese!

Cuando el enfermo se sentó temblando frente a él, el doctor dijo:

—Veamos. ¿Qué significa todo esto? ¿Cómo puede creer usted que puede estar en dos lugares al mismo tiempo? Explíquemelo todo.

Volvió a reclinarse con aire de aburrida resignación y encendió un cigarrillo.

—Bueno, doctor —contestó el hombre de edad madura—, durante algún tiempo he tenido la muy extraña sensación de que otra parte de mí vive en alguna otra parte del mundo. Es como si yo fuera uno de dos mellizos idénticos que a veces se relacionan entre sí casi completamente.

El médico refunfuñó y sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—¿Se trata de hermanos o hermanas? —preguntó—. El informe no lo dice, pero podría ser erróneo.

—No, doctor, no se trata de hermanos ni hermanas, ni de nadie con quien tenga la amistad suficiente para explicar ese sentimiento. Es exactamente como si yo me pusiera a veces en contacto con otro "yo" en alguna otra parte, con alguien que también experimenta esa sensación.

El médico terminó de fumar su cigarrillo y preguntó:

—¿Con cuánta frecuencia ha tenido usted esas experiencias notables? ¿Puede predecir su comienzo?

—No, señor —contestó el hombre—. Puedo estar haciendo algo completamente corriente y de pronto siento un hormigueo en el ombligo, y luego tengo la sensación de que yo fuera dos líneas telefónicas que se han cruzado y ambas partes reciben sus llamadas telefónicas igualmente bien.

—¡Hum! —exclamó el doctor—. ¿Y eso no le causa algún inconveniente?

—Sí, doctor, me causa —contestó el hombre de edad madura—. A veces hablo en voz alta y digo las cosas más procaces.

El médico suspiró, mientras observaba:

—Eso es lo que dice este informe. Bueno, tendremos que enviarlo a una sala de observación hasta aclarar el asunto. Usted parece vivir en dos mundos al mismo tiempo.

El médico hizo una seña y entró en la habitación el sirviente.

—Llévelo, por favor, a la sala de observación B3. Iré a verlo más tarde.

El sirviente hizo una seña al hombre de edad madura y juntos se volvieron y salieron del despacho del doctor. Éste permaneció inmóvil durante un momento y luego empujó sus anteojos hasta la frente y se rascó enérgicamente el cogote. Encendió otro cigarrillo, volvió a reclinarse en la silla giratoria y puso los pies en el escritorio.

"Parece que tenemos ahora muchas personas —se dijo— que creen vivir vidas gemelas. Supongo que luego tendremos personas que digan que viven en mundos paralelos o algo parecido."

El sonido de su teléfono lo hizo volver de un salto al presente, bajó los pies del escritorio y tomó el teléfono dispuesto a recibir al enfermo siguiente.

Existen cosas como mundos paralelos porque todo tiene que tener su contraparte en un estado inverso, así como no puede existir una batería que sea solamente positiva o solamente negativa; tiene que ser positiva y negativa. Pero éste es un tema que será tratado en el siguiente capítulo. Ahora nos referiremos a los mundos paralelos.

Por desgracia, los "científicos" que han temido desprestigiarse o que se sumergen en asuntos que están fuera de sus alcances, han confundido el problema porque no están dispuestos a hacer una investigación sincera. Pero en la India

los iniciados de otras épocas se referían a su "Linga Sharira", que significa la parte del cuerpo que se halla en una dimensión diferente —más allá de las tres dimensiones de este mundo— y, en consecuencia, no puede ser percibida normalmente por una persona que existe en este mundo tridimensional. Tenemos que recordar que en este mundo estamos limitados a tres dimensiones, pues éste es un mundo enteramente tridimensional y para la persona común que no ha estudiado nada acerca de la metafísica la cuarta dimensión es algo risible o de la cual se habla en algunas notables novelas de ciencia-ficción.

No sólo hay una cuarta dimensión, sino que, además, más allá del mundo de la cuarta dimensión, existen los de la quinta, la sexta, la séptima, la octava y la novena. En la novena, por ejemplo, se obtiene la comprensión y se puede entender la naturaleza de las cosas, se puede comprender el origen de la vida, el origen del alma, cómo comenzaron las cosas y qué papel desempeña la humanidad en la evolución del Cosmos. En la novena dimensión, además, el Hombre —todavía muñeco del Super Yo— puede conversar frente a frente con su Super Yo.

Una de las mayores dificultades consiste en el hecho infortunado de que los "científicos" han establecido toda clase de reglas extraordinarias y arbitrarias, y si uno se atreve a contradecir algo de lo que dicen esos "científicos" es condenado realmente al ostracismo. Un ejemplo de esto puede encontrarse en la manera como la profesión médica permaneció completamente anquilosada durante centenares de años a causa de las obras de Aristóteles, pues se consideraba un gran delito realizar cualquier investigación del cuerpo humano porque Aristóteles había enseñado ya todo lo que se podía saber al respecto. En consecuencia, hasta que la profesión médica pudo liberarse de la férula de Aristóteles, los médicos no podían hacer disecciones, autopsias ni investigaciones.

Algunos astrónomos encontraron casi la misma dificultad para enseñar que la Tierra no era el centro de la creación porque cierto hombre maravilloso anterior había dicho que el Sol giraba alrededor de la Tierra y que todo existía para el bienestar de la humanidad.

Pero tenemos que seguir hablando de nuestras dimensiones. Aquí, en esta Tierra, tenemos que habérnoslas con lo que se llama comúnmente tres dimensiones. Vemos y palpamos una cosa y nos parece sólida y real. Pero supongamos que nos las tenemos que haber con una dimensión adicional. Lo primero que preguntaríamos sería: ¿qué es esa dimensión adicional? Probablemente no podríamos comprenderla. ¿Qué puede ser una cuarta dimensión? Y lo que es peor, ¿qué sería una quinta? Y así seguiríamos hasta la novena, o tal vez más allá.

Lo mejor será que consideremos, en primer lugar, una cinta grabadora ordinaria, pues la mayoría de las personas la tienen o la han visto. Tenemos una cinta registradora que corre a una velocidad muy lenta, a menos de dos centímetros por segundo. A esa velocidad lenta podemos hacer que un mensaje grabado dure una hora. Pero si hacemos correr la cinta a razón, por ejemplo, de treinta centímetros por segundo, el mensaje será completamente ininteligible para nosotros, aunque en la cinta no haya sido alterado en modo alguno; las palabras serán las mismas, pero en realidad las habremos trasladado a otra dimensión y no podemos comprenderlas. Para que podamos comprender lo que está grabado en la cinta tendremos que hacerla correr a la misma velocidad que la que se empleó al grabarla.

Dicho sea de paso, los biólogos que se dedican al estudio de los animales marinos han utilizado cintas grabadoras y descubierto que los peces de todas clases hablan. Hay en efecto, discos fonográficos especiales que reproducen los sonidos de los peces que hablan los unos con los otros, e inclusive de langostas y cangrejos que se comunican. Si os

parece que esto es difícil de creer recordad que se ha registrado el lenguaje de los delfines; éstos hablan con mucha más velocidad que los seres humanos, de modo que su lenguaje registrado en la cinta es completamente ininteligible para los seres humanos, pero cuando se pasa la cinta lentamente, a la velocidad de una "dimensión", resulta aceptable para los oídos humanos. Ahora los científicos tratan de descifrar las cintas, y en el momento en que escribimos esto se ha afirmado que esos científicos son capaces de compilar un vocabulario, de modo que con el tiempo podrán comunicarse *in extenso* con los delfines.

Pero volvamos a nuestros mundos paralelos. Hace muchos, muchos años, cuando me había escapado de los rusos y recorría lenta y penosamente Europa para llegar por fin a un país libre, me detuve por casualidad en el Berlín destrozado por la guerra y que en aquel momento era profanado por los salvajes rusos. Caminaba pensando qué iba a hacer a continuación, cómo pasaría el tiempo hasta que anocheciera y pudiera encontrar a alguien que me llevara en su coche a la frontera francesa. Iba de un lado a otro contemplando las ruinas todavía humeantes, donde los bombardeos aliados habían reducido la mayor parte de Berlín a montones de escombros. En un pequeño lugar despejado, bajo unas vigas de acero retorcidas que enrojecía el orín, vi un escenario desvencijado rodeado por los edificios destruidos por las bombas. El escenario tenía decoraciones hechas con trozos del material salvado de las ruinas. Entre unos postes habían tendido arpilleras que ocultaban todo lo posible la vista del escenario a los que no habían pagado la entrada.

Me interesó el espectáculo y vi a dos ancianos, uno de los cuales se hallaba delante de una cortina cobrando el dinero. Estaba andrajoso y desgreñado, pero tenía cierto aire de algo, supongo que de majestuosidad. No recuerdo cuánto pagué por entrar, pero no fue mucho, porque nadie tenía mucho dinero en el Berlín destrozado, pero él guardó

el dinero en su bolsillo y cortésmente me hizo seña para que pasase al otro lado de la cortina desgarrada y sucia.

Cuando entré, vi unos tablones colocados sobre cascotes y en esos tablones gente sentada. Yo también ocupé mi asiento y luego una mano apareció entre la cortina y saludó. Un hombre muy anciano, delgado e inclinado por el peso de los años, avanzó arrastrando los pies hasta el centro del escenario y pronunció en alemán un pequeño discurso, diciéndonos lo que íbamos a ver. Luego se alejó y se colocó detrás de un bastidor. Durante un momento lo vimos con dos palos en la mano de los cuales pendían varios muñecos, trozos inanimados de madera, toscamente tallados para representar a seres humanos, vestidos con harapos chillones, las caras pintadas y mechones de cabello pegados en lo alto. Eran toscos, realmente muy toscos y pensé que había malgastado un dinero del que andaba muy escaso, pero estaba cansado de caminar, cansado de vagar de un lado a otro para eludir a las patrullas policiales rusas y alemanas, por lo que me quedé en el duro asiento pensando que si había malgastado el dinero podía malgastar también algún tiempo.

El anciano se perdió de vista en el fondo de su pequeño escenario destartalado. De algún modo había conseguido encender algunas luces cuya intensidad redujo, y en aquel escenario muy provisional aparecieron unas figuras. Me quedé mirando fijamente y me froté los ojos, pues aquéllos no eran muñecos, sino criaturas vivientes; había desaparecido por completo la tosquedad de la madera tallada embadurnada con colores, coronada con crines de caballo y envuelta en harapos recogidos de las ruinas bombardeadas. Eran personas vivientes, cada una con una mente propia, personas atentas a la tarea que realizaban, personas que se movían por su propia voluntad.

No había música, por supuesto, ni más sonido que el del resuello asmático del anciano oculto en el fondo. Pero no era necesario el sonido, un sonido de cualquier clase

habría sido superfluo; los muñecos tenían vida; cada movimiento, cada gesto era expresivo; el lenguaje era innecesario, pues aquellos movimientos hablaban en el lenguaje universal de la pintura, de la pantomima.

Parecía haber un aura alrededor de aquellos muñecos, de aquellos muñecos que se habían convertido en personas, pues parecían adquirir la identidad y la personalidad de aquéllos a los que representaban en aquel momento. Por mucho que miraba no podía ver las cuerdas que les salían de las cabezas, pues estaban hábilmente ocultas contra el fondo. Delante de mí se desarrollaban escenas de la vida con absoluta fidelidad a los seres humanos equivalentes. Me absorbí en la contemplación de las acciones y los motivos; contemplábamos el drama humano y nuestro pulso latía en simpatía con los más débiles. Aquello era excitante, era real, pero por fin terminó el espectáculo y salí como de un trance. Sabía que un verdadero genio manejaba a aquellos muñecos, un maestro de maestros; luego el anciano salió de su escondite y saludó. Temblaba de fatiga, tenía el rostro blanco por el esfuerzo y cubierto con una delgada capa de sudor. Era ciertamente un artista, era en verdad un maestro, y nosotros ya no veíamos en él a un anciano andrajoso y decrépito, envuelto en harapos, sino al genio que manejaba aquellos muñecos toscos y los hacía vivir.

Cuando me fui, pensaba en las cosas que había aprendido en el Tibet, pensaba en mi amado Guía el lama Mingyar Dondup y en cómo me había demostrado que el hombre no es más que un muñeco de su Super Yo. Pensaba también que ese espectáculo de títeres había sido una lección admirable acerca de los mundos paralelos.

El hombre es en nueve décimas partes subconsciente y una décima parte consciente.

Probablemente habréis leído mucho al respecto porque toda la ciencia de la psicología está dedicada a las diversas facetas e idiosincrasias de lo subconsciente del hombre.

Recordando que el hombre es tan poco "consciente", ¿no se os ocurre qué espantosa pérdida de tiempo es que un Super Yo muy poderoso, dotado con habilidades y talentos de todas clases, que late con la fuerza de un mundo más vibrante y de un sistema de vida diferente, venga a este mundo cargado con dificultades y obstáculos y funcione con, a lo sumo, una décima parte de su capacidad? Supongamos que poseéis un automóvil de, digamos, ocho cilindros —porque no parece existir uno de diez cilindros para que la alusión fuera más exacta— y bastará con uno de ocho cilindros para el propósito de este ejemplo.

Tenemos ese coche de ocho cilindros y descubrimos que sólo funciona un cilindro y que los otros siete no contribuyen en modo alguno al funcionamiento del coche, sino que en realidad lo obstaculizan a causa de la inercia. El funcionamiento es lamentable. Y ahora pensad en ello en función de la existencia humana. La humanidad es como un coche de diez cilindros de los cuales solamente uno de ellos funciona y los otros nueve son "subconscientes". ¿No es eso antieconómico?

El Super Yo de un ser humano —o de cualquiera otra criatura en cuanto a eso— no malgasta energía; el Super Yo de un ser humano tiene que realizar cierto número de tareas.

Supongamos que tenemos un Super Yo desarrollado ansioso de progresar pasando a otros planos de la existencia, ansioso de ascender y ascender a dimensiones diferentes. En este caso, el Super Yo tiene que dedicar una décima parte de su capacidad a ocuparse del cuerpo en la Tierra y puede dedicar el resto de sus facultades a ocuparse de cuerpos de otros planetas, o de otros planos de la existencia. o, inclusive, puede no tener cuerpos-muñecos en otros planos de la existencia y moverse en lo que se podría llamar espíritu puro. Pero si el Super Yo no está tan desarrollado o tiene un

sistema de operaciones diferente, puede hacer las cosas de una manera distinta.

Si suponemos que nuestro Super Yo es más o menos el de un novicio, podemos decir que se parece a un estudiante de escuela secundaria. El estudiante tiene que asistir a varias clases en vez de tener que aprender un solo tema, lo que significa con frecuencia que debe acudir a diferentes aulas o a diferentes centros, lo que supone malgastar mucho tiempo y energía.

El Super Yo se halla en una situación mucho más satisfactoria: es el dueño del muñeco. En este mundo al que llamamos Tierra hay un muñeco que es el cuerpo terrestre y que funciona con una décima parte de la atención del Super Yo. En un mundo paralelo situado en otra dimensión, el Super Yo puede tener otro muñeco, o quizá dos o tres o más muñecos, y ser capaz de manejarlos asignándoles diversas tareas. Para volver a nuestro estudiante, se podría decir que éste es como un estudiante que puede permanecer solo en su habitación privada y enviar a sus representantes a las diferentes aulas para adquirir toda la experiencia requerida por medio de esas distintas fuentes y "conectarlas" posteriormente.

Supongamos que el Super Yo tiene que apresurar un poco las cosas para ponerse de acuerdo con el ciclo de la evolución, para no convertirse en lo que ahora llamamos un judío, pues un judío es una persona a la que no le fue bien en un ciclo y en consecuencia, tiene que retroceder y comenzar todo de nuevo una vez más. Suponiendo que el Super Yo haya sido un poco lento o un poco perezoso y haya sufrido varios reveses y no quiera quedarse en la misma clase o el mismo estado cuando otros han seguido adelante, tendrá que repasar sus conocimientos, lo mismo que un niño o un estudiante de más edad recibe lecciones adicionales para alcanzar a los otros que han adelantado más y mantenerse en estrecho contacto con ellos.

El Super Yo puede tener una persona que vive una vida en Australia y otra persona que hace algo diferente en África. Tal vez haya otra en América del Sur, en Canadá o en Inglaterra; pueden ser más de tres, pueden ser cinco, o seis o siete. Estas personas podrían no encontrarse nunca en la Tierra y, sin embargo, tener entre sí muchas afinidades. Pueden mantener relaciones telepáticas sin comprender de modo alguno por qué, pero a veces se encontrarán en el mundo astral como los viajantes de comercio se encuentran a veces en la oficina del gerente de ventas.

El Super Yo desdichado con siete, ocho o nueve muñecos tendrá que ser realmente muy hábil para manejarlos a todos al mismo tiempo y evitar "que se crucen los hilos". Esta es una explicación de algunos sueños extraños, porque con frecuencia, cuando dos muñecos compatibles duermen, sus cordones de Plata pueden tocarse y producir un efecto análogo al de dos líneas telefónicas que se cruzan y se oyen trozos de conversaciones ajenas, pero, por desgracia, y con inmenso pesar, perdemos las partes más interesantes.

Pero podéis preguntar qué propósito tiene todo esto. Pues bien, la respuesta es fácil: al contar con varios muñecos, el Super Yo puede adquirir una gran experiencia y vivir diez vidas en una sola vida. El Super Yo puede conocer la riqueza y la pobreza al mismo tiempo y pesarlas en la balanza de la experiencia. En un país, un muñeco puede ser un mendigo que lleva una vida miserable, en tanto que en otro país otro muñeco puede ser un príncipe que adquiere experiencia en el manejo de los hombres y en la dirección política de una nación. El mendigo tendrá la experiencia de la miseria y el sufrimiento, de modo que cuando esa experiencia se combine con la del muñeco príncipe, el Super Yo conocerá el lado peor de la vida y sabrá que cada problema tiene por lo menos dos aspectos.

En el curso normal de los acontecimientos una persona puede aparecer como príncipe y luego, en otra vida, como

mendigo, o a la inversa, pero cuando le apremia el tiempo, cuando un ciclo de la evolución se acerca a su fin, como en el caso actual, hay que adoptar métodos heroicos para que los retrasados puedan alcanzar a los demás.

Ahora entramos en la Era Acuaria, era en la que sucederán muchas cosas y aumentará la espiritualidad del hombre. Su capacidad psíquica también acrecerá. Muchas personas que viven ahora en la Tierra no renacerán en ella, sino que pasarán a diferentes etapas de la evolución. Muchas de las que no han aprendido en esta vida o en este ciclo de existencia serán enviadas de vuelta, como colegiales díscolos para que comiencen de nuevo en el siguiente ciclo, lo que equivale a ingresar en una nueva clase como judíos.

Si un muchacho queda rezagado en su clase de la escuela se muestra con frecuencia descontento y malhumorado por su situación y tiende a crear dificultades a los recién llegados, tiende a exagerar su papel y a hacer ver que sabe más, es mejor y más importante, y los recién llegados casi siempre aborrecen al muchacho proveniente del curso anterior. Lo mismo sucede en el aula de la vida: una persona a la que, por no considerarla suficientemente desarrollada, no se le permite pasar a la siguiente etapa de la existencia, tiene que repetir de nuevo el ciclo. Su memoria subsconsciente contenida en las nueve décimas partes de lo subconsciente se resiente por ello y esa persona tiende a ganar la delantera en algún camino particular. No necesitamos hablar de las cosas que hacen los judíos y que no les gustan a las otras personas, pues son muy conocidas, pero sugiero que meditéis acerca de este problema.

Muchas personas, después de dejar esta Tierra, pasarán a una forma de existencia diferente, siempre superior, pues el hombre siempre debe ascender cada vez a mayor altura, como en verdad deben hacerlo todas las criaturas, y como el espíritu del hombre es gregario por naturaleza, se complace estando en compañía de los que ama. Por esa razón

un Super Yo hará realmente esfuerzos decididos y empleará muchos muñecos para poder unirse a sus compañeros.

Aceptemos, por consiguiente, que un mundo paralelo es un mundo situado en una dimensión diferente, un mundo muy parecido a la Tierra, pero, no obstante, en una dimensión diferente. Si os parece eso difícil de comprender, suponed que podéis trasladaros al otro lado del mundo instantáneamente, en un abrir y cerrar de ojos. Ahora decidid vosotros mismos: ¿estáis viviendo en el pasado? Es decir, ¿habéis vuelto al día anterior o habéis viajado al futuro? Según vuestro calendario, descubriréis que cuando cruzáis varias líneas de cambio de fecha viajáis hacia atrás o hacia adelante tanto como un día completo. Por consiguiente, es teóricamente posible vivir un día en el futuro de acuerdo con vuestro tiempo básico, o un día en el pasado. Una vez concedido esto podréis convenir en que hay varias dimensiones que no se pueden explicar fácilmente, pero que, no obstante, existen, lo mismo que los mundos paralelos.

Es asombroso que la gente pueda creer fácilmente que el corazón bombea diez toneladas de sangre en una hora, o que hay sesenta mil millas de tubos capilares en el cuerpo, y una cosa tan sencilla como la existencia de mundos paralelos le haga enarcar las cejas con escepticismo, poniendo con ello en acción una pasmosa cantidad de músculos.

Nuestro subconsciente es habitualmente muy difícil de alcanzar, difícil de sondear. Si pudiéramos llegar con facilidad a nuestro subconsciente podríamos averiguar en cualquier momento lo que nuestros otros muñecos están haciendo en otros mundos o en otras partes de este mundo, y eso produciría una gran confusión, alarma y abatimiento. Por ejemplo: imaginaos que habéis hecho hoy ciertas cosas, pero si pudieseis penetrar en vuestro subconsciente y os descubrieseis viviendo la vida de otro de vuestros muñecos que hizo lo mismo la semana anterior o que se propone hacerlo la semana que viene, ¡cuán grande sería vuestro aturdimiento!

Esta es una de las muchas razones de que sea tan difícil penetrar en lo subconsciente.

A veces suceden cosas por las cuales se produce una confusión involuntaria entre lo consciente y lo subconsciente. Éste es un asunto muy grave, tan grave que habitualmente tiene que ser sometido a tratamiento en un manicomio. Lleva a toda clase de estados psicóticos, porque el desdichado paciente no puede determinar cuál es el cuerpo en que se supone que reside.

¿Habéis oído hablar del libro *The Three Faces of Eve*? Una mujer estaba poseída por tres entes diferentes. Acerca de ello han escrito muchos médicos y especialistas respetables que probablemente sabían lo que decían.

¿Habéis leído la historia de Bridie Murphy? Se trata de un caso análogo. También una persona estaba poseída por otro ser, o, en otras palabras, se producía en lo subconsciente el paso de un muñeco a otro.

Tenemos asimismo el caso de Juana de Arco. Juana creía que era una gran caudilla, que recibía mensajes de fuentes superiores. Juana de Arco, muchacha campesina muy sencilla e ignorante, se convirtió en guerrera y jefa de guerreros porque los cordones de plata de dos muñecos se enredaron y Juana recibió impulsos destinados a un hombre en un cuerpo diferente. Durante un tiempo actuó como ese hombre, como ese caudillo de hombre, como ese gran guerrero, y luego, cuando los hilos se desenredaron, desaparecieron sus facultades y volvió a ser la sencilla muchacha campesina que tuvo que sufrir un castigo por una fama temporaria y errónea: fue quemada en la hoguera.

En el caso de la víctima de *The Three Faces of Eve* se produjo un trastorno múltiple, y la pobre mujer fue puesta en contacto involuntariamente con otros muñecos manejados por el mismo Super Yo. Esos otros muñecos se hallaban en la misma situación, sufrían también ese trastorno y el resultado era el caos completo. Lo mismo sucede cuando mane-

jáis dos o tres muñecos y os mostráis descuidados o inexpertos o dejáis que se distraiga vuestra atención: los hilos se enredan, tiráis de un hilo que debe manejar al muñeco A, pero a causa del enredo hacéis que el muñeco B patee y que el muñeco C mueva la cabeza. De la misma manera, cuando se produce entre lo consciente y lo inconsciente un enredo que no podéis solucionar, se entremezclan unos con otros los seres manejados por el mismo Super Yo.

En el caso de Bridie Murphy también hubo una irrupción en lo subconsciente, un enredo de hilos y una transferencia de impresiones.

Juana de Arco, como hemos visto, era una sencilla muchacha campesina sin educación de ninguna clase. Pasó largos períodos a solas dedicada a la contemplación, y en uno de esos períodos irrumpió de la manera más casual en lo subconsciente. Probablemente hizo un ejercicio de respiración especial sin siquiera darse cuenta de ello, porque todo esto se puede hacer deliberadamente y bajo un control completo. De todos modos, irrumpió en lo subconsciente, enredó los hilos con los de otro muñeco y armó realmente un lío. Sentía todos los impulsos de un guerrero y se convirtió en un guerrero, con armadura y montada a caballo. Pero, ¿qué le sucedió a la pobre muchacha que se proponía llegar a ser un caudillo aunque conservaba sus características femeninas? Las especulaciones al respecto pueden llevarnos a toda clase de conclusiones desafortunadas. Pero Juana de Arco llegó a ser un caudillo de hombres, un guerrero que oía voces provenientes del cielo. ¡Por supuesto las oía! Recibía impresiones por medio del Cordón de Plata que, después de todo, es nuestra única cuerda de muñeco. Pensad en ello, en esa cuerda de muñeco. Tenemos un cordón de plata mencionado también en la Biblia, donde, como podéis recordar, en el capítulo 12 se dice: "Antes que se rompa el cordón de plata y se quiebre el platillo de oro y se haga pedazos el cántaro junto a la fuente y se caiga al fondo del pozo la polea."

La gente escribe acerca del tiempo y la relatividad, de los mundos paralelos y todo eso, y emplea palabras tan sonoras que ni siquiera los que las utilizan saben lo que significan. Pero probablemente habéis comprendido la idea general de este capítulo. Recordad que todo esto es cierto, que todo esto es una realidad absoluta, y que algún día, en un futuro no muy lejano, la ciencia derribará unas pocas barreras y unos pocos prejuicios y comprobará la verdad de los mundos paralelos.

Capítulo III

MUCHAS MÁS MORADAS

—¡Usted ha arruinado mi aparato de radio! —gritó la mujer de facciones enjutas al entrar precipitadamente en la pequeña tienda—. ¡Me vendió unas pilas que han echado a perder todo!

Y siguió gritando mientras corría hasta el mostrador y arrojaba un pequeño transistor en las manos asustadas del joven que la miraba temeroso desde el otro lado. El cliente cuyo lugar había sido usurpado tan violentamente por la mujer beligerante se retiró con cautela, llegó sano y salvo a la puerta y se lanzó a la calle.

De la habitación del fondo salió el administrador, lavándose nerviosamente las manos con un jabón y un agua invisibles.

—¿Puedo servirle en algo, señora? —preguntó, mirando con alguna alarma a la mujer de cara enrojecida.

—¿Servirme? —gritó ella—. Han arruinado mi radio con sus malas pilas. No funciona. Quiero una radio nueva.

Su voz se convirtió en un bramido ronco, como si pensara en todas sus "dificultades". El joven empleado de detrás del mostrador manoseaba débilmente el aparato sin saber qué hacer. Por fin sacó una moneda del bolsillo e hizo girar con ella los dos tornillos de la parte trasera de la radio. Levantó

la cubierta de la caja de las pilas y sacó lentamente las cuatro.

—Voy a probarlas —dijo, y se dirigió al extremo del mostrador donde estaba el aparato correspondiente. Y al ver el resultado, exclamó—. ¡Vean! ¡Las pilas son buenas!

Las recogió, volvió a colocarlas cuidadosamente en el transistor, hizo girar los tornillos en el sentido opuesto y dio vuelta al aparato. Con un movimiento del pulgar hizo girar el dial y se oyó la última canción de los Beatles.

La mujer de facciones enjutas se quedó mirando fijamente al empleado, con la boca abierta por la sorpresa.

—¡Bueno! No funcionaba para mí —afirmó, y añadió truculentamente—. Usted ha cambiado las pilas.

El administrador y el empleado se miraron y encogieron de hombros, exasperados.

—Señora —preguntó suavemente el primero—, ¿está segura de que colocó las pilas correctamente?

—¿Correctamente? ¿Correctamente? ¿Qué quiere decir? —preguntó a su vez la mujer con el rostro enrojecido por la ira—. Cualquiera puede colocar las pilas en una radio. Por supuesto, las coloqué correctamente.

El administrador sonrió mientras decía:

—Hay una manera correcta y una manera incorrecta de colocarlas. Si usted las pone con la polaridad invertida no funcionan.

—¡Qué tontería! —exclamó la mujer arrogantemente—. Deben funcionar en cualquiera posición, en cualquiera posición que sea. Yo conecto mi televisor y no tengo que preguntarme cómo se hace la conexión. ¡Ustedes buscan excusas, como hacen todos los hombres!

Hizo un gesto de desdén y se volvió para recoger el transistor que seguía haciendo oír su ronca canción.

—Espere un momento, señora —dijo el administrador—. Voy a mostrarle cómo hay que hacer las cosas, pues de otro modo volverá a tener las mismas dificultades.

Tomó el aparato, volvió a abrirlo, sacó las pilas, las colocó de nuevo en la posición incorrecta, cerró la tapa, puso el transistor en funcionamiento y no se oyó sonido alguno. Una vez más colocó las pilas en la posición debida y entregó a la mujer el aparato que funcionaba perfectamente.

—Pruebe usted misma —dijo sonriendo.

—Nunca, nunca lo he hecho —confesó la mujer en tono sumiso. Luego señaló triunfalmente al empleado y añadió—. Él debía habérmelo dicho. ¿Cómo iba a saberlo yo?

El administrador tomó una pila de la estantería y le dijo:

—Vea, señora, todas las pilas tienen polaridad; un extremo es positivo y el otro negativo. Para hacer que una pila funcione en un aparato hay que insertarla con la polaridad correcta. Su televisor es diferente. Recibe una corriente alterna que cambia dentro del televisor mismo. Todo, las pilas, los imanes y otras muchas cosas tienen polaridad. Hasta los hombres y las mujeres son de una polaridad diferente.

—Sí —replicó la mujer con una mirada de soslayo—, todos sabemos lo que sucede cuando se juntan.

El teléfono sonaba insistentemente. En el otro extremo del garaje el hombre con overol gris suspiró exasperado. Arrancó un pedazo de algodón y mientras se limpiaba con él las manos grasientas corrió al aparato que seguía sonando.

—Garaje de Steve, ventas y servicio —anunció mientras levantaba el auricular.

—¡Oh! —exclamó una voz femenina en el otro extremo del hilo—. Pensaba que no iba a contestar nunca.

—Disculpe, señora. Estaba ocupado con otro cliente.

—Está bien. Habla la señora Ellis, de The Ferns. Mi coche no quiere ponerse en marcha y tengo que ir a la ciudad con urgencia.

El hombre del garaje volvió a suspirar. Pensaba que las

mujeres tenían siempre dificultades para poner en marcha sus coches, pero eso era lo que proporcionaba el dinero para pagar el alquiler.

—¿Ha probado el arranque? —preguntó.

—Por supuesto —respondió la mujer, indignada—. He apretado y apretado el acelerador, pero sin resultado; no funciona. ¿No puede venir usted? —preguntó ansiosamente.

El hombre reflexionó durante un instante. El marido de la señora era un buen cliente y... Sí, debía ir.

—Sí, señora Ellis —contestó—. Estaré ahí dentro de treinta minutos.

Precisamente en aquel momento llegó su mecánico ayudante de la ciudad, adonde había ido en busca de repuestos. Steve corrió al camión.

—Pon una batería de repuesto y alambres de cierre, Jim —dijo apresuradamente—. Tengo que ir a ver el coche de los Ellis y antes necesito asearme un poco.

Fue al cuarto de baño, se limpió la mugre y la grasa y se quitó el overol sucio. Mientras se peinaba se acercó al camión.

—Te dejo a cargo de todo, Jim —gritó a su ayudante mientras se alejaba por la carretera hacia los suburbios.

El viaje de diez minutos hasta la casa de los Ellis lo llevó a través de un distrito recientemente urbanizado; contemplaba ansiosamente los nuevos edificios, pensando en todo el negocio potencial que significaban. Pero la gente pasaba en sus grandes coches nuevos y corría a la ciudad para gastar su dinero. Sólo los que tenían coches viejos o coches que se atrancaban se detenían en su garaje. Los otros acudían a Flash Pete o a Honest Trader Joe, deslumbrados por el brillo de los marcos cromados de las ventanas y las banderolas flameantes.

Cuando llegó a la calzada de los Ellis vio a la delgada señora Ellis brincando de impaciencia. Al ver el camión corrió hacia él y exclamó:

—¡Oh, creía que no llegaría nunca!

—Sólo he tardado veinte minutos, señora —contestó Steve suavemente—. ¿Cuál es la avería?

—Es usted quien tiene que averiguarlo —replicó la señora Ellis con acrimonia mientras se volvía y conducía a Steve a su garaje de dos coches.

Steve miró a su alrededor y vio las llantas de repuesto cuidadosamente sujetas a la pared y los cinco tambores de nafta con el tapón patentado, y el nuevo y brillante cargador de la batería todavía enchufado en la toma de corriente y con su luz de advertencia encendida: "¡Hum! —pensó—. Eso excluye cualquier desperfecto en la batería."

Se acercó al coche casi nuevo, abrió la portezuela y se deslizó en el asiento del conductor. Miró a su alrededor, probó el embrague y una vez seguro de que el coche estaba desembragado, apretó el botón de arranque. El coche no dio señales de vida. Ni vio una luz roja que indicase que el motor estaba encendido. Salió del coche, levantó la cubierta y vio que el motor estaba limpio y con todas sus partes en orden. Examinó las conexiones con la batería y las encontró bien ajustadas y limpias. Durante un instante se quedó perplejo e indeciso.

—¡Oh, apresúrese, ya estoy retrasada! ¡Tengo que insistir en que usted haga algo o tendré que llamar a algún otro! —La señora Ellis estaba realmente agitada—. ¡Es esto tan estúpido! Mi marido compró ayer un cargador de batería para que nuestros coches pudieran ponerse en marcha fácilmente con el tiempo más frío y ahora el mío no quiere arrancar.

Steve corrió a su camión y volvió con herramientas y un probador de baterías. Cuando colocó los alambres de conexión a través de las terminales de la batería descubrió que la batería estaba completamente muerta.

—¡Oh, qué tontería! —exclamó la señora Ellis cuando él

se lo dijo—. La batería ha estado cargándose durante toda la *noche*. Yo misma la puse.

Steve volvió a examinar el cargador de la batería y descubrió asombrado que los alambres no tenían marca, ni la *positiva* ni la *negativa.*

—¿Cómo sabe usted cuál es cuál? —preguntó.

La señora Ellis lo miró confusa.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó.

Steve suspiró y explicó:

—Todas las baterías tienen un lado positivo y un lado negativo y si usted conecta el cargador equivocadamente descargará la batería en vez de cargarla. Ahora su batería está descargada y usted no puede poner su coche en marcha.

La señora Ellis lanzó un gemido de fastidio y declaró:

—Le dije a mi marido que no arrancara esas etiquetas. ¿Ahora qué puedo hacer?

Steve se puso a trabajar mientras decía:

—Dentro de diez minutos podrá usted partir en su coche. He traído una batería de repuesto y se la prestaré mientras cargo la suya debidamente.

La señora Ellis, ahora toda sonrisas, preguntó:

—¿Por qué tiene que haber una cosa positiva y otra negativa?

—Tiene que haberlas para que exista una corriente de energía —contestó Steve—. Todo tiene su contraparte opuesta en alguna parte. Los hombres tienen a las mujeres como sus contrarias, y la luz a la oscuridad —y continuó, sonriendo—. Espero que en alguna parte haya un mundo con una polaridad opuesta a la de esta Tierra.

Se introdujo otra vez en el coche, accionó el mecanismo de arranque y el motor rugió lleno de vida.

—Tengo que apresurarme —dijo la señora Ellis— o mi polo opuesto se enojará si llego tarde para el almuerzo.

Puso el coche en marcha y se alejó, mientras Steve dejaba

la batería descargada en su camión. Sacudió la cabeza, resignado, y murmuró:

—¡Mujeres! Pero me pregunto si puede existir realmente otro mundo de antimateria, según el cuento extraño que oí relatar la otra noche en la Rosa y el Dragón. ¡Sería asombroso!

El río corría arremolinándose y murmurando alrededor de los estribos de piedra del Peace Bridge en Fort Erie y giraba en la curva para bañar las orillas del Niágara Parkway. Con escarceos ondulantes hacía que las embarcaciones de recreo amarradas se sacudiesen y golpeasen contra sus postes. A lo largo de la playa arenosa de la Grand Island corría con un siseo cloqueante y arrastraba las pedrezuelas con una gracia lánguida. Después de recibir al río Chippawa en su seno seguía corriendo con una fuerza creciente a medida que cada riachuelo, cada arroyo y cada manantial aumentaba su volumen.

Más adelante, la espuma de las cataratas del Niágara ascendía centenares de metros en el aire, permanecía suspendida en lo alto durante un instante y volvía a caer para aumentar el torrente. Rayos de luz de distintos colores formaban dibujos constantemente cambiantes en las aguas saltarinas y trazaban arcos iris de múltiples matices en la espuma de arriba. En la estación de regulación de las aguas situadas sobre las cataratas el agua se dividía según el capricho de la mano de un hombre y una cantidad enorme de litros pasaba sobre las cataratas para deleite de los turistas, en tanto que otros miles giraban bruscamente hacia la izquierda para introducirse en un gran túnel hecho por el hombre e ir a parar con creciente fuerza ladera abajo a la planta de energía eléctrica de Sir Adam Beck.

La enorme potencia de las aguas encauzadas iba a chocar con fuerza irresistible contra las paletas de las turbinas, haciéndolas girar con una velocidad increíble y poniendo en

funcionamiento los generadores conectados, con lo que generaban una inmensa cantidad de electricidad.

A través del Ontario zumbaban los cables por los que corría la corriente para satisfacer las necesidades de la civilización. Desde Canadá grandes redes de alambres se extendían a través de los Estados Unidos hasta la ciudad de Nueva York, conduciendo la electricidad canadiense a los hogares y las industrias estadounidenses. Miles de millones de luces difundían su bienestar y seguridad. En los hoteles bulliciosos los ascensores rechinaban llevando a los huéspedes a sus habitaciones. En los hospitales de los dos países médicos y cirujanos realizaban sus tareas a la luz de la electricidad generada en Canadá. Las radios resonaban y las sombras movedizas de la televisión se agitaban detrás de sus pantallas de vidrio.

Zumbando sobre la tierra bien iluminada llegaban aviones de todo el globo habitado. Provenían de Inglaterra, Australia, Japón, América del Sur y todos los países de nombres exóticos que citaban las agencias de viajes y convergían ordenadamente en los grandes aeropuertos del Estado de Nueva York. Técnicos apostados en numerosas torres conversaban con los pilotos, les daban instrucciones y los guiaban. Las luces iluminaban las pistas de aterrizaje como si fuera de día. Los faros arrojaban grandes dardos de luz al firmamento para que los vieran desde muchas millas de distancia los que todavía se hallaban envueltos en la oscuridad a gran altura sobre el océano, todavía fuera de la vista de la tierra.

Trenes eléctricos rugían bajo la tierra y resonaban ruidosamente al pasar por los viaductos y los puentes de la superficie. En los muelles, grandes barcos con mercaderías provenientes del mundo entero se hallaban fondeados en sus amarraderos con enjambres de seres humanos dedicados con una actividad frenética a las operaciones de carga y descarga. Los reflectores invertían las horas y convertían la oscuridad de la noche en la claridad del día.

Lejos, en la central eléctrica, las aguas seguían corriendo

interminablemente para que la corriente de electricidad llegase a los dos países. Era electricidad "positiva" y "negativa", para que el esfuerzo incesante tendiente a que la una llegase a la otra engendrase la energía necesaria para el hombre si había de trabajar y asegurar su bienestar... Pero en alguna parte se produjo una pequeña avería: un cortocircuito. ¿Y qué es un cortocircuito sino el contacto súbito de la electricidad positiva y la negativa? Se produjo al principio en pequeña escala, pero luego, como las oleadas de la multitud en una cancha de fútbol, más y más electrones positivos fueron conectándose con más y más electrones negativos.

Los relevadores se calentaron. El calor fue aumentando, soldando las puntas y poniendo al rojo vivo los cables aislados. Los motores rugían y gemían, agonizando por exceso de fuerza, morían luego y quedaban en un silencio completo. En los dos países se apagaron las luces. Los ascensores dejaron de funcionar, dejando varados a los pasajeros y causando su angustia y su temor. Los trenes subterráneos se paralizaron al faltarles la corriente. Y, felizmente, las radios chillonas y los aparatos de televisión quedaron en silencio. Las prensas dejaron de funcionar entre una maraña de papel desgarrado y de hombres que maldecían.

Y todo porque la electricidad "positiva" quiso unirse con la "negativa" de pronto y violentamente, sin haber sido domada y controlada previamente. Pues cuando los opuestos se unen sin control puede suceder cualquier cosa... y sucede.

Desde hace siglos, los iniciados del Lejano Oriente han sabido que existe un mundo opuesto a éste, el mundo que allí llaman "Mellizo Negro". Durante muchos años los científicos occidentales se han burlado de esas cosas, creyendo en su ignorancia que sólo podían existir las cosas descubiertas por los científicos occidentales. Pero ahora, muy recientemente, un hombre ha sido recompensado con el Premio Nóbel

por haber descubierto varias cosas relacionadas con el mundo de la anti-materia.

En 1927 un físico británico descubrió que existía un mundo de anti-materia, pero dudaba de su propio trabajo, al parecer porque no poseía suficiente fe en su capacidad. Pero luego un físico americano llamado Carl Anderson fotografió unos rayos cósmicos que pasaban por una cámara especial. Descubrió así rastros de un electrón diferente de los otros electrones, comprobó que existían en realidad anti-electrones, y por este descubrimiento, anticipado por el británico en 1927, Anderson recibió el Premio Nóbel. Probablemente, si el físico británico hubiese tenido suficiente confianza en su trabajo habría sido él quien recibiera el premio.

Ahora es evidente para los científicos —como era evidente para los habitantes del Oriente desde hacía siglos— que un átomo de hidrógeno y su contraparte anti-material pueden producir una explosión en comparación con la cual la de la bomba atómica corriente es tan insignificante como un cohete húmedo. Pero examinemos un poco más detenidamente este tema.

Toda vida, toda existencia en movimiento fluye, se eleva y cae, crece y mengua. Hasta la vista consiste en movimiento, pues las varillas y los conos de los ojos no hacen más que responder a las vibraciones (el movimiento) del objeto que decimos haber visto. Por consiguiente, nada hay estacionario. Una montaña parece una estructura sólida, pero desde un punto de vista diferente no es más que una masa de moléculas en una danza constante y que dan vueltas las unas alrededor de las otras como los jejenes en una noche de verano. En una escala mayor podríamos compararla con el cosmos, porque en el cosmos hay planetas, mundos, meteoros, todos ellos dando vueltas y en movimiento constante. Nada está inmóvil. ¡Ni siquiera se está inmóvil en la muerte!

Del mismo modo que una batería tiene que tener un polo positivo y un polo negativo para que se produzca una

corriente de energía, así también los seres humanos, y todas las demás cosas que existen, tienen componentes positivos y negativos. Nunca ha existido nada completamente positivo o completamente negativo, porque si no hay una diferencia no puede producirse una corriente de energía de lo uno a lo otro y, en consecuencia, la existencia sería imposible.

La mayoría de las personas ignora la existencia del mundo de la anti-materia, lo mismo que el polo positivo o el negativo de una batería ignoran la existencia de otros polos. La terminal positiva de una batería puede sentir un impulso directo hacia la negativa, o viceversa, pero es muy improbable que cualquiera de los dos polos pueda conocer la existencia del otro.

Existe el mundo de la materia, pero igual y opuesto existe un mundo de anti-materia, así como existe Dios y existe el anti-Dios. Si no existiese un anti-Dios no habría manera de comparar la bondad de Dios y si no existiese un Dios no habría manera de comparar la maldad del anti-Dios. Los que vivimos en éste, que es en realidad el mundo o polo negativo, estamos al presente dirigidos por el anti-Dios, el Diablo, o Satán, o como llamemos al "poder del mal". Pero pronto cambiará el ciclo de la existencia y estaremos dirigidos por Dios, nos hallaremos bajo su influencia benéfica. Pertenecemos a un sistema de corriente alterna que se transforma de positiva en negativa y de negativa en positiva, lo mismo que nuestra contraparte se transforma de negativa en positiva y de positiva en negativa.

Toda la vida es flujo, movimiento, vibración, oscilación, cambio. Toda existencia es flujo y cambio. Si examinamos el sistema de corriente alterna podemos ver que cada media onda se compone de un ciclo medio negativo que se hace medio positivo, y de un ciclo medio positivo que se hace medio negativo. Pero luego continúan y, en vez de hacerse medio negativo, el primero se hace completamente negativo y el segundo completamente positivo. En la corriente ordi-

naria de nuestra casa, en Inglaterra, por ejemplo, esa corriente cambia de polaridad cincuenta veces por segundo, pasa de la negativa a la positiva y de la positiva a la negativa. En otras partes del mundo, como en Canadá y los Estados Unidos, la frecuencia de cambio es de sesenta veces por segundo. Los que vivimos en esta forma de existencia llamada el mundo, el sistema solar, viajamos a lo largo de la corriente del tiempo como viajan los electrones a lo largo de la corriente eléctrica, viajamos a lo largo de nuestra concepción del tiempo hasta que llegamos —o llega nuestro Super Yo— a alguna existencia mucho mayor. Si leéis mi *La sabiduría de los ancianos* veréis que un ciclo de tiempo diferente es de setenta y dos mil años.

Pero todos y todo lo que existe en la Tierra tienen una contraparte de la polaridad opuesta en otra Tierra, en otra galaxia, en otro sistema de tiempo enteramente distinto. Es evidente que este sistema no puede estar cerca de nosotros, pues en ese caso se produciría una explosión tan tremenda que la Tierra entera y otros muchos mundos quedarían destruidos.

Ahora se cree que la gran explosión que sacudió la tierra el 30 de junio de 1908 en los desiertos de Siberia fue causada por un trozo de anti-materia, mucho menor que una pelota de fútbol, que de algún modo penetró en nuestra atmósfera. Viajó a una velocidad verdaderamente tremenda y, al chocar con la Tierra, ese trozo de materia mucho menor que una pelota de fútbol estalló con un estruendo que se oyó a más de quinientas millas de distancia. Personas que se hallaban a cuarenta millas de distancia fueron derribadas por la ráfaga y la sacudida. De la misma manera, pues, si cayese a través de la atmósfera un trozo mayor de anti-materia, la Tierra desaparecería. Así como una chispa puede soldar contactos y causar una falla breve y total de un sistema eléctrico, así también un trozo mayor de anti-materia podría causar nuestra destrucción completa.

En consecuencia, en nuestro ciclo actual y en nuestro

mundo presente pertenecemos al período negativo, y tenemos frustraciones, aflicciones y la fuerza predominante del mal. Pero debe alentarnos el hecho de que este ciclo particular está llegando a su fin y en los próximos años comenzará un nuevo ciclo en el cual las condiciones serán cada vez más positivas, ya no estaremos bajo el dominio del anti-Dios, ya no habrá guerras y todos seremos buenos. Pues así como ahora luchamos los unos contra los otros, en el próximo ciclo las guerras se librarán contra la pobreza y la enfermedad y contra el mal mismo. Descubriremos que tenemos lo que se puede llamar "el Cielo en la Tierra" y en todas partes los Super Yos enviarán sus muñecos a un mundo que será entonces tanto positivo como negativo.

Supongamos que recordáis a *Alicia en el país de las maravillas.* Imaginaos a Alicia pasando a través del espejo a un mundo en el que todo está invertido. Suponed que podéis pasar de pronto a través del velo que separa lo negativo de lo positivo, y suponed que aquí, en este mundo, os preguntáis cómo podéis pagar vuestras cuentas, cómo os vais a arreglar para seguir viviendo, por qué vuestros vecinos os aborrecen tanto. De pronto, inesperadamente, os encontráis al otro lado del velo y descubrís que ya no tenéis cuentas que pagar, que la gente es bondadosa y que disponéis de tiempo para ayudar a otras personas en vez de pensar constantemente en vosotros mismos. Eso va a suceder inevitablemente, eso sucede siempre, y cada vez que se produce una inversión del ciclo aprendemos un poco más.

Es interesante suponer que, si pudiéramos apoderarnos de un trocito de anti-materia del tamaño de un guisante y pudiéramos resguardarla de algún modo de la influencia de la Tierra, podríamos instalarla en una gran nave espacial, y luego, exponiendo esa partícula, no mayor que un guisante, a la influencia de la Tierra, impulsaríamos la nave espacial hacia arriba más allá de este mundo, introduciéndonos en las profundidades del espacio. No serían necesarios cohetes

ni otras formas de propulsión, porque ese trocito de anti-materia, manejado adecuadamente, anularía por completo la ley de la gravedad.

Asimismo, no puede haber bien sin mal, porque no existiría fuerza alguna. No puede haber un imán que sea completamente positivo o completamente negativo porque no existiría fuerza alguna. ¡Y tampoco existiría el imán! Imaginémonos que el mundo es una forma de imán con campos magnéticos que irradian desde el Ártico y el Antártico, pero conectado con nosotros por algún puente que no podemos ver hay otro mundo de polaridad opuesta. Tendríamos los dos polos de, por ejemplo, un imán en forma de herradura. Muchos científicos se preguntan si la anti-materia significa que cada cosa particular tiene su duplicado en ese otro mundo. Se preguntan, por ejemplo, si hay anti-personas, anti-gatos y anti-perros. Los científicos no saben cómo son esas personas porque los científicos tienen poca o ninguna imaginación, tienen que tener una cosa en las manos para poder analizarla o pesarla. Sólo un ocultista puede informar acerca de este tema particular, porque el ocultista competente puede abandonar el cuerpo y salir de él, y también de la Tierra, y una vez fuera ver cómo es ese otro mundo, como he hecho yo con mucha, mucha frecuencia.

Las anti-personas son simplemente personas cuya dirección etérea difiere de la de las personas del mundo de la Tierra. Si se os hace difícil imaginar el mundo de la anti-materia, pensad en la fotografía: tenemos una negativa y una positiva, y si pasamos una luz por la negativa bajo un papel sensibilizado y bañamos el material en varios elementos químicos obtenemos un parche oscuro donde había un parche claro en la negativa, y un parche claro donde había un parche oscuro en la negativa.

Hay ciertos objetos voladores desconocidos —llamémoslos "platos voladores"— que vienen a esta Tierra realmente desde el mundo de la anti-materia. No pueden acercarse demasiado

pues estallarían, pero a pesar de eso están explorando, así como nosotros enviamos cohetes a la Luna, a Marte o a Venus.

La gente dice que si fuera cierto lo de los platos voladores, sus tripulantes aterrizarían o establecerían contacto con los habitantes de esta Tierra. La verdad es que no pueden hacerlo, porque si tocaran nuestra tierra se produciría una explosión y desaparecería el plato volador. Si tenéis en cuenta varios informes, recordaréis que ha habido incidentes en los que algún objeto volador desconocido que se veía muy claramente en el radar estalló de pronto muy violentamente al acercarse a unos miles de metros de la superficie de este mundo, tan violentamente que no se pudo encontrar rastro alguno de él. Lo mismo sucedería si pudiéramos enviar un cohete al mundo de la anti-materia. Causaríamos gran daño a sus habitantes, haciendo tal vez que desapareciera de su mapa una ciudad entera.

Hay otros aspectos de este mundo y de la anti-materia sumamente interesantes para quienes han estudiado el asunto concienzudamente. Por ejemplo, hay en este mundo ciertas localidades —afortunadamente pocas— en las que la gente puede "deslizarse" a otra dimensión, o al mundo de la anti-materia. Las personas van a esa localidad que oscila un poco y, si tienen mala suerte, son sacadas por completo de nuestra Tierra. Esto no es imaginación, sino algo que ha sido comprobado una y otra vez.

Mucho más allá de las islas Shetland, en un mar muy frío, hay una isla misteriosa llamada Última Tule, Última Tierra. Cosas muy misteriosas han sucedido en la vecindad de esa isla y también en ella. Existe, por ejemplo, un informe del Almirantazgo Británico de hace muchos años en el que se declara que un grupo de marinos británicos desembarcó en la Última Tule y allí les sucedieron las cosas más extrañas y vieron gentes completamente distintas de los marineros británicos. Éstos volvieron a su barco, que era un

buque de guerra, muy impresionados por su pavorosa experiencia. En la Última Tule tripulaciones enteras de muchos barcos han desaparecido sin que se las haya vuelto a ver.

Frente a la costa americana hay un lugar conocido con el nombre de Triángulo de la Muerte. Es una zona del océano Atlántico donde inclusive aviones que volaban a gran velocidad han desaparecido. ¿Desearíais comprobar algunas de estas cosas?

El 2 de febrero de 1963 un buque tanque llamado *Marine Sulphur Queen* zarpó de Beaumont, en el Estado de Texas. Se dirigía a Norfolk, en Virginia. Desde el día 2 hasta el 4 de febrero estuvo en comunicación radial con las estaciones radiotelegráficas de tierra; en la última fecha mencionada se hallaba en las cercanias de cierta zona terrestre del Golfo de México. Luego no se volvió a saber nada del barco.

El 6 de febrero se lo dio por perdido. Salieron aviones para patrullar la zona, varios guardacostas zarparon en su búsqueda y a todos los barcos que navegaban por la zona se les pidió que informaran si descubrían los restos de algún naufragio. La búsqueda continuó hasta el 14 de febrero sin que se hallara rastro alguno del buque tanque.

Pero no sólo se han perdido barcos: en agosto de 1963 dos grandes aviones cuatrimotores salieron de una base de la Fuerza Aérea situada al sur de Miami. Los once hombres que los tripulaban debían realizar las operaciones ordinarias de reabastecimiento de combustible, de acuerdo con la práctica corriente.

Durante el vuelo los aviones comunicaron por radio su posición a 800 millas al norte de Miami y 300 al oeste de Bermuda, pero eso fue lo último que se supo de ellos, pues después de haber informado acerca de su posición desaparecieron para siempre.

Eran aviones nuevos con tripulaciones bien adiestradas; cuando comunicaron su posición no había avería alguna en

los aviones, pero lo cierto es que inmediatamente después desaparecieron.

Puede imaginarse la búsqueda que siguió; muchos aviones recorrieron la zona, algunos a gran altura para poder ver la mayor extensión posible del mar y otros a poca altura, con la esperanza de divisar algún resto de los dos aviones perdidos. También intervinieron barcos en la búsqueda pero no se encontró nada, ni los aviones, ni sus restos, ni los cadáveres de los tripulantes: nada absolutamente.

Durante años se ha venido informando de misteriosas desapariciones de barcos, barcos perdidos sin dejar rastros, perdidos sin dejar ni siquiera un trozo de mástil o cualquier otro objeto que testimoniase que habían existido. Aunque nunca como hoy han existido tantos medios para la búsqueda inmediata con rápidos aviones equipados con radares y multitud de recursos, no se ha podido averiguar lo sucedido.

Hay una zona del Atlántico frente a la costa entre las Bermudas y Florida en la que han desaparecido muchos barcos y también muchos aviones. No es una zona solitaria, pues toda la costa es patrullada por guardacostas de la Marina y de la Fuerza Aérea. La lista de las desapariciones se remonta a la primera parte de la historia registrada.

Hace muchos años conocí una zona muy misteriosa del Pacífico, al sur del Japón. Había allí una región llamada Mar del Diablo en la que una embarcación, generalmente un junco, podía navegar tranquilamente y de pronto desaparecer por completo ante los ojos espantados de los tripulantes de otros juncos cercanos. En una ocasión, una hilera de juncos pesqueros navegaba por el Mar del Diablo y el primero se hallaba a quizás una milla de distancia de los demás, cuando de pronto desapareció sin dejar el menor rastro. El timonel del segundo junco quedó tan paralizado por el terror que no se le ocurrió modificar el curso o no tuvo tiempo para hacerlo y, aunque su junco pasó por donde había pasado el otro, no le sucedió nada. Todos los tripulantes informaron

posteriormente que habían visto un extraño resplandor en el aire, mientras experimentaban una sensación opresiva y pesada, como las que se producen con frecuencia cuando se acerca un huracán muy violento.

He aquí algo que los escépticos pueden comprobar: el 5 de diciembre de 1945 cinco aviones de bombardeo partieron de la estación naval de Fort Lauderdale en el Estado de Florida. Era un día plácido y soleado, sin nubes, el agua estaba tranquila y no había tormentas ni nada que hiciera sospechar que se iba a producir un gran misterio.

Los cinco aviones de bombardeo realizaban un vuelo de rutina durante el cual iban a mantenerse a la vista de la costa americana o de alguna de las islas del Caribe. En ningún momento, dada la altura a que volarían, podían perder de vista la tierra. Cada avión había sido examinado cuidadosamente y todos los tanques de combustible estaban completamente llenos. Los motores se hallaban en el mejor estado posible, como certificaron los pilotos que firmaron las hojas de inspección antes de la partida. Además, cada avión contaba con una balsa salvavidas que se inflaba automáticamente, y cada tripulante llevaba su chaleco salvavidas que podía mantenerlo a flote durante días. Los tripulantes eran catorce y cada uno de ellos contaba con más de un año de experiencia.

Probablemente todos ellos pensaban que iban a realizar uno de los habituales vuelos agradables por el firmamento azul, contemplando las joyas que parecían las islas del Caribe y la larga costa de Florida. Tal vez algunos esperaban también echar una mirada a los Everglades. Levantaron vuelo para seguir el rumbo ordinario; tenían que volar hacia el este a lo largo de 160 millas y hacia el norte a lo largo de 40, para volver luego al aeródromo, al que debían llegar dos horas después de la partida.

Alrededor de una hora y media después de la salida se recibió en la estación de Fort Lauderdale un mensaje verda-

deramente extraño, pues era un mensaje de emergencia. El jefe de la escuadrilla estaba agitado e inclusive asustado; dijo que todos parecían haberse apartado de la ruta y que no podían ver la tierra. Eso era algo tan extraño que consideró necesario repetirlo: "Repito que no podemos ver la tierra".

Como es habitual en esos casos, el radiotelegrafista que estaba de servicio en el aeródromo envió un mensaje a la escuadrilla preguntando cuál era su posición. La respuesta hizo que perdieran la serenidad los hombres que estaban en las torres de control del aeropuerto. Decía: "No estamos seguros de nuestra posición, no sabemos dónde estamos". Sin embargo, volaban en condiciones ideales, todos los tripulantes poseían una experiencia completa y sus aviones eran excelentes. Pero poco después se recibió otro mensaje y se oyó una voz muy alarmada que decía: "No sabemos hacia dónde queda el oeste. Todo anda mal, todo es extraño, no podemos estar seguros de dirección alguna y hasta el mar no tiene el aspecto de costumbre".

¿Podéis imaginaros a un hombre experto, acompañado por otros trece hombres también expertos, que decía que la brújula no indicaba correctamente, que no sabían dónde estaban, que no podían ver la tierra e inclusive que el mar parecía diferente? Además, también el sol que brillaba sobre el aeropuerto era invisible para los catorce hombres que volaban en un cielo sin nubes. ¡No podían ver el sol y el mar era diferente!

A eso de las 4.30 de la tarde de ese mismo día, otro jefe de escuadrilla habló por radio y repitió que no sabían dónde estaban. Y añadió: "Parecería que estuviéramos..." Y el mensaje se interrumpió, no pudo restablecerse el contacto y no se encontró rastro alguno de aquellos catorce hombres, ni de los aviones en que volaban.

A los veinte minutos de haber recibido el último mensaje, uno de los hidroaviones más grandes de la marina de

guerra de los Estados Unidos, completamente equipado para las operaciones de salvamento, partió llevando una tripulación de trece hombres. El hidroavión, de casi 80 pies de longitud y con una envergadura de 125 pies, estaba construido para resistir los amarajes más bruscos. Habría podido afirmarse que era invencible e invulnerable.

Durante su viaje a la supuesta posición de los aviones de bombardeo envió los informes de rutina, pero veinte minutos después se interrumpió todo contacto radial con él y nada volvió a saberse de los aviones de bombardeo ni del gran hidroavión equipado especialmente y con una tripulación selecta que había ido a salvarlos.

La guardia costera, la Marina, la Fuerza Aérea, todos salieron apresuradamente en busca de los restos, de hombres que flotaran con sus chalecos salvavidas o en botes salvavidas que se inflaban automáticamente, pero nada encontraron.

Un portaaviones se dirigió a la zona y treinta aparatos levantaron vuelo al amanecer para registrar toda la zona. La R. A. F., que se hallaba por casualidad en las cercanías, envió todos los aviones de que disponía para que cooperasen en la búsqueda. Pero una vez más esa búsqueda fue inútil y no quedó la menor duda de que todos aquellos aviones habían desaparecido.

¿Desaparecido? Sí, habían pasado por un "agujero en el tiempo" al mundo de la anti-materia, lo mismo que a lo largo de los siglos buques, hombres, mujeres y animales han desaparecido sin dejar rastros.

Estos acontecimientos no son solamente hechos aislados producidos recientemente, sino que han ocurrido durante toda la historia, y si se ahonda en el tema se podrán encontrar relatos muy interesantes de desapariciones súbitas. Existe, por ejemplo, el caso bien documentado de un muchacho que salió una tarde de la granja de su padre. Iba a sacar agua del pozo, la tierra estaba cubierta por una capa de unos pocos centímetros de nieve y el muchacho se sentía ansioso

por volver en seguida al fuego del hogar, por lo que llevaba un balde en cada mano. Sus padres y algunos visitantes se hallaban sentados junto al fuego y lo esperaban porque necesitaban el agua para preparar el té.

Al cabo de algún tiempo la madre comenzó a inquietarse y a preguntarse por qué se retrasaba su hijo. Pero como sabía cómo haraganean los muchachos no se alarmó hasta que pasó casi una hora. Luego una extraña sensación se apoderó de ellos, tomaron linternas y salieron en busca del muchacho, temiendo que hubiera caído al pozo.

Con la luz de las linternas pudieron seguir en la nieve las huellas de sus pasos hasta la mitad del camino. Luego el padre, que iba delante, se detuvo con un asombro tan horrorizado que los que lo seguían chocaron contra él. Se movió hacia un lado y señaló en silencio. Los otros miraron en aquella dirección y vieron en la nieve claras huellas de los pasos del niño, huellas que de pronto desaparecían. El muchacho se había desvanecido, como si lo hubiera tragado la tierra.

Esta es la verdad: los pasos seguían una línea recta y luego desaparecían. No se lo volvió a ver.

Hubo otro caso de un hombre que desapareció en pleno día. Fue a un campo seguido por las miradas de su esposa y del alguacil de la localidad (en los Estados Unidos). Se proponía recoger en el campo algo para el alguacil, y a la vista de esas personas desapareció en el aire y no lo vieron más.

¿Tenéis a vuestra disposición la *Reynolds News*? Si es así podéis consultar el número del 14 de agosto de 1938. Si recorréis sus páginas ahora amarillentas, encontraréis una información acerca de un hidroavión de las Reales Fuerzas Aéreas que desapareció de pronto en una inmensa columna de agua y humo mientras volaba a pocos metros de altura sobre la superficie del mar frente a Felixstowe, Inglaterra. No hubo

colisión ni choque, pero el aparato desapareció sin dejar rastro alguno.

He aquí otro caso: en el mes de marzo de 1952 el comandante Baldwin, de la Real Fuerza Aérea, volaba con una escuadrilla de aviones a lo largo de la costa de Corea. Todos tripulaban aviones de chorro nuevos; el comandante se introdujo en una nube, lo que no hicieron sus compañeros. Todos volvieron a la base menos Baldwin, sin que quedara rastro de él ni de su avión. Y ninguno de sus compañeros pudo decir qué le había sucedido.

Podrían citarse otros muchos casos análogos. Por ejemplo, en 1947 desapareció una superfortaleza americana sin dejar rastro; volaba por el triángulo de las cercanías de las Bermudas. Esa superfortaleza, que era muy grande, desapareció sin que se encontraran sus restos a pesar de la intensidad de la búsqueda.

¿Recordáis el caso del avión de la British South American Airways, el Star Tiger? Era el año 1948, un 30 de enero. Ese gran avión, de cuatro motores, comunicó por radio al aeropuerto de Kindleyfield, en las Bermudas, que se hallaba aproximadamente a 400 millas de la isla. El radiotelegrafista declaró que el tiempo era excelente y que el avión funcionaba sin inconveniente alguno. Añadió que esperaban llegar a la hora señalada. Pero no llegaron; los seis miembros de la tripulación y dos docenas de pasajeros desaparecieron, y una vez más resultó inútil la búsqueda más cuidadosa. Unos cincuenta aviones de diversos tipos volaron a poca altura sobre la zona, pero nada se descubrió. En Londres se hizo una investigación basada en todas las pruebas disponibles. Estos acontecimientos son investigados concienzudamente a causa del seguro del Lloyds de Londres, pero la única conclusión a que llegaron los investigadores fue que el avión se había "perdido, por causa desconocida".

¿Deseáis otro caso? En diciembre de 1948 un gran avión de una línea de transporte aéreo volaba de San Juan de

Puerto Rico hacia Florida. Llevaba más de treinta pasajeros y cuando el radiotelegrafista se puso en contacto con su estación dijo que todo marchaba bien y que todos los pasajeros cantaban. A las 4.15 de la mañana habló con la torre de control de Miami para anunciar que se hallaban a 50 millas de distancia y veían el aeropuerto, y pidió instrucciones para el aterrizaje.

Pero el avión y los pasajeros desaparecieron sin dejar rastro. Los investigadores confirmaron que el capitán y los tripulantes eran muy expertos, pero el hecho es que a menos de 50 millas de su destino otro gran avión desapareció sin dejar el más pequeño rastro.

Tenemos que mencionar un caso más porque se trata de un hermano del Star Tiger, aunque éste se llamaba Ariel. También se puso en contacto con las Bermudas y luego siguió su ruta hacia Kingston, Jamaica. A las 8.25 se recibió un mensaje anunciando que el aparato se hallaba a 175 millas de las Bermudas, que todo marchaba bien y que se comunicaba con la estación de Kingston, pero eso fue lo último que se supo del avión.

La armada de los Estados Unidos realizaba maniobras en las cercanías de las Bermudas. La Marina y la Fuerza Aérea ya estaban hartas de esos misterios, por lo que hicieron todos los esfuerzos posibles para resolverlos. Dos grandes portaaviones lanzaron al aire todos sus aparatos y en la búsqueda intervinieron también cruceros ligeros y destructores, juntamente con barreminas y pinazas de todas clases. Pero aunque se registró cada metro cuadrado de agua no se encontró rastro alguno.

La explicación es que hay una "brecha en el tiempo" a través de la cual infrecuentemente pasa la gente de un mundo a otro. Si os imagináis dos grandes pelotas de fútbol que giran la una cerca de la otra cada una con una pequeña grieta podréis ver que si por alguna razón las dos zonas rajadas se acercan mucho, una pulga de una de las pelotas

puede saltar directamente a la grieta de la otra. Tal vez existe un estado de cosas análogo entre este mundo y el opuesto.

Si os parece eso difícil de comprender recordad que vivimos en un mundo de tres dimensiones. Nos imaginamos que en nuestras pequeñas habitaciones parecidas a cajas estamos completamente seguros y nada puede tocarnos, pero supongamos que una persona de cuatro dimensiones nos ve y, como probablemente para ella no existen techo ni paredes, puede llegar hasta nosotros y llevarnos con ella.

Podría ser una buena idea dedicar un capítulo a las dimensiones, a la cuarta dimensión, por ejemplo. ¿Qué opináis? ¿Lo hacemos? La cuarta dimensión es algo muy útil si la comprendemos correctamente.

Capítulo IV

MUCHAS DIMENSIONES

Resulta adecuado hablar de la cuarta dimensión en el capítulo cuarto, porque cuando dejamos esta Tierra todos pasamos a esa cuarta dimensión. Agreguemos algo interesante: a las personas que asisten a las sesiones de espiritismo les desconciertan con frecuencia los mensajes mutilados que reciben de los que "han muerto". No comprenden que la persona que ha dejado esta Tierra para ir a otro plano de existencia se halla a lo que podríamos llamar miles de años luz en el futuro. Más adelante encontraremos en este capítulo un paralelo interesante cuando nos refiramos al rey indio y a su hija. Pero ante todo, ¿qué es un mundo de una dimensión? No podemos comprender qué son cuatro dimensiones si no comprendemos lo que es una. Supongamos que tenemos un pedazo de papel y un lápiz; tracemos en el papel una línea recta e imaginémonos que todo el carbón del lápiz representa a personas, de modo que en realidad la línea recta es todo un universo. Habrá sólo dos puntos para la gente, uno directamente delante y otro directamente detrás, por lo que podrán moverse hacia atrás o hacia adelante, pero de ningún otro modo. Supongamos que podéis hacer un cambio en esa línea; entonces las personas de una dimensión pensarán que se ha producido un milagro, o si ven que la punta

de vuestro lápiz ejerce una ligera presión en el papel pensarán que ha aparecido de pronto un plato volador.

Vosotros, como criaturas tridimensionales, habréis entrado temporariamente en un mundo de una dimensión al apoyar la punta de vuestro lápiz en el papel, y el ser de una dimensión que ha visto la punta de vuestro lápiz estará seguro de que ha ocurrido un acontecimiento extraordinario. Como es de una dimensión, no podrá veros, sino sólo la punta del lápiz en contacto con el papel.

Ahora que tenemos alguna idea de lo que es un mundo de una dimensión echemos una mirada a un mundo de dos dimensiones. Será una superficie plana y la gente que vive en ese mundo tendrá necesariamente formas geométricas planas. El mundo en que existen será para ellos muy parecido a nuestro mundo, excepto que si trazáis con el lápiz líneas a su alrededor les parecerán esas líneas grandes paredes que les impiden ir más allá y sacarán probablemente la conclusión de que las líneas que encuentran tienen que existir en alguna otra parte. Tendrán entonces de la tercera dimensión una idea muy parecida a la que tenemos nosotros de la cuarta; así como a nosotros nos es a veces difícil comprender la cuarta dimensión, a esa gente de dos dimensiones le será sumamente difícil comprender esa tercera dimensión que para nosotros es tan vulgar. En realidad, si algo despierta su conciencia de una tercera dimensión y son lo bastante tontos para hablar de ello con algún otro, los rechazarán como lunáticos y los considerarán mentirosos, falsos, burlones y cosas parecidas.

Un ser de dos dimensiones siente las líneas, pero no puede percibirlas, porque como tiene dos dimensiones no las puede mirar desde arriba.

¡Si los científicos no fueran tan difíciles! ¡Si pudieran dejar a un lado sus ideas preconcebidas y realizar sus investigaciones con una imparcialidad absoluta! Pero tenemos que hacer frente al hecho de que los "grandes nombres"

dicen demasiado en todos los asuntos. Por ejemplo, a un hombre que ha tenido algún éxito como general en la guerra se le hace inmediatamente Presidente de los Estados Unidos. O, pongamos como ejemplo, un actor que aparece en la pantalla cinematográfica como un Don Juan Tenorio pero que en realidad es todo lo contrario; como ha tenido un gran éxito en el cine, en seguida nos inundan con comentarios fotográficos del individuo diciéndonos cómo debemos limpiarnos los dientes, cómo debemos cortarnos el cabello, qué máquinas de afeitar debemos utilizar y probablemente haciéndonos indicaciones útiles acerca de una vida amorosa que esa persona no conoce casi con seguridad.

De ello se deduce que una de las mayores dificultades —uno de los mayores inconvenientes —a que tenemos que hacer frente los metafísicos es que la gente acepta ciegamente las palabras de los que deberían conocer esas cosas, pero probablemente no las conocen.

Considerad a personas como Einstein o Rutherford, u otras de la misma categoría. Esos hombres son especialistas en un campo de la ciencia particularmente limitado. Adoptan una actitud científica y desean analizarlo todo de acuerdo con conceptos mundanos y anticuados y de leyes físicas que son desmentidas a diario. La gente acoge las palabras de los científicos eminentes como si fueran el Evangelio. También considera como el Evangelio lo que dicen los astros cinematográficos y, por desgracia, el Evangelio no puede ser discutido ni modificado. Nuestro problema consiste en ahondar en las verdades que algunas personas eminentes han procurado ocultar con tenacidad.

A las leyes fundamentales debe considerárselas "fundamentales". Es decir, que son válidas durante el estado actual de los conocimientos, pero que deben ser lo bastante flexibles para que se las pueda modificar, enmendar o inclusive derogar a la luz de los conocimientos crecientes. Recordemos al abejorro. Según las leyes del vuelo —las leyes de la aerodi-

námica— el abejorro no puede volar porque la estructura del pobre animal contraviene por completo todas las leyes conocidas de la aerodinámica. En consecuencia, si admitimos las leyes fundamentales de los científicos tenemos que creer que el abejorro no puede volar.

Esos científicos respetables, basando sus afirmaciones en las leyes de la física, habían dicho que el hombre nunca podría viajar a una velocidad mayor de treinta millas por hora, porque la tensión destruiría su sistema sanguíneo, su corazón estallaría, su cerebro se aplastaría, etc., etc. Pues bien, según las informaciones más recientes, el hombre puede viajar a más de treinta millas por hora. Después de haberse realizado eso, los científicos dijeron que el hombre nunca volaría, porque era imposible. Y como el hombre realizó también eso, dijeron que no volaría a una velocidad mayor que la del sonido. No importaba, impertérritos afirmaron que el hombre nunca dejaría la Tierra para remontarse en el espacio. ¡Y según los rumores que circulan, también ha hecho eso!

Si retrocedemos un poco, más o menos al año 1910, recordaremos que todos los sabios y eruditos de la ciencia decían que ningún hombre podría enviar su voz al otro lado del Atlántico, pero un caballero llamado Marconi demostró que estaban equivocados, y ahora enviamos no sólo voces sino también fotografías al otro lado del Atlántico. Pero probablemente ésta no sea una gran ventaja, si se tiene en cuenta el estado actual de los programas de televisión.

Después de haberos dado una idea sucinta de lo equivocados que pueden estar los científicos consagrados con sus leyes estereotipadas, obstinadas e inmutables, avancemos un poco más. Uno de sus sofismas afirma que "dos sólidos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo". Esto es absurdo, completamente inexacto, pues en la ciencia de la metafísica dos cuerpos *pueden* ocupar el mismo espacio al mismo tiempo gracias a un proceso llamado interpenetración.

Los científicos han demostrado que todo lo que existe se

compone de átomos con grandes espacios entre ellos, de una manera parecida a cuando contemplamos las estrellas en una noche clara y podemos ver pequeños puntos que son mundos y grandes espacios negros que forman el Espacio. De ello se deduce que, si existe una criatura lo suficientemente pequeña (y para ello tendréis que forzar vuestra imaginación) que contemple lo que para nosotros es un cuerpo sólido, esa criatura puede ser capaz de ver, no un cuerpo sólido como nosotros, sino todas las partículas que lo componen. Para esa criatura que contempla nuestro sólido la visión será análoga a la nuestra cuando contemplamos el firmamento en una noche clara. Eso os recordará que existe un espacio muy grande con sólo unos pocos puntitos de luz. Pero imaginémonos que existe un Ser lo suficientemente grande como para que al contemplar nuestro universo le parezca sólido. En el otro extremo de la escala, pensad en un virus; si pudierais apoderaros de un virus de un tipo especial, podríais arrojarlo en una taza de porcelana y la pobre criaturita atravesaría el fondo de la taza sin tocar nada, por ser tan pequeño. Esto no es imaginación, sino realidad. Podéis daros cuenta de que una de las grandes dificultades para "atrapar un virus" en un laboratorio consiste en que los virus pasan a través de los filtros de cerámica lo mismo que un perro puede correr libremente en un páramo.

Para una criatura suficientemente pequeña, el espacio entre los átomos de un "sólido" es, en comparación, tan grande como los que existen entre las estrellas en nuestro universo, y así como chaparrones enteros de meteoritos o los cometas o las naves del espacio pueden viajar a través de los espacios vacíos que existen entre los mundos, así también otros objetos pueden ocupar lo que nosotros llamamos un "objeto sólido".

Es totalmente posible que dos o tres o cuatro cuerpos sólidos estén dispuestos de tal modo que sus "mundos" no

se toquen, pero que una serie de "mundos" ocupe los espacios existentes entre otra serie de "mundos". Comprenderéis que con este sistema pueden existir muchos objetos aparentemente sólidos que ocupen el mismo espacio simultáneamente. Es natural que no podamos percibir esto en la vida normal, porque no poseemos un campo de percepciones adaptable ni adecuado. Necesitamos aumentar nuestras percepciones, y aquí, en este mundo, no podemos entrar fácilmente en la cuarta dimensión y tenemos que aceptar las palabras de explicación impresas o las voces de explicación grabadas.

Para daros una idea aproximada, suponed que tenéis dos tenedores. Podéis hacer pasar los dientes de uno de ellos por los espacios entre los dientes del otro. Así, mientras una serie de dientes ocupa los espacios entre otra serie de dientes, los dos tenedores ocupan la que es esencialmente la misma cantidad de espacio sin que el uno viole el "espacio vital" del otro.

Originalmente, la gente creía que los objetos tenían longitud y anchura. Pero luego mejoraron algo las cosas y la gente llegó a la conclusión de que existían el largo, el ancho y el espesor y, en consecuencia, vivía en un mundo de tres dimensiones: es decir, largo: una dimensión; ancho: dos dimensiones, y espesor: tres dimensiones. Es evidente que vivimos en un mundo de tres dimensiones, pero hay otras dimensiones: una cuarta, una quinta, etc. Pensad en esto: nuestro objeto de tres dimensiones tiene longitud, anchura y espesor, pero hay otra dimensión: ¿cuánto tiempo existirá? Tenemos, en consecuencia, una cuarta dimensión de tiempo que se convierte, en este caso, en una cuarta dimensión.

La persona común no puede ver los rayos infrarrojos sin un equipo especial. Esto demuestra, por supuesto, que hay cosas fuera del alcance de las percepciones humanas corrientes, y de ello se deduce que los objetos que emiten rayos infrarrojos y se hallan en un plano situado más allá de la

longitud, la anchura y el espesor, tienen que ser completamente invisibles para la persona común.

¿Podemos hacer una digresión por un momento? ¿Podemos recordaros que hay sonidos completamente inaudibles para los seres humanos, pero que los gatos y los perros perciben con claridad? Probablemente todos conocéis el silbido silencioso del perro. Pero si examináis las ilustraciones de la lección sexta de *Usted y la eternidad* veréis lo que llamamos "el teclado simbólico". Observaréis que, además de sonido, tenemos vista, y en ciertos casos los sonidos han sido casi vistos, "percibidos", sería una palabra mejor, porque en ciertas condiciones si una persona es clarividente puede "ver" la forma de un sonido. Probablemente habréis oído decir a alguien: "¡Oh, era un sonido *redondo!*", o algo análogo. De ello podemos colegir que muchas personas tienen una idea del sonido como una forma: un sonido redondo, un sonido cuadrado o un sonido alargado.

Pero volvamos al tema de que tratábamos con anterioridad a la digresión del párrafo anterior.

Tendréis que pensar en esto: un objeto de tres dimensiones, como una casa, una persona o un árbol, arroja una sombra de dos dimensiones, porque la sombra tiene longitud y anchura, pero no espesor. Por supuesto, en otros planos de existencia, diríamos que la sombra tiene también otra dimensión, la del tiempo, el tiempo de su duración. Pero olvidemos eso por el momento y repitamos que un objeto de tres dimensiones arroja una sombra de dos dimensiones. Podemos suponer que un objeto de cuatro dimensiones arrojará una sombra de tres dimensiones, por lo que los que habéis visto un "fantasma" quizás hayáis visto en realidad la sombra de una persona en la cuarta dimensión. Un fantasma es una persona que tiene evidentemente, espesor y altura, pero está constituida por una sustancia algo vaga, tan vaga como una sombra. Por consiguiente, ¿por qué no ha de ser posible que nuestro visitante de cuatro dimensiones, invisible para

nosotros a causa de sus cuatro dimensiones, se nos manifieste, no obstante, en tres dimensiones, o como un fantasma que tiene forma sin una sustancia material?

Consideremos las informaciones acerca de esos objetos que la prensa llama bastante tontamente "platos voladores". Esos objetos han aparecido y desaparecido a velocidades fantásticas y sin producir sonido alguno. Han cambiado de dirección con una rapidez mucho mayor que la de un cuerpo humano. Ahora bien, ¿por qué no podemos suponer que algunos platos voladores pueden ser la sombra de un objeto de cuatro dimensiones? Para haceros una idea de su velocidad en el cambio de dirección, imaginaos que tenéis un espejo en la mano y que enfocáis los rayos del sol en una pared. Podéis hacer que esa luz reflejada dance de un lado a otro y cambie de dirección a una velocidad muy superior a la que puede conseguir cualquier mecanismo humano.

Imaginaos ahora una hoja de vidrio deslustrado colocada ante una persona o un ente que no tiene idea del aspecto de un ser humano. Y suponed que el ser humano que se halla en el lado opuesto del vidrio pone los cinco dedos de una mano en contacto con el vidrio. El individuo del otro lado, que no conoce la forma de los seres humanos, verá cinco ampollas, cinco manchas oscuras, lo mismo que algunas personas han visto ampollas en el firmamento.

Podéis preguntar qué tiene que ver todo esto con la metafísica. Pues bien, tiene mucho que ver. Vivimos en un mundo de tres dimensiones, pero la forma superior de la Verdad sólo puede ser percibida cuando vamos más allá del mundo de tres dimensiones. Tenemos que ir más allá del Tiempo y del Espacio, pues el Tiempo es relativo. El Tiempo es solamente un convencionalismo establecido por la humanidad para su propia conveniencia.

¿Pensáis que el Tiempo no es relativo? Muy bien, supongamos que tenéis que ir a ver al dentista para que os extraiga uno o varios dientes. Mientras estáis sufriendo los

dolores consiguientes os parece que el tiempo no pasa y que os halláis en el sillón del dentista eternamente. Pero luego os dais cuenta de que todo ha durado unos pocos minutos.

Si os halláis en la agradable compañía de una persona querida, os parecerá que el tiempo vuela. Por tanto, el tiempo es relativo, se alarga o se acorta de acuerdo con nuestro estado de ánimo.

Volvamos a nuestras dimensiones. Supongamos que hay alguna clase de seres que viven en un mundo de sólo dos dimensiones, es decir, en un mundo que tiene longitud y ancho, pero no profundidad. Son como sombras, más delgados que la más delgada hoja de papel. Como no perciben el espesor no pueden percibir el espacio, pues el espacio es lo que está más allá del firmamento, y entrar en el firmamento sería entrar en una tercera dimensión. En consecuencia, para ellos el espacio es inconcebible.

Una vía férrea es análoga a un mundo de una dimensión: la longitud. El conductor de un tren puede indicar su posición desde sólo un punto de referencia, puede decir dónde se halla refiriéndose a una localidad o una estación conocida, o una señal o alguna otra marca muy conocida.

Avancemos más y convengamos en que un barco en el mar es como una persona que se halla en un mundo de dos dimensiones, pues el barco no tiene que seguir la dirección de unos rieles, sino que puede seguir adelante, o desviarse hacia un lado o inclusive retroceder y, en consecuencia, utiliza la longitud y la anchura.

Un avión es una criatura de tres dimensiones. Puede volar en línea recta, desviarse hacia un lado u otro y ascender y descender. Es decir, que dispone de las tres dimensiones.

Esta teoría (en realidad para nosotros es conocimiento) de las dimensiones explica muchas cosas que de otro modo tendrían que ser consideradas misteriosas, como, por ejemplo, la teleportación, en la que un objeto pasa de una habitación a otra sin que ninguna persona visible lo mueva. Por

medio de la teleportación se puede trasladar un objeto de una habitación cerrada a otra. En realidad, eso es muy sencillo de comprender porque sólo tenemos que pensar en nuestro ser de dos dimensiones. Si nosotros, los seres de tres dimensiones, tuviéramos una serie de cajas sin tapa, los seres de dos dimensiones que estuvieran en esas cajas quedarían completamente encerrados, porque como no tienen idea alguna de la altura no sabrían que no había una tapa sobre ellos. Y si nosotros, las criaturas de tres dimensiones, metiéramos la mano en una caja abierta y trasladáramos un objeto de una caja a otra, a los seres de dos dimensiones les parecería un milagro absoluto que un objeto encerrado en una caja pasase a otra también cerrada desde su punto de vista, pues recordad que la persona de dos dimensiones no conoce la existencia de un techo. Del mismo modo, nosotros, las personas de tres dimensiones, no podemos concebir que pueda existir una abertura completamente clara en la cuarta dimensión, de modo que la persona que se halla en esa cuarta dimensión pueda penetrar en una habitación cerrada (pues la habitación estaría cerrada en tres dimensiones solamente) y sacar de ella lo que desee por esa abertura solamente perceptible para las personas de cuatro dimensiones. El objeto sería sacado del mundo de tres dimensiones y un instante después estaría en el de cuatro dimensiones, en el que penetraría a través de las que preferimos llamar paredes sólidas. Tenemos un ejemplo de esto en la manera cómo las ondas de la radio o la televisión pueden atravesar paredes aparentemente sólidas y poner en funcionamiento los aparatos correspondientes.

El tiempo, al que ya nos hemos referido, desempeña un papel muy importante en la vida del hombre, pero lo que llamamos "tiempo" difiere de un hombre a otro y de un animal a otro. Volvemos a sugeriros que penséis en ello teniendo en cuenta las diferentes situaciones de vuestra vida cotidiana. Cuando se os hace tarde para acudir a una cita,

os parece que las agujas del reloj corren demasiado de prisa, pero en cambio cuando esperáis a alguien (sobre todo si es a ella) os parece que el tiempo se ha detenido.

Los animales tienen su propia concepción del tiempo, que es muy distinta de la del hombre. Los animales viven a una velocidad diferente. Un insecto que vive veinticuatro horas de tiempo humano puede tener, no obstante, una vida tan completa, como un ser humano que vive setenta años puede tener una compañera, criar una familia y conocer a sus descendientes. Si el período de vida de un animal es de veinte años, esos veinte años corresponderán a los setenta de un ser humano y en ese tiempo el animal podrá funcionar como un hombre durante su tiempo de vida más largo. Vale la pena pensar que todas las criaturas, insectos, animales o seres humanos, tienen aproximadamente el mismo número de latidos del corazón durante su vida.

Todas estas cosas acerca del tiempo las comprendían fácilmente los sabios de hace siglos. Hay un libro santo, una de las grandes "Biblias" del Lejano Oriente, llamada la *Srimad Bhagavate,* en la que se dice lo siguiente:

"En otro tiempo un gran rey llevó a su hija a la residencia del Creador, Brahma, que vivía en una dimensión diferente. El gran rey estaba muy preocupado porque su hija había llegado a la nubilidad y todavía no había encontrado un pretendiente aceptable y estaba ansioso por conseguirle un marido a su hija. Cuando llegaron a la mansión de Brahma tuvo que esperar unos instantes antes de ser llevado a presencia del dios para hacer su solicitud. Con gran asombro suyo, Brahma le contestó: 'Oh, rey, cuando vuelvas a la Tierra no verás a ninguno de tus amigos o parientes, ni tus ciudades y palacios, pues aunque te parece que has llegado aquí hace sólo unos pocos instantes de la Tierra que conocías, esos pocos instantes de nuestro tiempo equivalen a varios miles de años de vuestro tiempo cuando estabais en la Tierra. Cuando volváis a la Tierra encontra-

réis que es una nueva era y tu hija, a la que has traído aquí, se casará con el hermano de Krishna, Balarama. En consecuencia, ella, que nació hace miles de años, se casará con Balarama al cabo de varios miles de años, porque ése es el tiempo que necesitaréis para dejar mi presencia y viajar a través del tiempo a la Tierra, pues habrán pasado varios miles de años del tiempo de la Tierra."

Y así el asombrado rey y su hija volvieron a la Tierra que, de acuerdo con su cálculo del tiempo, habían abandonado sólo unos pocos minutos antes. Se encontraron con lo que parecía ser un nuevo mundo, una nueva civilización, un diferente tipo de gente, una cultura distinta y una religión distinta. Como les había dicho Brahma, habían pasado varios miles de años del tiempo de la Tierra, aunque él y su hija, al viajar a una dimensión diferente, sólo habían visto transcurrir unos pocos minutos.

Esta es una creencia hindú que fue escrita en los libros sagrados de su religión hace miles de años. Uno no puede menos que preguntarse si no es la base de algunas de las cosas que contiene la teoría de la relatividad de Einstein.

Es probable que no hayáis estudiado por completo la teoría de la relatividad de Einstein, quien, muy brevemente, explicó el Tiempo como una cuarta dimensión. También enseñó que el Tiempo no es una corriente constante e invariable de "algo". Se daba cuenta de que un tic-tac de un reloj significaba un segundo, que después de sesenta tic-tacs de segundo había pasado un minuto, y después de sesenta minutos había pasado una hora. Pero se trata de un tiempo útil, de un tiempo mecánico. Einstein consideraba al tiempo como una sensación, como una forma de percepción. Así como no hay dos personas que ven exactamente los mismos colores, así también enseñó Einstein que no hay dos personas que tengan exactamente la misma sensación del tiempo.

Llamamos año a 365 días, pero es sólo un viaje alrededor del Sol, una órbita alrededor del Sol. Los que vivimos en

la Tierra damos una vuelta alrededor del Sol en aproximadamente 365 días, pero comparad esto con una persona que vive en Mercurio. Recordad que Mercurio recorre su órbita alrededor del Sol en 88 días, y durante esa órbita sólo gira una vez sobre su eje, en tanto que, como sabéis, los que estamos en la Tierra giramos una vez cada veinticuatro horas.

He aquí otra cosa en la cual debéis meditar: ¿sabéis que un reloj unido a un sistema en movimiento funcionará más lentamente a medida que aumenta la velocidad de ese sistema en movimiento?

Supongamos que tenéis una vara hecha con algún material —metal, madera, cerámica o lo que queráis— pero que representa una vara de medir precisa, con una longitud exacta. Si la fijáis a algún sistema en movimiento se acortará aparentemente en la dirección de su movimiento de acuerdo con la velocidad del sistema. Todo esto, los cambios en el reloj o la contracción de la vara, nada tienen que ver con la estructura de las cosas, ni con un fenómeno mecánico. Tienen que ver, en cambio, con la teoría de la relatividad de Einstein. Vuestra vara puede tener un metro de longitud, pero si recorre el espacio al noventa por ciento de la velocidad de la luz, se acortará hasta reducirse a medio metro y, en teoría, si aumenta su velocidad hasta alcanzar la de la luz se encogerá, según la teoría de la relatividad de Einstein, hasta reducirse a la nada. Y si de algún modo pudierais atar un reloj de alguna clase a esa vara de un metro, la velocidad con que marcaría el tiempo variaría de modo que a medida que la vara de un metro se fuera acercando a la velocidad de la luz se iría haciendo cada vez más lenta, o lo parecería, hasta que al llegar a la velocidad de la luz el reloj se pararía por completo.

Cuando criticáis esto diciendo: "Oh, yo he conducido un auto y no he visto que el auto se contrajera", debéis tener en cuenta que esos cambios sólo pueden ser percibidos cuando la velocidad del objeto en movimiento se aproxima a la

de la luz. Si tenéis un coche flamante y corréis con él por una carretera, eso no hará que vuestro coche se encoja, pues aunque corráis a ciento sesenta o doscientos kilómetros por hora, esa velocidad sigue siendo demasiado lenta para que se origine una diferencia perceptible en la longitud de vuestro coche. Pero eso no significa, según Einstein, que si una nave espacial fuese enviada al espacio y pudiese acercarse a la velocidad de la luz no se contraería o desaparecería.

¿Sabéis lo que significaría que Einstein estuviera en lo cierto? Pero como podemos realizar viajes astrales, sabemos que Einstein se equivoca como se equivocaron los científicos que decían que el hombre nunca podría superar la velocidad del sonido. Einstein se equivoca como la persona que dijo que el hombre nunca podría correr a una velocidad mayor de treinta millas por hora. Pero tenemos que aprender gracias a los errores ajenos que pueden ahorrarnos muchos errores propios. Veamos lo que sucedería de acuerdo con la teoría de Einstein: supongamos una nave espacial cuyos tripulantes fueran hombres sabios capaces de hacer observaciones exactas. La nave viaja a una velocidad muy grande, tanto, que casi se acerca a la velocidad de la luz. Se dirige a un planeta lejano, tan lejano que se necesitarían diez años para llegar a él desde la Tierra. Un año luz es el tiempo y la distancia que recorre la luz para llegar a cierto punto viajando durante todo un año, de modo que diez años luz son el tiempo que necesita la luz para llegar a ese objeto lejano.

Esta nave espacial va a viajar más o menos a la velocidad de la luz. (Olvidemos por el momento a Einstein y digamos que esta nave espacial puede viajar a la velocidad de la luz). Supongamos que viaja durante diez años luz hasta ese planeta lejano y luego regresa de él sin detenerse. Después de todo, como estamos haciendo "suposiciones", cualquier cosa es permisible. Tendremos así un viaje que durará veinte años luz, diez de ida y diez de vuelta. Como es natural, los

pobres tripulantes de la nave se aburrirán espantosamente durante veinte años. Pero además tendrán que llevar gran cantidad de alimentos y de bebidas. De todos modos, estamos haciendo "suposiciones".

Si hemos de creer a Einstein, no existirán esas dificultades, no necesitarán alimentos para veinte años. Si la nave espacial viaja a una velocidad que se aproxima a la de la luz, todo lo que va a bordo de la nave será más lento. Los tripulantes se harán más lentos en todas sus funciones, en los latidos de su corazón, en su respiración, en sus actividades físicas y hasta en sus pensamientos. En tanto que en nosotros un pensamiento puede necesitar un décimo de segundo, cuando se viaja a la velocidad de la luz, según Einstein, un pensamiento que ocupa diez segundos en la Tierra ocupará diez semanas a esa velocidad. Pero viajar a esa velocidad tendrá ciertas ventajas muy importantes, según Einstein. Por ejemplo: transcurrirán veinte años de la Tierra, pero para los tripulantes de la nave espacial sólo habrán transcurrido unas pocas horas.

¿Queréis un ejemplo mejor? Pues bien: en 1970 hemos construido una nave espacial que puede viajar a casi la velocidad de la luz. Está equipada y lista para realizar un viaje mucho más allá de nuestro sistema solar, mucho más allá de Marte, Venus, Júpiter, Plutón, Saturno y todos los demás planetas. Llegará a un universo diferente en veinte años, a la velocidad de la luz. En 1970 parte la nave del espacio. Necesita diez años para llegar a ese mundo lejano. Lo recorre, toma algunas fotografías y regresa haciendo otro viaje de diez años, veinte en total.

Los tripulantes eran hombres jóvenes, uno de ellos sólo tenía veinte años de edad cuando partió. Estaba casado y su esposa tenía la misma edad que él: veinte años, y su hijo un año de edad. Cuando el pobre hombre regrese tras unas pocas horas de viajar a casi la velocidad de la luz, recibirá la impresión más fuerte de su vida. Se encontrará con que

su esposa es veinte años más vieja que él. Mientras él y los otros miembros de la tripulación sólo han envejecido unas pocas horas, las personas que han quedado en la Tierra han envejecido de acuerdo con el tiempo terrenal, es decir veinte años. Y así este hombre de veinte años y unas pocas horas tiene ahora una esposa de cuarenta años.

Hay un acontecimiento acerca del cual los Estados Unidos desean mantener un silencio completo y fuera del conocimiento público. Este acontecimiento particular es absolutamente auténtico y los que ocupan un puesto lo suficientemente elevado pueden examinar algunos de los documentos de la Marina de los Estados Unidos.

En octubre de 1943 la Marina de ese país trató de hacer invisible un buque. Los resultados fueron desastrosos, porque algunos de los científicos eran tan obstinados que no podían utilizar su imaginación y tenían que atenerse "a las reglas". Recordaréis que en la segunda guerra mundial, los Estados Unidos, lo mismo que otros países, hicieron propaganda pidiendo que se les enviasen ideas sobre la manera de construir armas muy superiores a todas las otras. Una de esas ideas estaba contenida en una carta del profesor Einstein al presidente Roosevelt en la cual exponía con algún detalle la teoría del "campo unificado". No viene al caso que nos refiramos a los aspectos técnicos del campo unificado, pero podemos decir que abarca cierta cantidad de conocimientos acerca de la cuarta dimensión.

Un doctor en ciencias, hombre muy inteligente por cierto, utilizó parte de los teoremas relacionados con el campo unificado y, trabajando en cooperación con la Marina de los Estados Unidos, consiguió en 1943 construir un escudo —un tipo de rayo— que rodeaba por completo a un destructor. El campo se extendía cerca de cien metros desde su centro de origen y todo lo que quedaba dentro de ese campo se hacía completamente invisible, de modo que para el observador exterior el buque y su tripulación desaparecían. Por des-

gracia, cuando el buque volvió a hacerse visible, muchos de sus tripulantes habían enloquecido. Parece ser que los médicos que examinaron a esos tripulantes utilizaron pentotal de sodio para tratar de penetrar en su subconsciente y descubrieron exactamente lo que había sucedido.

Desde nuestro punto de vista, y en relación con la cuarta dimensión, parece ser que en una ocasión el buque invisible reapareció a varios centenares de millas de distancia en la bahía de Chesapeake. Es lástima que la gente de esa zona no pueda ir a las bibliotecas públicas para consultar las colecciones de los diarios locales, o que no pueda conseguir algunos libros como *M. K. Jessup and the Allende Letters,* recopilado por Riley Crabb. Según parece, Gray Barker publicó en los Estados Unidos un libro titulado *The Strange Case of Dr. Jessup.*

Se trata de un asunto muy serio y no de engaños ni de rumores. El gobierno de los Estados Unidos ha procurado por todos los medios acallar a todos los que han hablado de esas cosas, y ha habido informaciones de personas que han muerto misteriosamente después de haber tenido en su poder ciertos informes.

El gobierno de los Estados Unidos parece haber logrado algún buen éxito al acallar a la prensa y por ello merece seguramente el Premio Nóbel y algunos Oscar. Pero eso indica que se ocultan muchas cosas en ese asunto del buque invisible.

Según una información publicada extraoficialmente, el buque invisible apareció en un puerto y algunos de sus tripulantes, completamente embriagados, desembarcaron tambaleando y fueron a parar a una cantina. Los vieron treinta o cuarenta personas y en la mitad de la frase, cuando pedían bebidas, desaparecieron, desvaneciéndose en el aire. Las personas a las que interese suficientemente el asunto deben leer los libros antes citados o tratar de encontrar algún método para examinar los diarios publicados entre 1944 y 1956. Hay

en ellos indicios y, en dos casos, verdaderas informaciones.

Es evidente que si se pudiera enviar de pronto un buque o un arma especial a la cuarta dimensión y luego traerlo de vuelta a la tercera en algún lugar designado, se podría suprimir por completo a los chinos; inclusive se podría dar algunos sustos a los rusos. La gente se ríe del rayo Laser, pero esa pequeña luz roja ha demostrado ser todo lo que se decía que era y algunas cosas más. En consecuencia, si se siguiera investigando con las garantías adecuadas, se descubriría que documentos sólidamente encerrados en el sótano de un banco pueden ser sacados de allí por medio de la cuarta dimensión, porque recordaréis que si una habitación tiene cuatro paredes y un techo es porque os halláis en un mundo de tres dimensiones y que en una cuarta dimensión puede haber una abertura por la que se pueda entrar.

Volviendo al asunto del buque invisible, se cree que, si a los tripulantes se les hubiera preparado para lo que podían esperar, no se habrían enloquecido, pues la impresión horrible de encontrarse de pronto en un tiempo diferente basta para trastornar el juicio de cualquiera.

Hace muchos años, en la época de Platón, se discutía acerca de la cuarta dimensión, pero en esa época los científicos no eran capaces de percibir lo que tenían metafóricamente en la punta de la nariz. Platón escribió un diálogo que parece aplicable a esta exposición acerca de la cuarta dimensión, y de él se deduce que, para que podamos obedecer la orden de: "¡Hombre, conócete a ti mismo!", debemos comprender la relación de las diferentes dimensiones: la primera, la segunda, la tercera y la cuarta.

En consecuencia, terminaremos este capítulo reproduciendo el diálogo del filósofo Platón y la manera cómo trató de que la gente viera claramente lo que para él era evidente.

"Imagínate un antro subterráneo que tiene todo a lo largo una abertura que deja libre a la luz el paso y, en ese antro unos hombres encadenados desde su infancia, de suerte

que no pueden cambiar de lugar ni volver la cabeza, por causa de las cadenas que les sujetan las piernas y el cuello, pudiendo solamente ver los objetos que tienen delante. A su espalda, a cierta distancia y a cierta altura, hay un fuego cuyo fulgor los alumbra, y entre ese fuego y los cautivos se halla un camino escarpado. A lo largo de ese camino imagina un muro semejante a esas vallas que los charlatanes ponen entre ellos y los espectadores, para ocultar a éstos el juego y los secretos trucos de las maravillas que les muestran.

—Todo eso me represento.

—Figúrate unos hombres que pasan a lo largo de ese muro portando objetos de todas clases, figuras de hombres y de animales de madera o de piedra, de suerte que todo ello se aparezca por encima del muro. Los que los portan unos hablan entre sí, otros pasan sin decir nada.

—¡Extraño cuadro y extraños prisioneros!

—Sin embargo, se nos parecen punto por punto. Y, ante todo, ¿crees que verán otra cosa, de sí mismos y de los que se hallan a su lado, más que las sombras que van a producirse frente a ellos al fondo de la caverna?

—¿Qué más pueden ver, puesto que desde su infancia se hallan forzados a tener siempre inmóvil la cabeza?

—¿Verán, asimismo, otra cosa que las sombras de los objetos que pasen por detrás de ellos?

—No.

—Si pudiesen conversar entre sí, ¿no convendrían en dar a las sombras que ven los nombres de esas mismas cosas?

—Indudablemente.

—Y si al fondo de su prisión hubiese un eco que repitiese las palabras de los que pasan, ¿no se figurarían que oían hablar a las sombras mismas que pasan por delante de sus ojos?

—Sí.

—Finalmente, no creerían que existiese nada real fuera de las sombras.

—Sin duda.

—Mira ahora lo que naturalmente habrá de sucederles si son libertados de sus hierros y se les cura de su error. Desátese a uno de esos cautivos y oblíguesele inmediatamente a levantarse, a volver la cabeza, a caminar y a mirar hacia la luz; nada de eso hará sin infinito trabajo; la luz le abrasará los ojos, y, el deslumbramiento que le produzca le impedirá distinguir los objetos cuyas sombras veía antes. ¿Qué crees que respondería si le dijesen que hasta entonces no ha visto más que fantasmas, que ahora tiene ante los ojos objetos más reales y más próximos a la verdad? Si se le muestran luego las cosas a medida que vayan presentándose y se le obliga, en fuerza de preguntas, a decir qué es cada una de ellas, ¿no se le sumirá en perplejidad y no se persuadirá que lo que antes veía era más real que lo que ahora se le muestra?

—Sin duda.

—Y si se lo obligase a mirar el fuego, ¿no enfermaría de los ojos? ¿No desviaría sus miradas para dirigirlas a la sombra, que afronta sin esfuerzo? ¿No estimaría que esa sombra posee algo más claro y distinto que todo lo que se le hace ver?

—Seguramente.

—Si ahora se le arranca de la caverna y se le arrastra, por el sendero áspero y escarpado, hasta la claridad del sol, ¡qué suplicio no será para él ser así arrastrado!, ¡qué furor el suyo! Y cuando haya llegado a la luz libre, ofuscados con su fulgor los ojos, ¿podrá ver nada de la multitud de objetos que llamamos seres reales?

—Al primer pronto le sería imposible.

—Necesitaría tiempo, sin duda, para acostumbrarse a ello. Lo que mejor distinguiría serían, primero, las sombras; luego, las imágenes de los hombres y de los demás objetos, pintadas en la superficie de las aguas; finalmente, los objetos mismos. De ahí dirigiría sus miradas al cielo, cuya vista sos-

tendría con mayor facilidad durante la noche, al claror de la luna y de las estrellas, que por el día y a la luz del sol.

—Sin duda.

—Finalmente, se hallaría en condicionees, no sólo de ver la imagen del sol en las aguas y en todo aquello en que se refleja, sino de fijar en él la mirada, de contemplar al verdadero sol en su verdadero lugar.

—Sí.

—Después de esto, dándose a razonar, llegará a concluir que el sol es quien hace las estaciones y los años, quien rige todo en el mundo visible y que es, en cierto modo, causa de lo que se veía en la caverna.

—Es evidente que llegaría por grados a hacerse esas reflexiones.

—Si llegase entonces a recordar su primera morada, la idea que en ella se tiene de la sabiduría, y a sus compañeros de esclavitud, ¿no se alborozaría de su mudanza, y no tendría compasión de la desdicha de aquéllos?

—Seguramente.

—¿Crees que sintiese todavía celos de los honores, de las alabanzas y recompensas allí otorgados al que más rápidamente captase las sombras a su paso, al que recordase con mayor seguridad las que iban delante, detrás o juntas, y que por tal razón el más hábil en adivinar su aparición, o que envidiase la condición de los que en la prisión eran más poderosos y más honrados? ¿No preferiría, como Aquiles en Homero, pasarse la vida al servicio de un pobre labrador y sufrirlo todo antes que volver a su primer estado y a sus ilusiones primarias?

—No dudo de que estaría dispuesto a soportar todos los males del mundo mejor que vivir de tal suerte.

—Pues pon atención a esto otro: si de nuevo tornase a su prisión, para volver a ocupar en ella su antiguo puesto, ¿no se encontraría como enceguecido, en el súbito tránsito de la luz del día a la oscuridad?

—Sí.

—Y si mientras aún no distingue nada, y antes de que sus ojos se hayan repuesto, cosa que no podría suceder sino después de pasado bastante tiempo, tuviese que discutir con los demás prisioneros sobre esas sombras, ¿no daría que reír a los demás, que dirían de él que, por haber subido a lo alto, ha perdido la vista, añadiendo que sería una locura que ellos quisiesen salir del lugar en que se hallan, y que si a alguien se le ocurriese querer sacarlos de allí y llevarlos a la región superior habría que apoderarse de él y darle muerte?

—Indudablemente.

—Pues ésa es, precisamente, mi querido Glaucón, la imagen de la condición humana. El antro subterráneo es este mundo visible; el fuego que lo ilumina, la luz del sol; el cautivo que sube a la región superior y la contempla, es el alma que se eleva hasta la esfera inteligible... Consiente, pues, en no extrañarte de que los que han llegado a esa sublime contemplación desdeñen la intervención en los asuntos humanos y que sus almas aspiren sin tregua a establecerse en ese eminente lugar.

—Así debe ser.

—¿Es de extrañar que un hombre, al pasar de esa divina contemplación a la de los miserables objetos que nos ocupan se turbe y parezca ridículo cuando, antes de haberse familiarizado con las tinieblas que lo rodean, se ve obligado a disputar ante los tribunales, o en algún otro lugar, acerca de sombras y fantasmas de justicia y a explicar en qué forma las concibe ante personas que jamás vieron a la propia justicia?

—Nada de sorprendente veo en ello.

—Un hombre sensato se hará la reflexión de que la vista puede ser turbada de dos maneras y por dos causas opuestas: por el paso de la luz a la oscuridad, o por el de la oscuridad a la luz; y aplicando a los ojos del alma lo que acontece a los del cuerpo, cuando la vea turbada y embarazada para dis-

tinguir ciertos objetos, en lugar de reírse sin razón de semejante perplejidad, examinará si proviene de que desciende de un estado más luminoso, o si es porque, pasando de la ignorancia a la luz, queda ofuscada por su fulgor excesivo. En el segundo caso la felicitará por su perplejidad; en el primero compadecerá su suerte; o si quiere reírse a costa suya, sus burlas serán menos ridículas que si se dirigiesen al alma que vuelve a descender de la morada de la luz.

—Sensatísimo es lo que dices." [1]

[1] De *La República* de Platón, según la traducción directa del griego hecha por Francisco Gallach Palés.

CAPÍTULO V

PINTANDO CON PALABRAS

Las viejas paredes grises centelleaban blanquecinas bajo la luna de la cosecha, arrojando densas sombras negras a través de la bien rastrillada grava de la calzada. La casa era vieja, ciertamente, y sazonada con el amor que se concede a las cosas muy queridas. En una de las paredes, un antiguo escudo de armas captaba orgullosamente los rayos de la luna y los devolvía en colores debilitados por los siglos. De las ventanas divididas por columnas salía el fugor amarillento de la luz eléctrica. En el salón reinaba esa noche la alegría, alegría por los esponsales recientemente anunciados.

La luna navegaba serenamente a través del firmamento luminoso. Las sombras avanzaban con lentitud por los espacios abiertos, convirtiendo a los árboles laterales en el ébano más oscuro. Se produjo un súbito estallido de música y de luz dorada cuando se abrieron unas puertas vidrieras y un hombre y una mujer jóvenes salieron al balcón. Tras ellos volvieron a cerrarse las puertas silenciosamente. Tomados de la mano, el hombre y la mujer se acercaron a la balaustrada de piedra y contemplaron el paisaje pacífico que tenían delante. Una brisa vagabunda les llevaba el suave olor de las mimosas. Colocando afectuosamente su brazo alrededor de la cintura de la mujer, el hombre se dirigió con ella a

las anchas escalinatas de mármol que llevaban al prado recién segado.

Él era alto y vestía un uniforme cuyos botones y condecoraciones centelleaban a la luz de la luna; ella era morena y tenía la piel marfileña tan frecuente en las personas de su clase. Su vestido de noche era largo y casi del color de la luna. Lentamente cruzaron el prado hasta un sendero bordeado por árboles. De cuando en cuando se detenían un momento y se miraban mutuamente. Pronto llegaron a un rústico puente de madera que cruzaba un arroyo tranquilo. Durante un rato permanecieron apoyados en la barandilla del puente, hablándose en voz baja y contemplando su reflejo en las serenas aguas.

Apoyando la cabeza en el hombro del hombre, la mujer señaló arriba un búho que los miraba fijamente desde un gran roble. Como no le agradó que lo observaran, el ave extendió sus grandes alas y se alejó a través del jardín. El hombre y la mujer se enderezaron y siguieron caminando entre arbustos bien cuidados y flores plegadas en su sueño. Una y otra vez susurros y chirridos mostraban que los pequeños seres nocturnos se dedicaban a sus tareas legítimas.

El sendero se encorvó y ensanchó y se convirtió en una playa bien cuidada. La luz de la luna tendía una ancha faja blanca a través del agua que ondulaba suavemente. Olitas minúsculas captaban la luz y la convertían en miríadas de joyas brillantes que danzaban en el agua. A una milla de distancia, un gran barco de pasajeros blanco avanzaba solemnemente por el mar con las cubiertas resplandecientes de luces. Desde él llegaban débilmente los acordes musicales de la banda al son de la cual bailaban las parejas en las cubiertas. El rojo de la luz de babor centelleaba y los reflectores iluminaban el nombre de la compañía escrito en sus chimeneas. El choque de su proa con el agua producía una espuma fosforescente. Las olas de su estela iban gorgoteando a romperse en la playa. El hombre y la mujer, abrazados, se que-

daron observando el avance majestuoso del barco. Éste no tardó en alejarse y dejaron de oírse los acordes de la música.

En la oscuridad purpúrea que producía la sombra de un alto plátano permanecieron juntos diciéndose las cosas que se dicen los enamorados, haciendo proyectos para el futuro, contemplando la vida que tenían por delante. Ninguna sombra cruzaba la luna y el aire era cálido y fragante. Suavemente las olitas hacían cosquillas a los guijarros redondos y jugaban con la arena más pequeña.

La noche, bajo la luna de la cosecha, estaba hecha para los amantes. Era también una noche para los poetas, ¿pues no son los poemas la esencia de los sueños y de la vida?

Las arenas del desierto quemaban bajo el calor flameante del sol del mediodía. Hasta el Padre Nilo, que corría entre orillas calcinadas, parecía más perezoso que de costumbre, exhalando un vapor cálido de su seno centelleante y perdiendo un agua que la tierra árida no podía aprovechar. Los desdichados labriegos, condenados a trabajar en los campos bajo el cielo tórrido, se movían con pesado letargo, demasiado fatigados inclusive para maldecir la atmósfera sofocante. Un ibis descansaba inclinado junto a un grupo de juncos agostados. Las nuevas tumbas de los Grandes se alzaban altas y brillantes y el calor secaba el mortero recién puesto entre los inmensos bloques de piedras.

En la frialdad relativa de la Sala de Embalsamamiento, muy por debajo de las arenas ardientes, un anciano marchito y su ayudante apenas más joven trabajaban rellenando con hierbas aromáticas el cadáver de un hombre muerto hacía meses.

—Creo que el Faraón está tomando medidas enérgicas contra los sacerdotes —dijo el más anciano.

—Sí —contestó el otro con triste satisfacción—. He visto que los guardias irrumpían en algunos de los templos y dete-

nían a alguno, amonestaban a otros y se llevaban rollos de papiros.

—No sé adónde va a parar el mundo. Nada de esto sucedía en mi juventud. El mundo se está arruinando, evidentemente.

Suspirando, tomó sus utensilios e introdujo más hierbas aromáticas en un orificio del cadáver, que no protestaba.

—¡Por orden del Faraón! —gritó el capitán de la guardia cuando, rodeado por sus soldados, entró majestuosamente en la morada del Sumo Sacerdote—. Se os acusa de amparar a los descontentos que conspiran contra él y tratan de hacerle daño con malos hechizos.

Se volvió hacia sus soldados y ordenó:

—¡Registrad el lugar y apoderaos de todos los papiros!

El Sumo Sacerdote suspiró y observó tranquilamente:

—Siempre sucedió esto. Los que aspiran a los conocimientos superiores son perseguidos por hombres ignorantes que temen conocer la verdad y creen que nadie puede saber más que ellos. Al destruir nuestros papiros de sabiduría apagáis las lámparas del conocimiento.

Era un día infausto, con soldados que se mantenían alertas, guardias que realizaban allanamientos y se llevaban a los sospechosos, la mayoría denunciados por el rencor de un vecino. Carros tirados por esclavos recorrían las calles, cargados con los papiros confiscados. Pero el día terminó, como terminan y terminarán siempre los días, por interminables que parezcan a las sufrientes víctimas de la opresión.

Una fresca brisa susurraba entre las cañas de papiro, produciendo un seco sonido rechinante. Pequeñas olas saltaban a través del Nilo que se oscurecía y rebotaban en las orillas calcinadas por el sol. A lo largo de las partes más bajas del río los barqueros sonreían complacidos al ver que el viento hinchaba sus velas y los impulsaba hacia sus hogares. Liberados del calor abrasador del día, pequeños animales salían de sus agujeros en las orillas e iniciaban su

merodeo nocturno en busca de una presa. ¡Pero también los seres humanos perseguían a su presa!

La oscura bóveda del firmamento estaba rociada por las joyas brillantes que eran las estrellas. Esa noche la Luna se retrasaría. Débiles luces vacilantes salían de las chozas de barro y destellos apenas más brillantes de los hogares de los ricos. Llenaban el aire el terror y los presentimientos. Ningún vagabundo recorría las calles esa noche, ni los enamorados entrelazaban sus manos y se hacían promesas al borde del ancho cauce del Nilo. Esa noche los soldados del Faraón rondaban por las calles con paso resonante y semblante airado, listos para la "cacería". La "purga" se hallaba en su apogeo, una "purga" contra los doctos y los sacerdotes, y contra todos los que podían amenazar al Faraón prediciendo su próxima muerte. Esa noche estar fuera de casa implicaba la muerte, la muerte en las picas de los guardias que hacían la ronda.

Pero en los lugares oscuros de la ciudad figuras silenciosas acechaban y se deslizaban rápidamente de una sombra a otra sombra más densa cuando oían que se acercaban ruidosamente los hombres del Faraón. Poco a poco se fue haciendo evidente que unos hombres silenciosos y decididos utilizaban todos los escondites de que disponían para llegar a su destino sin que los detuvieran. Mientras los guardias patrullaban ruidosamente y las eternas estrellas giraban en el firmamento, una vaga figura tras otra se iba deslizando fácilmente por una puerta sin marca y a oscuras. Se deslizaban por ella y los detenían los que estaban ya dentro, hasta que su identidad quedaba establecida con toda seguridad. Cuando entró el último hombre y fue identificado, los que esperaban colocaron grandes vigas de madera contra la puerta para consolidar su firmeza.

Un anciano con voz quebrada dijo:

—Seguidme formando fila y cada uno con la mano en

el hombro del que le precede. ¡Seguidme sin hacer ruido alguno, pues la muerte nos acecha esta noche!

Sin que se oyera el menor restregamiento de pies, la fila de hombres siguió a su conductor hacia abajo a través de un escotillón bien oculto. Continuaron descendiendo por un sendero en declive durante largo trecho y al fin llegaron a una vieja cripta funeraria donde el aire era húmedo y mohoso.

—Aquí estaremos seguros —dijo el anciano jefe—. Pero no elevemos demasiado nuestras voces para que los esbirros de Sel no las oigan y lleven la noticia de nuestra reunión.

Silenciosamente dieron la vuelta alrededor y se fueron colocando entre el mobiliario funerario. Se sentaron en cuclillas y esperaron con ansiedad las palabras de su jefe. El anciano examinó con mirada miope a los presentes, avaluando y pesando. Por fin dijo:

—Hoy y desde hace muchos días hemos visto cómo nos arrancaban y quemaban nuestras posesiones más queridas. Hemos presenciado el aciago espectáculo de unos hombres rústicos que, impulsados por un tirano enloquecido por el poder, perseguían a nuestros sabios y destruían la sabiduría acumulada a lo largo de los siglos. Ahora estamos reunidos aquí para discutir cómo se puede salvar nuestra herencia de ciencia escrita. —Miró sagazmente a su alrededor y continuó—: Es mucho lo que se ha perdido, pero también mucho lo que se ha salvado. Algunos de nosotros, corriendo el riesgo de una tortura salvaje, hemos reemplazado los papiros valiosos por otros sin valor. A los valiosos los hemos puesto a salvo. ¿Hay alguien que desee hacer alguna sugestión que podamos considerar?

Durante algún tiempo mantuvieron una conversación en voz baja, discutiendo la posibilidad de esto o aquello. Por fin un joven sacerdote del Templo del Alto Egipto se levantó y en un tono diferente dijo:

—Reverendos señores, pido humildemente vuestra indulgencia por mi temeridad al hablaros de este modo. —Las ca-

bezas se movieron para estimularlo y él continuó—: Anoche, cuando estaba de servicio en el templo, soñé. Soñé que el dios Bubastis descendía delante de mí y me daba instrucciones indiscutibles. Yo debía declarar que el Antiguo Conocimiento podía ser conservado por escribas doctos destilando la sabiduría de los siglos y luego ocultando esa sabiduría en los versos de poemas cuidadosamente compuestos. Estos poemas, dijo el dios Bubastis, serían incomprensibles para los ignorantes, pero claramente comprensibles para los Iluminados. Así la posteridad no se vería privada de nuestros conocimientos ni de los conocimientos de otras épocas.

Dicho eso, se sentó muy nervioso. Durante unos instantes reinó el silencio mientras los mayores discutían entre sí. Por fin el anciano jefe llegó a una decisión:

—Así sea —dijo—. Ocultaremos nuestros conocimientos en forma de poesía. Prepararemos también ilustraciones especiales del Libro del Tarot. Y haremos también que las ilustraciones puedan servir como un juego de naipes y, en la plenitud del tiempo, la Luz del Conocimiento volverá a brillar, ampliada y renovada.

Se hizo como se había ordenado y en los años siguientes hombres de gran voluntad y de carácter intrépido se esforzaron por conservar todo lo que merecía ser conservado en poemas y en pinturas. Y los dioses sonreían y estaban muy satisfechos.

A lo largo de los siglos los hombres, y a veces también las mujeres, han utilizado una forma especial de palabras que podían ocultar y revelar al mismo tiempo. El verso puede ser empleado para deleitar al lector o para engañar al intruso.

Por medio de un ritmo adecuado, el metro, la rima y toda esa clase de cosas, se puede penetrar en los mensajes subconscientes que el hombre necesita para integrar su entidad psíquica.

Al leer un poema, uno debe decidir si el poeta se limita

a jugar ligeramente con las palabras o si trata de comunicar algún mensaje especial. Muchas veces un mensaje que sería completamente inaceptable en la gruesa prosa ordinaria puede estar tan embozado que sólo los iniciados logren comprender su significado. Muchos "adivinos" escribieron sus mensajes y predicciones en verso no porque —como dicen los escépticos— temieran hacerlo en un lenguaje claro, sino para que los iniciados en esas cosas pudieran leer el significado más profundo que contenía el poema. Con frecuencia algún autor ignorante (¡y son muchos, por cierto!) trata de burlarse de los poemas de predicciones famosos. Por supuesto, las personas que no pueden escribir nada propio cuentan siempre con un mercado halagando los instintos más bajos de la humanidad y, como ésta es la Era de Kali, todos tratan de reducirlo todo a un común denominador. Esta es la era en que se hace cínicamente caso omiso del precepto elemental de que todos los hombres no son iguales; aunque sean iguales ante Dios, no son todos iguales en la Tierra, y al presente prevalece una forma de esnobismo invertida que hace que un hombre diga: "¡Oh, yo soy tan bueno como él!" Vemos cómo vilipendian los nombres y la reputación de grandes dirigentes como Sir Winston Churchill, Roosevelt y otros, personas viles que carecen de talento y se complacen perversamente en tratar de hacer daño a quienes lo poseen.

Examinemos un poema y ahondemos en su verdadero significado. He aquí un poema tibetano, muy famoso por cierto, cuya lectura no es precisamente agradable, pero que tiene un significado especial. Se titula "No temo":

NO TEMO

Por temor a la muerte construí una casa
y mi casa es una casa vacía de verdad.
Ahora no temo la muerte...

Por temor al frio compré un abrigo
y mi abrigo es el abrigo del calor interior.
Ahora no temo al frío.
Por temor a la indigencia busqué la riqueza
y mi riqueza es gloriosa, eterna, séptuple.
Ahora no temo a la indigencia.
Por temor al hambre busqué alimento
y mi alimento es el alimento de la meditación de la verdad.
Ahora no temo al hambre.
Por temor a la sed busqué bebida
y mi bebida es el néctar del conocimiento verdadero.
Ahora no temo a la sed.
Por temor al aburrimiento busqué un compañero
y mi compañero es la perpetua carencia de felicidad.
Ahora no temo al aburrimiento.
Por temor al error busqué un Camino
y mi Camino es el Camino de la unión trascendente.
Ahora no temo al error.
Soy un sabio que posee plenamente
los múltiples tesoros del deseo
y dondequiera que vivo soy feliz.

Luego indagaremos el significado esotérico de este poema, pero antes citaremos otro, también tibetano y que asimismo tiene un significado muy especial. Se titula "Conténtate":

CONTÉNTATE

Hijo mío, como monasterio conténtate con el cuerpo
pues la sustancia corporal es el palacio de la divinidad.
Como maestro, conténtate con la mente,
pues el conocimiento de la verdad es el comienzo de la [santidad.

Como libro, conténtate con las cosas exteriores
pues su número es un símbolo del camino de la liberación.
Como alimento, conténtate con el éxtasis
pues la quietud es la perfecta semejanza de la divinidad.
Como ropaje, conténtate con ponerte el calor interior
pues las Diosas que viajan por el cielo visten el calor
[de la felicidad.
Compañeros, contentaos con el abandono
pues la soledad preside la asamblea divina.
Enemigos airados, contentaos con desviaros
pues la enemistad es un viajero que sigue un camino
[equivocado.
Con los demonios, contentaos con meditar sobre el vacío
pues las apariciones mágicas son creaciones de la mente.

Citemos un poema más, un poema tibetano compuesto por el sexto Dalai Lama, hombre en verdad muy erudito. Era escritor y artista, mal comprendido por muchos, pero que dejó su marca en la cultura oriental. Son muy pocos los de su clase en el mundo actual. Utilizo una traducción inglesa; no sé quién fue el traductor, pero quienquiera que fuera, la traducción no puede en modo alguno ser fiel al original tibetano. Uno de los grandes infortunios de los autores es que las traducciones rara vez siguen la misma dirección del pensamiento que la que el autor trata de seguir en el idioma original. De todos modos, he aquí esa traducción de "Mi amor":

MI AMOR

Amada mía a la que va mi corazón,
si me pudiera casar contigo
obtendría la joya más selecta
del lecho más profundo del océano.

Por casualidad me crucé con mi bella amada
en el camino un día,
encontré una turquesa del azul más claro,
la encontré para ser desechado.
En lo alto del duraznero, fuera de mi alcance,
está el fruto maduro.
Así también la doncella de noble cuna
tan llena de vida y tan bella.
Lejos de mi corazón, las noches pasan
en el insomnio y la porfía
y ni siquiera el día satisface el deseo de mi corazón,
pues le falta vida a mi vida.
Resido aparte en Potala, soy un Dios en la Tierra,
pero en la ciudad el jefe de los bribones y la orgía
[*tumultuosa*
no quedan lejos de mí.
Préstame tus alas, blanca grulla.
No iré más allá de Li Thang y desde allí volveré.

Examinemos ahora el poema "No temo", del gran Milarepa. Milarepa escribió que el iniciado puede conocer ciertas cosas. Aquí se vislumbran los significados ocultos.

Por temor a la muerte construí una casa
y mi casa es una casa vacía de verdad.
Ahora no temo la muerte.

El significado de estos versos ha sido interpretado de diversas maneras y equivocadamente. En realidad, de acuerdo con las creencias esotéricas, puede considerarse que significa que, inclusive en otros planos de la existencia, no se puede permanecer inmóvil en una cuerda tensa, hay que seguir adelante o caer, hay que avanzar hacia arriba o deslizarse hacia atrás. Es necesario tener constantemente presente que, aunque estamos en la Tierra, cuando morimos renacemos en

otra etapa de la existencia. Cuando terminamos con lo que podríamos llamar la Etapa Terrenal de la existencia, pasamos a otro Orbe en el que hay diferentes facultades, diferentes normas. Por ejemplo: en este ciclo particular de las vidas poseemos muchos sentidos. Cuando pasemos a la etapa siguiente poseeremos más sentidos, más facultades, etcétera. Pero ascendemos, nunca retrocedemos, como no sea por nuestra falta de energía.

Así, por temor a la muerte en el plano astral, construí un cuerpo, y mi cuerpo tenía el vacío de la verdad. Con la verdad no temo la muerte. En otras palabras, sabemos que cuando morimos para una vida pasamos a la siguiente. No existe la muerte permanente, la muerte es renacimiento. Deseo deciros esto con absoluta sinceridad; a causa de un adiestramiento muy especial he podido visitar otros planos de la existencia normalmente inaccesibles para los que viven en este plano. Los que ofician de guías deben tomar precauciones especiales, por supuesto, porque las vibraciones personales —y sólo somos vibraciones— no pueden, sin ayuda, acelerarse para que nos sea posible llegar a esos planos superiores. La experiencia fue muy penosa, era como una luz deslumbradora, como pasar entre llamas al rojo blanco, pero yo estaba resguardado, protegido.

Descubrí que, en un plano superior, yo era más o menos como una babosa en esta Tierra comparada con una gran inteligencia humana. Los más grandes científicos de esta Tierra descubrirían, en los planos elevados que no eran superiores a una babosa. Tenemos que progresar constantemente, y siempre, al final de cada vida, morimos, según se dice, para que podamos avanzar hacia arriba. Pensad en una oruga: una oruga es un ser que se arrastra de un lado a otro; luego, al parecer, muere y se convierte en una mariposa que se mueve en un elemento diferente, pues lo hace en el aire en vez de arrastrarse por la tierra.

Citemos el ejemplo clásico de la libélula. De una charca

estancada sale reptando penosamente un gusanito, una larva. Sube a un junco o a una rama saliente y se ase a ella con fuerza. No hay más movimiento, el animalito muere, al menos así lo parece. Pero más tarde, dentro de la cáscara muerta se produce un golpecito, la cáscara se abre y de ella sale la libélula renqueando y arrastrándose. Pero no tarda en extender sus alas, afirmarse y hacerse iridiscente. Luego bañada por la luz del sol, la libélula alza el vuelo y se remonta en el aire.

Ahora bien, ¿no sucede realmente lo mismo con los seres humanos? El cuerpo humano, que, como convendréis, se parece a un gusano, muere, y de ese cuerpo muerto sale algo que asciende hacia una vida nueva. Por eso me gustan tanto las libélulas, porque son una promesa de vida eterna, una promesa de que hay algo más que este miserable cuerpo de carne y hueso. Pero yo, por lo menos, no necesito esas promesas, porque he experimentado la realidad.

Si seguimos examinando el poema *No temo*, podemos llegar a donde dice:

Por temor al hambre busqué alimento
y mi alimento es el alimento de la meditación de la verdad.
Ahora no temo al hambre.

Esto, por supuesto, significa el hambre espiritual, no el hambre física. Si una persona duda no sabe qué hacer, a dónde acudir para obtener el conocimiento. Una persona que duda es una persona frustrada, una persona desdichada. "Por temor al hambre espiritual busqué el conocimiento y medité acerca de la verdad, y ahora que conozco la verdad no temo al hambre". Eso es lo que quieren decir esos versos. Y yo os digo que inclusive en estos humildes capitulitos podéis aprender mucho, podéis conseguir que se planten dentro de vosotros las semillas del conocimiento. Una semilla es una cosa pequeña, pero de una pequeña semilla puede nacer un

gran árbol. Yo trato de plantar una semilla, trato de encender una vela en la oscuridad.

Hace siglos toda la humanidad conocía estas cosas, pero ciertos elementos de la humanidad abusaron de esos conocimientos y, en consecuencia, vino la edad del oscurantismo en la que en todo el mundo se apagaron las velas de la ilustración, el hombre quemó los libros del saber y se sumió durante un tiempo en una ignorancia abismal; una era en la que el hombre se llenó de supersticiones. Pero ahora estamos llegando a una nueva era, a una nueva etapa en la que el hombre va a poseer facultades adicionales. Yo puedo hacerme impopular cuando digo, casi en voz baja, que la bomba atómica puede no ser tan dañina como se ha supuesto con frecuencia. Abandonemos por un momento la poesía para volver a la realidad.

La humanidad se ha venido deteriorando a lo largo de los siglos. Si queremos obtener un ganado excelente o animales valiosos, no dejamos que se apareen de cualquier modo y engendren razas desfavorables. Los animales son elegidos cuidadosamente y criados para que posean una buena calidad, probablemente alguna cualidad especial. Si se trata de árboles frutales los atendemos con mucho cuidado y les hacemos injertos para que den frutos mayores y mejores, o frutos que tengan un sabor especial. Pero si descuidamos a esos animales, si dejamos que vuelvan al estado primitivo, si abandonamos nuestros árboles frutales y dejamos que vuelvan a su estado natural, entonces toda la buena preparación de que han sido objeto se pierde y obtenemos animales y frutos inferiores. Pensad, por ejemplo, en una manzana bella y exquisita que puede volver a ser una manzana silvestre. Los seres humanos son como las manzanas silvestres, se crían de cualquier modo y las personas con las características menos deseables son habitualmente las que tienen más hijos, en tanto que las personas con conocimientos o características que podrían mejorar la calidad de la raza humana tienen pocos

hijos o ninguno. Eso se debe con frecuencia a los impuestos excesivos o a los derechos de importación exagerados.

Probablemente la vieja Madre Naturaleza, que sin duda ha aprendido mucho al cabo de tantos años, conoce una manera diferente de aumentar el valor de la raza humana. Pensad en esto: probablemente la vieja Madre Naturaleza ha hecho las cosas de modo que unas pocas radiaciones extrañas quedan en libertad para producir mutaciones. No todas las mutaciones son malas, como sabéis. Tenemos, por ejemplo, un germen, una familia de gérmenes. Se los trata con penicilina y muchos de ellos mueren, pero otros se modifican y se hacen inmunes a la penicilina. Más tarde se hacen no sólo inmunes, sino que prosperan con la penicilina. ¿Cómo sabemos que los seres humanos no hacen lo mismo? Siempre tenemos que movernos hacia arriba, siempre tenemos que progresar, y es mi creencia firme, que es también la creencia del pensamiento oriental, que todos tienen que saber todas estas cosas antes que puedan pasar a las etapas superiores de la evolución.

Por temor al error busqué un Camino
y mi camino es el camino de la unión trascendente.
Ahora no temo al error.

Dicho de otro modo: yo no sabía qué camino seguir, no sabía dónde estaba mi Camino, por lo que busqué el conocimiento de los Mundos Superiores. Obtuve ese conocimiento y ahora no temo equivocarme en mi vida.

Soy un sabio que posee plenamente
los múltiples tesoros del deseo
y dondequiera que vivo soy feliz.

Esto quiere decir que soy un sabio porque he obtenido de otras fuentes el conocimiento de lo que es existir, porque

sé lo que uno necesita saber. Por consiguiente, sabiendo que la vida en la Tierra es, en la infinitud de la vida espiritual del hombre sólo un parpadeo, puedo ser feliz en cualquier parte que viva. Por tanto, no temo.

Milarepa era un gran sabio que vivía retirado en la cueva de una montaña. La gente iba a consultarle y a estudiar con él. Aclararé que los que iban a estudiar con él atendían a las necesidades de su cuerpo, limpiaban su cueva, cuidaban sus ropas, preparaban su comida y transmitían sus mensajes. Mucha gente de Occidente piensa: "Todos los conocimientos deberían ser voluntarios, no se debería enseñar nada a la gente". Pero, por supuesto, esto es sólo ignorancia, ignorancia asnal y crasa. Eso lo dicen las personas de escasa inteligencia y la poca inteligencia es peligrosa. Milarepa enseñó que uno debe sentirse satisfecho con el conocimiento. Enseñó que el cuerpo es como un monasterio y que los monjes que viven en el monasterio poseen diferentes facultades y aptitudes físicas y mentales.

"Pues la sustancia corporal es el palacio de la divinidad."

Esto quiere decir que la sustancia corporal, la carne, o arcilla, o como queráis llamar a vuestro cuerpo, es la casa en la que habita el Super Yo o el alma, la que está en esta Tierra para adquirir experiencia de las cosas mundanas. En las etapas superiores de la existencia uno no puede encontrar a aquéllos a los que aborrece cordialmente. La solución obvia es venir a la Tierra, donde encontráis a todos ellos constantemente. Si pensáis razonablemente os daréis cuenta de que aborrecéis a un asombroso número de personas y estáis seguros de que un número todavía mayor de personas os aborrecen. Si sois sinceros convendréis en que eso es cierto. Si os ponéis a trabajar podéis estar seguros de que alguien tratará de quitaros vuestro puesto, alguien tratará de impedir vuestro ascenso, alguien siente rencor contra vosotros. ¿No es cierto que es así?

Pues bien, el Super Yo tiene que venir a la Tierra para

pasar por esas experiencias odiosas. Por eso el cuerpo es un artefacto bastante duradero; aloja al alma y la defiende contra las conmociones excesivas. Debemos sentirnos satisfechos con la mente, pues en la mente puede acumularse y seleccionarse el conocimiento de la verdad, y hasta que conozcáis la verdad no podéis conocer la santidad, la santidad no en el sentido mojigato, sino en el verdadero sentido que reconoce que el Super Yo es el que maneja el cuerpo y que el cuerpo es solamente un muñeco.

Milarepa añade:

Enemigos airados, contentaos con desviaros
pues la enemistad es un viajero que sigue un
[camino equivocado.

Esto significa que no debéis sentir odio ni enemistad por nadie, pues si aborrecéis fuertemente a alguien eso quiere decir que seguís el camino equivocado. No se puede permanecer inmóvil en la cuerda tensa y hay que seguir adelante o retroceder, porque en realidad, como sabéis, en nuestra cuerda tensa espiritual no se puede caer y quedar destruido. Con frecuencia en las religiones, en todas las religiones, se habla de la condenación eterna, del tormento eterno. ¡No lo creáis, no creáis eso! Esas cosas las decían los sacerdotes de la antigüedad, del mismo modo que la madre puede decirle a su hijo: "Cállate o si no llamaré a tu padre y te pegará."

En la antigüedad la gente se parecía mucho a los niños. Tal vez carecieran de la facultad de razonar que se ha desarrollado a lo largo de los siglos y con frecuencia había que amenazarles para que hicieran lo que debían hacer. Si veis que el pequeño Joe o Charlie no quiere tomar su almuerzo, podéis decirle, si sois tontos: "Come eso ahora mismo o llamaré al policía para que te lleve." Sé que eso ha sucedido muchas veces. Pues bien, el pequeño Joe o el pe-

queño Charlie terminan creyendo que todos los policías son malvados, que un policía está siempre dispuesto a abalanzarse sobre ellos, llevarlos a la cárcel y hacerles toda clase de cosas desagradables por los siglos de los siglos y durante algún tiempo más. En otros tiempos los sacerdotes decían: "Los demonios se apoderarán de ti, te aguijonearán en varios lugares que no se pueden nombrar y lo pasarás muy mal." ¡No lo creáis! Hay un Dios, no importa cómo llaméis a ese Dios, un Dios bondadoso, y a ninguna persona se le hace nunca sufrir más de lo que puede soportar.

Algunos de nosotros, sin embargo, tenemos recuerdos de otras cosas. Algunos de nosotros, como en mi propio caso, poseemos un verdadero conocimiento y no sólo recuerdos, pero otras personas que carecen de recuerdos y de conocimientos tienen que sufrir más de lo necesario porque no quieren aprender las lecciones del pasado. Vivimos en esta Tierra y, como sabéis, somos en nueve décimas partes subconscientes y sólo una décima parte de nosotros es consciente o, por lo menos, ésa es la proporción general. Pero al ver a algunos de los habitantes de otros continentes se dudaría de que son ni siquiera en una décima parte conscientes.

Deseo decir algo acerca de otra tarea que realiza el Super Yo. Este, por supuesto, es en las diez décimas partes consciente. Tiene que serlo, pues de otro modo el subconsciente humano no podría despertar en sus nueve décimas partes. El Super Yo no se limita a habérselas con un cuerpo solamente. Existen diferentes sistemas para utilizar las energías del Super Yo y las examinaremos brevemente.

Algunas personas actúan como miembros de un grupo. Por ejemplo, una muchacha puede estar en la Tierra y mostrarse completamente perpleja e inepta si no la acompañan sus hermanos, sus hermanas y sus padres. Esas personas parecen funcionar sólo cuando se hallan todas juntas. La muerte deja un vacío terrible y cuando una de esas personas

se casa vuelve siempre al seno de la familia. Esas personas son como muñecos manejados todos ellos por el mismo Super Yo.

Los mellizos o trillizos también son manejados con frecuencia por el mismo Super Yo. Parecería que los dirigentes de los otros planos saben que este ciclo particular de la existencia está acercándose a su término y que comenzará otro, por lo que traen a este mundo personas para que actúen en grupos bajo la dirección de un Super Yo en cada grupo, casi del mismo modo como una dictadura comunista tiene células de un número determinado de personas bajo la dirección de un supervisor y todos los supervisores se hallan bajo la dirección de un supervisor superior, y así sucesivamente.

Se ven con frecuencia grupos de aves, quizás hasta de cincuenta, que revolotean al unísono como si obedecieran las órdenes de una persona. Pues bien, eso es lo que debe ser, porque esas aves están todas dirigidas por una persona, exactamente del mismo modo como una colonia de hormigas es dirigida por un Super Yo, o una colmena de abejas es dirigida por un Super Yo.

Las personas más ilustradas, más desarrolladas, tienen un sistema diferente, y eso os hará pensar. Pero nos referiremos a ello lenta y brevemente, porque en realidad por lo que todos tenemos que preocuparnos ahora es por cómo nos arreglamos en esta Tierra, y dejar que los otros mundos cuiden de sí mismos hasta que podamos pasar a ellos.

Hay muchos mundos parecidos a la Tierra, aunque no en lo que a falta de una palabra mejor sólo puedo llamar el mismo "tiempo". Pero tal vez sería mejor que empleáramos un término musical: armónicos. Podemos tener una nota musical, una nota pura, pero también podemos tener armónicos de esa nota. Todos los armónicos son elementos fundamentales de la nota original. De la misma manera existe esta Tierra, a la que podríamos llamar Tierra D, y existen

también las Tierras C, B, A y E, F, G, por ejemplo. Son Tierras semejantes, mundos semejantes, y se los llama universos paralelos, o mundos paralelos, como prefiráis.

Un Super Yo que se ha desarrollado y que comprende que manejar únicamente un diminuto cuerpo terrestre es perder el tiempo y no lo suficientemente educativo, puede tener un muñeco en cada uno de varios mundos. Así, en el mundo A, por ejemplo, el pequeño Bennie puede ser un genio, pero en el mundo F el pequeño Freddie puede ser un deficiente mental. De ese modo el Super Yo puede ver los dos lados de la moneda al mismo tiempo y conseguir experiencia en los dos extremos de la escala.

Un Super Yo realmente experto puede tener nueve muñecos diferentes y eso es lo mismo que vivir nueve vidas distintas, lo que apresura la evolución considerablemente. Pero de este tema se ha tratado ya más extensamente en el capítulo II.

Como se dijo al comienzo de este capítulo, la poesía o el verso de una forma rítmica determinada es utilizado con frecuencia para inculcar profundamente un asunto en lo subconsciente. Ahora vamos a citar un ejemplo de lo que solían hacer los egipcios; por desgracia pierde gran parte de su fuerza en la traducción. En el original egipcio las palabras ondulaban rítmicamente y lograban el propósito deseado, pero pensad que si tomáis un poema y lo traducís del inglés o el español al alemán, por ejemplo, alteráis todos los sonidos, destruís todo el equilibrio y, en consecuencia, no ejerce el mismo efecto. En realidad, algunos poemas no pueden ser traducidos a ningún otro idioma, por lo que estas *Confesiones a Maat* no resultan tan bien como en el original egipcio.

Se trata de una confesión hecha en la cámara de Maat en el Templo de iniciación egipcio. Tal como está escrita en el *Libro de los Muertos* era en realidad una invocación. Maat es la palabra egipcia que significa "Verdad". Por

consiguiente, la Cámara de Maat es la Cámara o Templo de la Verdad.

Esta confesión a Maat tenía que repetirse todas las noches antes de acostarse para dormir. Si se la repite como lo hacían los egipcios lo lleva a uno a una vida mucho más pura. ¡Probadlo y lo veréis!

LAS CONFESIONES A MAAT

Te reverencio, oh Gran Dios, Maestro de toda Verdad; he venido a Ti, oh mi Dios, y he venido resuelto a conocer Tus decretos. Te conozco y estoy de acuerdo contigo y con Tus dos y cuarenta leyes que existen Contigo en esta Cámara de Maat.

En Verdad estoy de acuerdo Contigo y he llevado a Maat en mi mente y mi alma.

He destruido la maldad por Ti.

No he hecho mal a la humanidad.

No he oprimido a los miembros de mi familia.

No he inducido al mal en vez de a la justicia y la Verdad.

No he tenido intimidad con hombres indignos.

No he exigido la primera consideración.

No he ordenado que se realice para mí un trabajo excesivo.

No he propuesto mi nombre para que sea exaltado a los honores.

No he defraudado en sus bienes a los oprimidos.

No he hecho que nadie sufra hambre.

No he hecho llorar a nadie.

No he hecho que se inflija dolor a hombre ni animal alguno.

No he defraudado al Templo en sus ofrendas.

No he disminuido la medida de los cereales.

No he hurtado tierra.
No me he introducido en los campos ajenos.
No he aumentado las pesas de las balanzas para engañar al vendedor ni he leído mal el fiel de las balanzas para engañar al comprador.
No he impedido que beban leche los niños.
No he detenido el agua cuando debía correr.
No he apagado el fuego cuando debía arder.
No he rechazado a Dios en Su Manifestación.

AFIRMACIÓN

¡Soy puro! ¡Soy puro! ¡Soy puro!
Mi pureza es la pureza de la Divinidad del Templo Sagrado.

POR CONSIGUIENTE NO ME SOBREVENDRÁ EL MAL EN ESTE [MUNDO
PORQUE YO, INCLUSO YO, CONOZCO LAS LEYES DE DIOS QUE [SON DIOS.

Como se dijo anteriormente, hay ocasiones en que se emplea la prosa en una forma especial para introducir en lo subconsciente un mensaje particular. He aquí una plegaria compuesta por mí y que deberíais repetir tres veces cada mañana:

RUEGO A MI SUPER YO

Concédeme hoy que viva mi vida día tras día de la manera prescrita, controla y dirige mi imaginación.

Concédeme hoy que viva mi vida día tras día de la manera prescrita, dirige mis deseos y mis pensamientos para que así me purifique.

Concédeme hoy, y todos los días, que mantenga mi imaginación y mis pensamientos firmemente fijos en la tarea que debo realizar, para alcanzar así buen éxito.

Deseo en todos los momentos vivir mi vida día tras día controlando la imaginación y el pensamiento.

También debéis rezar una plegaria por la noche, tres veces cada noche, antes de acostaros. He aquí una plegaria compuesta especialmente por mí que inculcará la disciplina en vuestro subconsciente durante la noche.

PLEGARIA

"Líbrame de los malos pensamientos. Líbrame de la oscuridad de la desesperación. Cuando esté afligido enciende una luz en la oscuridad que me envuelve.

Concédeme que todos mis pensamientos sean buenos y puros. Concédeme que todas mis acciones sean para el bien de otros. Concédeme que sea positivo en mis pensamientos para que mi mente pueda fortalecerse con ellos.

Yo soy el dueño de mi destino. Como pienso hoy, así seré mañana. Concédeme, en consecuencia, que evite todos los malos pensamientos. Concédeme que evite todos los pensamientos que causen aflicción a los otros. Concédeme que mi Espíritu se eleve dentro de mí para que pueda realizar fácilmente la tarea que me espera.

Soy el dueño de mi destino. Así sea."

Capítulo VI

UN MUNDO QUE TODOS DEBEMOS VISITAR

La suave lluvia caía acompasadamente y lavaba con ligereza los tejados de pizarra cubiertos de hollín de la vieja ciudad mercado. Como las lágrimas de las viudas recientes, caía del cielo gris y tintineaba en los tachos de la basura con dedos musicales. Al suave soplo del viento vespertino danzaba y ondulaba a lo largo de las calzadas, golpeando las ventanas y bañando el follaje reseco de los árboles esmirriados que todavía conservaban sus troncos emparedados en las aceras de hormigón. Las luces de los coches que pasaban se reflejaban en la calzada centelleante y sus llantas silbaban al pasar por la delgada capa de agua acumulada en la superficie con malos desagües. "¡Tap-tap-tap!" hacían las gotas de lluvia mientras corrían alegremente por el viejo tejado gris y afluían al canalón roto para caer en los gastados escalones de piedra de abajo.

Los transeúntes apresuraban el paso murmurando imprecaciones contra el mal tiempo, levantándose los cuellos y abriendo los paraguas. Los sorprendidos sin protección improvisaban rápidamente defensas con diarios desplegados. Un gato cauteloso avanzaba apretándose contra las casas y saltaba los charcos, constantemente alerta para encontrar lugares más secos. Cansado de la humedad, o probablemente porque había llegado a su casa, el gato lanzó a su alrededor

una mirada larga y cautelosa y luego se deslizó por una ventana medio abierta.

Dando vuelta a la esquina apareció una mujer delgada y que caminaba apresuradamente, vestida con un impermeable oscuro y cubierta con un pequeño paraguas negro. Se detuvo un momento bajo un farol y consultó una tira de papel que tenía entre los dedos. A la débil luz comprobó la dirección y el número antes de seguir adelante. De vez en cuando volvía a detenerse durante un instante para leer los números en las puertas de las casas. Por fin, lanzando una pequeña exclamación, se detuvo ante la casa de la esquina. La contempló con gesto de duda: era una casa pequeña y pobre, con la pintura de la puerta ampollada por el sol. Los marcos de las ventanas estaban agrietados por no haber sido pintados y la mampostería había visto días mucho mejores. Sin embargo —decidió— era una casa FELIZ.

Sin vacilar más subió los tres pequeños escalones de piedra y llamó tímidamente en la puerta. Pronto se oyó ruido de pasos dentro de la casa y el ligero crujido de la puerta al abrirse.

—¿La señora Ryan? —preguntó la mujer.

—Sí, yo soy la señora Ryan. ¿En qué puedo servirle? —contestó la otra—. ¿No quiere entrar para librarse de la lluvia?

Agradecida, la mujercita cerró el paraguas y entró. Mientras la señora Ryan la ayudaba a quitarse el impermeable mojado, la visitante la contempló.

Era una mujer de edad madura y delgada, con un rostro bondadoso y manos estropeadas por el trabajo; una mujer que, como su casa, había visto días mejores, pero había aprendido bien las duras lecciones de la vida. Los muebles estaban limpios, pero muy gastados, y el linóleo comenzaba a raerse. La mujercita se volvió de pronto y exclamó:

—¡Oh, lo siento, estaba distraída! Yo soy la señora

Harvey. La señora Ellis me habló de usted. ¡Necesito ayuda desesperadamente!

La señora Ryan la miró gravemente y dijo:

—Venga a la sala conmigo, señora Harvey. Veamos cuál es la dificultad en que se halla.

La condujo a una pequeña y pulcra habitación que daba a la calle. Allí le indicó una silla y le preguntó:

—¿No desea sentarse?

Dando las gracias, la mujercita se sentó en la cómoda silla y dijo, llorosa:

—El asunto se refiere a Fred. ¡Murió hace cinco semanas y lo echo tanto de menos!

El recuerdo la agobiaba y comenzó a llorar con una intensa emoción. Buscando a tientas en su bolsa sacó de ella un pañuelo y se frotó ineficazmente los ojos lacrimosos.

La señora Ryan le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo:

—Vaya, vaya, quédese aquí sentada y llore. Entretanto yo voy a prepararle una taza de té y luego se sentirá mejor.

Salió apresuradamente de la habitación y fue a la cocina, donde no tardó en oírse el tintineo de las tazas de té.

—¡He vivido momentos terribles! —exclamó la señora Harvey más tarde, cuando ambas estuvieron sentadas frente a frente con la bandeja del té entre ellas—. Fred, mi marido, y yo nos queríamos mucho y luego, hace cinco semanas, murió instantáneamente en una explosión que se produjo en la fábrica. ¡Fue horrible! Y todas las noches he tenido la fuerte sensación de que trataba de ponerse en comunicación conmigo, de decirme algo —Se interrumpió, retorció nerviosamente el pañuelo, se mordió el labio inferior y restregó con los pies la alfombra deteriorada. Luego añadió—. La señora Ellis me dijo que usted podría ponerse en contacto con Fred. No sé lo que usted cobra por ello, ¡pero deseo tanto tener noticias de él!

—Amiga mía —dijo la mujer de edad madura a la joven

viuda afligida—, sólo podemos hacer la prueba y confiar en Dios. A veces puedo recibir mensajes de los que han abandonado esta vida, pero otras veces no. Sólo los iniciados supremos poseen constantemente el don de la telepatía y la clarividencia. Si puedo ayudarle será por voluntad de Dios; si no puedo, será también por voluntad de Dios. En cuanto a lo que cobro —y con un movimiento de la mano recorrió la habitación— no parece que cobre demasiado y que viva con lujo, ¿verdad? —Suspiró y añadió—. Se podría construir una máquina para comunicar este mundo con lo Invisible lo mismo que podemos comunicarnos por teléfono con otra ciudad. Pero eso no le interesa a la industria... Hábleme acerca de su marido. ¿Tiene usted algún objeto personal suyo para que pueda tratar de ponerme en contacto con él?

Mucho tiempo después la señora Harvey, sonriente y muy consolada, se levantó para irse y dijo:

—Ahora sé que hay médium de distintas clases; algunos son sólo embaucadores, como los que he encontrado a mi costa; otros hacen concebir falsas esperanzas sin que posean facultad alguna. Usted es muy distinta. ¡Gracias, muchas gracias, señora Ryant!

Mientras cerraba suavemente la puerta después de haber salido la señora Harvey, la anciana médium murmuró:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Si pudiéramos terminar con todas las imposturas y realizar una verdadera investigación, con qué facilidad podríamos comunicarnos.

Volvió a la sala, y recogió lentamente el servicio de té mientras pensaba en una sesión de espiritismo a la que había asistido en otro tiempo.

Las tiendas habían cerrado temprano, pues se estaba a mitad de la semana, cuando quedan vacías las estanterías y hay que preparar las cosas para las compras del día siguiente. Las tiendas habían cerrado temprano y las calles de la gran ciudad se llenaban con empleados, tenedores de libros, me-

canógrafas y dependientes. Grandes ríos de seres humanos asaltaban las barreras de las estaciones del subterráneo y se derramaban como un torrente por las escaleras mecánicas para correr a lo largo de los túneles y formar una masa sólida en los andenes de la estación. A distancia se oía el resonar de los trenes que se acercaban. A la primera vislumbre de las luces del tren que oscilaban en la oscuridad se agitó la multitud que esperaba. Los más fuertes empujaban hacia adelante y los débiles eran desplazados rudamente a los lados. Cuando el tren disminuyó la velocidad en la estación, para detenerse con un suspiro moribundo de los frenos neumáticos, la multitud se introdujo arrolladoramente en los coches. Se oyó un sonido sordo al cerrarse las puertas forradas con caucho y la palpitación de los compresores de aire que ejercían presión para aflojar los frenos, y el tren se puso en marcha y fue ganando velocidad mientras la siguiente oleada de seres humanos que habían terminado su trabajo descendía por las escaleras mecánicas del subterráneo para amontonarse como ovejas en el andén recién vaciado.

Por fin la multitud fue disminuyendo y los trenes se hicieron menos frecuentes, pues era la hora en que volvían a sus casas los obreros. Más tarde la corriente humana se invertiría en parte con los que iban a los teatros y a otros lugares de diversión o que volvían para sus placeres nocturnos. Pronto aparecerían las Damas de la Noche para mantenerse a la expectativa en los portales a oscuras u ostentarse a la luz de los faroles. Pronto los policías recorrerían las zonas comerciales comprobando pausadamente si las puertas estaban bien cerradas, atisbando en los coches estacionados y manteniéndose discretamente alertas por si sucedía algo no habitual e ilegal. Pero todavía no ocurría nada de eso, pues los trabajadores hacía poco tiempo que habían salido para volver a sus casas.

Lejos, en los suburbios, la gente se preparaba para la cena. Algunos se vestían para ir al teatro, otros se pregun-

taban cómo iban a pasar las primeras horas de la noche. Otros iban a reuniones...

Por la carretera, en grupitos de dos o tres personas, la gente convergía en una casa grande y vieja que se hallaba algo apartada del camino, como un anciano que tratara de mantenerse apartado del rebaño común. Los arbustos que ocultaban la fachada estaban desgreñados, sin podar, y se asemejaban a un hombre con el cabello largo que le llegaba hasta el cuello. Sobre el pórtico brillaba débilmente una sola bombilla sin pantalla, casi cubierta por las moscas y los insectos. Durante un instante apareció una cara en la ventana del primer piso y miró a la calle para calcular el número de las personas que llegaban y luego desapareció tras una cortina corrida rápidamente.

La gente no tardó en congregarse en el portal y unos saludaban a sus amigos y otros examinaban con un recelo inamistoso los rostros desconocidos. Pronto se abrió la puerta y apareció en ella una mujer grande y muy fornida, adornada con un collar de perlas falsas. Lavándose las manos con un jabón y un agua invisibles, examinó atentamente al grupo que tenía delante y luego exclamó en tono jocoso:

—¡Bueno, bueno! Los espíritus me dijeron que esta noche tendríamos un número récord. Si quieren pasar...

Se hizo a un lado y los que esperaban entraron en el oscuro pasillo.

—Dejen sus ofrendas de amor aquí —dijo la mujer fornida señalando un platillo hondo colocado en una alcoba.

En el platillo había ya un billete de banco y cuatro monedas de plata, como una insinuación silenciosa del valor de las "ofrendas de amor" esperadas. Bajo la mirada vigilante de la mujer los recién llegados buscaron a tientas en sus bolsillos y sus bolsas y dejaron caer sus ofrendas en el platillo, que se llenó rápidamente.

—Así está bien —declaró la mujer—. No debemos permitir que nuestros espíritus amigos piensen que sus esfuerzos

no son apreciados, ¿no es así? —Y añadió con afectación—. Cuanto más damos tanto más recibimos.

El grupito de personas entró en una gran habitación con lo que parecía ser un tablado en un extremo. Duras sillas de madera se hallaban colocadas en hileras irregulares y fueron ocupadas rápidamente por los ya presentes, dejando las últimas filas para los que llegaban con retraso.

La mujer fornida subió pesadamente al tablado y se colocó en el centro, jugando impacientemente con sus brazaletes. Otra mujer alta y delgada apareció y se sentó ante un armonio medio oculto y tocó los primeros compases de un himno.

—En primer lugar cantaremos unos pocos himnos para preparar el ambiente —dijo la mujer fornida—. Luego nos dedicaremos al asunto para el que nos hemos reunido.

Durante unos minutos tocó el órgano, la gente cantó y luego la mujer fornida sacudió las manos imperiosamente y dijo:

—¡Basta! ¡Basta!! ¡Los espíritus esperan!

Las últimas notas del órgano se fueron debilitando poco a poco en un gemido a medida que los fuelles se quedaban sin aire. Luego hubo un susurro y un crujido de sillas al sentarse los presentes para ponerse cómodos. Las luces amortiguaron su intensidad, se apagaron y las reemplazaron otras rojas que derramaban un resplandor misterioso sobre todo.

En el escenario, la mujer robusta hacía gestos y exclamó coquetamente:

—¡Oh, muchachos! ¡Esperad, esperad! Tenéis que hablar por turno. Son muchos los que esperan hablar esta noche —Y añadió dirigiéndose a sus espectadores en un aparte—. Están muy impacientes. Muchos de ustedes recibirán mensajes esta noche.

Durante un tiempo se retorció en la tribuna riendo sin motivo y frotándose la cabeza. Por fin exclamó:

—¡Ahora! Ya se han divertido. Por consiguiente, comen-

cemos la sesión —Miró a su alrededor y preguntó de pronto—. Mary, el nombre es Mary. ¿Está aquí presente alguien que se llama Mary y perdió a un ser querido recientemente?

Se levantó una mano indecisa y una joven nerviosa contestó:

—Yo perdí a mi padrastro hace seis meses. Sufría mucho. Estoy segura de que la muerte fue para él un alivio.

La mujer fornida movió la cabeza afirmativamente y declaró:

—Pues bien, me ruega que le diga que ahora es feliz y que lamenta todo el trabajo que le causó.

La joven nerviosa inclinó la cabeza y habló en voz baja con su compañera.

—¡Smith! —llamó la mujer—. Tengo un mensaje para Smith. Me piden que diga que no tiene por qué preocuparse, pues todo saldrá bien. Usted comprende lo que quiero decir, ¿verdad? No puedo hablar de ello en una reunión como ésta, pero usted comprende.

Un joven que se hallaba en primera fila movió la cabeza afirmativamente.

—Los muchachos están de buen humor esta noche —dijo la mujer robusta— y tienen muchos mensajes para ustedes. Yo soy como un teléfono que transmite los mensajes de nuestros queridos difuntos que, no obstante, están con nosotros en espíritu... Esperen, esperen... ¿Qué es eso? ¡Oh! Dicen que debo solicitar contribuciones especiales para que pueda decorar esta habitación, pues no les gusta visitar habitaciones destartaladas. ¿Están ustedes dispuestos a ayudar? ¿Quieren contribuir a una causa benemérita? Señorita Jones, ¿quiere pasar el platillo, por favor? Gracias.

Comencemos declarando que es muy posible, en ciertas condiciones, recibir mensajes de los que han "muerto". Al mismo tiempo debe afirmarse con igual precisión que las personas que han dejado este mundo tienen que realizar una

tarea y no permanecen sentadas en grupos esperando, como una pandilla de muchachos en la esquina de una calle, a charlar con cualquiera que pase. Muchos de los mensajes son falsos, cuando simulan transmitirlos "médium" inauténticos.

En primer lugar nos referiremos a uno o dos de los peligros muy reales del ocultismo y la metafísica y todo lo demás incluido en esa clasificación. Por supuesto, no hay peligro alguno para la persona que practica el ocultismo por una razón clara: Yo pienso en una cosa completamente distinta.

Uno de los mayores peligros que enfrentamos es el que crean los chiflados, locos inofensivos, deficientes mentales y los que creen que son Cleopatra o la reencarnación de algún otro personaje análogo. El número de Cleopatras bastaría probablemente para poblar toda la ciudad de Nueva York y aún sobraría para el resto de los Estados Unidos.

Es una gran desdicha que los sentimentalmente inestables acudan al ocultismo como las moscas a la miel, y los más chiflados son los que constituyen el mayor peligro para los que tratamos de realizar una tarea decente.

Permitidme que diga esto con absoluta claridad: el ocultismo es una cosa natural, nada tiene de misterioso, es solamente el empleo de facultades que casi todos poseen, pero que casi todos han olvidado la manera de utilizarlas. Digámoslo de este modo: contamos con una persona ordinaria que será nuestro bastón-guía, o nuestro modelo. Esa persona ordinaria es nuestro indicador. Una persona con menos inteligencia está por debajo del término medio, y un asilado en un manicomio estará muy por debajo del término medio. Los subnormales, los que están por debajo del término medio, no llaman nuestra atención. Pero los que poseen facultades que no posee nuestro indicador ordinario son supernormales, paranormales. Las personas que ocultan sus facultades son paranormales, poseen facultades que no se han desarrollado en la persona ordinaria.

Un salvaje posee un sentido muy agudo del olor y con frecuencia también un sentido muy agudo de la vista; sus sentidos están más aguzados que los de la persona llamada civilizada. Una persona civilizada posee las mismas potencialidades para un olor o una visión mayores, pero las condiciones de la supuesta vida civilizada hacen que el ejercicio para agudizar los sentidos del olfato y la vista constituya una verdadera desventaja. Si entraseis en alguno de muchos restaurantes con el olfato muy desarrollado el hedor os haría caer de espaldas.

La persona que posee una facultad oculta no es, por consiguiente, un mago ni nada parecido, sino solamente una persona que ha desarrollado ciertos sentidos que poseen todas las demás. Así también todos tenemos músculos, pero el que levanta pesas ha desarrollado los suyos mucho más que la anciana que se pasa todo el día sentada en una silla. Y el hombre que se dedica a la política desarrolla sus cuerdas vocales mucho más que el que permanece todo el tiempo en su casa; ambos tienen músculos, ambos tienen cuerdas vocales, pero las etapas de desarrollo de esos órganos son diferentes.

Una de las leyes ocultas más importantes es que no se debe incurrir en exhibicionismo, no se debe emplear una facultad oculta para convertirla en un espectáculo de circo. Con cuánta frecuencia se oye decir a una mujer: "Hoy he conocido a un hombre maravilloso que ha llamado a la puerta de mi casa; vende cebollas españolas por la mañana, por la tarde vende prendas de vestir para las damas, y por la noche hace demostraciones de ocultismo. Es tan maravilloso que puede mantenerse en equilibrio sobre un dedo mientras bebe una taza de té cabeza abajo." O con cuánta frecuencia oímos hablar de algún pobre hombre tan solitario, tan olvidado por el mundo, que se ve obligado a decir: "Oh, he leído un libro sobre el ocultismo. En adelante actuaré como un gran instructor y un maestro." Y se pone a trabajar durante el día, tal vez solicitando pedidos de casa

en casa, o quizá como humilde empleadillo de un patrón dominante, y por la noche se aísla en su habitación trasera, adopta una actitud misteriosa, enarca las cejas, mira de soslayo, lanza unos suspiros y gemidos horripilantes, y quizá también hace uno o dos trucos teatrales y dice cuán maravillosamente puede hacer el viaje astral. En realidad ha cenado probablemente demasiado, o comido un queso en mal estado, o hecho algo parecido y ha tenido una pesadilla. Pues bien, ese hombrecito es una verdadera peste, un verdadero peligro para el ocultismo y para él mismo. Os diré que todos esos pobres diablos que hacen exhibiciones y las llaman ocultismo tendrán que pasar mucho tiempo aprendiendo lo que deben saber, tendrán que volver a esta Tierra, y ésa será una amenaza capaz de sacar de quicio a cualquiera.

En la India hay una secta de personas llamadas faquires. Pasan por hombres santos, viajan por toda la India y ninguna mujer atractiva está a salvo de ellos, pero hacen exhibiciones teatrales y realizan trucos. En lo que me concierne, si deseo ver un espectáculo de prestidigitación prefiero pagar e ir a un buen teatro de variedades. No deseo ver a un hombrecillo sucio, acuchillado en el suelo y tratando de hipnotizar a todo un grupo de personas, pues eso no prueba nada espiritual para mí. Prueba, en cambio, que esa persona no tiene ni siquiera una idea elemental del espiritualismo. La treta india de la cuerda no es sino una simple cuestión de hipnotismo. Pero os diré muy precisamente que los verdaderos maestros que nunca prueben nada para satisfacer la vana curiosidad de los espectadores pueden realizar también la llamada treta de la cuerda india utilizando sus facultades naturales, sin apelar al hipnotismo. Os diré con toda sinceridad que yo y otros muchos hemos presenciado la levitación. La levitación es algo muy real, ciertamente, y nada tiene de misterioso. Es cuestión de invertir las corrientes magnéticas. Si tomáis dos imanes, dos barras imanadas con preferencia, si tenéis una en cada mano y las juntáis, pueden saltar juntas

con un fuerte ruido metálico, con frecuencia llevándose un pedacito de vuestra carne entre ellas. Pero si invertís la dirección de una de ellas, es decir, si tomáis una en vuestra mano derecha y ponéis el polo sur donde estaba antes el polo norte y tratáis de unir los dos imanes, veréis que hacen grandes esfuerzos para eludirse mutuamente, se oponen el uno al otro, no hay una atracción magnética entre ellos, sino más bien una repulsión.

Otra cosa: se puede conectar una bobina de inducción con una batería o con la línea troncal y por un tubo que se proyecta hacia arriba dejar caer un anillo de aluminio. Si se conecta la corriente, el anillo desafía aparentemente la ley de gravedad y flota en el aire. Si alguien pone esto en duda puede consultar alguna revista científica o escribir a los Estados Unidos solicitando la comprobación. Pero volvamos a lo que estamos tratando seriamente.

La levitación es un método para alterar nuestra atracción magnética de modo que no pesemos tanto. En Inglaterra vivía hace sesenta años más o menos un joven que se llamaba Home e hizo una demostración de levitación en una casa de campo. Algunos de los científicos más destacados del mundo presenciaron la demostración, pero como ésta desaprobaba las leyes que esos científicos habían formulado, no quisieron hacer un informe imparcial. En el Tibet y en China —en China antes que los comunistas provocaran allí una conmoción— y en el Japón —antes que los soldados de los Estados Unidos provocaran allí otra conmoción— se veían muchos casos de levitación y otras cosas análogas. Pero esas cosas nunca se hacían como en un espectáculo de circo, sino sólo como experimentos científicos.

Seamos, pues, ocultistas auténticos y recelemos muy seriamente de cualquiera que se ofrezca a hacer una demostración manteniéndose en equilibrio sobre un dedo o alguna de esas extravagancias con las que una persona que no confía en sí misma ni posee facultades ocultas trata de en-

ganar a los incautos. El verdadero ocultista nunca hace demostraciones de sus facultades si para eso no existe alguna buena razón.

Debo incluir entre ellos a una persona como Dinah Dripdry, la clarividente de suburbio. Esta pobre mujer, tal vez durante varias horas al día friega pisos y va de un lado a otro con un balde y un estropajo. Cuando termina su trabajo vuelve a pie a su casa (pues son frecuentes las huelgas de los conductores de ómnibus) y aunque llega completamente cansada se viste de una manera realmente ridícula: se envuelve en una túnica de colores vivos, se rodea la cabeza con un pañuelo vistoso que, según cree, se asemeja a un turbante, enciende en la habitación unas luces muy débiles para que los clientes no puedan ver lo sucia que está realmente y se dispone a iniciar la tarea. Ha conseguido en alguna parte una bola de cristal y la coloca a la luz del sol para que la gente la vea y piense qué mujer maravillosa es cuando no friega los pisos. Pues, bien, nada hay que arruine más a un cristal que el hecho de exponerlo a la luz del sol, pues ésta destruye su poder odonético.

Dinah Dripdry recibe luego en su habitación a algún cliente tonto atraído por su fama. Habitualmente se sienta frente a él, lo mira de arriba abajo y le hace hablar un poco. A la mayoría de las personas les gusta tanto oír su propia voz que dicen todo y algo más. En consecuencia, Dinah Dripdry no tiene más que mirar la bola de cristal, en la que no ve sino su propio reflejo, y repetir en tono lóbrego algunas de las cosas que le ha dicho su cliente. Así consigue fama de ser una gran vidente. Con frecuencia el cliente no recuerda haberle dicho nada y le entrega el dinero sin murmurar. Dinah no puede ser una clarividente si hace esas cosas por dinero, porque eso le hace perder sus facultades, inclusive si las poseía anteriormente.

Ningún clarividente ordinario lo es durante las veinticuatro horas del día. Una persona puede ser clarividente en

un momento inoportuno, pero no en el momento en que necesita serlo, y si hace eso por dinero no puede decir: "Este es uno de mis días infaustos. Hoy no me siento capaz de decirle la verdad." Las personas como Dinah Dripdry tienen que ganar dinero, y cuando no pueden ver nada en la bola de cristal —lo que les sucede siempre— tienen que fingir que lo ven.

A veces tenéis la sensación de que no os halláis en plena posesión de vuestras facultades y decís: "No sé qué me pasa hoy, no puedo concentrarme." Pues bien, lo mismo sucede con la clarividencia; no os podéis concentrar en la clarividencia, pues si una persona está en tensión o demasiado excitada no puede relajarse y por el momento pierde su clarividencia. La segunda regla es, en beneficio de vuestra billetera, que nunca paguéis nada para que adivine vuestra suerte una persona que examina una bola de cristal o hace algo parecido, pues no puede hacerlo por dinero, y si trata de darle una base comercial tiene que "fingir" de vez en cuando y cuanto más frecuentemente simule, con tanta más rapidez pierde la facultad de clarividencia que quizá poseía al principio.

Otra cosa que debe tenerse en cuenta es que nadie puede manejar el cuerpo astral de otra persona. A veces os encontráis con una mujer idiota que cacarea como una gallina a punto de poner un huevo particularmente grande y dice: "Oh, me he apoderado de usted, pues anoche lo encontré en el mundo astral y ahora puedo manejar su cuerpo astral." Si alguna vez os encontráis con una persona como ésa, lo mejor que podéis hacer es llamar a los empleados de un manicomio para que la lleven a una celda donde la instalen con toda comodidad.

Nadie puede sufrir daño alguno cuando se halla en el plano astral; nadie puede ser manejado por otra persona cuando se halla en el plano astral. Lo único que hay que temer es tener miedo. El temor es como un ácido corrosivo

en el mecanismo de un reloj. El temor corroe y corrompe. Mientras no tengáis miedo nada malo puede sucederos. Por consiguiente, si algún tonto pretende que es capaz de manejaros lo mejor que podéis hacer es enviarlo para que lo examine un psiquiatra o llamar a la policía, pues la policía puede hacer algo al respecto.

No es posible, salvo en ciertas condiciones y circunstancias, hipnotizar a una persona contra la voluntad de esa persona. Por supuesto, los que han sido adiestrados en el Tibet, y sólo en el Templo de los Misterios Interiores del Tibet, pueden hacer eso si necesitan hacerlo por una buena razón, pero todos los que han sido instruidos en ese Templo han sido acondicionados hipnóticamente para que no puedan hacer nada perjudicial a ninguna otra persona, sino solamente ayudarla, y eso en circunstancias muy extraordinarias.

Si alguien comienza a miraros fijamente y trata de hipnotizaros, miradle fijamente a vuestra vez en el caballete de la nariz entre los ojos, y si no sabe lo suficiente pronto quedará hipnotizado él en vez de vosotros. Nada tenéis que temer como no sea tener miedo. El ocultismo es algo tan corriente como respirar, o levantar un libro, o dar un paso. Podéis caminar con seguridad si no sois torpes y descuidados, pues en ese caso podéis resbalar en una cáscara de banana. Pero la culpa será vuestra y no del acto de andar. El ocultismo es más seguro que el caminar, pues no hay en él cáscaras de bananas. Lo único que hay que temer, repito, es tener miedo.

Por supuesto, es muy difícil tratar de razonar con la gente, es muy difícil tratar de explicar una cosa a una persona, pues existe una ley precisa según la cual en toda batalla entre la emoción y la razón la emoción vence siempre, por grande que sea la inteligencia que se posea, por grande que sea su facultad de razonamiento. Si uno se excita y se enfurece la emoción domina a la razón.

Una persona vive en un edificio de departamentos de

nueve pisos, por ejemplo. Esos edificios tienen una débil barandilla de hierro en los balcones y un fuerte golpe probablemente la derribaría, pero la emoción nos dice que estamos seguros porque hay una barandilla y no sentimos temor alguno. Pero si quitasen la barandilla sentiríamos el temor de caernos aunque estuviéramos en exactamente la misma posición en que habríamos estado si existiese la barandilla.

En todo momento, por consiguiente, debemos tener en cuenta que en las batallas entre la emoción y la razón la emoción vence siempre, y por ese motivo no debemos dejarnos excitar indebidamente, y en cambio debemos tratar de acercarnos un paso más al Nirvana, que es el dominio de la emoción, de modo que no impida el funcionamiento de la razón.

Debemos comprender que algunas de esas personas que han leído un libro, o tal vez sólo han oído hablar del título de un libro, no son necesariamente los mejores maestros. La única persona calificada para enseñar algo relacionado con lo oculto es la que evidentemente sabe, la que ha sido instruida en un lugar respetable. Yo, por ejemplo, puedo presentar documentos que demuestran que he sido instruido en el Potala, pero tampoco en este caso se muestran tales pruebas sólo para satisfacer la curiosidad de los investigadores, ni es necesario hacerlo, porque en mi caso particular mis editores han visto esos documentos y lo atestiguan en los prólogos de más de uno de mis libros.

No se debe ir al encuentro de un curandero para que nos golpee en la cabeza con un mazo y al dejarnos inconscientes haga que nos olvidemos del dolor, sino que se debe consultar a un buen médico. Tampoco se debe ir en busca de un charlatán que no posee un verdadero conocimiento de lo oculto, sino algunos sonidos imaginarios en la cabeza; con demasiada frecuencia, como sabéis, las voces que se oyen en la cabeza pueden ser un síntoma de enajenación mental. Debéis elegir

a vuestro ocultista tan cuidadosamente como elegís a vuestro médico.

Cuando una persona abandona esta Tierra puede haber personas más desarrolladas que han pasado a planos superiores. En ese caso, sólo un médium con facultades muy considerables puede establecer contacto con ellas, pues de acuerdo con las nociones físicas corrientes los que han muerto han ido a una zona de tiempo diferente, y si tratáis de telefonear a Australia desde Inglaterra, si no conocéis la zona de tiempo de vuestro amigo no podréis comunicaros con él, pues tal vez le estéis llamando a medianoche, por ejemplo. Pero en el caso de nuestro médium tratamos de comunicarnos con alguien que se halla ya a unos miles de años luz de distancia en el futuro. La mayoría de las veces, un médium que carece de experiencia será engañado por esos seres aparentemente dignos de confianza llamados elementales. Quizá debamos tratar de los elementales para poder saber algo acerca del tema.

La gente tiene ideas muy particulares acerca de esa clase de seres que llamamos elementales. Con frecuencia se los confunde con las almas de los seres humanos, pero no son nada de eso. Imitan a los humanos lo mismo que los monos, y al médium ordinario que no puede penetrar en el plano astral lo extraviarán los elementales que pretenden ser humanos.

Los elementales no son demonios, sino meramente las formas de pensamiento engendradas por la repetición constante. Por ejemplo: si una persona se emborracha constantemente tendrá pensamientos confusos y su exceso de energía, al no estar ya controlada, se desenfrenará y tal vez verá imaginariamente elefantes rosados, lagartos moteados y cosas parecidas. Esas cosas son elementales.

Como hemos dicho, cada ciclo de la evolución está constituido por los que abandonan un ciclo y los que comienzan otro ciclo, por lo cual existe en realidad una ola de vida de

almas o Super Yos vivientes, y cada una de estas "olas" contribuye a la evolución, deja su propia norma, lo mismo que un hombre de Oxford deja una norma diferente en la civilización al hombre de Yale, y el hombre de Borstal deja otra norma distinta. Por consiguiente cuando esta ola de vida continúa en su recuerdo se conserva como una fuerza estática y, como han intervenido en ello muchas personas, la fuerza se convierte en lo que en el plano astral es una criatura sólida.

Estas criaturas, que han sido formadas y dejadas atrás por sucesivas formas de ola o ciclos de evolución, son criaturas sólidas, pero carecen de "la chispa divina", carecen de inteligencia y sólo son capaces de imitar o reproducir cosas que han penetrado en su conciencia en algún momento. Podéis, si lo hacéis con el tesón suficiente, enseñar a un loro a repetir unas pocas palabras y, aunque el loro no comprenda esas palabras, repite una norma sonora. Del mismo modo los elementales repiten una norma cibernética.

Para quienes se interesan realmente por el tema diré que los elementales se dividen en muchos tipos diferentes, de una manera muy parecida a como los seres humanos se dividen en negros, morenos, amarillos, blancos, etc. En los grupos elementales hay cuatro tipos principales vinculados con el plano astral de la Tierra, y es así como conocemos algunas de las "cualidades" de la astrología. El astrólogo conoce los Espíritus del Aire, los Espíritus del Fuego, los Espíritus del Agua y los Espíritus de la Tierra, pues ellos son los cuatro tipos principales de elementales.

Los hechiceros y los alquimistas llaman gnomos a los del primer grupo, silfos a los del segundo, salamandras a los del tercero y ondinas a los del último.

Si queréis ir un poco más allá de los astrólogos y de los hechiceros podéis pasar al campo de los químicos, y decir que el grupo de la Tierra representa un sólido en el que todas las moléculas se adhieren. Después del sólido tenemos el

líquido (el agua) en el que las moléculas se mueven libremente. El tercero en nuestra lista es el aire, que incluye también gases de varias clases y en el que las moléculas se rechazan mutuamente. Por fin, en nuestros elementos químicos correspondientes, está el fuego, en el que las moléculas se transforman o transmutan en alguna otra sustancia.

La palabra "elemental" se reserva casi siempre para los seres que ocupan un lugar en uno de los grupos que acabamos de mencionar, pero hay otros grupos, como los espíritus de la naturaleza. Los espíritus de la naturaleza controlan el desarrollo de los árboles y las plantas y contribuyen a la transmutación de los componentes orgánicos para que las plantas puedan ser enriquecidas y fecundadas. Todos estos grupos tienen un Super Yo, o, si preferís, una Super Alma; se los llama Manu. La tribu humana tiene un Manu, cada país tiene un Manu, los espíritus de la naturaleza tienen un Manu, y un Manu dirige e inspecciona el trabajo de los tres espíritus como un Manu dirige el trabajo de los espíritus de las rocas. En Egipto, hace muchos, muchos siglos, sacerdotes muy adiestrados podían ponerse en contacto con esos Manu. Por ejemplo, Bubastis, la diosa gato, era el Manu de los gatos en todas partes.

Tiene que existir lo negativo para que pueda existir lo positivo, por lo cual así como hay espíritu buenos hay también espíritus malos, o demonios si queréis llamarlo de ese modo. Son malos para nosotros aquí, pero en otro plano de la existencia pueden ser buenos. Si sois aficionados a la electricidad quizás os pueda satisfacer esta explicación: supongamos que tenéis una batería de automóvil de 12 voltios; en un extremo está el polo positivo y en el otro extremo el negativo. Pero si conectáis otra batería de 6 ó 12 voltios en serie con esa primera batería, el polo negativo de la batería original será como el positivo de la segunda batería y el negativo de la segunda batería será más negativo que el negativo de la primera batería. Esto significa, sencillamente,

que todo es relativo y que hay que comparar unas cosas con otras. Así tenemos el mal en este mundo. pero si podemos encontrar un mundo peor, nuestro mal será bueno en ese mundo y lo que es bueno en el nuestro no será muy bueno en un mundo superior.

Dije que el hombre pasa por diferentes olas de evolución. Así es en realidad. Por ejemplo, existió la raza de los lemúridos que actuaba principalmente impulsada por instintos y pasiones y luego desarrolló emociones superiores. Luego vino la raza de los atlantes, que comenzaron con emociones superiores y luego desarrollaron una mente razonadora. A continuación apareció la raza aria, que comenzó con la mente razonadora y con el tiempo llegó a obtener el pensamiento abstracto. Después de la aria llegamos a la Sexta Raza, que comienza con el pensamiento abstracto y con el tiempo obtendrá la percepción espiritual. Con la séptima raza, que comenzará con la percepción espiritual, se conseguirá obtener la conciencia cósmica.

Los que os interesáis por la teoría según la cual al principio toda la Tierra estaba cubierta por un solo continente que se fue dividiendo a causa de la rotación centrífuga, contáis ahora con pruebas muy considerables de que ese continente único llamado Pangea se dividió primeramente en dos supercontinentes llamados Laurasia en el norte y Gondwanalana en el sur. Éstos, a su vez, se dividieron en otros continentes separados. Pero esto nos aparta de nuestro tema original.

Un médium es una persona que gracias a alguna diferencia en su estructura cerebral puede recibir mensajes de otros planos de la existencia, del mismo modo como un aparato de radio puede recibir mensajes que no puede captar por sí solo el oído humano.

Habitualmente el médium entra en una forma de trance, débil o fuerte, según el médium, y durante ese trance su estado consciente queda reprimido para que otro ente pueda

manejar los "controles" y expresar ciertos pensamientos en forma de palabras.

La mayoría de los médium cuentan con un espíritu agente entre los que se han quedado en el plano astral inferior con algún propósito determinado. El espíritu agente, o Guía, como muchos lo llaman, actúa como un policía e impide en algunos casos que los elementales malignos hagan daño al médium.

El Super Yo del médium se aparta para que el Guía actúe libremente, pero el médium que está sentado en una silla o acostado en una cama no se da cuenta de ello. Si veis que el médium observa y se interesa demasiado por los acontecimientos, podéis estar absolutamente seguros de que no es un médium auténtico. Debe dejar su personalidad completamente a un lado y actuar sólo como un teléfono. Después de todo, si vais a recibir un mensaje del otro lado de la muerte no necesitáis la interpretación del médium, sino una declaración clara e imparcial, y el único modo de poder obtenerla es dejar que el espíritu comunicante diga lo que tiene que decir sin la intromisión del médium.

Debéis recordar que cuando nos ponemos en contacto con los que podríamos llamar los espíritus de los muertos para que puedan hablarnos de sus experiencias, no hacemos más que escuchar los relatos de sus sueños en el otro mundo, porque las almas realmente evolucionadas han ido a una dimensión a la que no puede llegar el médium ordinario. Sólo cuando se tiene un verdadero maestro se puede penetrar en el más allá y recibir un mensaje de las almas que han ido muy lejos, y por eso es tan difícil obtener de los difuntos declaraciones que valen realmente la pena.

Supongamos que queremos saber lo que sucede con una médium corriente. La mujer posee algunos dones relacionados con el espiritismo y puede comunicarse con personas que han muerto, pero recordemos que esas personas que han muerto recientemente se hallan todavía en el plano astral

inferior, en lo que podríamos llamar el purgatorio, en la etapa intermedia, en la sala de espera, aguardando que les digan qué deben hacer y a dónde deben ir.

Consideremos a esas personas como si fuesen enfermos internados en un hospital, porque en realidad muchas de ellas tienen que someterse a cierta terapéutica espiritual para superar las conmociones de su experiencia en la Tierra. Nos ponemos en contacto con una de esas personas que es como un enfermo internado en un hospital; el enfermo se halla en la cama y, en consecuencia, lo único que conoce de lo que lo rodea se limita a la pequeña zona visible desde su cama, pues no puede ver toda la actividad del hospital, y si puede ver algo más es lo que se divisa desde la ventana.

Supongamos que recibís una información de uno de los guías o de algún espíritu cuya tarea especial consiste en ayudar a los que están a punto de morir o que han muerto poco tiempo antes. Si dicen algo es como si recibierais una información de una enfermera inexperta o de una sirvienta del hospital, y ni siquiera si podéis asistir a una reunión de la comisión directiva del hospital podréis enteraros bien de lo que sucede en él, pues para ello tenéis que salir del hospital y recorrer, por decirlo así, la ciudad.

Cuando uno deja este mundo que llamamos la Tierra va al plano astral inferior, al que la Biblia llama Purgatorio, y, como hemos dicho, a ese plano se lo puede considerar como un hospital para las almas enfermas que deben ser curadas de muchas de las conmociones que han sufrido en esta Tierra tan imperfecta.

Por desgracia, al plano astral inferior se lo puede comparar con un manicomio en el que se recibe a los enfermos y se considera sus casos, como un psiquiatra conversa con el enfermo para que él mismo le diga cuáles son sus defectos y dolencias. Así también en el plano astral inferior el alma recién llegada puede ver lo que hizo mal en la Tierra y lo que debe hacer para expiarlo. Allí, durante breve tiempo, el

alma descansa y se repone y tal vez se pasea por un parque en el que recibe constantemente un medicamento y un tratamiento adecuados que le permitan pasar a la siguiente fase de la existencia.

Debéis tener en cuenta que los habitantes del mundo astral son completamente sólidos los unos para los otros. En este mundo podéis chocar contra una pared, pero un "espíritu" puede pasar a través de esa pared. Sin embargo, en el astral y en otros planos las paredes son completamente sólidas para sus ocupantes.

Por todo esto podéis comprender que, si provocáis una conmoción y vais de un médium a otro y de una sesión espiritista a otra tratando de poneros en comunicación con un difunto, le causáis mucho daño a esa persona. Imaginaos que un ser amado ha enfermado y ha habido que llevarlo a un hospital y que vais a visitarlo a cada momento y lo molestáis de modo que impedís que mejore. Los médicos no pueden atenderlo bien porque intervenís en su trabajo, interrumpís el tratamiento y causáis muchas dificultades.

Cuando tratáis de poneros en comunicación con un ser que ha ido más allá del plano astral inferior estorbáis a una persona que trata de realizar una tarea particular. Las personas que han dejado este mundo no se limitan a permanecer sentadas en las nubes tocando arpas y cantando himnos, sino que tienen que trabajar más que lo que trabajaban en esta Tierra. Y si se las distrae continuamente no pueden realizar su tarea.

Es como si molestaseis a un ejecutivo que está muy ocupado, o a un científico que realiza una investigación, o a un cirujano que está haciendo una operación difícil y lo distraéis de modo que no puede fijar su atención en lo que hace.

Los médium nunca deben tratar de ponerse en comunicación con los muertos sino en condiciones muy especiales y

con salvaguardias muy especiales. Por fortuna, ya existe una salvaguardia: muchos médium dignos, que creen absolutamente en su propia sinceridad, sólo se ponen en comunicación con elementales que se divierten un poco. Eso está muy bien si sabéis que os comunicáis con elementales, pero si sabéis eso, ¿por qué jugáis con una pandilla de monos imbéciles?

CAPÍTULO VII

FINAL DE UN CAPÍTULO

El perro gemía desconsoladamente, con las orejas caídas hacia el suelo. Gemía y volvía a gemir con el rabo colgando indiferentemente entre las patas. Un súbito estremecimiento de aprensión le sacudió el cuerpo e hizo que lanzara un ladrido lúgubre, breve y agudo. Las hojas de los árboles susurraron como si simpatizaran con el perro agazapado en la puerta. Durante un momento se mantuvo alerta, vibrante, con la energía reprimida mientras escuchaba algún sonido lejano, y luego volvió a sumirse en su aflicción desesperanzada. Con un impulso se levantó de un salto y arañó la puerta, haciendo grandes rasguños en la madera. Echando la cabeza hacia atrás, comenzó a aullar como un lobo.

Unos pasos suaves y acolchados sonaron alrededor de la esquina de la casa y una voz vieja dijo:

—¡Bruno, Bruno! ¿Quieres callar? No puedes entrar porque el amo está muy enfermo —Luego, como si lo hubiera pensado mejor, añadió—. Ven conmigo. Te ataré donde no puedas molestar.

El viejo jardinero buscó en sus bolsillos y sacó un trozo de cuerda, la ató al collar del perro y llevó a éste a un grupo de árboles distante. El perro lo siguió desalentado, con la cabeza baja y gimiendo.

—¿Qué pasa, George? —preguntó una voz femenina desde la ventana de la cocina.

—¡Oh! El perro sabe lo que está sucediendo, eso es lo que pasa —contestó George sin detenerse para decir más.

La mujer se volvió hacia alguna compañera invisible y murmuró:

—Bueno, eso demuestra que los animales se dan cuenta de lo que sucede, eso es lo que digo.

Resoplando, dio la espalda a la ventana y siguió con su tarea.

En la vieja casona todo estaba en silencio. No se oía resonar de cacharros ni el rumor de las tareas domésticas. Reinaba el silencio, casi el silencio de la tumba. Como una explosión comenzó a sonar un teléfono oculto hasta que alguien se apresuró a atenderlo. Se oyó el débil susurro de la voz lejana de quien llamaba y la respuesta en un tono grave y masculino:

—No, señor, me temo que no. No hay esperanza. El doctor está con él en este momento —Una pausa mientras la voz lejana decía algo y otra vez la respuesta—. Sí, señor, le comunicaré sus buenos deseos en el primer momento que sea posible. Adiós.

En una puerta lejana sonó un timbre suave y brevemente. Se oyeron unos pasos apresurados y un cuchicheo mientras abrían la puerta.

—Bienvenido, Padre —dijo una voz de mujer madura—. Lo esperan. Yo lo conduciré.

La anciana ama de llaves y el sacerdote se dirigieron en silencio a lo largo de los pasillos alfombrados y subieron por la ancha escalera. Llamaron suavemente en la puerta de un dormitorio y apareció una mujer joven que salió al rellano y cerró la puerta tras ella.

—Decae rápidamente —le dijo al sacerdote— y desea hablar con usted a solas. El doctor saldrá de la habitación cuando usted entre. ¿Quiere venir conmigo?

Se volvió e introdujo al sacerdote en el dormitorio. La habitación era grande, muy grande, en realidad una reliquia de otros tiempos. Gruesas cortinas cubrían las ventanas y no dejaban entrar los ruidos ni la luz. Viejos cuadros adornaban las paredes, retratos de antepasados casi olvidados. Junto al gran lecho antiguo una lámpara con pantalla verde arrojaba una luz incierta en la lúgubre habitación. Una figura pequeña y encogida yacía inmóvil en la ancha cama doble. Era un hombre con la piel como un pergamino descolorido, marchito y débil. A la cabecera de la cama estaba sentado un médico que se levantó para saludar al sacerdote.

—Él tenía gran deseo de verlo —dijo—. Yo saldré de la habitación y esperaré afuera. Está muy débil y le ruego que me llame si lo necesita.

Saludó con un movimiento de cabeza, dio la vuelta alrededor de la cama y salió de la habitación con la joven. Durante un instante el sacerdote miró a su alrededor y luego dejó su pequeño estuche en una mesita de luz para poder sacar de él ciertos objetos rituales.

—¡Oh, yo no necesito eso! —murmuró una voz muy débil—. Acérquese para conversar conmigo.

El sacerdote se acercó a la cama, se inclinó y asió las manos del anciano moribundo.

—¿Ha preparado su alma, hijo mío? —preguntó.

—Acerca de eso deseo interrogarle —resolló el anciano—. ¿Qué me sucederá, qué veré en el otro lado? ¿Hay otra vida después de ésta?

El sacerdote le habló tranquilamente sólo de lo que su religión le permitía decir o de lo que sabía. La respiración del enfermo se hizo más superficial y débil y el sacerdote corrió a la puerta e hizo seña al médico para que entrara.

—¿Debo administrarle los últimos sacramentos? —le preguntó.

El médico se acercó a la cama y levantó el brazo demacrado del moribundo. Como no sintió el pulso, se colocó el

estetoscopio en los oídos y auscultó el corazón de su cliente. Sacudió la cabeza tristemente, cubrió con la sábana el rostro del difunto y murmuró:

—Me pregunto, Padre, me pregunto qué es el otro lado de la vida. ¡Me lo pregunto!

Por razones propias las religiones occidentales no hablan mucho acerca de la muerte, pero después de todo la muerte es un asunto muy serio para todos nosotros, lo mismo que el nacimiento, y parece que la muerte debe seguir lógicamente al capítulo sobre los médium, pues si nadie muriese los médium no podrían comunicarse con los difuntos. En consecuencia, vamos a tratar de la muerte, porque, quienesquiera que seamos, la muerte es algo que nos acontece a todos, lo mismo que el nacimiento. Pero la muerte es en realidad un nacimiento. Veamos cómo sucede esto.

La criatura que está en el seno de su madre muere para esa vida interior cálida y cómoda y sale de mala gana al mundo exterior frío y desagradable. Los dolores del nacimiento son dolores de la muerte; se muere para el estado anterior y se nace para uno nuevo. Cuando una persona muere en la Tierra los dolores de la muerte son los dolores del nacimiento en un estado de existencia diferente. La mayoría de las veces la muerte —la muerte misma— es completamente indolora. En realidad, cuando la muerte se acerca, la naturaleza, en la forma de varios cambios metabólicos, introduce una forma de anestesia en el sistema físico, una anestesia que embota las percepciones, aunque permite que el cuerpo haga ciertos movimientos que la gente considera dolores de la muerte. La gente asocia el dolor y la muerte, o si preferís, la muerte y el dolor, porque en la mayoría de los casos las personas gravemente enfermas mueren aparentemente con dolor, pero ese dolor no es el dolor de la muerte sino el que causa la enfermedad misma. Tal vez se trata de un cáncer, de algo que afecta a los órganos del cuerpo, que

hace presa en los centros nerviosos y los destruye. Pero recordemos que ese dolor es el dolor de la enfermedad, y no el de la muerte misma.

La muerte, el verdadero estado de transición de este mundo al siguiente, el verdadero estado de abandono de este cuerpo físico, es un proceso indoloro a causa de las propiedades anestésicas que adquieren la mayoría de los cuerpos en ese momento. Algunos de nosotros sabemos lo que es morir y recordar todo y volver a la vida recordando todavía. Al moribundo le duele el cuerpo y las funciones del mismo disminuyen. Pero recordad que si el funcionamiento del cuerpo disminuye, también disminuye la capacidad para percibir o comprender el dolor. Sabemos que la gente causa a veces la impresión de que sufre al morir, pero esto es también una ilusión.

El cuerpo moribundo es un cuerpo que generalmente (excepto en el caso de un accidente) ha llegado al final de su resistencia, no puede seguir viviendo, le falla el mecanismo, ya no es capaz de procesos metabólicos que renueven los órganos en decadencia. Finalmente el corazón se paraliza y cesa la respiración. Clínicamente se da por muerta a una persona cuando su aliento no se condensa en un espejo que se le pone ante los labios; clínica y legalmente una persona está muerta cuando ha perdido el pulso o deja de latirle el corazón.

Sin embargo, la gente no muere en un instante. Después que el corazón ha dejado de latir y los pulmones de bombear el aire, es el cerebro el que muere a continuación. El cerebro no puede vivir largo tiempo sin su preciosa provisión de oxígeno, pero tampoco muere instantáneamente, sino al cabo de unos minutos. Ha habido casos bien comprobados de personas decapitadas cuya cabeza, separada del cuerpo, ha sido expuesta al público. Los labios han seguido moviéndose y los que saben interpretar los movimientos de los labios han podido discernir cómo se formaban las palabras. Es evidente

que sólo el que sabe interpretar los movimientos de los labios puede discernir lo que dicen, pues no puede haber lenguaje cuando se corta el cuello y termina la provisión de aire proveniente de los pulmones. Es la provisión de aire que pasa por las cuerdas vocales la que produce el sonido.

Después de que ha muerto el cerebro, cuando éste ya no puede funcionar por la falta de oxígeno, el resto del cuerpo muere lentamente. Varios órganos tardan en morir un día más o menos. Al cabo de tres días el cuerpo ya no es más que una masa de protoplasma en descomposición. Pero el cuerpo no tiene importancia, lo que importa es el alma inmortal, el Super Yo. Pero volvamos al instante de la muerte clínica.

En este caso el cuerpo yace en una cama. La respiración ha cesado. Un clarividente que se halla presente puede ver que se forma sobre el cuerpo una nube parecida a una bruma tenue. Fluye del cuerpo habitualmente por el ombligo, aunque algunas personas tienen varias salidas para el Cordón de Plata.

Poco a poco esa nube se va juntando y haciéndose más densa y sus moléculas están menos dispersas. Lentamente se forma una figura vaga sobre el cuerpo; a medida que el proceso de la muerte avanza la forma se asemeja cada vez más a la del cuerpo. Finalmente, según van dejando de funcionar más órganos, la nube se hace más densa y más grande y termina adquiriendo exactamente la forma del cuerpo sobre el que flota.

Lo que llamamos el Cordón de Plata conecta el cuerpo físico con el cuerpo astral, pues la nube es en realidad el cuerpo astral. Poco a poco ese cordón se adelgaza, hasta que al final se debilita, se rompe y desaparece. Sólo entonces el cuerpo está realmente muerto, sólo entonces la persona real ha pasado a otra vida, a otra etapa de la evolución. Una vez que esa figura nebulosa ha desaparecido ya no tiene importancia lo que le sucede a la envoltura carnal, puede ser cremada o enterrada, es lo mismo una que otra cosa.

Tal vez sea oportuno hacer aquí una breve digresión para exponer lo que se puede interpretar como una advertencia, porque son muchas las personas a las que se les hace difícil creer que los recién "muertos" siguen viviendo. Cuando una persona ha muerto no se la debe tocar durante dos o tres días, si es posible. Es ciertamente perjudicial tomar el cadáver, encerrarlo en un ataúd y llevarlo a una funeraria para que una cantidad de personas bien intencionadas vayan a rendirle toda clase de homenajes que la mayoría de las veces no son sinceros.

Hasta que el Cordón de Plata queda cortado y la Copa de Oro se rompe, la forma astral flotante puede captar los pensamientos de los que hacen comentarios sobre el muerto. Además, si se crema el cadáver antes que transcurran tres días se causa con frecuencia un dolor intenso a la figura astral y, lo que es curioso, ese dolor no se lo causa el fuego, sino un frío intenso. Por consiguiente, si apreciáis a los que se han ido y si queréis hacer con ellos lo que desearíais que hicieran con vosotros, aseguraos, siempre que sea posible, de que la persona que ha muerto disponga de tres días para separarse y disociarse por completo del cuerpo físico.

Pero hemos llegado a la etapa en que el espíritu o forma astral ha abandonado el cuerpo y ha ido al encuentro de otros espíritus que, por supuesto, son tan sólidos como las personas en la Tierra. Sólo podéis ver al llamado "espectro" como un ser transparente o semitransparente porque vibra mucho más que un ser humano de carne y hueso, pero —y no estoy bromeando— dos espectros son tan sólidos el uno para el otro como dos seres humanos corrientes vivos.

Es posible que una persona de una dimensión diferente vea a los seres humanos vivos como fantasmas, porque un objeto de dos dimensiones arroja una sombra de una dimensión, un objeto de tres dimensiones arroja una sombra de dos dimensiones, y un objeto de cuatro dimensiones (¡otra vez la cuarta dimensión!) arroja una sombra de tres dimen-

siones, ¿y cómo podéis saber que vosotros, para una persona de cuatro dimensiones, no sois sino una sombra semitransparente?

El espíritu ha abandonado el cuerpo y se ha ido y, si es un espíritu evolucionado, es decir, si conoce la vida después de la muerte, eso le ayuda a ir a lo que se llama la Sala de los Recuerdos, donde se ven todos los acontecimientos de la vida anterior, donde se perciben y valúan todos los errores. Éste, por supuesto, según algunas religiones, es el Día del Juicio o la Sala del Juicio, pero según nuestra religión el hombre se juzga a sí mismo, y no hay juez más severo que el hombre que se juzga a sí mismo.

Por desgracia, sucede con frecuencia que la persona que muere no cree en una vida futura. En ese caso, durante algún tiempo anda a la deriva en la oscuridad, como en una neblina negra y densa. Va de un lado a otro sintiéndose cada vez más desdichada, hasta que por fin comprende que, después de todo, se halla en alguna forma de existencia; entonces puede ayudarla alguna enseñanza anterior, como el haber asistido a una escuela dominical, puede ser cristiano, musulmán o cualquier otra cosa; con tal que tenga alguna instrucción básica, con tal que tenga alguna idea preconcebida de las cosas, eso puede ayudarla.

Si una persona ha sido educada en alguna rama de la fe cristiana ha podido imaginarse ciertas formas particulares del cielo y de los ángeles y de toda clase de cosas, pero si se ha educado en algunas partes del Oriente se habrá imaginado un cielo diferente en el que todos los placeres de la carne que no podía satisfacer mientras vivía —o más bien mientras se hallaba en un cuerpo de carne y hueso— puede ahora satisfacer a su voluntad.

En consecuencia, nuestro hombre, que sólo tenía un conocimiento superficial de la religión, pasa un tiempo en un mundo imaginario poblado por formas que él mismo ha creado, por formas de ángeles o de doncellas hermosas, lo

que depende de la parte del mundo de que provenga. Así pasa un tiempo indefinido, hasta que por fin comienza a percibir varias falacias, varios errores en el medio ambiente. Descubre, por ejemplo, que los ángeles no tienen alas, o si es un oriental, que algunas de las hermosas doncellas no son tan bellas como él creía. El cristiano puede llegar a la conclusión de que éste no es un Cielo en el que sus habitantes tienen halos de bronce y que no están sentados en una nube tocando arpas y vestidos con sus mejores camisas de dormir. En consecuencia, comienza a dudar, duda de las formas que se había imaginado, duda de la realidad de lo que está viendo.

Pero hablemos del otro aspecto del asunto.

La persona en cuestión no era un hombre muy bueno, creía en el Infierno, creía en toda clase de dolores y aflicciones porque se imaginaba al viejo Satán punzándole en varias partes vitales. Se imaginaba el fuego, el azufre y todos esos ingredientes que serían más útiles en un laboratorio farmacéutico. Comienza a dudar de cuál es el propósito de todo ese dolor, de cómo le pueden punzar tan concienzudamente cuando no tiene sangre, de cómo le pueden romper los huesos cada pocos minutos.

Poco a poco las dudas se confirman, poco a poco su mente espiritual se hace accesible a los que se podría llamar "auxiliadores sociales" del mundo de los espíritus. Por fin, cuando es capaz de recibir ayuda, lo toman por su cuenta, disipan toda la utilería teatral que la imaginación del hombre ha creado y le hacen ver la realidad, le hacen ver que el otro lado de la muerte es un lugar mucho mejor que este lado, el lado de la Tierra.

Divaguemos una vez más; esto se está convirtiendo en un hábito, pero divaguemos. Imaginemos a un hombre que se halla en una estación radiotransmisora frente a un micrófono. Pronuncia un sonido particular, "Ah", por ejemplo. Pues bien, ese "ah" sale de él, entra en el micrófono como

una vibración, se transforma en una corriente eléctrica y viaja por un camino muy tortuoso. Finalmente pasa por muchos aparatos y se convierte en una versión del "ah" de una frecuencia mucho mayor. Del mismo modo, un cuerpo en la Tierra es la vibración baja de una voz. Al Espíritu, o Alma, o Super Yo, o Atman, o como queráis llamarlo, se lo puede representar como análogo a la radiofrecuencia del "ah".

¿Comprendéis lo que estoy diciendo? Es una idea un tanto difícil de explicar sin emplear los términos sánscritos o profundizar en la filosofía budista, pero no tenemos que hacer nada de eso todavía. Tratemos de las cosas reales en términos reales. La muerte es algo muy real, pues todos pasamos por ella una vez tras otra, hasta que por fin nos liberamos de los dolores y tribulaciones del nacimiento y la muerte. Pero recordad que, inclusive cuando pasamos a planos superiores y a formas de existencia diferentes, tendremos que bregar con el "nacimiento" y la "muerte", pero cuanto más ascendamos tanto más indoloras y agradables serán esas etapas de nuestra existencia.

Pero volvamos al pobre hombre al que dejamos en el mundo de los espíritus, porque probablemente se ha cansado de esperarnos. El mundo de los espíritus, o más bien la etapa astral, es una etapa intermedia. Algunas religiones la relacionan con el Paraíso; en el plano terrenal hay Paraíso y finalmente Cielo, con tal que la víctima no haya sido enviada antes al Infierno.

Nuestro hombre está en el mundo de los espíritus para contemplar lo que ha hecho de su vida. ¿Dejó sin hacer cosas que debía haber hecho, o hizo cosas que no debía haber hecho? Si es un ser humano normal la respuesta es afirmativa en ambos casos. Por consiguiente, entra en la Sala de los Recuerdos para ver qué hizo en las vidas anteriores, cómo no aprendió cosas que debía haber aprendido. Y cuando ve sus culpas y también sus buenas acciones discute con guías especiales, los que, dicho sea de paso, no son indios pieles rojas

ni chinos ancianos con largas barbas, sino guías muy especiales, los que, dicho sea de paso, no son indios pielesrrojas fundamentales, etcétera, personas que conocen los problemas a los que él tiene que hacer frente, que saben lo que le ha sucedido y cómo actuaron ellos en circunstancias análogas. Están un poco más desarrollados, un poco más instruidos y saben lo que ese hombre tiene que aprender, del mismo modo que un consejero profesional le dice a un estudiante cómo puede obtener cierta idoneidad para desempeñar un cargo determinado.

Después de esas entrevistas, las condiciones y las circunstancias se disponen de modo que la persona puede volver a la Tierra en el cuerpo de un niño que puede ser varón o hembra. Quizás os desconcierte a algunos de vosotros, pero las personas pueden volver a esta Tierra como hombres o como mujeres, según lo que sea más conveniente para la clase de lección que tienen que aprender. El hecho de que seáis ahora un hombre muy masculino o una mujer muy femenina no significa que seréis lo mismo en la vida siguiente, pues tal vez necesitéis un cambio de actitud, tal vez necesitéis ver lo que la otra persona ha tenido que sufrir.

Después que una persona ha nacido una vez tras otra, llega a un estado en el que ya no tiene que volver a vivir en esta Tierra, pero la persona que vive su última vida en la Tierra pasa casi sin excepción por momentos difíciles, momentos de aflicción, sufrimiento, pobreza y desavenencia; quizás encuentre a un periodista que no simpatice con ella y en consecuencia tenga que soportar la mala voluntad de la prensa. De todos modos, la aflicción, la pobreza, la mala voluntad y todos esos sufrimientos son, podría decirse, el fermento que hace que una persona llegue a ser un buen espíritu en vez de un ser humano indiferente.

A una persona que vive su última vida en la Tierra se la tiene con frecuencia (en la Tierra) como uno de los seres más desdichados, en vez de considerársela como una de las

más afortunadas, puesto que vive aquí su última vida. Todas sus penalidades consisten en que tiene que arreglar sus cosas, prepararse para ir a otro plano de la existencia, pagar sus deudas, etc. Como no podrán hacer eso en la otra vida, tienen que hacerlo en ésta. En la mayoría de los casos esas personas, cuando mueren, si piensan en ello, se alegran de haber obrado así.

Cuando vuelven al mundo de los espíritus gozan de un buen descanso, pues lo han merecido ciertamente, de un descanso en el que pueden dormir durante muchos años, es decir, muchos años según el tiempo de la Tierra. Se rehabilitan, se vigorizan, se reacondicionan, por decirlo así, y pueden reanudar su camino hacia arriba, hacia arriba, siempre hacia arriba. Quien en una vida ha sido un gran profeta que ha aprendido todo lo que hay que saber, o cree que lo ha aprendido, pasa a otra etapa de la evolución en la que existen toda clase de facultades diferentes, toda clase de aptitudes distintas que tiene que dominar. Es como un muchacho que consigue una bicicleta; aprende a manejarla y, cuando logra mantenerse en ella más o menos bien sin caerse, la cambia por una motocicleta; ésta es un poco más complicada porque tiene que manejar otros mecanismos de mando. De la motocicleta pasa al automóvil, del automóvil al avión, del avión corriente a un helicóptero, todavía más difícil de manejar. Constantemente está aprendiendo cosas cada vez más difíciles.

Cuando dormimos, todos nosotros —bueno, seamos más exactos y digamos el noventa por ciento de nosotros— hacemos viajes astrales, vamos al mundo de los espíritus, al mundo astral. Como dijo Cristo: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones y yo os prepararé el camino." En el mundo de los espíritus hay muchos planos de existencia, muchas "mansiones". El más próximo al plano de la Tierra es el plano astral, y más allá se halla el que podemos llamar mundo de los espíritus. Las personas que han muerto para

la Tierra van al mundo de los espíritus. Pero si lo desean pueden descender al mundo astral para ver a los que están a punto de terminar su día en la Tierra. Esto se parece a visitar a los presos en una cárcel, pero puede ser una idea consoladora para vosotros, porque cuando estáis en el mundo de los espíritus podéis desear a veces comunicaros con aquéllos con los que estabais asociados en la Tierra.

Cuando pasáis a un plano superior os alegrará todavía más comprobar que cuando os halláis en el mundo de los espíritus (no en el astral) sólo podéis encontraros con los que son compatibles con vosotros, y no con los que aborrecéis o con los que os aborrecen. A vuestro alrededor hay personas que se sienten atraídas por vosotros; sólo podéis encontraros con aquéllos por los que sentís simpatía, bondad, consideración o amor.

En el plano astral os encontráis con frecuencia con personas por las que no sentís una simpatía particular; podéis aborrecer intensamente a una persona en la Tierra y luego, cuando ambos abandonáis vuestros cuerpos por la noche para ir al plano astral, tal vez os encontráis y discutís en el lenguaje astral, o en español, inglés, alemán o cualquier otro idioma, y decidís que debéis tratar de poner término a vuestras diferencias porque la fricción ha durado ya demasiado tiempo. Así, vosotros y vuestro adversario discutís en el plano astral y decidís que podéis resolver vuestras discrepancias.

En el plano astral también examináis con frecuencia lo que vais a hacer en el mundo físico de la Tierra. En ese plano astral podéis encontraros con la tía Fanny que vive en Adelaide, o en algún otro lugar parecido, y que os dice: "Oh, María Matilde (o cualquier otro nombre), te escribí una carta hace tanto tiempo y la recibirás mañana cuando vuelvas a tu cuerpo terrestre." Y cuando os despertáis por la mañana tenéis una vaga idea de la tía Fanny y con cierta indiferencia vigiláis la llegada del cartero y no os sorprende demasiado recibir una carta de la tía Fanny, de Adelaide, o

de la persona, cualquiera que sea, en la que habíais estado pensando.

Además, cuando uno se halla en el mundo astral puede conocer a alguien del mundo de los espíritus que sabe algo que le interesa. Esa persona le dice: "Ahora que has hecho todo lo que puedes hacer en la Tierra te va a atropellar un ómnibus la próxima semana o la semana siguiente, por lo que convendrá que arregles tus asuntos, pues estás a punto de terminar tu tarea en esta vida." El hombre se siente muy feliz mientras se halla en el plano astral pensando que su vida terrenal está a punto de terminar, pero cuando vuelve a la Tierra se siente un poco triste y aprensivo y le dice a su esposa, si la tiene, que ha sufrido una pesadilla espantosa en la que ha visto que ella se va a quedar pronto viuda. La esposa, por supuesto, oculta su placer y cuando él va a la oficina o a la tienda se apresura a registrar la caja fuerte para ver si la póliza de seguro está en regla, con todas las primas pagadas.

Otra manera como una persona más evolucionada puede conocer el futuro es la siguiente: puede viajar más allá del plano astral hasta el que, a falta de una denominación mejor, podemos llamar el mundo de los espíritus primarios. Allí puede consultar el Registro Akashico y el Registro de Probabilidades, porque no es difícil ver cuáles son las probabilidades de una persona o de una nación. No siempre se puede decir con exactitud lo que le va a suceder a un individuo en un minuto o una hora determinados, pero con más seguridad se puede decir lo que le va a suceder a un país o al mundo.

En este capítulo particular hemos tratado de la muerte y ahora podéis alegraros por ello como los niños cuando termina el curso escolar. Pero consideremos brevemente cómo hay que prepararse para la muerte, pues así como uno se prepara para la boda, le puede ir mucho mejor si sabe lo que le espera después de muerto.

En el Tibet hay varios libros dedicados a esas cosas. *El*

Libro de los Muertos tibetano es una de las principales obras clásicas de la parte oriental del mundo que dice detalladamente todo lo que le puede acontecer a un alma cuando abandona el cuerpo y emprende el viaje a la vida siguiente. En el Tibet un lama clarividente y con una preparación especial se sienta junto a un moribundo y por medio de la telepatía se mantiene en comunicación con él, de modo que inclusive después de que el cuerpo astral ha dejado el cuerpo físico puede continuar la conversación. Permítaseme que afirme de la manera más terminante que, digan lo que dijeren los occidentales escépticos, los orientales saben que es posible recibir mensajes de los llamados "muertos". Todo se ha dicho detalladamente, con exactitud lo que sucede y con exactitud lo que se siente.

También los egipcios tenían un *Libro de los Muertos,* pero en esa época los sacerdotes querían retener todo el poder posible para su uso exclusivo y en consecuencia hacían muchas ceremonias simbólicas relacionadas con los dioses Horus y Osiris y pesaban el alma en contraste con una pluma. Este es un cuento muy lindo, pero no está de acuerdo con los hechos reales, excepto que los egipcios a los que se enseñaban esas cosas iban a la muerte con la mente abarrotada por ideas preconcebidas y veían realmente al dios Osiris, la Cámara del Juicio y otras cosas extrañas, como el alma que flotaba como un ave, el dios gato Bubastis y otros dioses semejantes. Pero recordad que esto no es más que un lindo espectáculo que hay que destruir antes que se pueda pasar a la Realidad; es como vivir en un mundo de Walt Disney en vez de hacerlo en el verdadero.

Muchas personas tienen ideas preconcebidas, fomentadas tal vez por alguna creencia particular o por la falta de toda creencia, y no saben lo que pueden esperar cuando mueren y, en consecuencia, incurren en fantasías creadas por ellas mismas, o, lo que es todavía peor, se sumen en la oscuridad por falta de comprensión.

Os pediré que consideréis esto con imparcialidad ya seáis creyentes o incrédulos; basta con que seáis imparciales y penséis en lo que voy a deciros, pues os será útil más tarde.

Dedicad una o dos horas a la meditación (ved el capítulo sobre la Meditación más adelante) del tema de la muerte, preparaos para aceptar la idea de que cuando os llegue el momento de abandonar esta Tierra vais a salir sin dolor de este terrible cuerpo de arcilla que se enfría y se siente incómodo y luego vais a condensaros en una nube sobre el cuerpo recostado. Desde esa nube haréis un llamamiento mental pidiendo ayuda a los seres queridos que os han precedido en la vida siguiente. Quizá no sepáis mucho acerca de la telepatía, pero eso no importa, pues cuando dejáis esta vida para pasar a la Vida Mayor poseeréis facultades telepáticas automáticamente. Pero añadiré para ayudaros: cuando os estéis muriendo tratad de imaginaros vívidamente la persona que más amáis en el otro lado y tratad de enviarle un pensamiento en el sentido de que deseáis que esa persona vaya a vuestro encuentro y os ayude. Es lo mismo que cuando vais a emprender un viaje y enviáis a alguien un telegrama diciendo: "Espérame en tal tren". Luego descansad tranquilos, pues experimentaréis una sensación de alivio, la sensación de haber escapado de una cámara de aire comprimido.

Manteneos imparciales, no os burléis ni creáis ciegamente, sino razonad, ejercitaos en lo que vais a hacer cuando os estéis muriendo, ejercitaos en la salida del cuerpo moribundo a una nueva vida. Pensad en lo semejante que es eso a nacer, pensad en que vais a visitar a la persona que más amáis para pedirle ayuda, y luego, cuando os llegue la hora, descubriréis que vuestra muerte es indolora y que nada de lo que experimenta el cuerpo carnal os perturba lo más mínimo.

Comprobaréis que cuando flotáis sobre el cuerpo el cordón que os une a él se adelgaza cada vez más y desaparece como el humo llevado por el viento. Ascenderéis en los bra-

zos de los seres queridos que han salido a vuestro encuentro. No podrán hacer mucho por vosotros hasta que el cordón se rompa, del mismo modo que no podéis estrechar las manos de vuestros amigos mientras el tren todavía se mueve en la estación.

Una de las cosas que tiene perpleja a mucha gente con respecto a la muerte es lo siguiente: ¿por qué el temor a la muerte es universal si más allá de ella sólo hay paz y una mayor evolución? La respuesta es muy fácil: si los habitantes de esta Tierra supieran lo agradable que es dejar este mundo no se quedarían en él, habría muchos suicidios y eso sería muy malo ciertamente, porque el suicidio es censurable. Por eso la gente viene a esta Tierra con el temor de la muerte. Es una medida que toma la naturaleza para impedir que la gente se suicide o trate de satisfacer su "deseo de morir".

Pero a medida que se acerca la muerte el temor que inspira disminuye. Si teméis morir cuando gozáis de buena salud eso es una cosa normal, pues tenemos que mantenernos aquí como los niños tienen que quedarse en la escuela, y los niños que eluden el ir a la escuela no gozan de la simpatía del vigilante escolar.

Cuando os llegue la hora de morir mantened la mente despierta, mantened ante vuestra conciencia la idea de que existen quienes están muy dispuestos a ayudaros, recordad que no existe el Infierno, que no existe la condenación eterna, que no existe un Dios vengativo que sólo desea vuestra destrucción. Nosotros no creemos que se deba "temer a Dios"; creemos, en cambio, que si Dios es bueno se le debe amar y no temer. Y también la muerte es buena y se la debe amar y recibir con los brazos abiertos cuando llega el momento, pero hasta entonces se debe vivir de acuerdo con la regla: "Haz a los demás lo que quieres que hagan contigo".

Si estáis dispuestos a dedicar a ello un poco de tiempo y de paciencia y mucha fe, podréis con toda seguridad investigar el problema de la muerte como un espectador seria-

mente interesado, pero descubriréis que tal investigación supone algunos sacrificios. Por ejemplo, no podréis ir a reuniones sociales, no podréis ir al cinematógrafo, no podréis llamar para que os sirvan en seguida la comida. En cambio, deberéis actuar como ermitaños.

Yo soy un ermitaño, y prefiero ser un ermitaño porque así poseo todas las facultades acerca de las cuales escribo, y otras muchas que vosotros también podríais poseer si lo procuraseis con el tesón suficiente y con la fe necesaria. Yo puedo viajar por el mundo astral, puedo ver el Registro Akáshico, y en este capítulo me referiré más adelante a la profecía.

Puede servir mucho la meditación, y también la concentración. Es evidente que para eso hay que ser ermitaño. Los ermitaños, los monjes, los lamas, como quiera que los llaméis, son personas solitarias, retiradas del círculo ordinario de la vida social, retiradas por su propia voluntad para poder concentrarse, meditar y realizar viajes por el plano astral. El viaje astral es algo muy real, es un hecho tan sencillo como respirar. El inconveniente consiste en que no podéis llevar equipaje; es inútil viajar a través del océano a otro país y pensar que pasaréis el fin de semana con vuestros amigos. La dificultad consiste en que vuestros amigos, si no están en la misma etapa, no podrán veros, y en que no podéis llevar nada con vosotros ni traer de vuelta nada material o sólido.

Algo muy interesante del plano astral es que se puede ver el Registro Akáshico si uno es de los pocos afortunados que cuenta con lo que se podría llamar un permiso especial. Me apresuro a decir que muchas de las personas que pretenden ir al plano astral y consultar el Registro Akáshico son impostores y, en realidad, estafadores. Reciben vuestro dinero, generalmente alrededor de unos cincuenta dólares, pero son completamente incapaces de hacer lo que afirman. Por consiguiente, si alguien os dice que va a ir al plano astral

para traeros vuestro Registro Akáshico por cincuenta dólares, no le entreguéis vuestros cincuenta dólares.

Resulta afortunado que nadie pueda ver el Registro Akáshico, pues pensad en el arma terrible que sería en manos de chantajistas y criminales. El empleo indiscriminado del Registro Akáshico causaría un daño incalculable. Por eso solamente los que tienen una intención pura pueden llegar a verlo.

¿Qué es ese Registro Akáshico? Es como una película cinematográfica. Por ejemplo: en la pantalla se desarrolla una gran epopeya y, si sabéis hacerlo, podéis obtener una parte determinada de la película y verla a vuestra voluntad. Casi del mismo modo todo lo que ha sucedido en el pasado está registrado. Ahora supongamos que algo que sólo es posible en el mundo astral es posible también en el mundo físico y que podemos viajar instantáneamente a un planeta muy lejano que se halla a miles de años luz de distancia. Y supongamos que poseemos un instrumento que nos permite ver lo que está sucediendo en la Tierra. Por supuesto, no veremos la Tierra tal como es ahora, sino como era hace años, porque la luz viaja a una gran velocidad y todo lo que vemos es posterior a lo que ha sucedido. La velocidad de la luz es relativamente muy, muy grande.

Consideremos ahora el sonido. ¿Veis a aquel hombre que se halla a media milla de distancia? Tiene un hacha en la mano y está cortando madera con gran energía. Veis que el hacha golpea la madera y luego, bastante tiempo después, oís el sonido. Un avión de chorro supersónico pasa con gran estruendo por el firmamento, miráis hacia el lugar de donde parece provenir el sonido, pero para entonces el avión se halla ya a mucha distancia del sonido que estáis oyendo. La velocidad del sonido es lenta en comparación con la velocidad de la luz, por lo que podéis imaginaros lo que sucede con la luz.

Suponed que poseéis la facultad de ir instantáneamente

al espacio, deteneros en cualquier momento particular y ver claramente lo que sucede en la Tierra. Si os alejáis unos pocos años luz veréis —¿qué diremos?—, podréis ver a Napoleón en marcha hacia Moscú, o al general Eisenhower jugando al golf. Pero si vais un poco más lejos veréis gran parte de este país, los Estados Unidos, cubierto con bosques, chozas e indios, y tal vez aquí y allá unos pocos de los famosos carromatos.

Alejaos un poco más, alejaos mil o dos mil años y examinad las páginas de la historia. Descubriréis que la historia es muy diferente de como aparece escrita en los libros de historia. Se la escribe para que se ajuste a la política del momento, para que esté de acuerdo con el estado de ánimo y las creencias del país respectivo. Citaremos como ejemplo a Francis Drake, el gran héroe de Inglaterra. ¿Qué fue en realidad? ¿Sir Francis Drake, el gran héroe de Inglaterra, o, tal como lo ven los españoles, Francis Drake el pirata, el filibustero, el hombre que trató de arruinar el comercio español?

¿Y cuál es la verdad con respecto a la Inquisición española? ¿Eran los inquisidores santos o actuaban lo mismo que en Belsen y en otros campos de concentración de Alemania? El Registro Akáshico os lo dirá.

Pero el Registro Akáshico no contiene solamente lo que ha sucedido en el pasado, sino que también pueden verse en él las grandes probabilidades para el futuro. Aquí, en este tiempo particular, somos como un hombre que está solo en un camino tortuoso, un camino con muchos obstáculos, más allá del cual nada puede ver; pero si ponéis a ese hombre en un helicóptero podrá ver más lejos, podrá ver más allá de los obstáculos, podrá ver el camino que tiene por delante. Así también con el Registro Akáshico podéis conocer las probabilidades del futuro.

Ahora bien, esto no quiere decir que todo el futuro esté predestinado. Sólo los acontecimientos principales lo están.

Sabéis que habrá un mañana y un pasado mañana y una semana después de ésta, podéis predecir eso con seguridad, pero no podéis predecir con seguridad los detalles menores. Podéis decir que un ómnibus saldrá de aquí para algún lugar distante, y el horario os dice que partirá a tal hora y que llegará a las estaciones intermedias a tales horas y que por fin llegará a su destino a la hora fijada. No teméis que el ómnibus, o el tren, no llegue a su destino, o sea que estáis prediciendo lo que sucederá. Predecís el futuro de ese ómnibus.

Existe una teoría muy complicada, que es en realidad una teoría muy cierta, acerca de los universos paralelos, según la cual todo ha sucedido ya y vivimos en un continuo de tiempo diferente. Pero no nos proponemos tratar de eso ahora. En cambio, afirmaremos que los videntes de la antigüedad podían ver en el futuro, y lo mismo pueden hacer los videntes actuales. Voy a daros un ejemplo. Es algo que me sucedió a mí, y que fue comprobado plenamente. Me puse en estado de trance y he aquí lo que vi.

En primer lugar vi la probabilidad de que comenzase una guerra. Y ahora puedo decir que acerté, pues estalló la guerra en el Vietnam después de la retirada francesa, después de haber sido desbandada la Legión Extranjera. Mi visión resultó exacta.

He aquí otras cosas que vi. En el futuro, Italia será conquistada por el comunismo. La religión cristiana desaparecerá, el Vaticano se cerrará, los cardenales y obispos serán asesinados y el comunismo se extenderá por toda Europa. No será el comunismo que conocemos ahora, sino otro algo distinto. El comunismo original de Rusia era mucho más duro y riguroso que lo que es ahora, se parecía más al comunismo chino. Inglaterra y los Estados Unidos se unirán para protegerse, Inglaterra quedará bajo la dirección de los Estados Unidos y tendrá un gobernador americano, lo que no dejará de ser gracioso si se piensa que la gente salió de

Inglaterra para fundar los Estados Unidos y ahora son los americanos los que vuelven para volver a descubrir a Inglaterra.

Con el tiempo, la superficie de la Tierra se hendirá. Si habéis leído las informaciones del *International Geophysical Year* sabréis que hay grandes zonas de tensión bajo el océano, zonas en las que se producen alteraciones. Los lechos del mar ya se están elevando. Continentes desaparecidos que forman ahora el fondo del océano formarán nuevos territorios y los territorios actuales se hundirán y durante un tiempo habrá pánico y agitación en el mundo. Nueva York quedará arrasada y luego se hundirá bajo las aguas del Atlántico. Los Ángeles y San Francisco, Seattle y Vancouver en la costa del Pacífico serán también arrasadas y se hundirán en el Pacífico ascendente. La mayor parte de la costa quedará inundada y el territorio entero cambiará. Pasando por encima de Alaska llegarán cohetes con bombas de la Rusia comunista y causarán una gran devastación en los Estados Unidos y Canadá. Por supuesto, las armas de represalia con que cuentan estos países causarán también una gran devastación en Rusia, pero en el continente norteamericano sólo unos pocos sobrevivientes se reunirán en las Montañas Rocosas, los suficientes para repoblar después el continente.

En Canadá, los Grandes Lagos que ahora son de agua dulce invertirán la dirección de su corriente a causa de la inclinación del eje de la Tierra y el mar se extenderá desde Quebec hasta Montreal, desde Montreal hasta Buffalo y desde Buffalo hasta Detroit, y el agua se acumulará en Chicago, inundará la ciudad y la región y enviará el agua salada por el Misisipí. Las aguas corrientes, convertidas en un torrente impetuoso por la inclinación del eje de la Tierra, no tardarán en corroer gran parte de la tierra y se formará una nueva isla. Todo lo que quede dividido por el agua y frente al mar será un nuevo territorio.

En Europa, el fondo del Mediterráneo se elevará y se convertirá en una región montañosa, y en ella se abrirán grandes tumbas, en parte del Egipto hundido y en parte del territorio hundido anteriormente.

Todo el continente sudamericano será sacudido por terremotos. Las islas Malvinas dejarán de serlo y se unirán como una región montañosa con el sur de la Argentina. Más o menos en la tercera parte sur de la Argentina se abrirá una gran brecha que permitirá pasar desde el Pacífico hasta el Atlántico por una abertura no más ancha que la que en el Mediterráneo separa al África de Gibraltar. A causa del cambio en la distribución del peso, la Tierra se inclinará todavía más y las estaciones se modificarán, los Polos se deshelarán y en esas zonas se podrá disponer de grandes territorios ricos en minerales y en recursos.

Japón, Corea y parte de la costa de China se hundirán bajo las aguas, pero otros territorios surgirán de los mares. Los rusos habrán enviado grandes satélites al espacio. Pronto los chinos navegarán también por el espacio, pues se apoderarán de los científicos de los Estados Unidos que huirán de las inundaciones y la destrucción. El año 2000 verá grandes acontecimientos en el espacio, no siempre pacíficos, pues existirá una gran rivalidad entre las dos ramas del comunismo, la rusa y la china. En el año 2004 se librará una guerra tremenda entre China y Rusia en el espacio. En la Tierra la gente se amontonará en refugios profundos y muchos se salvarán. Más territorios se hundirán y otros más se elevarán.

Una parte de esta profecía me hizo pensar mucho y me pregunté si debía guardar discretamente silencio y no mencionarla, pero lo que importa es decir la verdad y, ya que hemos avanzado tanto, ir un poco más adelante.

En el año 2008, más o menos, los rusos y los chinos resolverán sus discrepancias estimulados por un acontecimiento mucho más importante. Desde muy lejos en el espacio, desde

más allá de todo nuestro sistema, vendrán seres humanos que desearán instalarse en esta Tierra. Los seres humanos instalados ya en ella se sentirán terriblemente molestos por ello y acogerán de mala gana a esos huéspedes indeseados. Durante un tiempo se producirá una gran conmoción, pero al final se impondrá el sentido común.

La gente proveniente del espacio exterior pondrá de manifiesto intenciones pacíficas, lo que es algo que por desgracia falta en esta Tierra. Con el tiempo, la gente del espacio exterior establecerá buenas relaciones con los habitantes nativos de esta Tierra, se casarán unos con otros, todas las razas se mezclarán y al final sólo habrá una raza que se llamará la Raza de color de Canela, porque la mezcla de todos los colores, blanco, negro, amarillo y moreno, formará un matiz muy agradable de color de canela.

En esta etapa de la evolución de la Tierra tendrá lugar el Siglo de Oro, la era de la paz, de la tranquilidad y de la alta ciencia oculta. Será una era en la que el hombre, terrestre o extraterrestre, vivirá armoniosamente.

¿Y cuál será el futuro después de eso? Sí, también está claro, pero contentémonos con este primer episodio, porque en realidad es un verdadero episodio.

¿Os reís, os mostráis sarcásticos y escépticos? Tenéis derecho a ateneros a vuestra opinión y yo tengo derecho a atenerme a mi conocimiento. Si poseyerais mi conocimiento no me escucharíais ahora ni os reiríais.

Hace muy poco tiempo se afirmaba que el hombre nunca enviaría un mensaje por radio a través del Atlántico. Luego se dijo que el hombre nunca volaría a través del Atlántico en un avión. Se afirmaba que nadie podría viajar a una velocidad mayor que la del sonido porque moriría, y que el hombre no podría remontarse por el espacio porque el calor engendrado por la velocidad lo quemaría. El hombre, y también la mujer, han ido ya al espacio. Cosas imposibles hoy son vulgares mañana. Ahora transmitimos programas de

televisión por medio de satélites artificiales, enviamos mensajes radiotelegráficos a la Luna, Marte y Venus. ¿Cómo podéis afirmar que mi profecía no es cierta?

Es lamentable que la gente condene lo que no comprende. Es lamentable que la gente que no puede hacer esto o aquello tienda a decir: "Oh, eso es imposible, completamente imposible; esas cosas están más allá de los conocimientos humanos". Esto es, por supuesto, una necedad, porque cuando uno puede ver el Registro Akáshico de todo lo que ha sucedido puede ver también el Registro de las Probabilidades.

Y si preguntáis qué es el Registro de las Probabilidades permitidme que os cite un ejemplo sencillo. Las probabilidades son las cosas que esperáis que sucedan; esperáis que mañana, pasado mañana y durante los años consecutivos los barcos naveguen por los mares, los aviones vuelen por el firmamento y los autos sigan arrojando vapores nocivos por todo el campo. Esperáis realmente que suceda eso porque es probable. El futuro de una raza o de un país puede ser pronosticado con el mayor grado de seguridad y el Registro de Probabilidades indica todo lo que sucederá. Ya os he dicho algo de lo que va a acontecer, pero hay otras cosas, pequeños episodios que señalan el camino. ¿Queréis conocerlos?

Pues bien, en el futuro Inglaterra será un estado de los Estados Unidos del mismo modo que lo son al presente Hawaii y Alaska. Con el tiempo Inglaterra será gobernada por y desde los Estados Unidos y aceptará las leyes federales de ese país.

Canadá será uno de los países principales del mundo en los próximos siglos, y también el Brasil. Al presente el Brasil está en decadencia, pero se elevará y llegará a ser quizás el segundo de los países más grandes del mundo.

Francia y Rusia se unirán en el porvenir para aplastar a Alemania. Tanto Francia como Rusia se sienten amenazadas

por Alemania y unirán sus fuerzas para poner fin a esa amenaza; la raza alemana se diseminará entre otras naciones, de la misma manera que los judíos están ahora dispersos entre otras naciones.

Los Estados Unidos y Rusia se unirán para derrotar a China, a la nueva China que constituye una amenaza para la civilización en todas partes y, en consecuencia, el Oso y el Águila se unirán para vencer al Dragón y hasta que el Dragón sea vencido no habrá una paz duradera.

Los que tenéis aficiones astrológicas recordaréis que el 5 de febrero de 1962, 16 grados cubrieron el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno durante un eclipse. La próxima vez que sucederá eso será el 5 de mayo del año 2000, y el cometa Halley volverá en abril de 1986. Todos estos aspectos provocarán acontecimientos trascendentales en todo el mundo. Será el comienzo de una Nueva Era, la era en que la esperanza florecerá de nuevo como las flores primaverales reviven y florecen cuando las nieves del invierno se funden bajo la luz del sol, y así como las flores primaverales se renuevan con las estaciones y el renacimiento que se produce cada año, así también el hombre, sus esperanzas y sus aspiraciones espirituales se renovarán después del año 2000.

Quizás convenga decir algo acerca de los cambios de clima en este mundo, pues casi todos los que viven en él han observado esos grandes cambios. El clima es asimismo un tema de predicción que vale la pena considerar.

En los años venideros habrá muchos terremotos, la tierra se elevará y se hundirá, y muchos territorios quedarán cubiertos por las aguas. En el Pacífico hay una gran falla que se extiende a lo largo de millares de millas. Es una hendedura en la superficie de la Tierra y si más naciones comienzan a hacer estallar más bombas atómicas esa hendedura se ensanchará y se desviará y se producirá una serie de terremotos e inundaciones.

Durante centenares de años ha sido posible predecir el estado atmosférico con mayor o menor exactitud. Se podían consultar las cartas conservadas en las oficinas meteorológicas que indicaban que la temperatura de, por ejemplo, Canadá oscilaría normalmente entre tales límites a tales horas, en tanto que en Buenos Aires serían diferentes los límites de la más alta y la más baja. Era posible predecir el estado atmosférico en Moscú, Timbuctú o cualquier otra parte consultando registros que indicaban cuál había sido la temperatura media en otros momentos equivalentes durante muchos años. Sabíamos lo que sucedería durante cada estación, sabíamos que en el verano iba a hacer más calor que en el invierno y cuáles iban a ser los límites del calor y del frío. Pero todo esto está cambiando, y cambiando rápidamente, a consecuencia de un conglomerado de causas debidas en su mayoría al hombre.

¿Habéis observado que muy recientemente se han recibido informaciones cada vez más frecuentes acerca de los caprichos del tiempo? En los Estados Unidos ha habido inviernos anormalmente fríos. En Georgia la temperatura ha descendido muchos grados bajo cero. En Arizona también se ha sentido mucho frío, a veces de 40 grados bajo cero.

He recibido cartas de amigos de Canadá y los Estados Unidos informándome de que hacía mucho frío y una semana después de que padecían una ola de calor. Hace poco me comunicaron desde las cataratas del Niágara, en Canadá, que hacía mucho calor, un calor sofocante, y luego, de pronto, la temperatura se hizo terriblemente fría. En Detroit la temperatura era sorprendentemente fría y repentinamente se hizo calurosa.

En el norte y el este de los Estados Unidos ha habido sequía; en realidad el mes de abril de este año ha sido el más seco registrado en las estaciones meteorológicas de ese país. No había agua para las plantas ni funcionaba el sistema de riego. Las plantas se marchitaban en la tierra abrasada.

En Montana, no lejos de la frontera canadiense, hay un gran Parque Nacional y en ese parque hay un glaciar; antes había varios glaciares, pero algunos se han deshelado por completo y otros han disminuido mucho.

Ciertas zonas de los Estados Unidos y Canadá dependen mucho de los programas de esquí, programas que requieren nieve e hielo. Pues bien, no ha habido nieve ni hielo y las poblaciones que dependen de esas condiciones climáticas se han arruinado.

En el Medio Oeste se han producido huracanes, huracanes tremendos. El número, la velocidad y la ferocidad de los huracanes ha ido aumentando. Muy recientemente hubo en esa región más de 800 en un año.

Pero dejemos los Estados Unidos, pues existen otras partes del mundo. Recibo correspondencia del mundo entero, pero no es necesario atenerse a la correspondencia porque también los diarios informan acerca del estado atmosférico. En Inglaterra ha reinado un tiempo absolutamente caprichoso, el más frío que se recuerda con las peores ventiscas; el tránsito quedó interrumpido, la gente disponía de escasos alimentos, se helaba y el ganado moría de frío y de hambre.

También en el Mediterráneo ha reinado un tiempo completamente caprichoso, anormalmente frío, por ejemplo, y ha llegado a haber un metro de nieve en Sicilia, que hace su propaganda como "la cálida Sicilia". Ha habido días de sol, indudablemente, pero también días de un frío cortante. El clima del mundo está cambiando. En Roma hubo heladas y el río Tiber se heló por primera vez en quinientos años. Siempre se asocian a Roma y a Italia con el calor, con un clima benévolo, y no con un Tiber helado en el que la gente puede patinar.

En otra parte del mundo, como Japón, han tenido el invierno más duro de su historia, con tormentas, pérdidas de cosechas, terremotos y otras desgracias.

En Rusia, por otra parte, el clima parece haberse hecho

más benigno. Siberia es ahora menos rígida. Y, por supuesto, todos estos cambios en las condiciones climáticas han causado más cambios, pues si calentamos una zona de tierra el aire que la cubre se eleva y forma cúmulos. Es posible que tantas bombas atómicas hayan oscurecido la radiación directa del Sol a la Tierra y de ésta al espacio, y que eso haya alterado las zonas de temperatura en todo el mundo. Así es que, como se ha predicho, en un futuro no demasiado lejano las cosas van a cambiar en esta Tierra.

¿Habéis pensado alguna vez en esto? Si el hielo del Polo Norte y el del Polo Sur se fundiesen, el nivel del agua en todo el mundo se elevaría en por lo menos 200 metros. Inclusive si parte del hielo acumulado en las costas de Rusia se fundiese, la inundación resultante podría anegar a Nueva York o Montevideo; en realidad, no serían necesarios muchos metros de agua para inundar por completo el Uruguay. Pero para que los uruguayos no corran a comprar salvavidas y trajes de baño añadiré que, según las predicciones, esa parte del mundo se elevará, de modo que en vez de inundarse quedará a mucha altura sobre el nivel del agua. Nueva York se hundirá bajo las olas, según se ha predicho, y cerca del extremo de la Argentina se abrirá una hendedura que separará la cola de la Argentina del cuerpo y se formarán allí una isla y un pasaje más rápido del Atlántico al Pacífico. Esto causará una conmoción, porque el Pacífico es más salado que el Atlántico y en consecuencia se nos plantea más o menos una paradoja: el agua del Pacífico será más caliente y menos pesada, por lo que se verterá en las aguas más frías del Atlántico, pues éste no es tan salado y, por consiguiente, resulta más liviano.

Los rusos se dedican activamente a modificar el estado atmosférico en su propia ventaja, alterando la corriente del Golfo de México y haciendo que el agua caliente que normalmente debería ir a Europa fluya a lo largo de las costas de Siberia, de modo que Siberia se está deshelando y llegará

a ser la mejor tierra de labranza de Rusia. Pero en la oscilación de la balanza Inglaterra puede pasar por otra Edad del Hielo y el hielo podría cubrir una gran parte de Europa.

Normalmente la Tierra está rodeada por capas de aire, algunas de las cuales viajan como corrientes de aire del mismo modo que las corrientes de agua. Normalmente la cantidad de rayos cósmicos que llegan a la Tierra y la golpean es casi constante, pero ahora, a causa de la intromisión en la atmósfera superior de los cohetes que la atraviesan y las bombas atómicas, las corrientes de aire de la atmósfera exterior han sido perturbadas y desviadas. En consecuencia, se producen inversiones en la temperatura, por lo que el aire caliente no puede elevarse y territorios enteros se resecan por falta de lluvia y exceso de calor. Las zonas de temperatura están cambiando en todo el mundo, sobre todo para empeorar y, a menos que la humanidad se decida a reprimir a los que desean la guerra, va a pasarlo bastante mal antes que mejoren las cosas. Pero estamos en la Era de Kali, la era del dolor, el sufrimiento y la desesperación. Pronto llegará el amanecer en el cual el hombre podrá volver a tener esperanza y sabrá que progresa hacia cosas más grandes, una felicidad mayor, una espiritualidad mayor y una fe mayor en sus semejantes.

Capítulo VIII

MEDITACIÓN

El gran árbol se alzaba hacia el firmamento con las ramas buscando a tientas al Dador de la Luz. En la tierra su sombra se extendía negra y larga, alargándose cada vez más a medida que el sol avanzaba en su viaje eterno iluminando el firmamento. El arbol se calentaba y revivía bajo los rayos dadores de vida. En sus ramas, ocultos por una multitud de hojas, los pájaros revoloteaban, gorjeaban, y de vez en cuando volaban rápidamente a otros árboles en busca de sustento. Desde algún lugar oculto en el follaje del árbol llegó súbitamente el chillido agudo de un pájaro maltratado que protestaba contra un mono invasor. Los chillidos continuaron y aumentaron a medida que toda una banda de monos se balanceaba de rama en rama. De pronto, como si se hubiera accionado un conmutador, la población del árbol se sumió en un silencio expectante. ¡Era que se aproximaban unos seres humanos!

Por un sendero casi oculto entre los matorrales avanzaba dando traspiés un anciano encorvado. Empuñando un fuerte garrote en una mano nudosa, caminaba con esfuerzo. Le seguían dos jóvenes que llevaban pequeños paquetes. El anciano se detuvo y señaló el árbol.

—Nos detendremos aquí —dijo—. Descansaremos un rato y yo meditaré durante la noche.

Se dirigieron hacia el pequeño claro en el que las grandes y salientes raíces del árbol formaban profundos surcos y montículos. Juntos dieron la vuelta alrededor del grueso tronco, en busca de la mejor posición. No tardaron en encontrar un lugar en el que un gran canto rodado con la parte superior lisa sobresalía de la tierra en el lado del tronco que daba hacia el sol. Un mono estaba tendido en él, rascándose pausadamente. Cuando vio a los hombres que se acercaban lanzó un chillido de miedo y saltó hacia el árbol para desaparecer oculto entre las ramas.

El más joven de los dos ayudantes recogió cuidadosamente algunas ramas delgadas de un arbusto cercano. Las ató fuertemente con una enredadera flexible y pronto contó con una escoba con la que barrió la superficie del peñasco y la dejó limpia de desechos. Con una solicitud afectuosa el otro ayudante tomó una piedra afilada y fue con ella a una especie de prado cubierto con brillante musgo verde. Se arrodilló, introdujo profundamente la piedra afilada en el musgo y lo fue cortando hasta que obtuvo el contorno aproximado de la superficie del canto rodado. Luego extrajo suavemente esa capa de musgo y la enrolló como una alfombra. Con la ayuda del más joven la llevó hasta el peñasco y la extendió sobre él, formando un espeso colchón que protegiera los viejos huesos del anciano de la dureza de la piedra. Estrechándose la túnica andrajosa, el anciano trepó con sorprendente agilidad a la superficie verde.

Los brillantes rayos del sol que se dirigía rápidamente a su ocaso enviaban múltiples colores a través del campo boscoso, dorando aquí la copa de un árbol, enrojeciendo allá las ramas inferiores de otro. El mayor de los dos ayudantes preparó rápidamente la sencilla comida, un poco de cebada tostada, una pizca de arroz, un pequeño mango maduro y agua centelleante de un arroyo cercano. Pronto terminó la magra

colación y estuvieron limpios los utensilios y guardados en los pequeños paquetes.

—Voy a meditar —dijo el anciano, mientras se sentaba con las piernas cruzadas y se rodeaba con la túnica—. No me distraigáis y yo os diré cuando esté preparado.

Los dos ayudantes asintieron respetuosamente con un movimiento de cabeza. Se retiraron a unos metros de la piedra, se envolvieron más estrechamente en sus túnicas y se acomodaron para dormir. De pronto el sol se hundió en el horizonte y la suave y fragante iridiscencia de la noche india reinó mientras el Señor de la Noche despertaba a todas las pequeñas criaturas nocturnas para que iniciasen su tarea. En alguna parte un ave soñolienta murmuró su último "churp-churp" a su compañera antes de dormirse para soñar, acaso, con gusanos gruesos y frutos jugosos.

Poco a poco la púrpura de la noche se fue convirtiendo en plata brillante cuando la Diosa de los Amantes se elevó en el firmamento y derramó su luz sobre el mundo dormido. La suave brisa nocturna disipaba los olores del día, rozaba tiernamente las florecillas del bosque plegadas en su sueño y llevaba nuevos aromas a los habitantes de la noche. Las horas pasaban lentamente. La luna disminuyó su luz bajo el lejano horizonte y livianas nubes aborregadas comenzaron a navegar serenamente sobre la Tierra. El anciano se mantenía erguido, inmóvil, abstraído, meditando. Numerosos animalitos salían de sus madrigueras y conejeras para atisbar con sus ojos redondos y no parpadeantes, y al ver que no había peligro para ellos se dedicaban a sus actividades lícitas.

El anciano seguía erguido, inmóvil, meditando, mientras los primeros rayos de luz se deslizaban por el firmamento. Seguía inmóvil mientras los rayos de luz se ensanchaban y se convertían en el resplandor pálido de la aurora. En alguna parte un mono que dormía recibió un empujón, lanzó un grito y farfulló con un furor soñoliento. Rápidamente la

luz se fue haciendo más brillante y un poco de calor se extendió por la tierra enfriada por la noche. En los árboles comenzaban a piar y revolotear las aves recién despiertas. Con un grito de terror un monito todavía inexperto se desprendió de donde estaba asido y cayó unos metros antes que sus miembros paralizados por el miedo pudieran extenderse para asirse a otra rama y balancearse en ella con seguridad. El anciano continuaba inmóvil cuando sus ayudantes treparon hasta sus pies frotándose los ojos para ahuyentar el sueño.

Mucho más tarde, cuando el sol derramaba ya sus oleadas de calor, el anciano monje terminó su larga meditación y compartió el frugal desayuno. Volviéndose hacia el mayor de los ayudantes, le dijo:

—Ya es hora de que aprendas el arte de la meditación, hijo mío, pues te he observado bien y el momento para que te instruyas ha llegado.

—¿Pero es tan difícil meditar, maestro? ¿No puede hacerlo cualquiera? —preguntó el más joven.

—No, hijo mío —replicó el anciano—. Algunas personas nunca meditan porque no son dignas de hacerlo, y otras, que son dignas, no meditan porque no saben hacerlo. La meditación es un arte que debe ser impartido, es un arte que puede elevar el yo personal a alturas sublimes —Hizo una pausa para meditar durante un momento y luego dijo al más joven—. Hoy viajarás solo para buscar alimento. Tengo que instruir a tu compañero mayor. Con el tiempo, si lo mereces, llegará tu oportunidad.

Muchas personas dicen que "van a meditar", pero, por supuesto, la mayoría no tienen la menor idea de lo que significa la verdadera meditación. Creen que es algo místico, siendo así que, como en el caso de la mayoría de las cuestiones metafísicas, la meditación es sencilla y sólo un medio

para lograr un fin, un método con el que se pueden conseguir ciertos resultados.

Una de las grandes dificultades a las que tiene que hacer frente el estudioso de cuestiones metafísicas es que la mayor parte de la preparación original y de la investigación original se hicieron en el Tibet y en la India, donde florecieron civilizaciones siglos antes que en el mundo occidental existiera civilización alguna.

Por supuesto, existía también la gran civilización de la China antigua, pero aunque se ha alabado a China como un país de alto nivel religioso, en realidad se interesaba más por las artes de la guerra. Las civilizaciones de China nos legaron haberes tan dudosos como explosivos: cometas que volaban a gran altura y descargaban andanadas de flechas envenenadas y, lo que es sorprendente, los chinos fueron los primeros en hacer hace ya siglos la guerra con cohetes. Sus "bombas atómicas" eran grandes masas de material llameante lanzadas en las cabezas de los cohetes. Esas masas ardientes eran disparadas contra las posiciones del enemigo y prendían fuego a hombres y materiales indistintamente.

China nos dio también artes y oficios, lo que, por supuesto, es loable, pero tomó las religiones principalmente de la India y las modificó para adaptarlas a las ideas chinas.

Del Japón se puede hacer caso omiso, pues hasta hace unos pocos años era un país isleño cerrado a la influencia de otros países y, como nos dice su verdadera historia, se limitaba a copiar la religión y la cultura de los chinos. Dónde encontraron los japoneses la cruedad que pusieron de manifiesto en la Segunda Guerra Mundial sólo puede ser objeto de conjeturas, pero seguramente superaron al resto del mundo en sus prácticas brutales y crueles y sorprende que ese pequeño pueblo ahora sea tolerado entre otras naciones. Sin duda se trata de comercio y no de amistad.

Una de las grandes dificultades —para volver a nuestro tema original— consiste en que al traducir el sánscrito y

otros idiomas orientales no siempre es posible expresar el significado exacto en un idioma occidental. Los idiomas occidentales tratan preferentemente de asuntos concretos, en tanto que los idiomas del Lejano Oriente se refieren a conceptos abstractos, y ésa es la causa de que muchas cosas que dependen del empleo preciso de un idioma, y que no tienen sus análogas en otro, extravíen a los traductores y se cometan graves errores. Un ejemplo es el caso del Nirvana, palabra que deberíamos interpretar en su sentido oriental y que, en resumen, se refiere a la preparación para la meditación, a lo que ésta es y a cómo se debe practicarla.

La India tuvo una gran civilización, una civilización de carácter espiritual. En realidad, la India fue la cuna de la verdadera religión en este ciclo particular de la evolución y muchas naciones copiaron y modificaron las religiones indias.

En algunas etapas de la cultura de la antigua China, cuando la espiritualidad y la veneración de los antepasados tenían más importancia que el presidente Mao o la guerra, florecieron las religiones, pero algunos chinos, y también algunos indios, tomaron sus creencias religiosas demasiado literalmente. La religión debía ser un hito, una guía, un manual de conducta, y los indios y los chinos olvidaron eso, por lo que sucedía con frecuencia que un chino o un indio se pasaba la vida sentado bajo un árbol en ociosa contemplación y pensaba: "No me afanaré en esta vida y compensaré mi ociosidad cuando vuelva de nuevo a esta Tierra." Esta no es una metáfora, ni una exageración, sino un hecho, y hasta hace muy poco tiempo era posible que un chino contrajese una deuda en esta vida con la intención de pagarla con intereses en la siguiente. ¿Podéis imaginaros a un prestamista occidental —ahora se llaman compañías financieras de alta categoría— adelantando una cantidad de dinero para que se lo devuelvan en la siguiente encarnación? Eso daría origen a una contabilidad muy divertida.

Repetiré que los idiomas orientales se refieren principal-

mente a conceptos abstractos y espirituales, en tanto que los occidentales emplean expresiones que se refieren a la aviación, el dinero (o la falta de él) y a otros temas mundanos. Tal vez os interese saber que hace todavía pocos años los japoneses no tenían ideogramas ni formas de expresión escritas relacionados con los tecnicismos de la radiotelegrafía o la ingeniería y, por lo que yo sé, los técnicos japoneses sólo podían hablar de esas cosas y de otros temas científicos aprendiendo las denominaciones adecuadas en inglés. Eso no es nada particularmente notable, pues sucede más o menos lo mismo en los países occidentales, en los que dos médicos de diferentes nacionalidades y cada uno de los cuales no comprende una palabra del idioma del otro, pueden, no obstante, entenderse en los temas de su profesión utilizando como lenguaje común el latín.

Los radiotelegrafistas, inclusive los aficionados, pueden conversar muy bien utilizando abreviaturas y claves muy estilizadas, de modo que pueden comprenderse mutuamente aunque el idioma de cada uno sea desconocido por el otro. Probablemente habréis oído hablar de "Q. R. M.", que significa ruido o estática, o de "Q. R. T.", que sirve para pedir a una persona que guarde silencio.

Nirvana es una palabra o concepto que habitualmente están muy lejos de comprender los occidentales. Probablemente sea la peor comprendida de las palabras orientales. Los occidentales creen que el buen oriental sólo necesita sentarse y oler las flores —en este caso el loto— para convertirse en la nada. Se piensa con frecuencia que el Nirvana es la extinción total de la vida, un estado en el que nada existe, en el que no hay memoria, ni acción ni ninguna otra cosa. Los occidentales consideran con frecuencia al Nirvana como un ejemplo del vacío perfecto, y rehúyen las religiones orientales, que según creen en su ignorancia, llevan a un estado de completa nada.

Esto es absolutamente inexacto. El Nirvana no significa

un Cielo ni lo opuesto, no significa un lugar en el que nada existe, ¡ni siquiera un lugar! No es posible existir en un estado de nada absoluta, a pesar de lo cual el occidental corriente cree que el Adepto, o Maestro, o Guru, o Iluminado, se esfuerza por llegar a un estado en que olvida todo lo que se ha esforzado por aprender y en el que ya no sabe nada, no siente nada, no existe. Esto es ridículo. Esto es fantásticamente absurdo y debería pensarse que el sentido común indica que no es posible existir donde nada puede existir.

El Adepto, el Guru, el Maestro o el Iluminado, como queráis llamarlo, busca el Nirvana. El Nirvana no es la negación de todo como se supone habitualmente; es, en cambio, la eliminación de los malos deseos, la eliminación del escándalo, la eliminación del perjurio, la codicia, la lujuria y otros defectos. Los Iluminados se esfuerzan por liberarse de las malas emociones para que su alma pueda elevarse y abandonar el cuerpo voluntariamente.

Antes que una persona pueda viajar conscientemente por el plano astral tiene que purificar sus pensamientos, tiene que estar segura de que no desea hacer ese viaje por pura curiosidad, sólo para fisgar en los asuntos privados de otra persona. Es absolutamente esencial que antes que una persona pueda viajar por el plano astral conscientemente y bajo pleno control tiene que liberarse de sus lujurias y deseos.

En el Lejano Oriente son muchas las personas que pueden viajar por el plano astral conscientemente, es decir, que siguen el Camino espiritual. Pero en el Oriente se trata de diferente manera a los hechos de la vida, y tal vez hablemos de ello más adelante. En el mundo occidental es raro que una persona pueda viajar por el plano astral conscientemente, porque los pecados de la carne tienen encadenada al alma. Uno de los métodos más corrientes de encadenar el alma es la vida sexual ilícita. No debe haber vida sexual de ninguna clase a no ser que el hombre y la mujer estén enamorados;

si *lo están, la* vida sexual normal aumenta la fuerza de la corriente áurica de cada uno de ellos y da brillo y claridad al color del aura, como puede confirmar cualquier clarividente.

Si un hombre y una mujer se entregan a la vida sexual sólo por el mero placer animal oscurecen los colores del aura y debilitan las fluctuaciones de la corriente. Muchas de las escuelas orientales de pensamiento oculto advierten repetidamente que no debe incurrirse en la mala vida sexual si se quiere progresar. Por desgracia, las traducciones occidentales, que son traducciones erróneas, afirman que el oriental carece de vida sexual en los planos espirituales. Esto es falso. El acto sexual está bien si las dos personas lo necesitan y están verdaderamente enamoradas.

En los templos indios, y también en los tibetanos, hay imágenes que los occidentales, en su ceguera, consideran eróticas, obscenas o pornográficas. No es así, y al oriental no lo perturba la contemplación de esas imágenes. Las ven tales como son, las ven como un recuerdo de lo que puede ser. El acto sexual es la generación de la vida, es la generación de corrientes áuricas más fuertes, y las imágenes que adornan las paredes de los templos de la India y el Tibet muestran la verdadera vida sexual y también la mala vida sexual, para que el iniciado pueda comparar las dos, porque, después de todo, ¿cómo podéis saber lo que está mal si alguien no os lo muestra, y cómo podéis hacer una cosa correctamente si alguien no os lo enseña? La forma errónea de la vida sexual lleva a manifestaciones desagradables, frigidez, perturbaciones nerviosas y la supresión de los mejores instintos del hombre y de la mujer, en tanto que la forma correcta de la vida sexual, para aquéllos que la necesitan, lleva a un aumento en las facultades espirituales de ambos.

Al cabo de un tiempo, a medida que el iniciado progresa y se convierte en el Iluminado, puede prescindir de la confraternidad de los que lo rodean, puede prescindir de

la vida sexual y, al contrario de lo que ciertas personas creen, nada pierde con ello. La vida sexual en la Tierra es una cosa física, pero a medida que se asciende cada vez más, las experiencias son más fuertes, mejores, y quizás os sorprenda saber que cuando uno abandona esta Tierra para pasar a la vida siguiente es completamente necesario, en realidad "indispensable", que se tenga un conocimiento del sexo opuesto para poder conseguir el equilibrio.

Conviene decir que no debemos dejarnos engañar por todas esas personas que pretenden ser grandes expertos, grandes maestros, grandes sabihondos, porque han leído unos pocos libros; los libros no dan experiencia, se puede leer un libro sin adquirir conocimiento alguno. Es fantástico que un hombre o una mujer proclame a voz en grito que es Iluminado porque ha leído un libro de tal o cual persona, lo que ocurre con tanta frecuencia. Muy recientemente recibí una carta de un ignorante de Australia que pretendía ser un gran instructor y un gran maestro. Me aseguraba que era un Avatar y sabía que lo era porque su esposa se lo había dicho y porque había leído uno o dos libros y charlado mucho.

La verdadera prueba consiste en la experiencia personal. Por ejemplo, ¿confiaríais vuestra vida a un aviador que sólo hubiese leído un libro sobre vuelos? ¿Navegaríais de un continente a otro en un barco dirigido por un capitán y oficiales que sólo hubiesen seguido un curso por correspondencia sobre el manejo de un barco y la navegación? Es evidente que no. Siguiendo el mismo razonamiento, no debéis confiar vuestro adiestramiento a ninguna persona que se haya limitado a leer unos pocos libros u organizado un curso por correspondencia y desea vendéroslo en elevadas cuotas durante el resto de vuestra vida. Antes de decidiros a estudiar algo debéis estar al tanto de la experiencia que posee la persona a la que vais a confiar vuestra enseñanza.

Pero ya es hora de que volvamos a la meditación. Mu-

chas personas no saben lo que es la meditación. ¿Y qué es? La meditación es una forma especial de concentración o de pensamiento dirigido que disciplina la mente y crea una actitud mental especial. La meditación es esa forma de pensamiento dirigido que nos permite percibir por medio de lo subconsciente y de otros sistemas lo que no podríamos percibir de otra manera.

La meditación es sumamente importante, pues despierta la mente para un estado consciente superior y le permite "ahondar" más libremente en lo subconsciente, del mismo modo que una persona puede tener una gran biblioteca y consultar los libros que necesita para una información especial. Si esa persona no sabe cómo encontrarlos, todos esos libros no serán sino papel inútil.

La disciplina de la meditación es esencial si se ha de progresar realmente en la adquisición de facultades espirituales. Así como un ejército sería inútil sin disciplina y sin preparación, así también la psique humana se convierte en miembro de una chusma sin la disciplina y el ejercicio de la meditación correctamente aplicados.

Es inútil tratar de practicar la meditación leyendo un libro escrito por una persona que no puede meditar. Muchos libros acerca del ocultismo sólo son conglomeraciones indigestibles de parábolas orientales mal comprendidas, libros escritos por personas que no saben realmente nada acerca de la meditación, pues es evidente que si uno mismo no puede meditar tampoco puede enseñar a otras personas a meditar.

Debe recordarse que en muchos países del mundo —países no cristianos, por supuesto— los que acuden a un templo deben meditar antes de entrar en él, deben meditar para que su mente esté clara y preparada para recibir lo que en el lenguaje occidental podría llamarse la Revelación y la instrucción divinas. Es completamente inútil orar, por ejemplo, sólo para pedir cosas al Dios en que uno cree. Es inútil rogar para vencer en un concurso de belleza o para ganar

en las carreras de caballos. La oración debe comenzar siempre por un período de meditación que limpia la mente de la basura del pensamiento y prepara para recibir información proveniente de planos superiores. Repito que mucha gente se arrodilla para ordenar a su Dios que le proporcione lo que desea y luego se queja de que sus oraciones no han dado buen resultado. Es que en primer lugar deben tratar de meditar. En realidad la meditación se compone de cuatro partes diferentes.

1. La primera es la práctica meditativa que contribuye al desarrollo de la verdadera personalidad de quien medita, pues quien puede meditar y desarrollar su personalidad consigue una vida más feliz y afortunada. Uno se hace más feliz en los aspectos personales de la vida y más afortunado en la asociación con sus compañeros, es decir, en el trabajo. La meditación afortunada aumenta, además, la capacidad mental.

2. La segunda etapa de la meditación es la que deriva casi automáticamente del final afortunado de la primera etapa. La segunda etapa de la meditación es la que pone al cuerpo físico en relación con el Super Yo y al Super Yo en relación con el Manu de la nación. Para poder meditar acerca de esto y de otras normas superiores es esencial que se viva una vida pura y exenta de lujuria.

3. La siguiente etapa de la meditación es la que proporciona todos los beneficios de las etapas primera y segunda, pero capacita además para poseer todo el conocimiento oculto. Es decir, que cuando uno llega a la tercera etapa de la meditación puede comprender y apercibir.

Apercibir, por supuesto, es distinto de percibir. La apercepción es la percepción que tiene la mente de sí misma (de todo lo que permite al Super Yo mejorar su condición espiritual).

4. Finalmente, hay una meditación mística, llamada así

porque se aparta tanto de las ideas terrenales que no pueden comprenderla los que no han conseguido llegar a ese estado. La cuarta etapa de la meditación nos lleva por medio del Cordón de Plata a nuestro Super Yo, y luego, por medio del Cordón de Oro de nuestro Super Yo, a la presencia de ese Gran Ser al que, a falta de una denominación mejor, llamamos "Dios". Pero las dos primeras etapas de la meditación son los escalones esenciales y hay que concentrarse primeramente en ellas.

Antes de entregarse a la meditación es necesario que haya una disciplina, pues jugar con la meditación es jugar con fuego. No permitiríais a un niño que jugase con un barril de pólvora y una caja de fósforos, pues si se lo permitierais lo haríais una sola vez. Por el mismo motivo debéis ejercer una gran restricción en la práctica de las etapas superiores de la metafísica.

Si un hombrecillo flacucho decide de pronto adquirir los músculos de un atleta tiene que realizar antes ciertos ejercicios, pues ni siquiera puede levantar una silla, pero si el pobre hombre se pasa haciendo ejercicios las veinticuatro horas del día sufrirá una gran postración. Del mismo modo, es necesario considerar a la meditación como los ejercicios del alma y, si en la práctica de la meditación os precipitáis como un turista de los Estados Unidos que recorre a toda prisa el Vaticano sólo para poder decir que ha estado allí, vuestro entusiasmo disminuirá. Debéis ejercitaros de acuerdo con un plan establecido de antemano, con disciplina y mucha preparación anterior, pues si el hombrecillo flacucho se ejercitase demasiado se le quedarían los músculos tan rígidos que apenas podría moverse. Recordad que también con la meditación vuestra mente podría quedar rígida y eso sería horrible.

A pesar de todo esto, ¿deseáis meditar? ¿Queréis realmente hacerlo? Pues bien, veamos si os agrada lo que voy a

decir a continuación. Para meditar tenéis que disponer en vuestro día de un tiempo de absoluta tranquilidad, y debéis encontrarlo en las primeras horas de la mañana. Ésta es una de las razones de que los sacerdotes, etc., mediten antes de comer. No debéis tomar alimento alguno antes de meditar, ni debéis meditar en la cama, pues si tratáis de hacerlo os quedaréis dormidos. Por consiguiente, disponed las cosas para despertaros una hora antes de lo habitual, y así, cuando suene vuestro reloj despertador abandonad la cama, lavaos y vestíos, porque la tarea de lavaros y vestiros os despertará completamente y no sentiréis la tentación de volver a acostaros y dormir.

Si realmente queréis meditar debéis hacer del rincón de una habitación vuestro Santuario Interior. Será un pequeño altar que os permitirá fijar vuestra atención en lo que tratáis de hacer. He aquí lo que deben hacer los que procedan con verdadera seriedad:

Destinad una habitación, aunque sea muy pequeña, al Santuario, y mantened la puerta de esa habitación cerrada cuando no estéis en ella. Colocad en un rincón una mesita cubierta con un mantel blanco y poned sobre el mantel una imagen de, por ejemplo, un Ho Tai, el símbolo de la Buena Vida (No adoráis ídolos; Ho Tai es sólo un símbolo). Tendréis un incensario y una varilla de incienso que encenderéis y soplaréis para que arda exhalando un humo agradable. Os será útil que hayáis calculado previamente el tiempo que tardará en quemarse el incienso, media hora por ejemplo, pues así cuando se apague terminará vuestra meditación.

El meditador serio vestirá una túnica de meditación especial, pues la finalidad de esta túnica es proteger de las influencias exteriores. La túnica de meditación tiene que ser muy amplia, con mangas largas y holgadas y una capucha que cubrirá la cabeza. Puede ser de seda negra delgada o, si os parece demasiado costosa, de tela de algodón negra del-

gada. Cuando no se la utiliza debe guardársela en un estuche de seda negra para que no la toquen otras ropas. Tal vez os parezca todo un poco teatral, pero no es así, sino el mejor medio de obtener los resultados deseados, y si queréis conseguir esos resultados tenéis que actuar de acuerdo con las reglas. Por consiguiente, poneos vuestra túnica de meditación cuando os dispongáis a meditar.

Ahora que tenéis vuestra habitación, vuestra túnica de meditación, vuestro Ho Tai y vuestro incienso, id a esa habitación y sentaos en silencio. No importa cómo os sentéis, no es necesario que crucéis las piernas. Sentaos de la manera que sea más cómoda para vosotros y que no os produzca calambres o dolores agudos, porque en las primeras etapas no podéis meditar si estáis incómodos. Cuando hayáis permanecido durante unos pocos instantes en silenciosa contemplación repetid esta plegaria:

> "Concédeme hoy que viva mi vida día tras día de la manera prescripta, controla y dirige mi imaginación.
>
> Concédeme hoy que viva mi vida día tras día de la manera prescripta, dirige mis deseos y mis pensamientos para que así me purifique.
>
> Concédeme hoy, y todos los días, que mantenga mi imaginación y mis pensamientos firmemente fijos en la tarea que hay que realizar, para que así pueda tener buen éxito.
>
> Deseo en todos los momentos vivir mi vida día tras día controlando la imaginación y el pensamiento."

Procuraréis que la habitación no esté iluminada, por supuesto, sino bien resguardada de la luz, lo bastante a oscuras para que todo parezca gris más bien que negro. Pronto descubriréis cuál es la cantidad de oscuridad que más os conviene.

Si tomáis un vaso de agua fría y lo sostenéis entre

vuestras manos de modo que las palmas y los dedos lo rodeen, pero sin sobrepasarlo, os encontraréis en una posición adecuada para hacer otro ejercicio. Deslizad los dedos de una mano en los espacios entre los dedos de la otra mano, de modo que queden adheridas al vaso todas las partes posibles de vuestros dedos y manos.

Permaneced tranquilos y respirad profundamente. Realizad los ejercicios que se mencionan en *La sabiduría de los ancianos*, pero respirad profundamente y dejad que el aire se exhale produciendo un sonido muy largo. El sonido es "Rrrrrr Aaaaaaa". Tiene que ser fuerte, pero sin gritarlo; lo podéis hacer con suavidad aunque muy claramente, y debéis hacerlo con seriedad, pues es un ejercicio serio. Repetidlo tres veces y luego observad durante varios minutos cómo el agua odonética o magnetizada concentra lo etérico del cuerpo en una nube alrededor del vaso de agua. Lo condensará de modo que podréis ver fácilmente la bruma muy densa que os recordará el humo azul de un cigarrillo que se condensa en una nube, o el humo del incienso que se condensa del mismo modo.

Cuando hayáis hecho eso durante una o dos semanas, o quizás uno o dos meses, lo que depende de vuestra seriedad, podréis ver algo de vuestra fuerza vital en el agua. Cuando la fuerza vital entra en el agua la carga y el líquido centellea lo mismo que la gaseosa, sólo que las chispas y centelleos de vuestra fuerza vital que veréis serán destellos de luz, líneas y remolinos de diversos colores. No apresuréis las cosas porque disponéis de mucho tiempo; después de todo no podéis hacer que se desarrolle un roble de la noche a la mañana, y con cuanta más seriedad obréis tanto mejor éxito obtendréis, y con el buen éxito algún tiempo después el vaso de agua se convertirá en un universo en miniatura con centelleos de múltiples matices que se mueven rápidamente y giran dentro de los confines del vaso.

Debéis ordenar vuestra meditación de acuerdo con una

norma y un horario precisos. Es una idea muy buena tener un rosario para que podáis comprobar vuestras etapas de meditación. Podéis conseguir un rosario budista o hacer vuestro propio rosario con cuentas de diferentes tamaños, pero cualquiera que sea el método que utilicéis debéis ateneros a un horario muy rígido. Debéis meditar en la misma habitación y a la misma hora con la misma túnica. Comenzad eligiendo un pensamiento o una idea y permaneced sentados tranquilamente ante vuestro pequeño altar. Tratad de eliminar todos los pensamientos exteriores, concentrad vuestra atención en vosotros mismos y meditad sobre la idea que habéis elegido. Cuando os concentréis, observaréis que se produce un ligero temblor dentro de vosotros; eso es normal, esa débil vibración prueba que el sistema de meditación funciona bien. He aquí algunas sugestiones:

1. Que vuestra primera meditación sea acerca del amor. Pensad bondadosamente acerca de todas las criaturas vivientes. Si bastantes personas tienen pensamientos bondadosos, con el tiempo algunos de ellos se transmitirán a otras personas y si podemos conseguir que un número suficiente de personas piensen bondadosamente en vez de abrigar malos pensamientos el mundo será un lugar muy distinto.

2. Después de la primera meditación sobre el amor podéis concentraros en la segunda meditación, que os hará pensar en los que están en desgracia. Mientras pensáis en ellos "vivís" realmente sus penas y sus miserias y por medio de vuestra compasión les enviáis pensamientos —rayos— de comprensión y simpatía.

3. En la tercera meditación pensad en la felicidad de otros, alegraos de que por fin hayan obtenido la prosperidad y todo lo que anhelan. Mientras pensáis en esas cosas proyectáis al mundo exterior pensamientos de alegría.

4. La cuarta meditación es la meditación del mal. En ella dejáis que vuestra mente medite acerca del pecado y la

maldad. Pensáis cuán estrecho es el margen entre la cordura y la locura, entre la salud y la enfermedad. Pensáis cuán breve es el placer del momento, y cuán omnímodo el daño que causa entregarse al placer del momento. Pensad en el dolor que puede causar el fomento del mal.

5. La quinta meditación es aquélla por la cual alcanzamos la serenidad y la tranquilidad. En la meditación de la serenidad os eleváis sobre el plano mundano, os eleváis sobre los sentimientos de odio, os eleváis sobre los sentimientos del amor terrenal, porque el amor terrenal es un sustituto muy pobre del real. En la meditación de la serenidad ya no os molesta la opresión ni sentís temor, ya no deseáis la riqueza por ella misma, sino por el bien que podéis hacer a los demás. En la meditación de la serenidad podéis contemplar vuestro futuro con tranquilidad, pues sabéis que en todos los momentos vais a actuar lo mejor posible y a vivir vuestra vida de acuerdo con vuestra etapa de la evolución. Los que han llegado a ese estado se hallan en el buen camino y pueden confiar en que su saber y su conocimiento interior los liberará de la rueda del nacimiento y la muerte.

Podéis preguntar qué viene después de la meditación: viene *el trance*. Tenemos que emplear la palabra trance a falta de otra mejor. En realidad el trance es un estado de meditación en el que el "tú" real sale del cuerpo y lo deja, tal como uno puede salir de un coche y dejarlo. Ahora bien, como todos sabemos, a nuestra costa, si uno deja su coche estacionado, cuando vuelve se encuentra a veces con que se lo han robado. Del mismo modo, si la gente medita con bastante profundidad para entrar en lo que tenemos que llamar estado de trance sin limpiar su mente de lujurias, etc., invitan al "robo" por otros entes. El estado de trance es muy peligroso si uno no se ejercita antes bajo una supervisión capaz.

Hay varias formas de entes elementales y desencarnados que merodean constantemente para ver qué travesuras pueden hacer, y si pueden causar daño apoderándose del cuerpo de una persona se sienten muy felices divirtiéndose con él, como los jovenzuelos roban a veces un coche para correr por las carreteras; sin duda esos jovenzuelos se proponen devolver el coche sin que haya sufrido daño alguno, pero con frecuencia le causan averías. Y lo mismo sucede con un cuerpo cuando se apoderan de él esos entes.

Permitidme que repita que si vuestros pensamientos son puros, si vuestras intenciones son puras y si no tenéis miedo, no podéis ser invadidos, obsesionados ni robados y no tenéis que temer más que al temor mismo. Permitidme que repita que si no teméis irradiáis un aura que protege vuestro cuerpo del mismo modo que un timbre de alarma contra ladrones protege una casa; y si vuestros pensamientos son puros y no tenéis deseos vehementes, cuando sentís la impresión de que alguien quiere robaros vuestro cuerpo inmediatamente miráis el Cordón de Plata y veis lo que sucede, lo mismo que un granjero vigila su huerto para proteger sus manzanos. No os pueden causar obsesión, ni apoderarse de vosotros, ni invadiros a menos que tengáis miedo. Pero si teméis esas cosas, por vuestra tranquilidad de ánimo y vuestra tranquilidad física no juguéis con la etapa de trance profundo de la meditación.

Yo me opongo decididamente al hipnotismo salvo con las mayores reservas, pues si os pone en trance hipnótico una persona inexperta puede sentir muchos temores preguntándose si os halláis bien, si podrá sacaros del trance, etcétera. El trance hipnótico es un trance pasivo, un trance causado por una serie de fuertes sugestiones reforzadas por la creencia de la persona de que puede ser hipnotizada. En realidad, cuando una persona es hipnotizada la situación es muy parecida a cuando es estrábica, porque el doble etérico

queda ligeramente desincronizado, lo que significa que los cuerpos físicos y etérico ya no coinciden por completo.

Si os las habéis con un mal hipnotizador puede causaros mucho daño, puede causaros un daño que dure años. Después de todo, no acudiríais a un cirujano que acaba de aprender la técnica quirúrgica siguiendo un curso por correspondencia, sino a uno que opera con seguridad y competencia. En consecuencia, por el bien de vuestra salud y vuestra cordura no permitáis que los aficionados hagan experimentos con vosotros. Si por alguna razón queréis o tenéis que ser hipnotizados, poneos en relación con alguna asociación médica del lugar de vuestra residencia y allí os indicarán algún hipnotizador médico y moral que se ha preparado para ello en condiciones cuidadosamente supervisadas. Podéis pensar que exagero el peligro, pero no es así. Deberíais leer algunas de las cartas que recibo hablándome del daño causado por aficionados al hipnotismo, ineptos y criminalmente inconsiderados. Recordad que cuando os hipnotizan vuestra alma es puesta fuera de coincidencia con los centros de vuestra conciencia.

Los médium son con frecuencia personas que entran en un estado de trance contemplativo, en un estado de hipnosis contemplativa, pues consciente o inconscientemente se hipnotizan ligeramente a sí mismas de modo que son hipersugestionables, y en ese caso pueden ser utilizadas como un teléfono por personas que se hallan en el otro lado de la vida. Pero recordad lo que hemos dicho, lo que hemos aprendido juntos acerca de los entes desencarnados. Las personas verdaderamente buenas que han pasado a otra vida están demasiado ocupadas para divertirse enviando mensajes a las sesiones de espiritistas.

En ciertas condiciones puede haber, por supuesto, una persona muy experta y concienzuda que puede entrar en trance en lo físico y, no obstante, mantenerse alerta en lo astral y vigilar a la persona que envía mensajes al grupo

de los que están sentados alrededor de la mesa. Es un instrumento muy útil cuando se hace una investigación detallada, pero es indispensable asegurarse de que la sesión no sea interrumpida por ruidos ni por la entrada inesperada de otras personas.

Hay una forma muy especial de trance oculto al que los adeptos llaman "sueño del templo" y que es completamente distinto de todos los mencionados anteriormente, porque el iniciado que ha estudiado todo esto en las condiciones del templo sabe lo que hace y puede ponerse deliberadamente en estado de trance, del mismo modo que una persona puede "introducirse" en un coche y ponerlo en marcha; se controla a sí mismo y no pueden causarle obsesión otras personas. Pero, por supuesto, esto depende de años de práctica y hasta que se tenga la experiencia necesaria se debe estar bajo la dirección más cuidadosa de alguien que tenga esa experiencia.

La persona común que pretende ponerse en estado de trance cuenta con un sistema de protección muy útil; si es una persona normal se quedará dormida. Esto impide que la invadan los entes desencarnados. Pero aun en esto hay dos peligros graves: Por ejemplo, estáis despiertos, aunque en estado de trance, pero luego os quedáis dormidos. Ahora bien, en el instante en que os halláis entre la vigilia y el sueño sois vulnerables a la obsesión, lo mismo que lo sois cuando en estas condiciones es habéis dormido y de pronto despertáis. Pero advertid que esto sólo se refiere a cuando jugáis con el hipnotismo o el trance, pues no existe peligro alguno en el paso de la vigilia al sueño y del sueño a la vigilia en la vida corriente.

De todo esto se deduce que no seréis muy juiciosos si os dedicáis a hacer experimentos con los estados de trance sin una vigilancia cuidadosa.

En ciertos templos, la persona que recibe instrucción se halla bajo la vigilancia de dos lamas de más edad capaces de mantenerse en contacto con todo lo que piensa el acólito, y

por medio de su guía benévola pero firme impiden que éste se haga daño a sí mismo o lo haga a otras personas. Cuando el acólito puede salir bien de ciertas pruebas se le permite ponerse en estado de trance profundo por sí solo, y habitualmente una de las primeras cosas que hace es ponerse en un estado de trance muy profundo al que llamamos el "trance de visión". Es ciertamente un trance profundo y el iniciado queda completamente inmóvil, puede parecer completamente rígido e inclusive se le endurece la carne. En este estado particular sigue todavía dentro de su cuerpo, pero se parece mucho al que, situado en lo alto de una torre elevada, tiene un telescopio muy potente con el que puede ver todo con mucha claridad y muy amplificado. Puede dirigir el telescopio en cualquier dirección y ver lo que sucede con una claridad asombrosa.

No salís del cuerpo en el trance de visión, pues antes que podáis hacerlo tenéis que practicar el trance de proyección, y en este caso el cuerpo está lacio y fláccido y en un estado cataléptico, sin conciencia de sí mismo y por decirlo así, bajo la supervisión del vigilante. La respiración se produce a un ritmo mucho menor, los latidos del corazón se reducen y la vida fluye muy pausadamente.

Lo primero que tenéis que hacer cuando os halléis en esos trances es preguntaros si lo que veis es imaginación, pero con la práctica llegaréis a distinguir lo que es real de lo que es solamente una proyección del pensamiento de algún otro ente encarnado o desencarnado.

Por ejemplo: estáis en alguna parte, donde quiera que sea, sentados tranquilamente y en el trance de la meditación. Si dejáis que vuestra conciencia vague de buen o mal grado sin controlarla mucho, podéis encontraros cerca de una persona que ha bebido demasiado y horrorizaros al ver toda clase de animales extraños retorciéndose a su alrededor. ¡Sí, esos elefantes rayados existen realmente en forma de pensamiento! Peor todavía: suponed que dejáis que vuestra con-

ciencia vague de ese modo y os encontráis cerca de un hombre de muy mala índole con el asesinato en su corazón; si está pensando en asesinar, entonces vosotros, pobres víctimas, veréis las escenas como si fueran reales y no sólo pensadas, y volveréis a vuestro cuerpo tan impresionados que os dolerá la cabeza durante las siguientes veinticuatro horas pensando que habéis presenciado un asesinato o algo peor.

El metafísico iniciado puede reconocer fácilmente lo que es real y lo que es imaginario, pero vuelvo a aconsejaros que a menos que tengáis algún buen motivo para poneros en estado de trance profundo no lo hagáis.

Si no queréis tener en cuenta este consejo tened en cuenta este otro: si en un trance profundo o en el plano astral os encontráis con entes horribles que os hacen muecas o algo peor, sólo tendréis que pensar fuertemente que no los teméis, pues si hacéis eso veréis que desaparecen. Sólo pueden alimentarse con el temor y, si no los teméis, los ahuyentáis.

Con sincera amistad os aconsejo que no os dejéis hipnotizar sino por un médico competente y que no os pongáis en estado de trance sino bajo la vigilancia de una persona idónea. La meditación ordinaria es completamente segura, no puede causaros daño alguno porque os halláis en plena posesión de todas vuestras facultades. Por consiguiente, meditad y gozad con ello. Evitad el hipnotismo y el trance profundo porque no promoverán lo más mínimo vuestra evolución.

Capítulo IX

¿ES EL VIAJE ASTRAL PARA VOSOTROS?

Las oscuras brumas de la noche se iban poniendo poco a poco grises y se retiraban lentamente del sol naciente. Durante algún tiempo húmedos zarcillos de niebla se elevaban de las largas hierbas. Pronto se pudo discernir la vieja aldea de Much Nattering anidada profundamente en el valle que formaban las Cotswold Hills. Un bosque se extendía por las laderas y amenazaba con tragarse a la aldehuela, y por el centro de la calle principal corría centelleando y murmurando un arroyuelo llevándose todos los desechos de una civilización anterior.

Much Nattering era una típica aldea inglesa con casitas de piedra techadas con juncos amarillos de los pantanos cercanos. En el extremo lejano de la aldea se hallaba la Village Green y en el centro el estanque donde los chismosos se repantigaban en sus sillas en el extremo de una larga viga que se extendía sobre el agua estancada y cubierta de limo. Más lejos, en el lado del estanque más cercano a la aldea, había una pequeña plataforma de piedra, probablemente los restos de una antigua erupción de basalto en la vertiente de la montaña. Existía la costumbre de llevar allí a las brujas y arrojarlas al agua para ver si se sumergían o flotaban. Si se hundían y ahogaban eran inocentes; si flotaban se juzgaba

que el Diablo las sostenía y las desdichadas volvían a ser arrojadas al agua hasta que al final "el brazo del Diablo se cansaba" y se ahogaban.

El poste de Mayo estaba todavía adornado con sus cintas, pues el día anterior había sido un día de fiesta y la juventud de la aldea había bailado alrededor del poste y contraído esponsales.

A medida que la luz aumentaba y avanzaba el día columnitas de humo salían por los agujeros abiertos en los techos de barro o por las pequeñas chimeneas en los techos bardados, lo que indicaba que los labradores acomodados de Inglaterra se disponían a tomar su desayuno antes de salir para sus tareas. El desayuno consistía en cerveza y pan seco y duro, pues en esa época no había té, ni café, ni cacao y raras veces —quizás una vez al año— comían alguna clase de carne; sólo las familias más ricas conocían el sabor de la carne, y las demás sólo la que podían producir en su propia localidad.

Luego se oyeron los sonidos de una gran animación, de mucho movimiento. Los hombres comenzaron a salir de sus casas para ir a los corrales o los graneros o a los campos para enganchar y enjaezar los caballos. Las mujeres se atareaban dentro de las casas lavando, desempolvando, cosiendo o zurciendo, y preguntándose cómo se las arreglarían con la escasa cantidad de dinero de que disponían, pues el trueque era su recurso principal y ya todos los habitantes de la aldea sabían lo que tenían los otros y era hora de que alguno de los viajantes llegara trayendo artículos nuevos.

La mañana avanzaba lentamente y a lo largo de la calle de la aldea los brillantes rayos del sol se reflejaban en los vidrios verduscos de algunas ventanas. Pronto se produjo una gran conmoción: la señora Helen Highwater salió bruscamente de una casa situada al final de una calle y avanzó por el camino empedrado con sus viejas botas de elásticos en los lados que atisbaban tímidamente bajo las

faldas voluminosas que se arremolinaban ligeramente a causa de la velocidad de su paso. Bajo la papalina con cintas que llevaba en la cabeza su rostro era de un color rojo brillante y lo cubría una delgada capa de sudor. Corría como una goleta completamente equipada, al empuje de un ventarrón invernal; sus talones resonaban haciendo un "clac clac clac clac" en los guijarros pulidos. De vez en cuando volvía la cabeza sin detenerse para mirar sobre el hombro como si temiera que la persiguiera el Demonio. Lanzaba solamente una mirada y luego continuaba su camino con renovado vigor, jadeando. Para cuando llegó al final de la calle su respiración se había convertido en una serie de gruñidos en staccato.

Al final de la calle empedrada se volvió hacia la derecha y se dirigió a la farmacia situada en un esplendor solitario un poco aparte de las otras cosas. Durante un momento interrumpió su huida precipitada y miró una vez más a su alrededor, tras lo cual levantó la vista para mirar las ventanas altas de la casa. Atisbando por el otro lado del edificio vio que el caballo del farmacéutico no estaba atado, y volviendo al frente subió corriendo los tres escalones de piedra gastados y abrió de un empujón la sólida puerta de roble. "Clang clang, clang clang" sonaba una campanilla, mientras ella se introducía en una habitación oscura y lóbrega.

Le llegaban olores de todas partes, de moho, canela, limón, sándalo, pino y otros extraños que las ventanas de su nariz no podían identificar. Se quedó allí jadeando, resoplando y tratando de recuperar el aliento. Proveniente de una habitación situada detrás de la farmacia apareció una mujer que era la esposa del farmacéutico.

—¡Oh, Ida Shakes! —exclamó Helen Highwater—. Volví a verla anoche. Estaba arriba en el cielo con la Luna como fondo, desnuda, desnuda como un grajo y cabalgando en una gran escoba de abedul.

Se estremeció y pareció que iba a desmayarse, por lo que

Ida Shakes corrió hacia ella y la condujo a una silla junto al pequeño mostrador.

—Siéntese aquí —le dijo—, cálmese y dígame todo lo que ha pasado. Le serviré un poco de cerveza para que se sienta mejor.

Helen Highwater suspiró dramáticamente y dejó que sus ojos girasen hacia el cielo.

—Yo estaba allí —explicó— en camisón delante de la ventana del dormitorio contemplando la gloria de Dios en la Luna y el cielo nocturno. —Se interrumpió y volvió a suspirar—. De pronto —continuó— miré hacia la derecha y vi que un gran búho viejo pasaba volando delante de la ventana y me di cuenta de que huía de algo. Estiré el cuello hacia la derecha y allí estaba ELLA deslizándose por el firmamento sin llevar siquiera un camisón, y pensé: "¡Dios mío, todos esos hombres que están fuera extraviados y los gitanos que acampan entre los matorrales qué pensarán al ver a una Hija de Satán volando así sobre ellos!".

Ida Shakes sirvió más cerveza y bebieron juntas en silencio durante un rato. Luego la esposa del farmacéutico dijo:

—Vayamos juntas a referir lo sucedido a nuestro sacerdote, el Reverendo Doguid. Él sabrá qué se puede hacer con eso. Ahora recobre usted el aliento mientras yo me pongo la papalina; saldremos juntas y dejaré al aprendiz a cargo de la farmacia.

Dicho eso giró sobre los talones y entró en la habitación trasera, donde Helen Highwater la oyó dar órdenes en un tono de voz breve y agudo.

Pronto las dos damas, charlando como cotorras, corrían por la vereda hacia la rectoría, para mantener una conferencia con el digno pastor y guardián de sus almas, el reverendo señor Doguid.

A muchos kilómetros de distancia, en una aldehuela alejada de Londres, el impetuoso cardenal Wolsey se agitaba

en su cama. Trazaba sus planes para cazar brujas, para hacer y deshacer reyes e imponer la austeridad a los príncipes lo mismo que a los pobres. Se había retirado a su casa de campo en la aldea de Hampton, a unos kilómetros de la ciudad de Londres. Ya entonces el cardenal se proponía reconstruir la casa y convertirla en una verdadera Corte que rivalizase con la del Rey en Londres. Pero en aquel momento el cardenal, que no sabía que en los años futuros su nombre sería una marca de fábrica de ropa interior, se agitaba intranquilo mientras a todo lo ancho y lo largo de Inglaterra sus investigadores especiales iban de un lado a otro vigilantes con la esperanza de encontrar brujas a las que pudieran torturar y quemar en la hoguera para gloria de Dios y salvación de sus almas.

El digno cardenal reflexionaba acerca de todas esas cosas recostado en sus blandas almohadas, y pensaba con presumida complacencia en cómo reorganizaría el Cielo cuando fuese a él finalmente, aunque no se proponía abandonar la Tierra en un momento en que gozaba de tanto poder.

Entretanto, en la aldea de Much Nattering las dos damas se levantaron para despedirse del Reverendo Doguid.

—Bueno, entonces, señoras —dijo él en tono severo—, vigilaremos a esa viuda de la que ustedes hablan, veremos lo que se pueda ver, y después de haberlo visto actuaremos para la mayor gloria de Dios.

Saludó gravemente con un movimiento de cabeza y acompañó a Ida Shakes y Helen Highwater a la puerta de la rectoría.

Durante el resto del día se vieron grupitos de mujeres que cuchicheaban furtivamente y atisbaban hacia el bosque que se destacaba en el perímetro de la aldea. Había muchos movimientos de cabeza y muchos enlazamientos de manos debajo de los delantales. Los hombres, ignorantes de lo que sucedía, parecían desconcertados por la extraña actitud de sus esposas, como les sucede siempre a los hombres, y lo

atribuían a una forma de locura que sobreviene a las mujeres con bastante frecuencia.

Junto al Poste de Mayo un grupito de muchachos y muchachas giraban, se entrelazaban y hacían cabriolas ejercitándose para una nueva danza que iban a bailar poco después ante los visitantes de otra aldea.

Pronto comenzaron a acumularse las sombras de la noche y de los campos que se oscurecían volvían los hombres que habían trabajado durante todo el día; cayéndose de cansancio avanzaban tambaleando hacia sus casas. A la sombra de la rectoría cuatro hombres esperaban en silencio, apoyados en la pared. Luego, cuando la oscuridad se hizo más densa, en la puerta lateral de la rectoría apareció una figura: el Reverendo Doguid en persona. Los cuatro hombres saludaron respetuosamente al sacerdote, quien les dijo:

—Síganme a la cabaña de la viuda. He enviado un mensajero en busca de los interrogadores.

Dicho eso, se volvió y echó a andar dando la vuelta alrededor de la parte principal de la aldea, en dirección del bosque. Durante veinte minutos siguieron caminando y luego penetraron en las densas sombras que arrojaban los pinos. Allí el avance era muy difícil, pues sólo les llegaba el resplandor purpúreo del cielo nocturno que se filtraba a través de las ramas desnudas, pero como conocían el terreno seguían su camino tratando de guardar el mayor silencio posible. Por fin llegaron a un claro y pasaron junto a un montón de ramitas de avellano y restos de carbón de leña. Luego se volvieron hacia la izquierda y vieron ante ellos el oscuro contorno de una choza tosca. Extremaron su cautela y avanzaron cuidadosamente en silencio completo, cruzando el claro en puntillas hasta la cabaña.

En hilera se acercaron a la ventana mal cubierta por las cortinas y a través de una rendija entrevieron una luz. El sacerdote se adelantó, aplicó un ojo a la rendija y miró adentro. Vio una habitación mal amueblada con muebles

hechos con la madera de los árboles. La luz que vio provenía de un nudo de pino ardiente del cual caía todavía la resina. A la luz de ese pino que chisporroteaba pudo ver que en el centro de la habitación se hallaba una anciana sentada en el suelo. Escuchando atentamente podía percibir que ella murmuraba algo y se quedó unos instantes observando y escuchando. Luego, de la oscuridad surgió un murciélago que descendió y agarró el cabello de uno de los hombres; lanzando un grito de terror, el hombre se levantó de un salto y luego cayó de bruces, petrificado por el miedo.

Mientras el sacerdote y los otros tres hombres le miraban con un asombro estupefacto, la puerta de la cabaña crugió y en ella apareció la anciana. El sacerdote, galvanizado, la señaló dramáticamente con el índice y le gritó:

—¡Hija de Satán, venimos a buscarte!

La anciana, paralizada por el terror, pues sabía muy bien lo que le esperaba, cayó de rodillas llorando. A una señal del sacerdote, los otros tres hombres, seguidos lentamente por el cuarto que se levantó avergonzado, se acercaron a la anciana y, mientras dos de ellos le sujetaban rudamente los brazos, los otros dos entraron en la cabaña. La registraron por completo y, como no encontraron hechizos ni rastros de instrumentos mágicos, arrojaron el tronco de pino ardiente en un montón de pinochas para que ardiera la cabaña, que se incendió por completo mientras ellos se retiraban.

En el sótano de la iglesia la anciana se arrodilló ante el sacerdote.

—He mandado que vayan a buscar a los interrogadores —dijo él en tono amenazador—. ¡Eres una Hija de Satán, y has volado por el aire desnuda en compañía de Satán!

La pobre anciana gritaba de terror, pues sabía que, habiendo sido incendiada su casa, la juzgaban sin proceso alguno.

—Vas a estar encerrada en una celda durante la noche

hasta que lleguen los investigadores de Su Majestad —dijo el sacerdote.

Se volvió hacia los cuatro hombres y les ordenó que llevaran a la anciana a la cárcel local y la tuvieran encerrada hasta la mañana siguiente.

A una hora avanzada de la mañana siguiente se oyó ruido de cascos de caballos en el camino de tierra mal asentada y luego el matraqueo de esos cascos cuando los jinetes avanzaban por la calle principal empedrada y se detenían ante la rectoría. Del caballo que iba delante descendió el Interrogador de Brujas de Su Majestad, un hombre de rostro rudo y abotagado con ojitos de cerdo. Lo seguían su ayudante y dos atormentadores que descargaron amorosamente los sacos que contenían sus instrumentos de trabajo. Entraron juntos en la rectoría, donde los esperaba el sacerdote. Durante un tiempo hubo una discusión animada y luego los hombres salieron de la rectoría y se dirigieron a la habitación utilizada como cárcel de la localidad. Entraron, se apoderaron de la anciana, que farfullaba de terror, y la desnudaron. Examinándola minuciosamente, centímetro por centímetro desde la cabeza hasta los pies, le clavaban alfileres para ver si tenía algún lugar inmune al dolor, lo que era una de las pruebas normales a que se sometía a las brujas.

Luego le pusieron empulgueras y las apretaron hasta que ella comenzó a gritar y las empulgueras se enrojecieron.

Como todavía no confesaba, pues la verdad era que nada tenía que confesar, la asieron del cabello y la arrastraron por la calle empedrada de la aldea hasta el estanque de las zambullidas, donde se había reunido una multitud de espectadores ansiosos por ver cómo se ahogaba una bruja.

Mantuvieron a la anciana erguida y desnuda en la plataforma de piedra mientras los hombres se colocaban a ambos lados del estanque. Luego el sacerdote se apostó frente a ella y le dijo:

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

te insto a que hagas tu verdadera confesión para que de acuerdo con la misericordia de Dios puedas morir sabiendo que tu alma se salvará. Confiesa antes que sea demasiado tarde.

Dicho eso, hizo la señal de la cruz en el aire y se retiró a un lado. La anciana estaba muda de terror.

Cuatro hombres la asieron por los brazos y las piernas y la lanzaron a gran altura en el aire. Dio una voltereta antes de caer de cabeza en el agua espumosa del estanque. Durante unos instantes sólo se vieron algunos escarceos en la superficie y luego aparecieron su cabello chorreante y su cabeza. Se agitó desesperadamente en el agua y pareció que comenzaba a nadar. Entonces un espectador le arrojó una piedra pesada que le dio en el lado de la cabeza. Siguieron otras piedras. La pobre anciana lanzó un grito horrible y se vio que el globo de un ojo le colgaba por la mejilla. Nuevas piedras se lo arrancaron y el cuerpo se hundió bajo el agua enrojecida. Durante un minuto o quizá más pareció haber agitación bajo la superficie y toda una fuente de agua enrojecida por la sangre brotó formando un montoncito.

Uno de los investigadores se volvió hacia otro y le dijo:

—Satán no la ha salvado. Tal vez, como ella alegaba, después de todo era inocente.

El otro hombre se encogió de hombros y mientras se alejaba contestó:

—Bueno, ¿qué importa? Todos tenemos que morir algún día y la hemos sacado de su miseria.

Inadvertido, aislado y solo, un anciano giboso acechaba entre un bosquecillo de árboles. De sus ojos manaban lentamente las lágrimas y se deslizaban por sus mejillas arrugadas y marchitas. De cuando en cuando trataba de secárselas con el dorso de una mano nudosa. Atentamente atisbaba bajo las cejas blancas e hirsutas. Su mano izquierda empuñaba y volvía a empuñar espasmódicamente el viejo bas-

tón retorcido que utilizaba para que lo ayudase a caminar penosamente.

Cuando la pobre anciana se hundió bajo la superficie del agua por última vez para enredarse en su agonía con las adhesivas malezas del fondo, él murmuró: "Es triste, triste".

Una mujer que corría por el sendero para tratar de ver algo antes que todo terminase, vio al anciano retorcido y se detuvo a su lado.

—¿Qué ha sido de ella, abuelo? —le preguntó con voz chillona.

—¡Asesinada! —contestó el jorobado en tono áspero—. ¡Asesinada en el altar de la ignorancia y la superstición! No era bruja. Yo fui a la escuela con ella. Tenía un alma pura y no cometía maldad alguna.

La mujer joven le miró con el ceño fruncido y le dijo amenazadoramente:

—Le conviene tener más cuidado con lo que dice, abuelo, si no quiere encontrarse en ese estanque con ella. Circulan algunos malos rumores acerca de usted, ya lo sabe, y si yo no fuera una buena nieta los haría circular yo misma.

Dicho eso, corrió para examinar con ávida fascinación la superficie del estanque ahora inmóvil, sólo rizada de vez en cuando por el estallido de alguna burbuja proveniente del fondo.

El jorobado se le quedó mirando con ojos pensativos y luego murmuró para sí mismo: "Superstición, superstición, siempre la enemiga del progreso. Los que viajamos por el plano astral somos víctimas de los malvados, los ignorantes y los envidiosos, los que no pueden hacerlo y atribuyen los malos pensamientos a los que podemos. ¡Tengo que ser prudente, tengo que ser prudente!".

Volvió a mirar con tristeza el estanque, pues los investigadores habían llevado las ropas de la anciana y las descargaban en la piedra donde ella había estado. Solemne-

mente, con muchos conjuros religiosos, prendieron fuego a los viejos harapos. Soplaron las primeras chispas hasta convertirlas en llamas y las pequeñas partículas del material quemado y ennegrecido se elevaron impulsadas por el viento.

El viejo jorobado se volvió tristemente, se encogió de hombros y dando traspiés se introdujo en el bosque protector.

Sí, a lo largo de los siglos los que pueden viajar por el plano astral han sido perseguidos y castigados por los envidiosos que no pueden hacerlo y se sienten agraviados pensando que otros hacen lo que es imposible para ellos. Sin embargo, casi todos pueden viajar por el plano astral si sus motivos son buenos, si sus pensamientos son puros y si se ejercitan en ello. Veamos qué es necesario para viajar por el plano astral.

En primer lugar se deben tener pensamientos absolutamente puros, porque cuando se viaja por el plano astral es muy fácil entrar en una casa y ver lo que hacen sus habitantes, estén los que estén y hagan lo que hicieren. Es posible mirar por encima del hombro de una persona que está escribiendo una carta y leer la carta; es posible hacerlo, pero está mal, criminalmente mal. La persona sincera que realiza un viaje astral no debe pensar en inmiscuirse de ese modo en la vida privada de otra, y si lo hace por casualidad no debe hablar de lo que ha visto. Por consiguiente, si no estáis seguros, completamente seguros fuera de la menor sombra de duda, de que no queréis inmiscuiros en la vida privada de otra persona, descubriréis que es en verdad muy difícil penetrar en lo astral conscientemente. Casi todos penetran en lo astral subconscientemente, es decir, cuando están dormidos, pero conscientemente es otra cosa.

Yo recibo gran número de cartas pidiéndome que visite a tal o cual persona por medio del viaje astral para que luego les diga qué es lo que le aflige, pero aunque estuviese dispuesto a hacerlo el día sólo tiene veinticuatro horas y sería completamente imposible recorrer todos los lugares en

tan poco tiempo. En todo caso, está moralmente mal introducirse en la casa de alguien y acecharlo en el dormitorio o en otra parte. Con demasiada frecuencia la gente desea una visita astral porque es demasiado perezosa para tomar las medidas necesarias para curarse a sí mismo, o sólo por pura curiosidad.

Otro impedimento para el viaje astral en el estado de vigilia es el que se impone a las personas que desean hacerlo para poder hablar de él y mostrar lo inteligentes que son. Si hacéis un viaje astral conscientemente nunca habléis de él, porque constituye un gran privilegio poder hacerlo y sólo se lo menciona cuando se trata de ayudar a otros. Por consiguiente, si creéis que el viaje astral puede ser una especie de viaje de turismo o entreteneros más que vuestro programa de televisión, será mejor que no penséis en él, pues si pensáis así no es para vosotros.

Una tercera prohibición se impone a los que desean hacer el viaje astral para poder manejar los asuntos ajenos. Son muchas las personas que se sienten "benefactoras" y desean recorrer el mundo en el plano astral para arreglar bien las cosas, sin saber probablemente por qué están desarregladas. Está muy mal, ciertamente, obligar a una persona a recibir ayuda. Después de todo, la persona interesada es la que mejor conoce sus propios asuntos, y si alguien vaga por el plano astral y trata de fisgar y espiar y luego le dice a la víctima que debe hacer esto o aquello se toma una libertad injustificable.

Podéis preguntaros qué se puede hacer con el viaje astral si existen tantas limitaciones. Pues bien, he aquí lo que se puede hacer: podéis visitar cualquiera de las grandes bibliotecas del mundo, podéis visitar cualquier parte del mundo, podéis estudiar manuscritos antiguos, podéis (¡sí, esto es completamente cierto!) visitar otros mundos cuando progreséis lo suficiente. Pero si deseáis viajar por el plano astral y lo conseguís y luego caéis en la tentación y espiáis a

alguien en su vida privada, obráis mal y probablemente ya no podréis realizar otro viaje astral.

Una de las cosas que me interesan es observar a la gente cuando sale de su casa por la noche. Me gusta sentarme junto a una ventana, preferentemente en una posición ventajosa, y contemplar una ciudad dormida. ¿Os diré qué aspecto tiene? ¿Os diré cómo veo las cosas?

De las azoteas de la ciudad llega una bruma azulada como si se elevase una neblina impalpable. La neblina se eleva unos diez metros, quizás unos treinta metros, y se hace cada vez más azul. Luego la superficie de la neblina forma burbujas como las de una caldera de alquitrán en ebullición. Las burbujas se rompen y flámulas centelleantes de pálida luz azul blanquecina emergen y se elevan al cielo nocturno; los hilos de luz se hacen cada vez más delgados, pero están siempre presentes, irradian en todas direcciones, hacia el norte, el sur, el este y el oeste. Algunos ascienden directamente hacia el infinito de arriba, y otros, lo que es extraño, descienden directamente como si buscaran otra forma de vida en el centro de nuestra Tierra. Los cuerpos de los habitantes de esta ciudad están dormidos, pero sus cuerpos astrales viajan, como lo prueban sus Cordones de Plata que centellean en la oscuridad de la noche. Se extienden hacia arriba y hacia arriba, y de cuando en cuando se advierte un tirón y una sacudida y el cordón se contrae y pronto el cuerpo astral desciende, desaparece en la neblina azul y vuelve a entrar en el cuerpo físico. Son personas que han sido perturbadas por la apertura de una puerta o el movimiento de su cónyuge y se despiertan por la mañana con dolor de cabeza y recuerdos de una pesadilla horrible. Casi todos hacen viajes astrales, pero, por desgracia, a causa de las enseñanzas de Occidente, la mayoría olvida lo que ha aprendido y lo que ha hecho cuando vuelve al cuerpo. Si un viaje astral es interrumpido bruscamente origina pesadi-

llas y la destrucción completa de todos los recuerdos de la verdadera experiencia.

La mayoría de las personas ha experimentado un tirón violento cuando se quedaban dormidas, la sensación de que se elevaban y caían, de que caían de un árbol o por un precipicio. Esto casi recuerda el viaje astral, pero no olvidéis que el viaje astral es algo que casi todos pueden hacer conscientemente si tienen en cuenta las condiciones mencionadas en este capítulo.

A alguna distancia, pero dentro del alcance de mi vista, había un gran edificio, una prisión. Alrededor de sus paredes brillaban luces encendidas durante toda la noche y de vez en cuando un reflector recorría las paredes, pero en aquel momento de la noche la mayoría de las celdas estaban a oscuras. Sin embargo, no lo estaban del todo, porque las luces de los Cordones de Plata ascendían y los presos se escapaban por ellas al plano astral, pues en verdad se ha dicho que los barrotes de hierro no constituyen una prisión; los barrotes de hierro no dejan pasar el cuerpo de carne y hueso, pero no hay barrotes para el cuerpo astral. Por eso los juzgados culpables y los inocentes se mezclan y hacen sus viajes separados por la noche.

Desde los techos de los edificios altos se conciben con demasiada frecuencia pensamientos terribles y sórdidos, e inclusive los Cordones de Plata que salen de esos lugares son con frecuencia más opacos e impuros. Pues los que se entregan a la lujuria de la carne no viajan a los planos superiores, sino que se limitan al plano astral inferior, donde se encuentran con individuos depravados y no desarrollados semejantes a ellos.

Suponiendo que hayáis pasado por todo esto y que habéis decidido que no tenéis lujurias ni deseo de atisbar a otros en su vida privada, suponiendo que decidáis que podéis viajar conscientemente, he aquí lo que debéis hacer.

Haced un experimento concreto. Convenid con algún

amigo muy íntimo en que iréis, con su permiso, a visitar su casa esa noche. Haced que vuestro amigo acceda a poner algo, quizás un mensaje escrito, en una mesa de modo que podáis leer ese mensaje y repetirlo al día siguiente para demostrar que habéis hecho lo que os proponíais.

Cuando os acostéis, aseguraos de que lo hacéis a una hora razonable, es decir, bastante temprano. No comeréis mucho antes de acostaros y, por supuesto, no beberéis demasiado antes de retiraros, pues de otro modo vuestro descanso se perturbará inevitablemente y si tenéis que levantaros durante la noche podéis olvidar vuestras experiencias en el plano astral.

Cuando os acostéis en vuestra cama aseguraos de que estáis completamente cómodos, sin demasiado calor ni demasiado frío, y conviene más que durmáis solos con la puerta de vuestro dormitorio cerrada, pues si dormís con vuestro cónyuge y os desveláis durante la noche seréis traídos de vuelta de vuestro viaje astral con una gran sacudida que os hará olvidar todo lo que habéis experimentado.

Decidid adónde vais a ir. Podéis ir a la casa de un amigo, y en ese caso conoceréis el camino, o podéis ir a un país diferente. Pero suponiendo que vais a ir a una casa particular o a ver a una persona particular, visualizad la casa, imaginaos cómo visitaríais esa casa si fuerais en coche o caminando. Afirmad solemnemente antes de dejar que vuestro cuerpo físico se duerma que vuestro cuerpo astral irá a esa casa y que cuando os despertéis por la mañana recordaréis por completo todo lo sucedido, afirmad que eso ocurrirá y que lo recordaréis. Repetid vuestra afirmación tres veces y luego dejad que el sueño se apodere de vosotros pensando en todo eso. Si conseguís hacerlo, he aquí lo que sucederá: sentiréis que vuestro cuerpo se pone pesado, sentiréis que vuestros ojos se cansan y os quedaréis dormidos de una manera completamente normal. Pero luego, cuando os quedéis dormidos, tendréis una experiencia análoga a la que se tiene cuando

se sale de una habitación oscura a un "exterior" brillantemente iluminado. En el momento del paso vuestro cuerpo físico se sacudirá ligeramente, y si la sacudida no os despierta en el cuerpo físico, vuestra conciencia se extenderá y se hará más clara y experimentaréis una sensación verdaderamente maravillosa, verdaderamente jubilosa de alborozo y liberación de trabas.

Tendréis la sensación de que estáis centelleando y burbujeando de vitalidad. Al cabo de un tiempo se os ocurrirá preguntaros qué sucede y entonces miraréis a vuestro alrededor y veréis que estáis unidos a vuestro cuerpo físico por un cordón blancoazulado brillante y vibrante, como el cordón umbilical que une a un niño con su madre.

Con algún horror y disgusto miraréis el terrón de arcilla que es vuestro cuerpo físico que yace allí, quizás en un haz de miembros retorcidos. Os horrorizará que tengáis que volver a ese cuerpo aprisionante. Pero todavía no habrá llegado ese momento. Miráis a vuestro alrededor y contempláis las cosas desde un punto de vista nuevo. Podéis elevaros y mirar de cerca el techo o las paredes, pero luego, cuando vagáis por la habitación, os parece fastidioso estar encerrados en un espacio tan pequeño y pensáis en la manera de salir de allí... y tan pronto como lo pensáis lo hacéis. Descubrís que os proyectáis más allá del techo, sin recordar cómo habéis pasado a través de él y de otras habitaciones; os encontráis afuera, flotando sobre el tejado en el extremo de vuestro cordón blancoazulado.

Durante unos instantes flotáis suavemente elevándoos como arrastrados por corrientes invisibles. Tal vez miráis hacia abajo e identificáis vuestra casa y la de vuestros amigos, tal vez veis algún coche retrasado que corre por la carretera. Veis vuestra ciudad o vuestro distrito como desde un globo, pero tenéis la impresión de que estáis perdiendo el tiempo, de que no es ése vuestro propósito, de que nada se gana contemplando una ciudad dormida.

Pensáis en los planes que os habéis trazado, en los lugares que os agradaría visitar, ya sea Bulgaria, Buenos Aires, Londres, Berlín o cualquiera otra parte. Quizás os contentéis con ir a la casa de un amigo para leer un mensaje cuidadosamente preparado con objeto de que podáis repetírselo a la vuelta como confirmación de vuestra visita. Inmediatamente recordáis adónde queréis ir y pensáis en la manera de llegar allá. Tal vez desde Dublín, en Irlanda, decidís que os gustaría visitar Nueva York. Mientras pensáis en eso vuestro cordón astral se extiende cada vez más y os eleváis más y más a una altura mayor que la que han alcanzado los astronautas o los cosmonautas. Al elevaros veis la Tierra que gira lentamente debajo de vosotros, veis el océano que desde esa altura parece un tranquilo estanque de aldea, y luego contempláis vuestro destino, Nueva York. Allí viven cuatro horas más temprano, por lo que la gente no duerme todavía, las luces de la ciudad están encendidas y eso os sirve como un faro excelente. "Fijáis la vista" en la ciudad de Nueva York y os dirigís hacia ella casi con la velocidad del pensamiento. A medida que os acercáis y la ciudad se agranda podéis divisar vuestro destino deseado. Quizás sea Manhattan, quizá deseéis contemplar la muchedumbre que acude a los teatros de Broadway, quizá queráis echar un vistazo a la Radio City o flotar sobre los muelles para ver los grandes barcos allí amarrados. Al mismo tiempo que lo pensáis lo hacéis.

En muchos grandes edificios veréis las luces encendidas; la mayoría son edificios de oficinas. Podéis recorrerlos y ver cómo trabajan los limpiadores y también algún "ejecutivo de alta presión". Pero muchas de las luces serán de edificios de departamentos. Os haré una amonestación a este respecto: no os entrometáis en el secreto de esos departamentos, porque no os gustaría que otros os espiasen y se rieran un poco maliciosamente de vosotros, ¿verdad? Pues

bien, respetad la vida privada de esa gente y podréis continuar vuestro viaje astral sin inconvenientes.

Durante todo el período de vuestro viaje astral retened en vuestra conciencia la idea de que recordaréis, recordaréis, recordaréis. Nunca perdáis de vista esa idea, guardadla en alguna parte, de modo que constantemente tengáis fija la atención en que debéis recordar y recordaréis. Con la práctica no tendréis dificultad alguna para recordar. Al principio, cuando estéis de vuelta y en el cuerpo, pensaréis que habéis soñado, pero si en la noche siguiente volvéis a visitar el mismo lugar, comprobaréis que no ha sido un sueño, sino una realidad. Así, con la confirmación, descubriréis que todo se hace cada vez más fácil.

Pero estáis en el plano astral contemplando la ciudad de Nueva York desde el aire. La noche se hace más oscura y abajo los policías, en sus coches de ronda, recorren las calles y la ciudad se queda más silenciosa, aunque Nueva York nunca queda en silencio. Pronto sentís una extraña impresión de inquietud, la impresión de que os necesitan. Sentís un hormigueo a lo largo de vuestro Cordón de Plata. Si sois prudentes y expertos volveréis inmediatamente a vuestro punto de partida, en este caso Dublín. Si no sois expertos, seréis arrastrados sin ceremonia como un pez por un pescador impaciente.

Cuando, porque sois de los más prudentes, os decidís a volver, de nuevo os remontáis hacia el firmamento, de modo que mirando hacia bajo veis que la oscuridad es cada vez más densa sobre los Estados Unidos y que sobre Europa la luz comienza a hacerse más brillante. Cuando os halláis sobre Dublín veis los primeros débiles rayos de luz que surgen del borde del mundo, por lo que comenzáis a descender y veis que el tejado de vuestra casa se acerca. La primera o la segunda vez teméis aterrizar bruscamente, pero nada malo sucede, pues atravesáis el techo sin siquiera daros cuenta de ello y os encontráis de nuevo en vuestro dormi-

torio, *flotando* a poca distancia de vuestro cuerpo físico dormido. Lo contempláis y os estremecéis una vez más ante la idea de que vais a perder la libertad de moveros con la velocidad del pensamiento. Sin embargo, no se puede renunciar a la naturaleza y os vais tranquilizando poco a poco. Pronto os halláis casi en contacto con el cuerpo, que parece resplandecer y vibrar lentamente, y luego os dais cuenta de que estáis vibrando mucho más rápidamente. Tenéis que realizar la tarea de sincronizar vuestras vibraciones con las del cuerpo físico, pero ésta es en gran parte una tarea automática. Vais penetrando en vuestro cuerpo físico y tenéis la sensación de que os encerráis apretadamente en una vestimenta fría, húmeda y rígida. Al principio es una impresión muy desagradable, porque os parece que os ahogáis y apretáis, y eso os hace estremeceros y preguntaros por qué diablos la gente ha de tener un cuerpo. Luego se os ocurre la respuesta: ¡lo necesitáis para vivir en la Tierra!

No deberéis olvidaros de que tenéis que recordar todo y bajaréis todavía más vuestro cuerpo astral para que se ajuste exactamente a vuestro cuerpo físico frío y pegajoso. Cuando quede ajustado exactamente sentiréis un "chasquido" y un tirón, y la impresión de que caéis a través de una polvareda negra y lanuda. Podéis seguir durmiendo durante unos instantes; en ese caso, lo primero que advertiréis a continuación es que la luz del día llega hasta vosotros y abrís y os frotáis los ojos y quizá bostezáis también.

En vuestra mente está muy claro el conocimiento de todo lo que habéis hecho durante la noche. Ahora es el momento de que lo pongáis por escrito; hacedlo inmediatamente, utilizando el papel y el lápiz que habéis preparado al lado de la cama con ese propósito. No os hagáis los "inteligentes" pensando que podréis recordar todo posteriormente, porque no podréis recordarlo, al menos las primeras veces. En cambio olvidaréis todo si no tomáis la precaución elemental de ponerlo todo por escrito antes que el nuevo día os haga

olvidarlo. En consecuencia, escribidlo y leedlo, y haced eso en vuestra primera media docena de viajes astrales alrededor del mundo.

Todo lo dicho hasta ahora se ha referido al viaje astral en el plano mundano, es decir, a las andanzas por el mundo viendo las grandes bibliotecas, las grandes galerías de arte y las grandes ciudades de este mundo. Pero tal vez deseéis visitar el mundo astral de más allá, el que los antiguos escribas llamaban "Purgatorio" y "Paraíso".

En ese caso recordad que eso es muy fácil, pues en las antiguas Escrituras hindúes hay descripciones muy vívidas de hombres que viajaban a la Luna, el Sol y las estrellas, ya que cuando os halláis en el plano astral la diferencia en la temperatura y la falta de una atmósfera respirable no tienen importancia para vosotros, no os causan inconveniente alguno. Desgraciadamente la humanidad actual se limita a jugar con cohetes y otras tonterías como ésa, olvidando que hace diez mil años los indios podían viajar por el espacio por medio de la proyección astral. Esto no es ficción novelesca sino realidad, y si conseguís que alguien os traduzca las Escrituras hindúes lo comprobaréis vosotros mismos.

Si deseáis visitar a vuestros amigos en el plano astral tendréis que prepararos especialmente, en el caso de que vuestros amigos estén muy evolucionados, porque en el mundo astral, es decir, en los planos superiores del conocimiento, una o dos horas de la Tierra se convierten en varios miles de años del tiempo astral, porque en él todo depende de la velocidad del pensamiento, etc. Como ejemplo os diré que el pensamiento tarda un décimo de segundo en viajar desde el cerebro de un hombre para hacer que se mueva el dedo pulgar del pie o la muñeca. Pues bien, en el plano astral puede tardar diez milésimas de segundo. Es un sistema de tiempo completamente distinto. Pero cuando viajéis por el mundo astral de día o de noche descubriréis que podéis

hacer que funcione vuestra mente cada vez mejor en los planos superiores y no os coartarán las trabas físicas.

Para daros una idea de la diferencia en los ciclos de tiempo os diré que en esta Tierra vivimos ahora en la Era de Kali; la Era de Kali en años celestiales es igual a 1.200, pero en años humanos es de 432.000 años.

Pero más allá de nuestro sistema terrestre, más allá de todo nuestro sistema de tiempo y dimensiones, se halla el sistema del "Creador del Universo", que es un tiempo muy largo, en el que 4.320.000 x 1.000 años humanos constituyen solamente un día de "super" tiempo, por lo que para que podáis localizar a un ente evolucionado tenéis que estar seguros de su lugar en cierta secuencia de tiempo. ¡Todo lo cual pone de manifiesto que el médium de callejuela no tiene en realidad probabilidad alguna de obtener comunicaciones!

Pero deseáis salir de este mundo e ir al mundo astral. Pues bien, decíoos que vais a ir a él y cuando os acostéis decidid que vais a dejar realmente este mundo y ascender hasta el astral, e imaginaos elevándoos más allá de la Tierra en el espacio y penetrando completamente en otra dimensión.

Primeramente saldréis de vuestro cuerpo en el extremo de Vuestro Cordón de Plata y descubriréis que todos vuestros valores relacionados con el color cambian. Conoceréis colores que anteriormente no conocíais. Veréis que el follaje tiene muchos matices diferentes, más colores que lo que sabíais que existían. Pero tal vez os horroricéis al ver que unas criaturas completamente inimaginables os farfullan algo, hacen gestos obscenos y os hacen invitaciones obscenas. Pero no os desaniméis ni asustéis, porque estáis pasando por la basura de los elementales, etc., lo mismo que en la mayoría de los casos, cuando entráis en una gran ciudad por ferrocarril, lo primero que veis por alguna razón inexplicable son las partes traseras de las casas de los barrios bajos.

Nada hay que temer, ningún elemental ni ningún ente puede haceros el menor daño si no tenéis miedo. Si os asustáis,

atraéis más o menos a esa gente. Por consiguiente, lo mejor es seguir adelante y sentiros seguros de que nadie puede haceros daño si no teméis.

Decidid que no vais a demoraros en esa zona de los elementales, sino que vais a seguir adelante, adelante hasta el País de la Luz Dorada. Allí veréis cosas tan bellas que es completamente imposible describirlas con palabras relacionadas con un mundo de tres dimensiones; vuestras experiencias en el País de la Luz Dorada tendréis que hacerlas personalmente y no por medio de la palabra impresa o hablada.

A medida que aumente vuestra pericia con la práctica podréis ir a otros mundos y otros planos, pero recordad que no debéis inmiscuiros en la vida privada de otras personas, no podéis hacer daño a otros en vuestros viajes astrales, pues ése es el mayor de los delitos.

Pero he aquí algo que os agradará: en el País de la Luz Dorada, sólo podéis encontraros con aquéllos con los que sois compatibles, con vuestras "almas gemelas", pues allí existen esas cosas, como veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo X

LAS OBRAS DEL HOMBRE

El viejo ingeniero sonrió afectuosamente a la figurita que yacía en el banco. Se enderezó, se llevó las manos a la espalda dolorida y se levantó con dificultad para saludar a su visitante.

—Le agradezco que haya venido a verme —dijo afablemente—. Tengo, en verdad, un problema —Tomó del brazo al visitante y lo condujo al banco de trabajo—. Aquí está —añadió como un padre orgulloso—. Es el último modelo. Todavía experimental, por supuesto, y han surgido algunas dificultades inesperadas. No puedo resolverlas, supongo que porque las veo demasiado de cerca.

Tomó con cuidado la figurita y la puso en la palma de su mano. El visitante miró a su alrededor y dijo:

—Es éste un lugar muy agradable. Parece tener aquí algunas colonias prósperas, aunque este lote es difícil.

—No tan prósperas como usted cree —replicó el ingeniero con tristeza—. Venga a ver a ésos.

Con la figurita acunada en las manos se dirigió a una pequeña esfera azul verdusca.

—Aquí hay una mirilla. Eche una mirada y dígame lo que piensa.

El visitante aplicó los ojos a la mirilla y apretó algunos

botones. Durante largo rato estuvo observando, luego suspiró y se apartó de la mirilla.

—Son truculentos, ¿verdad? —preguntó—. Me parece que están locos.

Durante largo rato el ingeniero guardó silencio, acariciando la figurita que tenía en las manos.

—¿Locos? —murmuró—. ¿Locos? Sí, supongo que lo están. Me parece que tienen algún problema de control remoto o algo parecido. No responden normalmente a las señales transmitidas, no dan la información correcta. ¡No sé qué hacer con ellos!

Se puso a dar vueltas de un lado a otro, sumido en profunda meditación, mientras con la cabeza inclinada contemplaba atentamente la figura que tenía en las manos. Por fin se detuvo bruscamente ante su visitante y le preguntó:

—¿Qué haría usted si estuviera en mi situación? La Junta hace objeciones por la demora en conseguir que actúen como es debido. ¿Qué haría usted?

Sin responder, el visitante volvió a la mirilla y observó por ella con una intensa concentración. Cuidadosamente enfocó y volvió a enfocar hasta que quedó completamente satisfecho, y luego, durante largo tiempo, se quedó atisbando. Por fin se volvió hacia el ingeniero que esperaba con impaciencia, y le dijo:

—Debería enviar un Observador allá abajo. No sería imposible. Es el único modo de obtener resultados. Nosotros estamos demasiado lejos y sólo podemos hacer conjeturas que, por otra parte, hasta ahora hemos hecho erróneamente. No hay otro recurso, pero —añadió después de pensarlo mejor—, ¿por qué no llama a un experto especializado en eficiencia?

El ingeniero sacudió la cabeza en gesto de duda y contestó:

—No. La Junta no lo permitiría. No creo que estén dispuestos a cooperar con un especialista de afuera.

El ingeniero y el visitante fueron juntos al banco de trabajo y se sentaron.

—Éste —dijo el ingeniero tomando una figura de una caja— es el modelo más reciente. Lo llamamos *homo sapiens,* pero por el momento, parecen haber perdido la "sapiencia".

El visitante tomó la figura y la examinó atentamente. El ingeniero sacó otra figurita de una caja situada en el otro lado del banco y añadió:

—He aquí la otra.

El visitante examinó la segunda figurita y la comparó con la primera.

—Se reproducen a sí mismos —observó el ingeniero—. Cuando llegan a cierta edad y se juntan, se reproducen. En realidad cada uno posee exactamente el mismo equipo que el otro, pero en mayor o menor grado. Llamamos al uno "macho" y al otro "hembra". Actúan por control remoto, pero ahora el control falla y no sabemos por qué.

El visitante señaló otra caja y preguntó:

—¿Qué son ésos?

El ingeniero adoptó una expresión melancólica y contestó:

—¡Oh, ésos son subnormales! No distinguen la Verdad de la Mentira. Los llamamos periodistas.

Sí, los seres humanos son difíciles de manejar, tienen un mecanismo muy complicado que en la actualidad no parece funcionar tan bien como debería hacerlo.

Debemos tener presente que en nuestro sistema solar estamos compuestos con elementos diferentes de los que existen en otros universos, otras galaxias, etc. Aquí todo —todo lo que vive en nuestra Tierra —está hecho con los mismos "ladrillos". En este sistema solar se dispone de hidrógeno, agua, hidratos, amoníaco, metano y otros gases. Nos componemos realmente de "ladrillos" de moléculas de carbono, aminoácidos y nucleínas. Con esos compuestos simples están

hechas todas las especies de animales, plantas y minerales de la Tierra.

Cuando eso toma la forma humana, el mecanismo resultante está sujeto a impulsos magnéticos, que llamamos impulsos astrológicos y a diversos rayos. Pero ahondaremos un poco más en el asunto para ver lo que podemos descubrir.

Si podéis conseguir un grabado de un cuerpo humano y ver la espina dorsal y los nervios espinales, comprenderéis esto más exactamente. El mecanismo humano —es decir, el mecanismo regulador —se compone en realidad de nueve centros de control. El ocultista ordinario sólo menciona siete, porque hay siete en el plano material o mundano.

Los médicos chinos de la antigüedad imaginaban todos los órganos del cuerpo manejados y vigilados por "hombrecillos" y en este capítulo veréis una ilustración hecha originalmente en China hace unos 7000 años. Podéis ver a los hombrecillos ayudando a que pase el alimento por la garganta, soplando aire en los pulmones, removiendo todos los elementos químicos del hígado y controlando varios esfínteres. Pero esto sólo se relaciona con la parte "animal" del cuerpo, la carne y los órganos. Debemos ir más adelante y referirnos a las partes que transmiten los mensajes del Super Yo y controlan las funciones del cuerpo. Cabe recordar que en el cuerpo humano hay muchas más cosas de las que ven los ojos. Si miramos un par de alambres que pasan por delante de nuestra ventana sostenidos por postes, no podemos afirmar con sólo mirar esos alambres que por ellos circula una corriente; para nosotros son sólo alambres de cobre. Pero por medio de instrumentos adecuados podemos descubrir si pasa o no por ellos una corriente y también determinar en qué dirección corre.

Del mismo modo podemos contemplar un cuerpo sin conocer necesariamente los diversos centros de ese cuerpo que están conectados con las partes equivalentes del Super Yo. Como ya se ha dicho, hay siete centros "mundanos"

llamados "chakras". En la coronilla de la cabeza está el llamado con frecuencia "Loto de los mil pétalos". Su nombre sánscrito es Sahasrara Chakra. Es el "relay", o sea el centro más cercano a lo espiritual y, por consiguiente, el que puede descomponerse más fácilmente.

Más abajo (estamos mirando un cuerpo por detrás y vemos la cabeza, los hombros, la espina dorsal, etc.), alrededor del cuello, está el Ajna Chakra. Es el segundo en importancia y se halla en contacto con el Super Yo. Es el chakra de la mente, y recordad que la mente ejerce una función eléctrica muy parecida a cuando recibís un mensaje telefónico y el auricular es una función de lo que se dice en el otro extremo del alambre.

Más abajo, en la espina dorsal se halla el tercer chakra que recibe el nombre de Visudha. Controla la acción de la boca por lo que si uno tiene dificultad para hablar claramente es posible que este chakra esté indisciplinado o averiado.

Imaginaos que camináis por una calle y veis a un telefonista que trabaja en una boca de cables telefónicos. Cuando os detenéis para mirar, él toma un gran cable forrado y le arranca el aislamiento. Al quitar la envoltura, veis miles de alambres minúsculos, la mayoría de ellos con una capa de color, y os preguntáis cómo diablos puede alguien arreglar semejante lío de millares de alambres. Pues bien, los nervios que se hallan dentro de vuestra espina dorsal se parecen a eso; algunos descienden por dentro de la espina y luego se ramifican, por lo que cuando penséis en los chakras, imaginaos a un telefonista con todos esos alambres y también los pequeños relayes o estaciones repetidoras que reciben la señal que llega de una estación lejana y la amplían (la hacen más fuerte) antes de enviarla a la siguiente estación.

El siguiente de nuestros "relayes" es el Anahata Chakra, que controla el tacto y todo lo que tocamos. Debajo está el Manipura Chakra, conocido con el nombre de chakra del

"Principio del Fuego"; pero no tenemos por qué ahondar más en este chakra particular porque no nos interesa mucho en esta etapa. Debajo está el sexto chakra, llamado el Swadhishthana Chakra, que se relaciona con el Principio del Agua.

Más abajo se halla el séptimo, o chakra del Principio de la Tierra, al que se llama en sánscrito Muladhara. En él reside la Kundalini, que es la fuerza gobernante o vital de los seres humanos. Es, digamos, el equivalente del fuego que calienta el agua y genera el vapor que mueve las turbinas para producir la electricidad que enciende las lámparas, enfría la heladera, etc., en nuestra civilización. Cuando el fuego se apaga la electricidad se acaba por falta de vapor y todo se paraliza.

Muchas personas que han sido mal instruidas o, lo que es peor, no han recibido instrucción alguna, tratan de aumentar la fuerza Kundalini por medios artificiales, porque es un hecho que si uno aumenta la Kundalini debidamente puede saber mucho más, puede ser mucho más inteligente. Pero aumentarla indistintamente sin poseer una total pureza de pensamiento es hacerse un daño inmenso a sí mismo y con frecuencia provocar la locura. Aumentar la Kundalini sin pensar en las consecuencias puede llevar a un trastorno mental y físico completo. Por consiguiente, si no contáis con un Maestro que haya pasado por todo eso y conozca todo lo relacionado con ello no tratéis de aumentar vuestra Kundalini. Un maestro no aumentará la Kundalini si no está completamente seguro de que os beneficiará.

Conviene agregar a este respecto que las personas que siguen cursos por correspondencia o se ofrecen a prestaros pequeños servicios por una pequeña cantidad de dinero no poseen la facultad de vigilar con seguridad vuestro desarrollo y aumentar vuestra Kundalini y, en cambio, os pueden causar mucho daño.

Antes que un ente físico del tipo humano, es decir, una

persona que vive en este mundo, pueda obtener la conciencia cósmica tiene que sentir ciertas excitaciones de la Kundalini, "excitaciones" que son algo diferentes del verdadero aumento de la Kundalini. Si uno está sobreexcitado sexualmente y —permitidme que lo diga— lujurioso, el resultado puede ser malo, pues si satisface su sexualidad por la sexualidad misma, sin verdadero amor, puede paralizar temporaria o permanentemente el flujo correcto de la fuerza Kundalini. Por "permanentemente" quiero decir durante esta vida, mientras la mala práctica sexual continúe.

Cada parte del cuerpo, mientras está en la Tierra, se halla fuertemente asociada y conectada con su contraparte astral por medio de todos esos chakras. Sin duda habéis oido hablar de personas a quienes han amputado una pierna y que, no obstante, sienten aparentemente dolores en la pierna amputada, o más bien en el espacio que debía ocupar la pierna amputada. Eso se debe a que la pierna física eliminada sigue ejerciendo ciertos efectos en la pierna astral, la que, por supuesto, no ha sido ni puede ser amputada.

Para referirnos de nuevo al viaje astral, es imprescindible que volvamos al cuerpo físico, para que cada parte del cuerpo astral se ajuste a cada parte del cuerpo físico y así los órganos astrales y los físicos sean compatibles los unos con los otros. También a los cuerpos se los debe sincronizar apropiadamente de acuerdo con la dirección de la corriente.

Así como toda corriente, toda electricidad, tiene que ser positiva o negativa, así como la corriente puede fluir en una dirección y volver en la dirección opuesta, así también los seres humanos tienen un flujo de corriente. A los dos "alambres" de los seres humanos se los llaman el Ida y el Pingala. En realidad, por supuesto, no son alambres, sino tubos en el cuerpo humano. Ida está en el lado izquierdo y Pingala en el lado derecho; ambas fuentes proveen la energía necesaria para el funcionamiento pasivo de la Kundalini. Podemos considerarlos como vigilantes que cuidan de que la

Kundalini se mantenga en buenas condiciones, lista para ser utilizada en esta vida si lo merecemos, o si no, lista para ser utilizada en la vida siguiente, porque cuando la Kundalini comienza a elevarse con un tratamiento adecuado y bajo una vigilancia apropiada, Ida y Pingala son desviados. Pero mientras el hombre (y la mujer) están sujetos a la acción de Ida y Pingala seguirán confinados en el plano de la Tierra y en la teoría y la práctica del nacimiento, la muerte y el renacimiento. Solamente cuando el hombre es capaz de aumentar su Kundalini y desviar las fuentes de energías vigilantes de Ida y Pingala puede progresar y saber que ha llegado por fin la hora de su liberación del ciclo del nacimiento, la muerte y el renacimiento.

Conviene sobre todo considerar a esos chakras como estaciones de relay, o si queréis, como lugares de control remoto. Recordad, también, que hay otras partes importantes del cuerpo, como el ganglio cervical del cuello, y algo debajo de él, el nervio neumogástrico. Además tenemos el plexo cardíaco, el plexo solar y el plexo pélvico, pero éstas son "estaciones secundarias" y no deben preocuparnos innecesariamente.

A los que vivimos en la Tierra nos afectan mucho las influencias exteriores de todas clases. Hay varios rayos que afectan a los seres humanos, y permitidme que diga para comenzar, que la astrología es algo muy real y la gente no debería burlarse de ella; sólo se debe burlar de los profesionales que tergiversan la astrología, pues para llegar a ser un buen astrólogo se necesita mucho tiempo y mucho trabajo, tanto tiempo y tanto trabajo que no es un asunto comercial. La verdad es que no podéis averiguar nada que valga la pena leyendo vuestro "horóscopo" en las columnas de un diario.

Los "rayos" son una forma secundaria de los rayos cósmicos; según la hora del día y vuestra latitud y longitud estáis sujetos a distintos rayos. La manera como os afectan los rayos depende de vuestra constitución astrológica. Exis-

ten, por ejemplo, los rayos anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y otros, pero sería excesivo tratar del principio de estos rayos en un libro de esta naturaleza. Digamos, no obstante, que el extremo rojo del espectro se relaciona con el desarrollo de la individualidad, el purpúreo con la opinión colectiva, en tanto que el rayo verde otorga ímpetus para aprender y el rayo amarillo es el rayo de la sabiduría.

Uno de los rayos más interesantes es el azul que, según se supone, se halla bajo el dominio de Hermes. En el antiguo Egipto y en Caldea se lo llamaba el Rayo de los Magos.

Más útiles para nosotros son por el momento los Signos del Zodíaco. Imaginaos que tenéis un gran globo colocado en una superficie lisa y plana; si ponéis imanes alrededor podéis mantener al globo en una posición y, cambiando la posición de los imanes, conseguir que también el globo se coloque en cualquier posición deseada. Imaginaos que los planetas son los imanes y vosotros mismos el globo influido. Nuestro quinto imán es el Sol, pero se manifiesta en lo que llamamos el séptimo plano de la Conciencia Espiritual Abstracta. El resultado de la influencia del Sol es dar vida y hacer que la vida florezca.

El imán siguiente es Júpiter; Júpiter es "jovial", benévolo, bondadoso y corresponde al sexto plano de la Conciencia Espiritual. Es un planeta benéfico y proporciona equilibrio en la conducta. Todos sabemos que las personas "joviales" son felices y conviene conocerlas.

Nuestro siguiente imán es Mercurio que ocupa el quinto plano de la mente abstracta. Hace a la gente perspicaz y "excitable" y conduce a negocios comerciales astutos. La gente comprende perfectamente lo que significa un tipo mercurial. Se supone que Mercurio, el dios mensajero, rige este quinto plano, que también da buena memoria.

Nuestra cuarta posición es Saturno, que proporciona la conciencia sólida. Los saturninos examinan bien las cosas y,

con frecuencia, poseen un temperamento opuesto al jovial. Son limitados, restringidos y severos. Las personas que tienen con exceso este signo particular deben tener paciencia y estabilidad para poder progresar.

Llegamos a Venus, el "imán" que ocupa el tercer plano de las emociones abstractas. Todos saben que Venus es la Diosa del Amor y también un planeta indulgente y bondadoso. Hace que la gente tenga ideales y emociones superiores, que desarrolle su personalidad e individualidad. Los venusianos pueden ser personas excelentes si no se asocian demasiado íntimamente con "maléficos".

Nuestro segundo plano es Marte, que es también nuestro sexto "imán". Marte —marcial, belicoso— es conocido como productor de energía. Puede ser un planeta que cause malos efectos si no se utilizan correctamente sus poderes. Marte domina el cuerpo físico y con frecuencia los deseos sexuales. Si se lo utiliza adecuadamente, aumenta la conciencia, el valor, la fuerza y la resistencia.

Finalmente, nuestra séptima influencia es la de la Luna. Todos saben lo que hace la Luna; ejerce un efecto poderoso en la vida humana, hace que las mareas suban y bajen, no sólo en el mar, sino también en el cuerpo humano. Recordad la "marea" mensual de la mujer y la palabra "lunático". La Luna no tiene luz propia, se limita a reflejar la que se derrama sobre ella, y así la persona en la que influye demasiado no posee una personalidad propia, sino que refleja las opiniones de quienes la rodean.

Probablemente casi todos hayan oído hablar de "almas gemelas". Existen por supuesto, pero en el plano de la Tierra se produce muy raras veces el encuentro de dos almas gemelas. Para comprenderlo debéis tener en cuenta que existe el mundo de la anti-materia y recordar que para que una "batería" sea completa debe tener un polo positivo y uno negativo. Así también para tener un alma gemela que forme una entidad completa tiene que haber una persona en

nuestro sistema y otra persona en el correspondiente sistema astral de la anti-materia, y esas personas deben ser totalmente compatibles.

Lo que sucede con frecuencia, no obstante, es que en el plano astral hay dos Super Yos muy compatibles, cada uno de los cuales envía a la Tierra un muñeco, y el muñeco de cada uno es completamente compatible con el del otro, se ajustan, y si se aproximan el uno al otro lo suficiente se origina inmediatamente una sensación de relación, de "pertenencia". Uno dirá: "Sé que he conocido a esa persona anteriormente." En esos casos puede establecerse una amistad muy sincera, pero, como ya se ha dicho, esos casos son bastante raros en la Tierra. En cambio, se da con frecuencia un grado muy grande de compatibilidad entre dos personas, y porque son tan compatibles, porque se complementan mutuamente, se consideran almas gemelas. Pueden adivinarse mutuamente los pensamientos y saber exactamente lo que la otra va a decir segundos antes de que lo diga.

Casi lo mismo sucede entre dos mellizos idénticos, los que, por supuesto provienen del mismo huevo. Ambos simpatizarán mucho y aunque vivan a mucha distancia uno de otro, cada uno experimentará las emociones del otro e inclusive pueden casarse al mismo tiempo.

Un hombre puede estar muy enamorado de una mujer; puede imaginarse que son almas gemelas y si lo son tendrán intereses análogos. Sin embargo, el hombre puede ser ateo, en tanto que la mujer posee firmes creencias religiosas. La diferencia en sus creencias causará alguna discordancia, alguna falta de armonía, alguna fricción entre ellos y, en consecuencia, en vez de unirlos más, los distanciará.

Lo más que se puede esperar en este mundo es que dos personas muy compatibles puedan vivir juntas y que con su pureza de pensamiento y sus actos se acerquen más la una a la otra. Pero eso es difícil de conseguir en la actualidad porque exige mucho sacrificio y abnegación. Es inútil que el

hombre dé todo a la mujer en la creencia de que está obrando bien, así como es inútil que la mujer dé todo al hombre creyendo que obra bien. No es suficiente que cada uno dé todo al otro, sino que cada uno debe dar exactamente lo que necesita el otro pues si no lo hacen se distanciarán.

Muchas personas creen que han encontrado su alma gemela cuando dan con una persona que astrológicamente es compatible con ellas y vive en el mismo "rayo". Pueden vivir en armonía y desean vivir en armonía, pero no es una armonía perfecta, no es una fusión de dos almas para formar un solo ente. En realidad, si la gente fuese tan perfecta no podría permanecer en este mundo imperfecto, como un trozo de hielo no puede seguir existiendo cuando se lo arroja a las llamas de un horno. En consecuencia, los seres humanos —hombres y mujeres— deben tratar de vivir los unos con los otros ejerciendo la tolerancia, la paciencia y la abnegación.

Muchas personas son atraídas mutuamente para formar los llamados vínculos kármicos. Para formar esos vínculos kármicos es necesario que las personas se pongan en estrecho contacto para bien o para mal. Si un hombre y una mujer se unen por medio de los vínculos kármicos y, por ejemplo, el hombre se enamora de la mujer y la mujer se enamora del hombre, entonces se forma un lazo amoroso muy grande que puede anular muchos malos aspectos kármicos porque, a pesar de lo que opinamos aquí abajo, al final prevalece el bien.

Si una persona ama a otra y la otra odia a la primera, se formará, no obstante, un vínculo kármico, pero será un vínculo insatisfactorio y tendrá que unirse hasta que el odio desaparezca y se forme el amor. Se debe comprender que sólo una indiferencia completa puede impedir que se forme un vínculo kármico. Si amáis a una persona, formáis un vínculo kármico; si aborrecéis a una persona formáis un vínculo kármico, pero si la persona os es indiferente no se forma el vínculo. Cualquiera reacción respecto de otra persona inicia la cadena que causa el karma. Por ejemplo, puede haber una

relación entre un maestro y un discípulo y en ese caso se forma un vínculo de alguna clase. Puede ser un vínculo duradero o sólo temporario, y entonces se lo puede atribuir a la destrucción de algún vínculo kármico.

La peor situación es aquella en la cual un gran amor es cortado por la muerte. Si una mujer pierde a su marido cuando todavía está enamorada de él no tiene salida para su amor y, en consecuencia, ese amor queda mantenido en reserva hasta que ambos vuelven a unirse en alguna encarnación futura y las condiciones son apropiadas para la expresión del sentimiento. Por consiguiente, si alguien os dice que él o ella ha encontrado el alma gemela, sonreíd comprensivamente y manteneos tranquilos.

Nuestros miserables cuerpos viejos están sujetos a toda clase de padecimientos; así como un aparato complicado puede desajustarse, así también los cuerpos humanos pueden estropearse, y como son muchas las personas que desean actuar como curadores, quizá no esté fuera de lugar que hablemos un poco del tratamiento curativo, pues, después de todo, estamos refiriéndonos a las obras del hombre.

Este es el mundo negativo, de lo que se deduce que un tratamiento negativo es el más adecuado y, por consiguiente, está bien la denominación que se emplea para describir ese tratamiento particular: tratamiento negativo.

En primer lugar, tenéis que liberar vuestros pulmones de todo el aliento que podáis, en realidad exhalarlo, obligar al aire a salir, y permanecer así durante todo el tiempo que os sea posible sin demasiada incomodidad. Esto permite que el cuerpo obtenga lo que podríamos llamar polaridad negativa, porque en ese momento es deficiente en prana, es decir, en aire.

Luego respirad ligeramente durante unos pocos instantes (para recuperar el aliento, por decirlo así) y a continuación repetid la operación exhalando el aire de vuestros pulmones lo más completamente que os sea posible. Permaneced con

los pulmones vacíos todo el tiempo que podáis sin demasiada molestia ni mataros. Luego volved a respirar ligeramente y, cuando hayáis recobrado algún aliento, repetid la operación por tercera vez. Así habréis dejado vuestro cuerpo polarizado negativamente.

Ahora ya sabéis dónde está vuestro mal, por lo que pondréis la mano sobre la piel en el lugar que debe ser tratado. Luego separad la palma de la mano, de modo que sólo el índice y el pulgar presionen firmemente la piel. Con el índice y el pulgar presionando firmemente la zona que debe ser tratada repetid los ejercicios de respiración antes mencionados. Mientras contenéis la respiración imaginaos vívidamente que la fuerza vital fluye por las puntas de vuestros dedos a la parte que deseáis someter a tratamiento.

Pronto tendréis que volver a respirar, pero hacedlo lo más someramente posible, aspirando sólo el aire suficiente para mantener la vida y sin dejar de mantener los dedos en contacto con la zona sometida a tratamiento. Debéis repetir esto tres veces, siempre manteniendo vuestros dedos en contacto con la zona durante por lo menos dos minutos.

La mejor manera de curaros es repetir este tratamiento cada hora hasta que os sintáis mucho mejor. Estos tratamientos dan buen resultado porque en ellos intervienen fuerzas exteriores.

Si sois propensos a los resfríos y sentís la cabeza pesada, podéis aliviar mucho vuestro estado con este tratamiento negativo. En este caso pondréis el índice y el pulgar a cada lado de la nariz inmediatamente debajo de los ojos. Luego retendréis la respiración hasta que hayáis exhalado todo el aire posible. También en este caso debéis imaginaros que la fuerza vital afluye a vosotros, a vuestra nariz, y mata todos los microbios causantes de la enfermedad. Os digo muy seriamente que si hacéis eso sentiréis muy pronto una crepitación en la nariz y desaparecerá la congestión. Veréis entonces que podéis respirar por las ventanillas de la nariz.

El asma es una enfermedad poco comprendida. Se prescriben para ella toda clase de panaceas, pero en muchísimos casos su causa es un estado nervioso, y ese estado nervioso responderá a esta forma de tratamiento. En este caso pondréis el índice y el pulgar a cada lado de la garganta, inmediatamente encima de la nuez. Esto es para el asma corriente, pero si padecéis el tipo de asma que provoca una respiración áspera y dolorosa, deberéis colocar el índice y el pulgar, separados unos ocho centímetros uno de otro, en el lugar donde la garganta se une con el pecho.

Como es natural, si padecéis de asma desde hace muchos años no podéis esperar curaros en unos pocos segundos. Debiés tener paciencia y utilizar el sentido común, pero si persistís en este tratamiento veréis con toda certeza que el asma desaparece. Desaparecerá mucho más rápidamente si hacéis un poco de meditación y de introspección y deducís por medio del razonamiento cuál es la causa de vuestra enfermedad nerviosa. Muchos casos de asma tienen su origen en una preocupación nerviosa y en ese caso el asma actúa como una válvula de seguridad y os proporciona una "salida".

Permitidme que repita que debéis seguir estas instrucciones exactamente y utilizar siempre vuestra mano izquierda. No podéis conseguir una eficaz curación negativa si utilizáis la mano derecha. Recordad que debéis expulsar el aire de vuestros pulmones, esperad un poco con ellos vacíos y utilizad la mano izquierda. Descubriréis que inclusive una quemadura grave se cura con este tratamiento. En este caso, por supuesto, pondréis el índice y el pulgar sobre la quemadura. Estimaréis, desde luego, que si sufrís una quemadura muy grave os irá tanto mejor cuanto más pronto llaméis a un médico. Pero mientras lo esperáis someteros a vuestro propio tratamiento.

La Kundalini, como se ha dicho, es el "horno" del cuerpo humano y, por supuesto, a ella y al cerebro se los

puede considerar como los polos opuestos de un imán, si preferís la teoría del imán a la del horno. Pero, si suponemos que sois muy clarividentes y tenéis ante vosotros un cuerpo desnudo que podéis estudiar, veamos cómo aparecería.

Tenemos una pared cubierta preferentemente con terciopelo negro, la pared tiene unos cuatro metros cuadrados y colocamos una pequeña plataforma a un metro más o menos del suelo. En esa plataforma se halla un modelo desnudo de espaldas al terciopelo. Si nos situamos frente al modelo y observamos clarividentemente, vemos una brillante raya blanca que es la corriente que fluye entre el cerebro y la Kundalini, la cual como ya se ha dicho, se halla en el extremo remoto de la espina dorsal, en realidad un poco debajo de la espina.

¿Habéis visto esas tiras de luz blanca en las tiendas o al lado de los espejos de tocador? Pues bien, imaginaos que la vista clarividente os permite ver la fuerza vital como semejante a una tira de esa luz. Al principio veis que esa tira de luz brillante se extiende desde lo alto del cerebro de nuestro sujeto y desciende hasta unos pocos centímetros debajo de la terminación de la espina dorsal. La contempláis durante unos segundos, observando cómo fluctúa y vibra, primeramente como una tira delgada y luego, cuando a vuestro sujeto se le ocurre algún otro pensamiento, extendiéndose hasta convertirse en una faja ancha. .

Si tenéis experiencia en esta clase de cosas, después de ver eso podréis observar que el cuerpo está contorneado con luz azulada muy parecida al humo de un cigarrillo. Si encendéis un cigarrillo y dejáis que se queme, exhalará un humo azulado muy distinto del que exhala un fumador. Esta luz azulada (que se parece mucho a un humo luminoso) se extiende desde la superficie del cuerpo y tiene un espesor uniforme, que depende de la salud y la fuerza del sujeto. En una persona de edad madura puede tener alrededor de un centímetro y medio de anchura, y en una persona real-

mente vigorosa la anchura puede llegar a seis, ocho y hasta diez centímetros. Es lo etérico, o sea la "radiación animal" de un cuerpo.

El aura se superpone a todo él. Se extiende hacia arriba más allá de la cabeza, y si sois lo bastante clarividentes veréis que sale del centro de la cabeza un reflejo de luz que se parece mucho a una fuentecita que burbujea, centellea y cambia de colores de acuerdo con los pensamientos de la personas. Alrededor de la cabeza veréis un halo o nimbo. Parece... Bueno, todos saben lo que es un halo aunque no tengan la esperanza de conseguir uno. Pero tal vez debamos describirlo: parece un disco dorado, y el grado de oro o de color oro depende de la espiritualidad y el grado de evolución de la persona en cuestión. Si la persona es muy sensual, el oro tendrá un color muy rojizo. Si la persona es espiritual y está aprendiendo a ser más espiritual, el oro tendrá una pátina verdusca. Cuanto más espiritual es la persona, tanto más aparece el amarillo en el oro.

Alrededor del cuerpo hay remolinos de colores, en realidad más colores que los que se pueden describir en términos terrenales, porque son colores y matices que no tienen que ver con los relacionados con el cuerpo. Se arremolinan alrededor de la cabeza, los ojos, la nariz, la boca y la garganta, los pechos, el ombligo y los órganos sexuales. Luego los remolinos se hacen menos intensos alrededor de las rodillas, aunque hay una considerable radiación desde la parte trasera de las mismas. El color disminuye y se hace más uniforme a medida que el aura desciende a los tobillos y los pies.

Nuestro modelo se halla, como dijimos, a poco más de un metro del suelo, y en la persona corriente la parte inferior del aura envolvente en forma de huevo tocará el suelo a poco más de un metro debajo de los pies del modelo. La envoltura tiene la forma de un huevo con el extremo pun-

tiagudo hacia abajo. Si extendéis los brazos por completo podréis tocar los dos extremos de la envoltura áurica.

Los colores del aura fluyen, giran y se entrelazan con otros colores; hay un rielar constante de otros colores y, aunque no es un buen ejemplo sólo puedo decir que así como los colores del aceite o el petróleo derramado rielan en el agua, así también los colores del aura rielan en una persona, pero todavía con mayor intensidad.

Cada color tiene un significado, cada estriación tiene un significado. No sólo eso, sino que la dirección del flujo tiene también un significado. Imaginaos que tenéis un huevo, lo envolvéis con sedas de diferentes colores y las enrolláis hacia atrás y hacia adelante, hacia arriba y hacia abajo, sin utilizar el mismo color dos veces; eso os dará una idea muy imperfecta del aspecto que tiene el aura.

Veis el aura, veis lo etérico y veis dentro la viva luz ardiente que es la fuerza vital. Es un tanto difícil explicarlo, pero podéis ver las tres cosas sin que ninguna de ellas estorbe a las otras. Quizás una buena manera de explicarlo sería ésta: estáis al aire libre y tenéis ante vosotros un gran paisaje. Vuestro campo de visión se extiende desde unos pocos centímetros de vuestro rostro hasta una distancia ilimitada. Si queréis enfocar la vista en vuestra mano, la levantáis delante de la cara y podéis ver las líneas de vuestra palma. Mientras las veis, seguís teniendo conciencia de la visión del fondo, pero eso no impide el examen de vuestra mano.

Eso representa, digamos, vuestra contemplación del aura y de la envoltura áurica. Ahora demos un paso más: a tres metros de vosotros se halla una persona sentada en una silla, podéis mirar a esa persona y verla claramente. Seguís dándoos cuenta de la mano que tenéis cerca del rostro y del paisaje que se extiende a lo lejos, pero ni el paisaje distante ni la cercanía de vuestra mano os impiden ver a la persona

sentada a tres metros de vosotros. Eso es como mirar a lo etérico.

Ahora bien, para mirar a la fuerza vital que brilla entre el cerebro y la Kundalini, apartáis la vista de la persona sentada en la silla y examináis el paisaje, tal vez la puesta del sol, o si preferís, y lo que es más adecuado para este ejemplo, la salida del sol. Podéis daros cuenta de la salida del sol y examinar el paisaje sin que os lo impida la persona sentada en la silla a tres metros de vosotros, ni la mano colocada a unos pocos centímetros de vuestro rostro. Es evidente que podéis ver el aura, lo etérico y la Kundalini según como enfoquéis vuestra vista clarividente.

El propósito del fondo de terciopelo negro es evitar que la gente se distraiga. Por ejemplo, si tenéis en la pared una luz encendida, o un cuadro, o un espejo, vuestra vista se siente atraída instintivamente por un reflejo o un punto de luz brillante, y si vuestra vista física se distrae así, puede distraer vuestra vista clarividente. Para que los resultados sean mejores, hay que contar con un fondo negro mate, sin dibujos y, desde luego, un modelo desnudo, pues si vuestro modelo está vestido las emanaciones de color de las ropas desviarán vuestra vista clarividente. Exactamente del mismo modo, si queréis contemplar el sol y corréis las cortinas de la ventana, la luz del sol experimenta un cambio aparente que depende del color de las cortinas.

Otro ejemplo: habéis encendido una luz eléctrica; si no tiene pantalla veis el color que emite realmente la bombilla desnuda. Ahora bien, si cubrís la bombilla con una pantalla de color, el color natural de la bombilla desnuda se mezclará con el color del material de la pantalla y eso os hará incurrir en error. Lo mismo pasa con la fotografía; si queréis tomar una fotografía en color utilizando una película para luz natural, pero la tomáis con luz artificial salen mal los colores. Por consiguiente, si procedéis con seriedad debéis utilizar un modelo desnudo, en lo que no hay nada de malo,

como no sean los pensamientos de las personas que se dejan desviar por algo de que hablaremos en el capítulo XI en una de las preguntas relacionadas con el sexo.

A los antiguos chinos —copiados posteriormente por los japoneses— les gustaba pensar que todos los órganos del cuerpo eran atendidos por unos hombrecillos. Pues bien, no estaban tan equivocados, porque todos los órganos del cuerpo están conectados con el cerebro por diversos nervios y el cerebro sabe lo que sucede en cada parte de cada órgano del cuerpo. Las funciones de un órgano solían estar bajo el control consciente del ser humano, pero ahora, porque la gente ha descuidado esas cosas, el control de los órganos es en gran parte automático. Hay muchos adeptos que pueden controlar conscientemente el funcionamiento de sus órganos. Los faquires de la India, que son habitualmente falsos adeptos, hacen demostraciones de ese control. Pueden atravesarse la palma de la mano con un cuchillo y, al retirar el cuchillo, hacer que la herida se cure en pocos minutos. Esas cosas son muy reales, pero actualmente el control de los órganos se ha perdido en gran parte.

Vale la pena estudiar la ilustración incluida en este capítulo, pues veréis en ella que el artista imaginativo ha hecho que pequeños monjes y acólitos controlen todas las funciones del cuerpo bajo la vigilancia de los lamas. Esto se parece mucho al "sistema monitor" que advierte al cerebro cuando está a punto de producirse algún daño o mal funcionamiento. Vale también la pena que os imaginéis vuestro cuerpo controlado por esos hombrecillos, porque luego, cuando deseéis meditar profundamente, controlando a esos hombrecillos podréis obtener la meditación completa. Lo único que tenéis que hacer, como he dicho en otros libros míos, es obligar a esos hombrecitos a abandonar el cuerpo y congregarse fuera de él para privaros de vuestro estado consciente. Haced que los hombrecitos asciendan por vuestras piernas desde los dedos de los pies y así vuestros

pies y piernas quedarán relajados y tranquilos. Haced que los hombrecitos abandonen vuestros riñones, vuestros intestinos, vuestra vesícula biliar, etc., y con ello conseguiréis una relajación completa, y cuando hayáis conseguido esa relajación completa podréis entregaros a la meditación más profunda y obtener verdaderas revelaciones de otro mundo. Probadlo, pero leed antes lo que se dice acerca de este sistema en otros libros míos. No quiero hablar de ello aquí, pues alguien podría decir que no puedo escribir acerca de ningún otro tema y debo repetirme.

Capítulo XI

VOSOTROS ESCRIBÍS ESTO

Desde África y la India, desde Australia y América, desde países de todo el mundo —inclusive desde detrás de la "Cortina de Hierro"— llegan cartas, millares de cartas, haciendo preguntas, preguntas y preguntas: cómo se puede llegar a ser santo, cómo se puede utilizar un mantra y ganar en una carrera de caballos, cómo se puede tener hijos y cómo se puede no tenerlos. Desde Malasia y Manchester, desde el Uruguay y Yugoslavia llegan cartas con preguntas y más preguntas. Habitualmente siguen cierta norma, por lo que en este capítulo voy a contestar a vuestras preguntas más comunes. Pero tranquilizaos, porque no voy a mencionar a nadie por su nombre.

PREGUNTA: He leído en los diarios muchas cosas acerca de usted, pero antes de comprar alguno de sus libros pensé que debía escribirle para preguntarle si sus libros son verídicos.

RESPUESTA: Os doy la seguridad completa de que todos mis libros son verídicos. Todo lo que escribo es fruto de mi propia experiencia y puedo hacer todas las cosas acerca de las cuales escribo. Dada esa seguridad, permitidme que diga algo más. Mis libros son verídicos, pero seguramente los que "dudan" no pueden ver el bosque a causa de los árboles.

¿Qué importa quién soy? Lo que importa es lo que escribo. A lo largo de los años muchos "expertos" han tratado de demostrar que estoy equivocado. No lo han conseguido. Si soy un impostor, ¿dónde obtengo los conocimientos que ahora copian otros? Todos mis libros contienen mis experiencias personales y nada hay en ellos de la llamada "escritura automática" predilecta de la prensa. No soy un poseso ni un obseso, sino sólo una persona que trata de realizar una tarea muy difícil haciendo frente al fanatismo y a los celos. Mi mayor dificultad es el odio de la prensa, porque no quiero contarles una fábula, sino sólo decirles la verdad, que consiste en que mis libros son verídicos. Hay en la India y en otras partes personas que ocupan "altos puestos" y que podrían ayudarme, pero prostituyen su religión a la política y, en consecuencia por razones políticas, niegan la verdad de lo que escribo.

Mis obras han contribuido mucho a "popularizar" el Tibet y demostrar que ese país es bueno y espiritual, pero nada de eso ha sido tenido en cuenta. Un gobierno más enérgico habría hecho posible que el Tibet evitase la agresión comunista, pero ninguna guerra se ganó nunca sentándose en la cerca y esperando a ver "cómo la salta el gato".

Recibo miles de cartas de personas que afirman que la verdad de mis libros es evidente por sí misma, y me enorgullece poder decir que durante los últimos diez años sólo he recibido cuatro cartas desagradables o injuriosas.

Para volver al primer párrafo de la Respuesta permítaseme agregar que es sumamente divertido observar cómo la gente disputa acerca de la identidad de un autor y pasa por alto lo que dicen sus libros. El pobre y viejo Shakespeare debe de quedarse perplejo cuando "oye" decir a alguna persona muy inteligente que "sabe" que Bacon escribió las obras de Shakespeare y que Shakespeare era Bacon. ¿Quién escribió la Biblia? ¿Los discípulos? ¿Sus descendientes? ¿Una pan-

dilla de monjes que se metieron con las Escrituras originales? ¿Qué importancia tiene eso? Lo único que importa es la palabra escrita y no el nombre o la identidad del autor. En consecuencia, respondo a la pregunta: sí, todos mis libros son verídicos.

PREGUNTA: ¿Qué es el Nirvana? ¿Por qué los indios sólo quieren sentarse sin hacer nada y esperar que al fin todo les saldrá bien?

RESPUESTA: Los indios no piensan eso en modo alguno. El Nirvana no es la extinción de todo; es totalmente imposible vivir en el vacío, en un estado de vacío absoluto. Para vivir hay que progresar y evolucionar. Considerad, por ejemplo, un automóvil. En primer lugar se construye un prototipo y el automóvil es sometido a pruebas en la fábrica; si es de buena calidad se lo envía a las montañas de Suiza o a las selvas de América del Sur para probarlo en esas regiones. Cuando el automóvil es sometido a esas pruebas se descubren ciertas fallas que así pueden ser eliminadas, pues el propósito de las mismas es descubrir lo que está mal y corregirlo.

Lo mismo se aplica a los seres humanos; éstos tienen que ser sometidos a pruebas para descubrir sus puntos débiles y, cuando se los descubre, pueden ser mejorados. Eso es lo que se hace constantemente en las etapas ordinarias de la evolución. Convendréis en que muchos modelos nuevos de aparatos de radio, coches u otras cosas —los cohetes espaciales, por ejemplo— tienen defectos, y los modelos posteriores son mejores porque esos defectos han sido eliminados.

En los seres humanos, el Nirvana es la etapa en que los defectos han sido eliminados. Por eso el indio y el erudito oriental tratan de corregir sus defectos, de eliminar la lujuria y otros vicios muy interesantes pero perniciosos. Podéis decir que tratan de vivir en un estado de nada en lo que concierne al vicio, desean no tener nada que ver con el vicio, pues sólo les interesa la perfección. De modo que en

vez de tratar de obtener montones de nada, de lo que tratan es de liberarse del vicio para dejar más lugar al bien.

La vieja idea de que el Nirvana es un estado de nada en el que una persona se halla en un vacío mental y espiritual es falsa y se debe a interpretaciones equivocadas. Los occidentales creen que saben mucho y tratan de expresar en términos concretos lo que no son sino cuchicheos abstractos.

El Nirvana es, por consiguiente, el estado en el que no existe el mal, en el que uno es como los tres monos sabios, y no ve el mal, no habla mal y no hace el mal, y cuando no existe el mal hay más lugar para el bien. ¿No es así?

PREGUNTA: Iglesias, monasterios, ocultistas: todos buscan el dinero, todos son aves de rapiña, todos quieren despojarnos a los pobres que tenemos que trabajar para vivir honradamente. Dígame, ¿por qué tengo que dar, por qué tengo que hacer caso de ese viejo sistema de diezmos? ¿En qué me va a beneficiar?

RESPUESTA: Por supuesto, si pensáis así no tiene objeto que deis, porque dar en esas condiciones es casi lo mismo que ir a la taberna local y pagar un vaso de cerveza. Dais vuestro dinero y obtenéis con él cierta cosa concreta. Dar en el sentido espiritual es completamente distinto y no podéis mezclar las dos formas de dar, como no podéis, según se dice, mezclar vuestras bebidas. Pero examinemos el tema un poco más de cerca.

Todas las Iglesias, todas las religiones, comprenden la necesidad del sacrificio; en los primeros tiempos del cristianismo la Iglesia Cristiana comprendió que era totalmente indispensable dar para "sacrificarse". En los primeros tiempos de la Iglesia, e inclusive ahora en la mayoría de las partes del mundo, la Iglesia Cristiana exige una décima parte de los ingresos de cada uno. A eso llaman "diezmo" y, según las viejas leyes inglesas —eclesiásticas, por supuesto—, la Iglesia tenía derecho a la décima parte de los bienes de cada uno, y nadie podía eludirlo aunque no fuera al templo,

porque hace años en Inglaterra se podía multar a los que no asistían al templo. Resultaba entonces más barato asistir y escuchar "las palabras de sabiduría" y luego dejar una moneda en la alcancía. Si os ahorrabais "las palabras de sabiduría" teníais que pagar más como multa.

Era necesario que la gente diese la décima parte de sus bienes para que la Iglesia pudiera contar con los fondos imprescindibles. Había sacerdotes de diversas clases que tenían que vivir y alguien debía pagarles, por lo que cuando las Iglesias estaban en el poder hacían que los seglares pudientes de la congregación pagasen todos los gastos. Pero ahora, por supuesto, los inicuos impuestos sobre las rentas apenas nos dejan una décima parte de nuestros bienes. Pero esto es harina de otro costal. Si hubiéramos de tratar de todos los males del sistema de impuestos podrían escribirse varios libros sin disponer de espacio para ningún otro tema. Con esos impuestos, la prensa horrible e insolente y los pésimos programas de televisión la vida se está convirtiendo en un problema, ¿no es así?

Es imprescindible que una persona dé antes que pueda recibir. Dar es como abrir una puerta; si no abrimos la puerta no dejamos que entren las buenas cosas dispuestas a llegar hasta nosotros. Si no estamos dispuestos a dar, no podemos ponernos en estado de ánimo receptivo. En realidad es casi un problema de mecánica.

En épocas muy anteriores a la doctrina cristiana, al comienzo de la historia misma, los antiguos creían en el sacrificio, porque no se atenían a las palabras de algunos autotitulados "científicos", sino que sabían por la experiencia real que el sacrificio era imprescindible, y sacrificaban un animal valioso, un carnero y, en algunos casos, un hijo. Eso no se hacía por crueldad, sino con la idea de realizar algo que consideraban sería grato para Dios. Pensaban que si daban lo que tenía más valor para ellos demostrarían a Dios lo mucho que valoraban su voluntad.

En el Lejano Oriente se acostumbra a dar muy generosamente a los necesitados. El monje con su escudilla no es un mendigo que importuna. El dueño o la dueña de casa esperan al monje que llama a su puerta. Reservan para él alimentos escogidos. En muchas partes de la India, en las que se padece una pobreza extremada, la gente reserva comida para el monje cuya visita espera y eso implica un sacrificio muy considerable, pues los habitantes de la casa están siempre al borde del hambre. Sin embargo, el sacrificio se hace de buena gana y se considera un honor que un monje llame a la puerta para pedir comida, y no tiene que pedirla, pues le basta con presentarse en la puerta y, al verlo, el ama de casa toma la escudilla y la llena con comida. Si es muy pobre, le dará lo que pueda y el monje tendrá que ir a otras tres o cuatro casas hasta conseguir lo necesario. Pero los vecinos que no son visitados ese día lo consideran una muestra de desaprobación, pues saben muy bien el mérito que significa dar, sobre todo cuando el dar supone sacrificio.

Para hacer otra digresión (la digresión es uno de mis defectos, del que quizá me libre en el Nirvana) diré que es sumamente lamentable que a muchas personas les espante la mención del dinero, aunque en realidad lo aman entrañablemente. Esperan obtener los conocimientos acumulados a lo largo de los siglos sin pagar un centavo por ello, esperan que un hombre pase una larga vida estudiando constantemente y que luego les entregue todo lo que ha aprendido, todo lo que ha ganado a cambio de nada, sólo, supongo, para obtener buena fama. ¿Pero qué sucede si queréis prepararos para ser médicos o empresarios de pompas fúnebres (lo que no es muy agradable, por supuesto)? Pues bien, si un hombre desea prepararse para algo está dispuesto a pagar el aprendizaje, pero cuando se trata del conocimiento oculto todos creen que lo van a conseguir "gratuitamente".

La gente olvida que también los que poseen la visión

espiritual tienen que vivir, tienen que comer, tienen que vestirse para que no los acusen de indecencia, y si uno está tan ocupado aprendiendo y enseñando que no puede ganarse la vida, ¿cómo va a comer y vestirse? Los cilicios y las cenizas han pasado de moda y parecen escasear las hojas de parra.

En el Oriente los ermitaños no ganan dinero porque no hay mucho dinero que ganar. La gente no paga dinero por la adquisición de conocimientos porque no tiene dinero con qué pagarlos, pero en cambio paga con sus servicios. El estudiante proporciona el alimento y la ropa y el maestro la enseñanza, y así se las arreglan; cada uno de ellos conoce y comparte las dificultades del otro. Pero en el mundo occidental, donde el comercio predomina y la libra esterlina o el dólar valen casi tanto como un Dios, el dinero es lo único que importa. Si no tenéis dinero sois farsantes o fracasados. Yo he tenido algunas experiencias en relación con esto y tal vez hable de ellas en otro libro cuando escriba acerca de mis experiencias con la prensa y con unos cuantos envidiosos en Alemania y en otras partes. Pero ahora tenemos que volver al acto de dar.

Tenéis que dar para poder recibir. La gente pide cosas, pide dinero, pide salud, pide que se le dé algo, cualquier cosa que sea, pero nunca dice lo que puede dar en cambio, y es verdad que el que pasa la vida pidiendo cosas se hace tan servil como un perro que pide una caricia a su amo.

Existe una ley oculta precisa según la cual no podéis recibir si no estáis dispuestos a dar. Imaginaos que estáis dentro de una habitación con la puerta y las ventanas cerradas, aunque no con llave, sino sólo empujadas. Si queréis, esa puerta y las ventanas pueden ser de papel delgado. Afuera, amontonados y en talegas, listos para ser transportados, hay joyas y otros objetos valiosos suficientes para rescatar a un rey y aún más. Afuera hay todas las cosas con las que habéis soñado y que habéis deseado. Pero si no abrís esa puerta de papel no podéis conseguir esas joyas que serían

vuestras con sólo tomarlas. Si no estáis dispuestos a hacer el primer acto sencillo, como la apertura simbólica de la puerta de papel, no obtendréis nada.

Claro está que esto es simbólico: el acto de abrir la puerta simboliza el acto de dar, porque hasta que estéis dispuestos a dar, hasta que hayáis dado realmente de buena gana, cerráis la puerta a toda posibilidad de obtener lo que deseáis; y no sólo cerráis la puerta, sino que le echáis el cerrojo, la atrancáis y ponéis los muebles contra ella para que no la puedan abrir. Una persona que está siempre pidiendo cosas y nunca da nada es una persona descontenta, una persona frustrada, una persona que no conoce su camino en la vida, que busca, aunque no con demasiada energía, "algo", que espera que los otros hagan todo por ella, pero no está dispuesta a poner de su parte ni siquiera un poco de energía para ayudar a conseguir lo que desea.

Con frecuencia un hombre o una mujer van a ver a un metafísico para que les cure alguna enfermedad, quizás una enfermedad causada por una imaginación sobreexcitada. Pues bien, en ese caso la persona que busca ayuda debe estar dispuesta a dar, a cooperar, porque no puede ser curada hasta que colabore. Pierde el tiempo yendo a ver a un metafísico, o a cualquier otra clase de médico, si no está dispuesta a cooperar. Muchas personas dicen, en efecto: "Bueno, ¿qué tengo que dar? No soy rico, ¿cómo puedo dar? Trabajo duramente para conseguir lo que tengo y no voy a dárselo a alguien que no hace más que sentarse y hacerme observaciones juiciosas". La respuesta es que a menos que estéis dispuestos a dar de buena gana estáis en el mal camino y retrocederéis en vez de avanzar. Para otros que se hallan realmente en mala situación la respuesta es que si no tienen dinero pueden prestar servicios, cariño y atención a los que lo necesitan. Si os han hecho un favor, ¿por qué no habéis de hacer un favor a otra persona? No conseguimos nada sin pagarlo y sólo conseguimos lo que pagamos. No podéis espe-

rar que os entreguen un automóvil lujoso si estáis dispuestos a pagar solamente el precio de una bicicleta.

Hay muchas ideas falsas acerca de "dar". La gente piensa: "Oh, están mendigando constantemente, siempre necesitan esto o aquello, no pueden ser buenos si necesitan siempre dinero". Es demasiado fácil estar sentado y pensar: "¿Qué es lo que no necesito, de qué estoy ya cansado, de qué puedo deshacerme y arrojar al tacho de la basura? Pero ya sé que hacer: daré esas cosas viejas porque así justificaré la compra de otras mejores para mí". Esto es inútil, una pérdida de tiempo y una burla. Es completamente inútil dar lo que no supone sacrificio, lo que no ocasiona pérdida alguna. Ciertas personas han nacido para ganar dinero y hay que dejarles que lo den en beneficio de alguna buena causa, pues por mucho que fuere el que acumulen durante su vida no pueden llevarse un solo centavo al otro mundo. Ninguna persona ha conseguido nunca llevarse un objeto material más allá de lo que llamamos el Velo de la Muerte, pero todos nosotros nos llevamos lo que hemos aprendido con nuestras experiencias en la Tierra, llevamos una síntesis de todo lo que hemos absorbido. Cuanto más aprendemos, sobre todo cuantas más cosas buenas aprendemos, tanto más ricos somos cuando vamos a la que es verdaderamente la Realidad más Grande, en tanto que los que sólo han buscado el dinero en esta vida para su propia glorificación, no son nada cuando ya no tienen dinero.

Podéis poseer poder y con él debéis ayudar a otros, pues ese poder se os ha concedido solamente para ver si lo utilizáis bien o mal. El millonario, el jefe de un país, no son siempre buenos; son hombres a los que se les conceden ciertas cosas para que puedan aprender. Recordemos también que aquí somos como actores en un escenario y nos ponemos el traje que nos conviene por el momento, del mismo modo que el actor se viste de la manera apropiada para desempeñar el papel que le corresponde.

Recordad también que el príncipe de hoy es el mendigo de mañana y el mendigo de hoy es el príncipe de mañana. Por rico, por poderoso que uno haya sido en las vidas anteriores, cuando llega a la última vida en este ciclo de la existencia sufre dificultades, incomodidades, privaciones y disensiones. Eso es porque tenemos que desembarazarnos de desperdicios, porque tenemos que pagar todas nuestras deudas. Es como cuando uno se traslada a una casa nueva y antes tiene que limpiar todos los rincones, todos los sótanos y los desvanes de la casa vieja. Pero hablemos un poco más del sacrificio.

Abraham, Moisés y otros, millones y millones de otros, emplearon el sacrificio. ¿Sabéis lo que significa el sacrificio? Pensad en el "sacramento". Pues bien, ¿qué significa el "sacramento"? Con el sacrificio, por supuesto, solamente con el sacrificio se puede conseguir la ayuda de los Poderes Superiores, pero para sacrificaros debéis privaros de algo vosotros mismos para que algún otro pueda beneficiarse, para que algún otro pueda ser ayudado. El sacrificio exige que entreguéis algo que os agrada poseer, pero que beneficiará mucho a otras personas o que ayudará a otras personas que no son dichosas como vosotros.

¿Sois cristianos? Si lo sois, recordad lo que dice la Biblia: "Es más loable dar que recibir". Dar abre el manantial del potencial para siempre, abre las puertas por las que podemos obtener lo que deseamos obtener. Es inútil dar para que os tengan por santo y reconozcan vuestras buenas intenciones. Es inútil que hagáis que vuestras dádivas caritativas sean publicadas en los diarios, porque eso no sería dar, sino comprar, pues con vuestros donativos compraríais propaganda para vosotros mismos.

Pensemos, en consecuencia, que hasta que demos lo que supone algún esfuerzo, algún sacrificio, alguna pérdida, no podremos recibir nada que valga la pena. Por consiguiente, ¿no vale la pena dar?

PREGUNTA: A la gente se le dice que tiene ciertos defectos que le impiden avanzar por el Camino Ascendente. ¿Cuáles son los principales defectos que impiden ese avance?

RESPUESTA: Muy bien, echemos una mirada a algunos de esos defectos. Sin duda todos vosotros podéis contemplar los defectos con un espíritu de objetividad científica, porque todos los que leéis esto estáis en camino de eliminar esos defectos o lo habéis hecho ya. Debemos examinarlos lo mismo que las virtudes. Después de todo, los médicos examinan los cadáveres y hacen la autopsia para instruirse y educarse con los defectos y las corrupciones que descubren en los mismos.

Uno de los peores defectos es la difamación. La difamación es el sabotaje del alma, no del alma de la víctima, por supuesto, sino del que inicia y continúa la difamación. A la gente le gusta el escándalo, le gusta decir cosas que reducen a cenizas la buena reputación de otra persona, y si lo que dicen no es cierto se sienten más satisfechas. "Yo soy tan bueno como él. ¿Por qué ha de salirle bien todo? ¡También él tiene que tener defectos!"

Es una cualidad muy humana —debiera decirse inhumana— que una persona hable raras veces bien de otra si, como es el caso más frecuente, puede decir algo malo. La prensa mundial es un ejemplo notorio, pues no le gusta la verdad porque la verdad no es digna de atención. La prensa prefiere publicar lo sensacional, sobre todo lo sangriento, adornándolo con detalles sádicos y falsos. Son realmente notables esos hombrecillos de la prensa que se erigen en dioses, exigen que se les permita entrar en todas partes, se introducen por la fuerza en vuestra casa mostrando un carnet de periodista y pretenden ser "la prensa". ¿Pero quién ha dado a esos hombrecillos permiso o autoridad para entrometerse en la vida privada de otras personas? La prensa es uno de los peores poderes de este mundo porque causa guerras y suicidios, y todo porque una pandilla de hombre-

citos que apenas tienen alma creen que Dios les ha encomendado la misión de propalar todas las mentiras y suprimir todas las verdades.

Durante largo tiempo he tratado de conseguir de los miembros de los Parlamentos y los jefes de Estado que dicten una ley disponiendo que si una persona es perseguida por la prensa, la víctima tenga derecho a disponer de igual espacio y en lugar igualmente destacado para hacer conocer su versión del asunto, porque hasta ahora no hay defensa contra los ataques de la prensa. La prensa influye inclusive en la acción de la justicia, haciendo que una persona parezca culpable antes de ser juzgada. Han ocurrido casos similares en los Estados Unidos recientemente. En consecuencia, mi opinión personal es que la prensa personifica la difamación y constituye uno de los peores poderes de este mundo.

Sucede que en algunos países no se puede demandar a nadie por difamación o calumnia si dice mentiras, sino solamente si dice la verdad. Por eso a la gente le gusta el escándalo, le gusta injuriar con palabras a los que no tienen el valor de atacar físicamente. La difamación, el rumor mentiroso, es un ataque insidioso y malvado al alma de uno mismo, porque al repetir los chismorreos y difundir los rumores y mentiras, la persona que hace esas cosas perjudica sus cargas eléctricas, lo que es lo mismo que tomar un veneno que ataca su alma.

El perjurio es otro defecto que perjudica al perjuro más que a su víctima. La gente oye algún rumor, alguna difamación, pero eso no le basta, no es lo bastante indecente, por lo que agrega otro poco para hacerlo peor y luego lo comunica como un hecho a otra persona, que agrega un poco más. También eso perjudica al alma del que lo hace. Con frecuencia la envidia —otro gran defecto— es la causa de los rumores. Un hombre no puede soportar la vista de otro, está celoso de los éxitos imaginarios del otro y, en consecuencia, se esfuerza por menoscabar a ese hombre y emprende

una campaña de cuchicheos o lo vitupera con elogios equívocos. Como sabéis, es un hecho que se puede perjudicar terriblemente a una persona diciendo: "Bueno, supongo que ha obrado lo mejor que podía; después de todo debemos reconocerle eso". Y así la persona que dice eso, para el oyente superficial, adquiere la reputación de ser un hombre razonable que elogia inclusive en las circunstancias más difíciles.

Otro defecto es la codicia, emparentada con la envidia. El señor X envidia terriblemente los triunfos del señor Y. Y el señor X codicia el dinero, y la codicia alimenta la envidia y cuanto más envidia siente el señor X tanto más codicioso se hace. Todo esto es un veneno mortal para el alma, pues, el alma es una cosa muy real, como debéis saber ya. Cuando incurrimos en la difamación o el perjurio o cedemos a la codicia o la envidia perjudicamos a nuestra alma.

El Nirvana es la eliminación de la envidia, la codicia, la difamación, etcétera, y la mejor manera de progresar es recordar la sentencia: "Haz a otros lo que desearías que te hicieren a tí".

PREGUNTA: Comprendo que la gente pueda tomar una piedra preciosa, una cigarrera o un pañuelo y obtener impresiones sobre el propietario de esas cosas. ¿Cómo se hace eso?

RESPUESTA: Eso se refiere a la psicometría, que consiste en recibir impresiones táctiles que en una parte oculta del cerebro se transforman en imágenes o visiones. Ahora bien, podéis preguntaros cómo es posible recibir impresiones de un objeto inanimado, pero lo aclararemos mejor citando un ejemplo sencillo.

Suponed que una persona ha tenido una moneda en la mano; la moneda adquirirá el calor de la mano de esa persona y, si ponéis esa moneda en una mesa con otras monedas, no tendréis dificultad alguna en descubrir cuál de las monedas es la que tenía en la mano la persona. Será la calen-

tada por su mano. Éste es sólo un fenómeno físico, pero os demostrará que existen las impresiones.

Si queréis comprobar la psicometría, lo primero que tenéis que hacer es retiraros a vuestra habitación destinada a la meditación. Comenzaréis como si fuerais a meditar, pero luego tomaréis el objeto cuya historia deseáis conocer; tomadlo con la mano izquierda y mantenedlo suavemente en la palma de esa mano. Tratad de que vuestra mente quede en blanco o en estado receptivo; tendréis la sensación de que no sabéis qué buscáis, no sabéis qué esperáis, no sabéis cómo proceder. Pues bien, seguid sentados sin hacer nada. Imaginaos que tenéis delante de vosotros un gran tablero negro y que en él vais a ver imágenes.

Ante todo recibiréis impresiones más bien que imágenes. Podéis recibir la impresión de que una persona es desdichada o de que es feliz, podéis vislumbrar vagamente algunos detalles particulares que evidentemente no son los vuestros. Al principio os inclinaréis a poner en duda que estéis recibiendo algo, pero mantened ese objeto envuelto cuando no lo utilizáis, de modo que no puedan tocarlo otros, y practicad con él. Tendréis que repetir las tentativas con el mismo objeto antes que podáis comprobar cuánto es imaginación y cuánto es facultad psicométrica. Haced eso varias veces, hacedlo todas las noches durante una semana, y al final, por la misma descubriréis que habéis llegado a conclusiones concretas con respecto al objeto.

Si al cabo de unos minutos no obtenéis impresión alguna acerca del objeto aplicadlo a vuestra sien izquierda o derecha. Si tampoco eso da resultado, aplicadlo a la parte posterior de la cabeza exactamente donde ésta se une con el cuello. Es posible que seáis zurdos por naturaleza y en ese caso utilizad la mano derecha en vez de la izquierda. Pero lo más importante es experimentar con diferentes posiciones: la mano izquierda, la mano derecha, la sien izquierda, la sien derecha o la parte posterior de la cabeza. Luego no penséis

en nada y tratad de atraer a vuestra mente las impresiones que transmite el objeto.

Recordad que cuando veis una piedra en el camino o un ave en el firmamento, vuestros ojos no descienden hasta la piedra ni ascienden hasta el ave; lo que recibís es una impresión o vibración que transmiten la piedra o el ave. Pero en este caso particular recibís impresiones a las que llamáis "visión". En la psicometría, en la que también recibís impresiones, profundizáis más allá de la superficie y obtenéis vuestras sensaciones visuales dentro de la parte oculta del cerebro. Con la práctica la cosa se hace muy sencilla.

La mejor manera de ejercitaros consiste en hacer que una persona a la que queréis sinceramente recoja una piedra en la playa y la lave cuidadosamente con agua corriente. Luego esa persona se aplica la piedra a la frente y piensa fuertemente un mensaje para vosotros, como: "Recogí esta piedra el lunes (o cualquier otro día)". Luego esa persona envuelve cuidadosamente la piedra en papel de seda y os la entrega sin volver a tocarla. Si os ejercitáis en cosas como ésta no tardaréis en comprobar que la psicometría surte efectos.

PREGUNTA: Usted no es cristiano, usted no se ha educado con la Biblia. ¿Qué opina de la Biblia?

RESPUESTA: Pues bien, para comenzar tenéis que recordar que la Biblia fue escrita muchos años después de los acontecimientos que relata. Además, ha sido traducida, y traducida erróneamente, muchas veces. El Sumo Sacerdote fulano de tal exigió una nueva traducción, luego alguien hizo otra versión, y el rey Jacobo I o algún otro decidió que necesitaba una traducción autorizada. A pesar de todo, hay mucho de verdad en la Biblia, porque las verdades nunca mueren; pueden ser ocultadas hasta cierto punto, pero para el perspicaz están siempre presentes. En el material de la Biblia hay relatos extraños escritos en los lenguajes arcanos de las épocas prehistóricas y no siempre podéis interpretar

la Biblia en su significado literal. Para comprenderla totalmente tenéis que apelar a la simbología.

La Biblia es un libro esotérico que, por supuesto, se relaciona con los sistemas de simbología hindú, caldeo y egipcio. Cristo fue al Tibet y luego pasó por la India y estudió las religiones indias. Fue realmente al Tibet para estudiar allí y volvió al mundo occidental con una religión fundamentalmente oriental, pero modificada para adaptarla al Occidente. Si ponéis esto en duda recordad que, si examináis los sistemas hindúes, descubriréis que todos los glifos y cifras se encuentran en esos sistemas, y si los desdichados "científicos" leyeran correctamente la Biblia, teniendo en cuenta la antropología, la etnología, la cronología, la fisiología y todas esas cosas, comprenderían mucho mejor todo lo que ha sucedido en la historia, pues la Biblia es una ayuda sumamente valiosa —si se la lee correctamente— para enterarse de los acontecimientos de los tiempos pasados. Pero antes de poder leer la Biblia hay que estar bien informado acerca de los hierofantes caldeos, por medio de los cuales se obtiene el conocimiento de la Cábala.

Si queréis estudiar atentamente los cinco primeros libros del Antiguo Testamento veréis que se trata en realidad de leyendas y constituyen una disertación muy útil acerca de aspectos filosóficos de la cosmogonía mundial.

Todos conocen la fábula de Moisés y cómo fue encontrado entre los juncos por la hija del Faraón. Pues bien, tal vez os interese saber que eso sucedió unos mil años antes, pues existen ciertas losas, llamadas losas babilonias, que relatan la historia del rey Sargón. Este rey vivió mucho tiempo antes que Moisés, alrededor de mil años antes, y ese relato del niño encontrado entre los juncos es el del rey Sargón. El libro del *Éxodo* no fue escrito por Moisés, como se ha creído generalmente, sino que fue compuesto aprovechando diversas fuentes anteriores por Ezra. Y en relación con esto diré que el Libro de Job es el más antiguo del sistema hebreo

y data seguramente de una época muy anterior a la de Moisés.

Además, muchos de los grandes relatos de la Biblia, como los de la Creación, la Caída del Hombre, la Inculpación de las Mujeres, el Diluvio y la Torre de Babel, fueron todos ellos escritos mucho antes de la época de Moisés. Esos relatos son en realidad versiones de las que los arqueólogos llaman tabletas caldeas.

Los judíos adquirieron sus primeras ideas acerca de la creación de Moisés, y Moisés las tomó de los egipcios, y todo ello, tomado a su vez de los relatos caldeos-acadios, fue recopilado y redactado de nuevo por Ezra. Descubriréis que Dios es el Logos. Descubriréis también que la Biblia comienza realmente con una traducción errónea cuando dice: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra". Eso no se refería a la Tierra física, real, sino a lo superior y lo inferior, lo visible y lo invisible.

Hay muchas discrepancias en la Biblia; por ejemplo, en la primera parte del *Génesis* Dios dijo: "Haya firmamento" y un segundo Dios obedeció e hizo el firmamento. El primer Dios dijo: "Haya luz", y el segundo Dios hizo la luz. De lo que se deduce evidentemente que Dios ordena a algún otro Dios que tiene que haber sido un Dios menor porque hizo lo que le mandaba el primero.

"Haya luz" no se refiere a la luz del día, la luz del sol, ni la luz artificial, sino a la luz espiritual; significa sacar el alma del hombre de la oscuridad para que pueda percibir la grandeza de Dios.

Adán no fue el primer hombre creado. La Biblia nos dice en el *Génesis* 4 : 16 : 17 que Caín fue al país de Moab con la intención de comprar una esposa. Ahora bien, si Adán hubiese sido el primer hombre creado, ¿para qué habría de ir Caín a Moab en busca de una esposa si no podía existir ninguna? En realidad, Adán es un compuesto de diez Sephiroth y, por supuesto, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo

constituyen la tríada superior del mundo arquetípico, en tanto que el segundo Adán es una composición esotérica que representa los siete grupos de hombres, los siete grupos de humanidad que formaron la primera raza humana.

Existían también los atlánticos, que hicieron muchas investigaciones y, si leéis la Biblia en debida forma, es decir esotéricamente, descubriréis que las siete llaves que abren los misterios de las siete grandes razas originales se remontan a la época atlántica. En consecuencia, los egipcios obtuvieron información de los atlánticos, los judíos obtuvieron información de los egipcios y la alteraron un poco, y luego vinieron los cristianos que tomaron toda esa información y la tergiversaron considerablemente. Más tarde los traductores que la vertieron al latín la suavizaron con toda clase de comentarios y la adaptaron a los nuevos ideales cristianos, del mismo modo que en la actualidad los políticos alteran la historia para ajustarla a las conveniencias de su país. Tendré algo más que decir acerca de la religión más adelante en este capítulo, pero por el momento ya he dicho lo suficiente acerca de la Biblia.

PREGUNTA: ¿Cree usted en la fábula del Jardín de Edén? Escríbame diciéndome lo que cree que significa realmente el Jardín de Edén.

RESPUESTA: En la respuesta a la pregunta anterior declaré alegremente que habíamos terminado con la Biblia por el momento. Pues bien, tenemos que volver a ella para responder a esta pregunta. Creo en la fábula acerca del Jardín de Edén, creo en la caída de Adán y Eva y en que la causó su descubrimiento de las diferencias entre los cuerpos de ambos. Dicho de otro modo, al leer la pregunta, ¿pensaba que el sexo ha sido la perdición de la humanidad? No, por supuesto, no creo en eso. Creo que todo eso son tonterías. En la época del Papa Gregorio, al que se llama con frecuencia Gregorio Magno, la gran Biblioteca Palatina, que contenía muchos de los manuscritos originales, fue destruida.

Algunos de esos manuscritos eran papiros originales y se remontaban casi al comienzo del cristianismo.

La Biblioteca fue destruida. El Papa de esa época pensaba que los hombres estaban aprendiendo demasiado y si los hombres aprendían más que lo que los sacerdotes deseaban que supieran serían un peligro para ellos, pues les harían preguntas que les sería difícil responder.

El Papa Gregorio pensaba que los hombres debían comenzar de nuevo, sin beneficiarse con los escritos de otros hombres. Tenía también la idea de que el momento era oportuno para escribir de nuevo la historia del cristianismo y redactarla de modo que el poder de los sacerdotes no quedara disminuido. En consecuencia, quemaron las bibliotecas, y manuscritos valiosos se perdieron para los hombres y mujeres comunes. De algunos de esos manuscritos se hicieron copias que se han conservado ocultas en cuevas en otras partes del mundo, pero todos los manuscritos y todos los conocimientos se hallan siempre a disposición de quienes pueden leer el Registro Akáshico.

En el caso de Adán y Eva debemos recordar que el llamado "pecado original" no fue sexual, no fue nada que tuviera que ver con el cuerpo físico, sino algo abstracto. El pecado original fue el orgullo, el orgullo de seres inferiores que querían erigirse a igual altura que los dioses. El hombre y, por supuesto, la mujer, creyeron que eran iguales a los dioses y en consecuencia se rebelaron contra ellos. El Jardín de Edén era la Tierra joven, la Tierra que sólo entonces comenzaba a adaptarse para ser la morada de una nueva raza, la raza del hombre. Comprenderéis que ha habido muchas razas en la Tierra, muchas formas de vida.

Antes que el hombre tal como lo conocemos ahora apareciera en esta Tierra, hubo otra raza análoga, no monos velludos como se ha supuesto popularmente, sino un tipo completamente diferente de persona en continentes completamente distintos de la Tierra, continentes que hace mucho

tiempo se hundieron bajo la superficie del océano para que pudieran surgir otros y con ellos otras naciones.

Esas personas eran diferentes. Poseían características anatómicas algo distintas, a las que no necesitamos referirnos en esta ocasión. Su piel tenía un color purpúreo y eran bastante más grandes y más altas que los seres humanos actuales. Además eran inteligentes, demasiado inteligentes para su propio bien tal vez, y los únicos que vivían en el llamado Jardín de Edén.

Según documentos antiguos, la Tierra es una colonia que fue poblada por gente proveniente de mucho más allá de este Universo. En la época del Jardín de Edén algunas de esas personas —los inspectores— vinieron a esta Tierra para vigilar a la nueva raza humana, la purpúrea, y esos inspectores eran gigantes de acuerdo con las percepciones del hombre. Eran, en realidad, mayores que los habitantes de la Tierra y por eso tenemos un recuerdo racial de la época en que los dioses y los gigantes andaban por la Tierra.

Los inspectores, quienes, después de todo, eran sólo seres humanos de una clase diferente, fraternizaron un tanto demasiado libremente con los habitantes purpúreos de la Tierra, se hicieron demasiado amigos de ellos, y los habitantes inferiores de la Tierra concibieron una idea exagerada de su propia importancia; pensaban que si los dioses se asociaban con ellos tenían que ser maravillosos. Les impresionaron las armas y los recursos extraños de los dioses, las cajas que mostraban imágenes y hacían oír voces y música provenientes del aire, y conspiraron para derribar a los dioses, los inspectores, y obtener esas cosas para ellos.

Vehículos extraños llamados los Carros de los Dioses cruzaban llameantes el firmamento de día y de noche. Los dioses se dedicaban activamente a observar la nueva Tierra, a procurar el bienestar de sus habitantes, pero todavía les quedaba tiempo para fraternizar con ellos.

Se fraguó un plan por el cual una señorita que era

particularmente atractiva para los inspectores se hiciese todavía más atractiva para un inspector particular. Y el plan consistía en que mientras los dioses se ocupaban en otras cosas los hombres los matarían.

Los dioses se enteraron de la conspiración, se dieron cuenta de que la humanidad era muy imperfecta, de que tenía pensamientos pérfidos, codiciaba el poder y poseía orgullo, un falso orgullo. Y, en consecuencia, la humanidad fue expulsada de aquel lugar particularmente agradable, es decir, del Jardín de Edén por ángeles con espadas flameantes. Ahora bien, si un salvaje que nunca ha visto un avión de chorro viese uno de ellos cruzar el firmamento rugiendo como una lámpara de soldar, ¿no creería que es un Carro de los Dioses? Si ve un fusil que dispara y que sale del cañón humo y quizás una llamita, ¿no lo tomará por una espada flameante? Tiene que llamarlo de algún modo y, como no conoce las armas de fuego, se contenta con llamarlo espada llameante. Y con ese nombre pasa a los libros de historia.

En el curso del tiempo, la evolución natural de la Tierra causó terremotos y temblores, hizo que unos continentes se hundieran y otros aparecieran. La mayoría de la población de la Tierra fue destruida por diversas catástrofes y calamidades, pero algunas personas se refugiaron y salvaron en las regiones montañosas. Algunas de ellas, en efecto, viven de sus recuerdos raciales. Por ejemplo, ¿no habéis visto alguna vez a un nativo del África más negra que tiene una piel, no negra, sino casi purpúrea? Pensad en eso. Convendréis en que hay ya por lo menos tres razas en la Tierra: la negra, la amarilla y la blanca. Son tres razas diferentes y hay mucha discordia entre ellas, una discordia racial, como si cada una creyese que las otras son intrusas.

Así, volvemos al Jardín de Edén y vemos que cuando los dioses andaban por la Tierra eran bondadosos y considerados. No eran dioses, por supuesto, sino inspectores pro-

venientes de fuera de este universo. Los humanos trataron de aprovecharse de ellos y su pecado original no fue el acto sexual, que es una función natural de los seres humanos, sino el orgullo y la rebelión.

Desde luego la Iglesia, en la época del Papa Gregorio, y en realidad en muchas ocasiones de su historia, ha manifestado una gran fobia contra el sexo. Pero no ha mostrado esa fobia contra el orgullo. Porque convenía a su propósito ha dicho que la caída del hombre se debía a la mujer, que el hombre había caído porque la mujer le había tentado con su sexo, y la mujer era la pecadora, la tentadora, la delincuente.

Nada hay en la Biblia, ni en la verdadera doctrina cristiana, que apoye la afirmación de que la caída del hombre se debió al sexo. Cristo mismo nunca se opuso a las mujeres, nunca pensó que la mujer era una criatura inferior que debía ser tratada como un perro o peor aún.

San Agustín y otros muchos aprovecharon la nueva versión de la Biblia para predicar todavía más violentamente contra el sexo. Agustín era uno de los que se oponían enérgicamente al acto sexual, inclusive en el matrimonio. Tal vez valga la pena tener en cuenta a este respecto que el mayor opositor a la bebida es el borracho reformado y el mayor opositor al vicio el que se ha corregido.

Capítulo XII

RELIGIÓN Y CIENCIA

PREGUNTA: ¿Qué opina usted de la religión?

RESPUESTA: ¡Caramba! Creía que había terminado con la Biblia por el momento, pero debo decir que, por supuesto, estoy "a favor" de la religión. Hace poco tiempo recibí una carta de un sacerdote que me criticaba. "En uno de sus libros —decía— se refiere usted a la Convención de Constantinopla en el año 60. No puedo encontrar nada acerca de ella en la Biblia."

Hubo una convención en Constantinopla en el año 60. En la Biblia actual nada hay acerca de ella porque las autoridades eclesiásticas han redactado de nuevo la Biblia muchas veces. Inclusive, en la actualidad hay frecuentes reuniones en Roma para decidir qué se deberá enseñar y qué se deberá suprimir, qué sectas religiosas deberán ser reconocidas o condenadas al ostracismo. La religión está constantemente en vías de formación. Es evidente que la doctrina tal como era hace dos mil años no sería ahora la más apropiada, y que hay que ponerla al día para que se adapte a los requerimientos modernos. Mi amigo sacerdote me escribió con alguna consternación, y hasta con alguna ira, diciendo que le había engañado. Tuve el placer de contestarle que no era yo,

sino sus superiores, quienes le engañaban. Debía consultar libros y papiros y sacar su propia conclusión.

Yo no trato de modificar la religión de nadie. Creo firmemente en un Dios, y aunque le dé un nombre diferente del que le dan un cristiano, un judío o un mahometano, creo en un Dios y estoy seguro de que debe haber una religión. La religión proporciona una disciplina mental y espiritual. Si al presente se enseñara más religión habría menos delincuencia juvenil.

Soy partidario de la religión. Estoy firmemente a favor de los sacerdotes con tal que enseñen la verdad, con tal que reconozcan que todos los hombres tienen derecho a su propia creencia. Hace algún tiempo me presenté en Europa con ropas budistas y un día crucé una calle para tomar un taxi. Un sacerdote de cierta secta me vio y casi se desmayó como si hubiera visto al diablo mismo. Se santiguó varias veces y se alejó corriendo, tan rápidamente que perdió por completo su dignidad. Yo le miré divertido. Creo que la regla más importante de todas es: "Haz lo que desearías que te hicieren." A mí no me importa que un hombre vista de una manera particular, no me importa que sea un sacerdote cristiano o un rabino judío; si es un hombre bueno lo respeto. Si es un impostor con alguna vestimenta sacerdotal lo desprecio, o lamento que no se dé cuenta del daño que causa. Los sacerdotes de cualquier secta tienen todos una responsabilidad muy grande, pues la gente los respeta y espera de ellos ayuda y la verdad.

Mucho de lo que se enseña en la religión, en cualquier religión y no sólo en la cristiana, o en la historia, es modificado de acuerdo con las conveniencias de los poderes políticos de la época o de la época misma. Recordad a Sir Francis Drake, que en Inglaterra pasa por un gran héroe y en España se lo considera un pirata nefando. ¿Quién está en lo cierto?

Para referirnos a algo más cercano, ¿cuál es la verdad

acerca del Graf Spee? Los alemanes lo consideraban un buque heroico tripulado por héroes, pero los británicos y los americanos lo consideraban un buque pirata que robaba a comerciantes pacíficos. Los británicos destruían así el orgullo de la armada alemana. ¿Quiénes tenían razón, los alemanes o los británicos?

En la Alemania de Hitler la historia fue destruida y redactada de nuevo. En Rusia, si se ha de creer a los libros de historia corrientes, la mayoría de los grandes inventos mundiales se deben a rusos. Me pregunto si a Henry Ford lo llamarán "Fordski" en Rusia. He leído que los rusos pretenden haber inventado el avión, el teléfono, el automóvil y hasta parecen haber inventado la palabra "no", en su idioma *niet.* También inventaron la guerra fría. Pero aunque hablemos ahora de política, diré que el peligro no está en Rusia, sino en China.

Por consiguiente, no creáis todo lo que aparece impreso, sino pensad por vuestra cuenta, y si queréis algo más fuerte que el pensamiento, si no tenéis acceso a las grandes bibliotecas del mundo, dedicaos activamente a vuestros viajes astrales. Cuando podáis viajar por el plano astral podréis consultar el Registro Akáshico, que no puede ser alterado, no hay modo de borrarlo, no se puede ocultar el verdadero conocimiento. Está a disposición de los que tienen ojos para ver y los que tienen oídos para oír.

Hay en las religiones cosas muy graciosas si uno olvida que la religión es meramente una disciplina mental y espiritual. Algunas religiones dicen que no se debe comer carne de puerco, otras que no se debe comer carne el día viernes. Una dice que el cuerpo debe estar cubierto desde el cuello hasta abajo, dejando la cara descubierta. Otra, que se puede estar completamente desnudo con tal de cubrirse la cara.

Yo digo: Haced lo que desearíais que os hiciesen, ésa es la mejor religión.

PREGUNTA: Usted dice algunas cosas poco amables acerca

de los científicos, ¿pero no cree que sólo los científicos pueden salvarnos?

RESPUESTA: Bueno, eso depende de lo que entendáis por científicos. Yo creo que muchos de los llamados científicos no son más que pulidores de sillas. Personas como Royce de Rolls-Royce, Edison, Ford y unos pocos más como ellos han sido verdaderos científicos, pues no han asistido a escuelas donde sus ideas eran encauzadas por canales rodeados de peñascos, o sea que no creían que las cosas eran imposibles, y como nunca se les había hecho creer que una cosa era imposible, hacían lo imposible. Muchas universidades se especializan en enseñar a sus alumnos que, a menos que el profesor Dogsbody o el profesor Catswhisker[1] hagan una cosa, nadie puede hacerla. Todas estas son tonterías. Yo creo que el científico "educado" es una amenaza, porque ha sido "educado" para creer que nada se puede hacer si no lo hace él o sus colegas.

Algunas personas opinan que, al referirme a los mundos paralelos, debía haber citado a Einstein. Pero, ¿por qué había de citar a Einstein? Puedo asegurar a quienes se interesen por el tema que hay libros acerca de Einstein y sus teorías y, en consecuencia, les recomiendo que adquieran esos libros.

Einstein se dedicaba a las teorías. Teorizaba de acuerdo con los hechos conocidos en aquel momento, pero no debemos dejarnos desviar siempre por lo que parece ser evidente, porque lo evidente no es siempre tal. Por ejemplo, un científico estudiaba el comportamiento de las pulgas y creía que podía correlacionar el funcionamiento de las normas psicosomáticas de las pulgas con el de los seres humanos. Después de todo, a las pulgas les va muy bien con la sangre humana, por lo que nuestro científico se dedicó al estudio de las

[1] Nombres inventados. *Dogsbody* significa cuerpo de perro, y *Catswhisker,* bigote de gato.

pulgas, el que, por cierto, no dejaba de ser un trabajo picante.

Con gran cuidado e invirtiendo mucho tiempo, enseñó a una pulga de tamaño mediano a saltar sobre una caja de fósforos cada vez que decía: "¡Vamos!" Luego, cuando la pulga había captado la idea, el científico le arrancó dos de sus seis patas. "Vamos", le dijo, y la pulga volvió a saltar, aunque no con la agilidad de antes. El científico gruñó de satisfacción y le arrancó otras dos patas. "Vamos", repitió; la pulga saltó débilmente y el científico manifestó su aprobación. Por fin arrancó a la pobre pulga sus dos últimas patas. Por desgracia, ahora que la pulga ya no tenía patas era inútil que el científico le ordenase interminablemente que saltase, pues la pulga no se movía. Tras muchas pruebas, el científico sacudió su cabeza de viejo sabio y escribió en su informe: "El oído de la pulga está en sus patas. Cuando pierde dos patas ya no puede oír tan bien y por consiguiente no da un salto tan grande. Cuando pierde las seis patas se queda completamente sorda."

No adoptemos la actitud del científico que trataba de estudiar a las pulgas, no nos ofusquemos ante lo evidente. Si Einstein está en lo cierto, nunca se podrá viajar realmente por el espacio, pues para ello se necesitaría demasiado tiempo, porque Einstein postuló la teoría de que nada puede viajar a una velocidad mayor que la de la luz, y como la luz de los planetas lejanos tarda siglos y siglos en llegar hasta nosotros, si la teoría de Einstein es exacta no podemos tener la esperanza de viajar algún día a otros planetas.

Por fortuna, Einstein se equivoca. Por fortuna, su teoría solamente es exacta de acuerdo con la información que poseía en el momento en que la formuló.

Imaginaos que estamos en el año 1866 en vez de en 1966. En ese año de 1866 los científicos nos dicen que el hombre nunca podrá viajar a más de 30 millas por hora, pues si viajase a mayor velocidad el aire le desgarraría los pulmones.

En consecuencia, 30 millas por hora es la mayor velocidad a que puede viajar el hombre.

No puede haber aviones en el aire; sólo puede haber unos pocos globos aerostáticos, pero para eso, probablemente, tendrá que haber muchos oradores y conferenciantes y críticos de los conferenciantes, porque se necesitará una fuente inagotable de aire caliente para que los globos asciendan. Pero en el año 1866 nos aseguran que nunca habrá aviones.

A medida que el hombre desarrollaba sus inclinaciones letales y creaba nuevos instrumentos de guerra, se descubrió que podía vivir viajando a más de 30 millas por hora, que inclusive podía viajar a 60 millas por hora, y cuando George Stephenson inventó la locomotora y se inició la construcción de ferrocarriles, la gente creyó que se había llegado al máximo absoluto de la velocidad. En Inglaterra se pensaba, en efecto, que los automóviles eran unos vehículos tan peligrosos que tenía que precederlos un hombre a pie tremolando una bandera roja. Pero creo que en Inglaterra ya han superado esa etapa en lo que respecta a los automóviles y que éstos corren un poco más rápidamente, tan rápidamente como en las demás partes del mundo.

No hace tanto tiempo se sostenía la teoría de que el límite de velocidad absoluta era el impuesto por el sonido. Científicos respetables nos decían que ningún hombre podría viajar a una velocidad superior a la del sonido, porque eso era imposible. Ahora se construyen aviones de pasajeros que pueden superar la velocidad del sonido, dejando a la zaga ventanas rotas y furiosas exclamaciones de sus propietarios. Por fortuna, los pilotos de esos aviones viajan a una velocidad superior a la del sonido y no pueden alcanzarles los vituperios hasta que descienden en el aeropuerto y encuentran a su jefe bailando de ira a causa de los mensajes que ha recibido.

Hemos descubierto, por consiguiente, que la velocidad del sonido no nos limita, que podemos viajar más rápida-

mente. Sin embargo, no hace mucho tiempo personas como Einstein nos aseguraban que el hombre nunca viajaría a una velocidad superior a la del sonido. Si se ha demostrado que esos científicos se equivocaban en sus suposiciones, ¿por qué no ha de ser posible que Einstein se equivoque también en su teoría de que el de la luz es el límite absoluto de la velocidad?

Cuando la gente viaje a una velocidad superior a la de la luz podrá verse mutuamente y ver lo que hay delante de ella. La única diferencia consistirá en que las cosas que verá tendrán un color diferente, lo que será muy interesante y se parecerá, según supongo, a contemplar los rostros artificiales de las mujeres a una luz fluorescente o de lámparas de sodio. Lo interesante es que si uno viaja a una velocidad superior a la de la luz se acercará al campo de visión del clarividente y verá las cosas en cuatro dimensiones en vez de tres.

Me gustaría citar lo que los grandes científicos han dicho acerca de la Tierra. Los científicos decían que la Tierra era plana. La mitología antigua afirmaba que la Tierra era plana y que demonios extraños acechaban en el borde de esa Tierra plana. Mi propia experiencia me dice que la mayoría de los demonios viven en esta Tierra. Nadie cree ahora seriamente que la Tierra es plana. La creencia común es que es más o menos redonda y quienes se han remontado un poco en el espacio han podido verla bien. En consecuencia, podemos afirmar que los científicos se han equivocado en la mayor parte de su ciencia. Por desgracia, ciertos jefes religiosos consideraban un delito punible con la muerte afirmar que la Tierra era redonda y no hace muchos años a la gente se la quemaba en la hoguera por decir eso. Sin embargo, supongo que todos tenemos que morir en algún momento y existe siempre el consuelo de que si uno está rodeado por completo por el fuego muere sofocado antes que las llamas le alcancen, aunque eso no consuele mucho a la víctima.

Si nos atenemos a la teoría técnica de algún científico en cuanto a los límites de lo que podemos hacer, decir o pensar, nos colocamos en la posición de una locomotora de ferrocarril que se limita a los rieles. La gente que viaja en el tren arrastrado por esa locomotora sólo puede ver un espacio muy limitado a ambos lados del trayecto que atraviesa, pero no puede desviarse para contemplar lo que queda fuera de la visión de la vía principal.

Las personas que viajan en coche, o inclusive a pie, ven más y aprenden más. Los que viajan a pie lo hacen más lentamente, pero se enteran de más cosas y con más minuciosidad y son los que obtienen más provecho al final, en tanto que los que viajan por el aire pueden hacerlo tan rápidamente y a tanta altura que no ven nada absolutamente. Por consiguiente, sigamos adelante sin entretenernos con las teorías científicas de los grandes hombres, que pueden ser admirables en lo que respecta a las fórmulas matemáticas, pero que no corresponden necesariamente a los hechos reales de la vida y del más allá.

La civilización occidental ocupa mucho menos que un décimo de segundo del tiempo celestial. Si tenéis en cuenta la edad de la Tierra, descubriréis que el hombre en cualquiera de sus formas en este mundo no ocupa ni siquiera un minuto de las veinticuatro horas de la existencia de la Tierra.

Las personas que pueden viajar por el plano astral, o son clarividentes o telepáticas, pueden obtener una impresión mucho mejor de lo que sucede, pues saben que en la Tierra el hombre es sólo una manifestación de un espíritu.

Ha habido otras formas de cuerpo, ha habido otras formas de existencia corpórea. El cuerpo físico de los seres humanos en la Tierra no es más que uno de una serie muy larga de experimentos para ver qué forma proporcionará a un cuerpo espiritual la mejor oportunidad para aprender más y con mayor facilidad y rapidez.

La humanidad no es lo fundamental, no creáis que lo es. Ni los dogmas de la religión ni las teorías científicas pueden convencer al espíritu celestial de que el mezquino cuerpecito que ahora ocupa es superior a la brillante mariposa en que puede convertirse.

Todo esto es una tentativa para hacer que penséis por vuestra cuenta, para hacer que consideréis seriamente el viaje astral y la clarividencia. Si la gente se dedica a analizarlo todo y trata de encontrar defectos en todo sin informarse mejor, impide su propia evolución. Debemos mantener la mente despierta, debemos estar dispuestos a aceptar, debemos saber de qué hablamos y no decir: "Oh, eso no es cierto, eso no es lo que dijo Einstein." Einstein y las personas como Einstein dijeron que la Tierra era plana; Einstein y las personas como Einstein dijeron que el hombre nunca viajaría a una velocidad mayor que la del sonido. Pues bien, lo hacemos, como sabéis, y algunos de nosotros viajamos a una velocidad mayor que la de la luz. Cuando nos movemos en el mundo astral la superamos mucho realmente, pero no necesito deciros todo esto. Si sois razonables y en vez de tratar de criticar destructivamente tratáis de asimilar constructivamente en beneficio de vosotros mismos, no os será demasiado difícil viajar por el plano astral.

Tened en cuenta también que aproximadamente cada 2000 años aparece en la Tierra un nuevo Mesías, Salvador o Guía del Mundo. Éste es un ciclo al que siguen eternamente otros ciclos.

Llegamos así al final de otro libro, el duodécimo capítulo escrito de la duodécima hora del ciclo de Kali. Es posible que algo de lo que he escrito os ayude en vuestro camino. Y para concluir nuestras observaciones acerca de la religión puedo añadir que podéis tener fe en lo que he escrito, porque todo lo que he escrito en todos mis libros es cierto.

ÌNDICE

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN ARTES GRÁFICAS
BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA
BUENOS AIRES
EL DÍA 11 DE AGOSTO
DE 1967

El nombre de Lobsang Rampa es ya tan conocido y apreciado por los lectores de habla hispana, que ello nos exime de realizar su presentación. El autor de obras memorables como EL TERCER OJO, EL MEDICO DE TIBET, USTED Y LA ETERNIDAD y otras no menos notables publicadas por esta Editorial, ha llevado a cabo con su obra una empresa increible y osada: recrear para el lector occidental un mundo espiritual y místico que era hasta ahora privativo del hombre oriental. Su escenario geográfico es el de las montañas y mesetas más elevadas de la tierra, cuya atmósfera enrarecida se corresponde con una religión viva en la profunda fe de los tibetanos y tangible, parcialmente, en manifestaciones mágicas y en fenómenos parapsicológicos insólitos para mentes regidas sólo por los cánones del racionalismo cartesiano.

En este nuevo libro de Rampa se resumen y expresan las virtudes que han hecho de él un autor sin paralelo en la literatura contemporanea: singular destreza narrativa, innegable capacidad artística, objetividad y una experiencia vital única e invalorable. EL CAMINO DE LA VIDA es un admirable compendio de hechos sobresalientes, antigua sabiduría y vivencias palpitantes; en sus páginas se hallará una concepción del mundo y de las cosas y una interpretación del acontecer cotidiano sorprendentemente magistral.

Quien ya aprecia a Lobsang Rampa debe leer este nuevo volumen, quien no lo conozca aún, tendrá la oportunidad de apreciarlo a través de él en toda su indiscutible jerarquía.





EDITORIAL TROQUEL S.A.
SAN JOSE 157 T.E. 38 - 0118/0348 BS. AS.